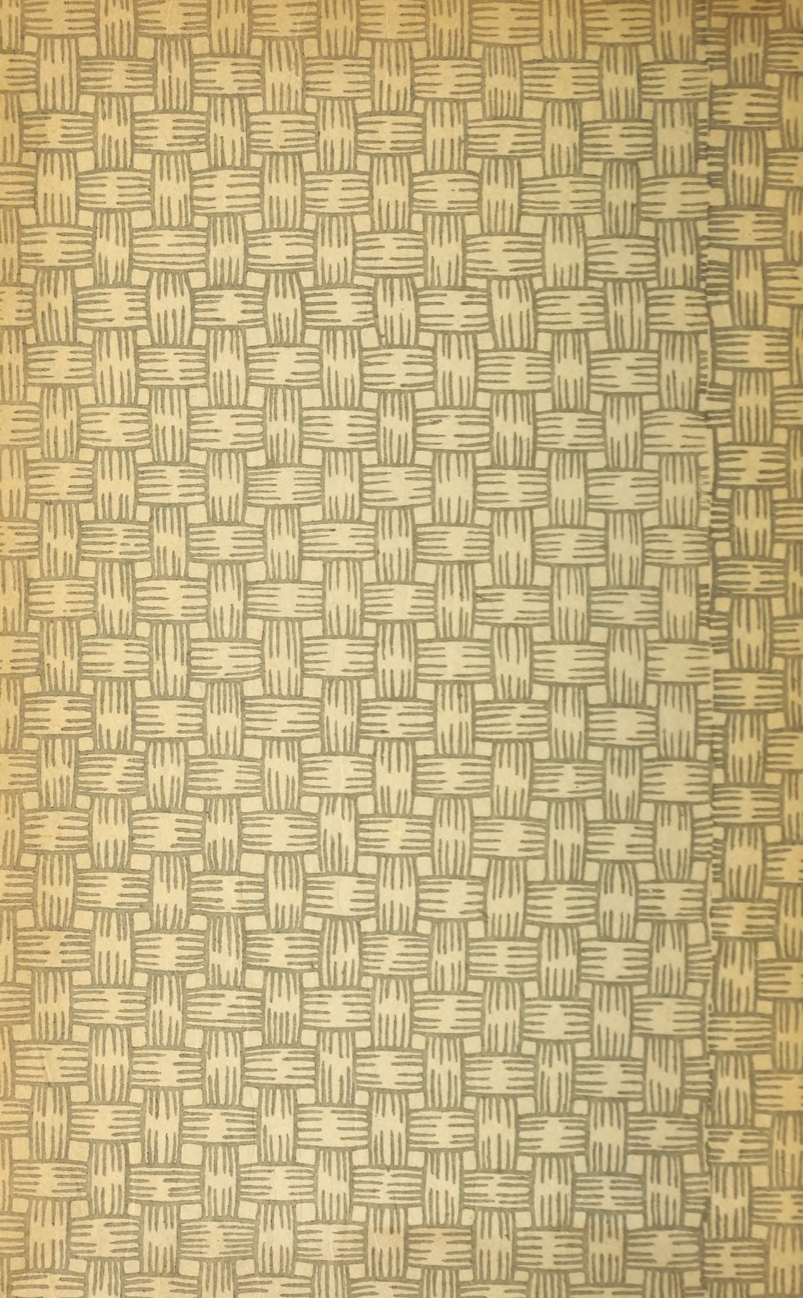

3 1761 09545340 3





LA MUERTE NUEVA


A·HERNANDEZ CATA
LA
MVERTE
NVEVA
RIQVER
MCMXXII
EDITORIAL·MVNDO·LATINO·MADRID·

De esta obra se han tirado veinticinco ejemplares en papel del Japón, numerados y firmados.

A

ADALBERTO DOMENECH

que sabe llenar la palabra
amistad, tantas veces
vacía, de apoyo sin
jactancia y de sacrificios
risueños, fraternalmente.

Prithe, say on he's for a jig or tale of bawdry, or sleep: say on: come to Hecuba.

Shakespeare-The Tragedy of Hamlet.

Ah, que je fusse seulement poussé'a m'en donner la peine! Mais tout est si precieux de minutes et si fugace! Et rien n'est pratique que se taire et agir en consequence.

Un Hamlet confortable, ah malheur!

Jules Laforgue-Hamlet.

¿Y la estrangulación del padre Espíritu para arrebatarle la corona? ¿Y el contubernio con las posibilidades fallidas, que fueron los azahares de la Esposa, después de consumado el crimen incruento? ¡Hamlet, Príncipe Hamlet, cuántos hijos tienen algo peor que incestos por vengar!

H. C.



I

YA llegamos—dijo el hombre grueso que guardaba en su equipaje hasta los pedazos de pan que le sobraban de las comidas.

Ramiro se alzó de su asiento y, en vez de mezclarse al vaivén de quienes aprestaban sus bultos de mano, abrió una de las ventanillas y, proyectando la cabeza hacia fuera contra las ráfagas impuras de humo, esforzóse en percibir a lo lejos la frontera de España.

Una idea romántica, sobreponiéndose a la realidad, sugeríale que el paso de un país a otro debía ser marcado por un cambio violento de paisajes. La frontera aparecíasele en

el anhelo cual muralla a cada uno de cuyos lados tierras y hombres fuesen diferentes, y sobre la cual el cielo se dividiese en dos porciones: una, nubosa; la otra, límpida, azul. ¡Ya entraba en España! Un entusiasmo hecho de remembranzas, de lecturas, de meditaciones, de esfuerzos para aclimatarse fuera de la tierra nativa y de decepciones—sobre todo cuando, juzgándose aclimatado ya, vió que bastaba el peligro para que cada una de las bocas y cada una de las cosas le dijesen: «Jamás dejarás de ser extranjero entre nosotros»—, subíale de más lejos aún que del fondo del alma: del fondo de la raza, de un atavismo adonde no llegaba la autoridad de su conciencia. Por instinto de amor, tendió los brazos hacia la patria, cuyas primeras formas duplicábanse en las aguas de un pedazo de mar que, harto de estériles tumultos, imitaba la humilde quietud de la laguna. Difusa e inconfundible, la patria le salía íntegra de sí mismo sólo por ver un rincón minúsculo de ella. Y cuando el tren se detuvo, aun seguía en éxtasis; y el hombre grueso, luego de guardar su boina y los periódicos abandonados por los otros viajeros, hubo de decirle:

—Qué, joven, ¿se queda usted?... Vamos a pelear con la Aduana.

Todo el viaje había sido para Ramiro de silencio fructífero. Parecíale que el tren desandaba el camino inexorable del Tiempo, para restituirlo al punto de partida de aquel paréntesis que ahora se le antojaba enorme cifra en el *debe* de su existencia. ¡Diez años ya!... Y para que la idea adquiriese sentido objetivo, recordó que al ir hacia Inglaterra se había mirado en uno de los espejos del tren, y quiso cerrar el paréntesis mirándose también ahora, antes de responder al compañero de viaje con tipo de Falstaff e instintos de urraca.

La imagen infantil había quedado bien fija en su recuerdo: era un muchacho pálido, estrecho de hombros, de pupilas ardientes y boca melancólica. Parecíale ver aun la tez morena, sin vello alguno; las manos débiles, algo linfáticas, y, a modo de halo desagradable, el aire atónito de ser criado entre faldas, que descubre, de pronto, la áspera multiplicidad de la vida. Ahora, la imagen devuelta por el espejo era muy diversa, y Ramiro la miraba atentamente, sin darse cuenta cabal de que fuera la misma, afanándose

en encontrarle una semejanza, a la vez profunda y fugaz, con no sabía cuál retrato, cuál cuadro, cuál estampa, con algo que no era una figura determinada y que tenía, empero, casi todos los rasgos comunes al tipo viril de la época en que la energía española cuajó individualidades más recias. Del niño sólo quedaban las claras pupilas de fulgores agudos y, tal vez, algo suave del óvalo del rostro. La cabeza era gallarda, de negro pelo, de barba azulosa, muy rasurada hasta sobre los labios, cuya expresión lánguida habíase cambiado en un trazo de sensualidad y voluntad. Bastaba verle para comprender que bajo el traje palpitaba uno de esos atletas de fuerza fina, sin deformidades. Su modo de andar, su modo de mirar, revelaban al varón de bella presencia, seguro de sí. Todo en él declaraba esa juventud donde aun subsiste algo infantil, que en él no era jovialidad ni aturdimiento, pues la frente parecía adelantarse al ritmo del desarrollo, y con sus protuberancias y los insinuados surcos que habían de romper la tersura más tarde, comunicaban al observador esta mala nueva: «Bajo este pelo negro, el pensamiento hace de vez en cuando de las suyas.»

Cuando llegó a la Aduana, ya quedaban pocos equipajes que inspeccionar. Peleó, en efecto, con un aduanero, que lo registró groseramente, y se dijo:

—No me acordaba... Aquí hay que pelearse siempre con alguien... En el fondo, eso es lo mejor que nos queda.

La riña removió un instante su sedimento combativo, y cuando el empleado cedió, Ramiro estuvo a punto de decirle: «¿Por qué se calla ahora que me han vuelto a la memoria unas cuantas interjecciones?» Y sin estar enfadado, estuvo brusco con el mozo de estación para emplear el resto de su cólera.

El hombre grueso, con ese intranquilo interés que muchos toman por los otros y que nada tiene de común con la filantropía, le dijo con aire de reconvención, al verlo llegar:

—¡Caramba, creí que no venía usted!

—Sobra tiempo. Siempre sobra tiempo.

—Falta medio minuto en el reloj de la estación: mire.

—¡Bah!, ya verá cómo alargan ese minuto. Falta todavía el equipaje de una señora muy guapa, que se ha quedado la última, sabe Dios

porqué, y estamos en el país de la galantería... de la galantería y de la violencia, o de la galantería violenta, si usted quiere... ¿Ve usted cómo pasa la hora y no nos vamos? La gente tiene la candidez de creer que todos los relojes que están en alto marcan la hora exacta. Gracias, de todos modos.

Y el hombre grueso que todo lo guardaba, comprendió que debía guardarse dentro de sí mismo su conversación, como si fuera algo que no le cupiese ya en la maleta.

Ya estaba en España y ya no volvería a salir de ella en muchos años. Ese tipo de hombre sin patria que habla todas las lenguas y no siente ninguna de las exclusiones y limitaciones que, acaso, constituyen rémora para el advenimiento del tipo futuro, pero que en la concepción actual del mundo merman la energía étnica y enmohecen resortes espirituales imprescindibles para la vida, repugnaba a Ramiro Ochoa, precisamente por haber estado a punto de ser uno de ellos. ¡Ya estaba en España, en su España, en la España que se asomaba al progreso con recelo,

cual si estuviera segura del carácter transitorio de un modo de civilización sólo atento a quitarle espíritu al hombre para infundírselo a la máquina! Miraba en torno, y respiraba con voluptuosidad. Paisajes de España le entraban por los ojos y aire de España henchía sus pulmones. Sordo para las blasfemias y las palabras soeces de los mozos de estación, y ciego para las primeras muestras de la fauna patria, se dijo: «Ese hablar brusco, es fuerza; esa fealdad hosca y sucia, es fuerza.» Y ya acomodado en su asiento del tren español—un poquito inferior al francés—púsose a recontar el rosario de recapitulaciones que, desde su salida de Londres, sólo en Folkestone, en Boulogne y en París, había tenido pausas.

Rememoró su entrada en el primer colegio inglés; su estupor y su rebeldía ante la disciplina; su primer contacto con el gran pueblo fuerte de masas y aparentemente débil de individuos; y recordó sus esfuerzos triunfantes por ganar puestos en las clases y por hacerse fuerte, a fin de no soportar en los deportes una postergación que se le antojaba impuesta a España entera. A ese orgullo infantil debió su desarro-

llo físico. Tuvo una cadera luxada y varias veces cayó sin sentido sobre los musgosos campos de futbol; pero cuando, por no someterse a estudiar comercio, según el deseo de su padre, se fué a Birmingham y se colocó de traductor en una casa alemana que comerciaba con la América del Sur, algo de aquella energía de los músculos estaba ya también en su espíritu.

Su decisión había sido lógica y sus razones no podían ser rebatidas: «No sirvo para el comercio, papá. Vendería con pérdida y, sobre todo, compraría mal. El dinero me parece que vale siempre menos que las cosas. Además, de aquel rubor de perrillo faldero que te hizo mandarme aquí, para «hacerme hombre» según dijiste, una cosa persiste y persistirá: la vergüenza de discutir cosas de intereses. Me entra un desasosiego ridículo; una gana de acabar, no importa cómo... Y odio a quien no me engaña pronto. Te aseguro que, aun no haciendo nada y gastando mucho, tardaré menos en arruinarte que si me metes en tus empresas. ¿No tienes a mi primo Jenaro ahí?» Y como la respuesta paternal fué acre, cogió sus bártulos, se marchó de Londres y estuvo dos meses sin escribir a

España. Esos meses de vida estrecha, en una ciudad inmensa y ahumada, fueron los mejores de su vida. El contrasentido de vivir del comercio, precisamente por no querer dedicarse a él, divertía su carácter voluntarioso. Cada sábado se iba de excursión en motocicleta con una muchacha encontrada no importa dónde. La motocicleta, las cajas de bombones y el cinematógrafo eran los hilos centrales de su red amatoria. Mientras se mantuvieran fuertes, ni Adonis mismo hubiese podido aventajarle. Fueron unos meses de estreno violento de la vida. Solo, sin amigos, conoció los placeres elementales del bruto: no pensar en nada, no necesitar nada y sentir, de vez en cuando, un espoleo venusiaco que lo impulsaba a no esperar el domingo para coger a una muchacha de cualquier almacén, de cualquier salón de te, o aun de la misma calle, y llevársela lejos, sobre la trepidante máquina, a uno de esos parques sombrosos donde, desde el afelpado césped y los rincones recatados por la fronda, hasta los lagos de ocultas y sinuosas orillas, todo parece estar dispuesto para que los súbditos de la bandera rayada no disminuyan, aún cuando mermen las estadísticas matrimoniales.

Cuando la primera carta de su padre llegó pidiéndole casi disculpas y accediendo a su reiterado deseo de ir a estudiar a Oxford, estuvo a punto de rehusar. Mas su formalidad nativa y su gusto por las mudanzas, impidióselo. Había, además, en la carta de su padre, frases halagadoras: «Ya me has demostrado que eres un hombre, así que confío en ti. Estudia lo que quieras y gasta lo quieras, si ha de servirte para más tarde. Mis asuntos progresaron mucho en los últimos años y puedes codearte, sin quedar mal, con los mejores, que eso siempre es útil. Nada de mesadas ni ridiculeces. Tú giras contra mí siempre que te haga falta, y en paz.»

Los cuatro años universitarios concluyeron de formar su carácter. Una especie de intermitencia de su intelecto impedíale dedicarse con ahinco a disciplina alguna. Gustábale merodear por los conocimientos y observar hombres y hechos, en lugar de ahondar en una sola dirección. Era buen lector y mediano estudiante: de esos que están siempre los primeros de la segunda mitad. Saltaba de una carrera a otra sin decidirse. Su rango estaba sostenido por sus cualidades de remero y, sobre todo, por su magne-

tismo de jefe en las batallas pacíficas de los deportes. En el polo era temible por su arrojo y destreza. En las regatas, canoa que capitanease él no perdía nunca. Un irónico sentido vengativo hacíale gustar el orgullo de mandar a los retoños de la nobleza universal y de alternar con ellos sin ocupar lugar subalterno. En dos ocasiones, sólo para medir la extensión de la promesa de su padre, giró cantidades fuertes y las letras fueron atendidas sin que le trajesen las cartas posteriores reproche alguno.

Esta riqueza, esta molicie, adormecieron gran parte de su ser; y cuando la guerra adquirió para Inglaterra un carácter trágico—1916—y en torno de cada extranjero establecióse un vacío de suspicacias, despertó en Ramiro, con el amor patrio, la conciencia de su vida extraña de ser sin raíces, no ya en el suelo nativo, mas ni siquiera en la familia, de quien, en tantos años, llegó a tener dos tonos únicos de comunicación: las cartas desnudas de ternura en que su padre trataba «el negocio del hijo» cual otro negocio más, y las cartas trabajosas, inconexas siempre, y doloridas de su madre; cartas que por su monótona y paralela desigualdad, llega-

ban a parecerle, a veces, las mismas cartas interminablemente repetidas.

Castilla extendía en torno al tren un círculo amarillo, sin árboles. De tiempo en tiempo, alguna torre señera o algún pueblecillo de adobes, ponían sobre la soledad de muerte una nota de agonía. «Aquí se forjó el alma patria—decíase Ramiro—. En este páramo aprendieron mis lejanos progenitores las dos lecciones supremas: el amor a la distancia y la sobriedad... Para el que vive muchos años aquí, ya nada puede constituir privación.» Y esta idea trajo a su mente, en ingenuas interrogaciones, curiosidades hasta entonces nunca sentidas: «¿Cómo era su casa, su casa moral?» ¿Cuál era el engranaje de su familia? ¿Por qué, en casi once años, su padre no sintió necesidad de verle, y su madre, que sin duda hubo de sentirla, no supo imponer su tierno deseo?

Su padre, levantino de origen, fué en su mocedad camarero de barco y luego establecióse en Madrid, donde arrendó una posada en la Cava Baja. Allí nació él. Entre dorada lejanía,

borrosamente, entreveía Ramiro el patio de guijos lleno de trajinantes, las recuas, y una escalera que, pareciendo que iba a ceder siempre a los recios zapatones de los arrieros, no cedió jamás. Aquella escalera parecíale ahora una alegoría del carácter paterno: blanda y acomodaticia apariencia encubridora de férreo tesón. Sin duda, en aquella posada se pusieron los cimientos de la fortuna, merced a la parsimonia de su madre, ahorrativa hasta la manía, inclinada por un atavismo que jamás pudieron contrarrestarle, a vigilar y aun a hacer por sí misma los menesteres de la casa. Don Fermín, bien lo recordaba Ramiro ahora, pareció desde el principio ser rico; doña Vicenta fingía siempre estar al borde de la ruina, y gustaba hablar de la miseria como de una vecina mala por quien fuera preciso vigilar la puerta. Una tarde, siendo muy niño, Ramiro dejó de merendar, medroso de causar la miseria, después de oírle una de sus salmodias habituales sobre «lo que se gastaba en aquella casa».

Al partir él hacia el extranjero, ya la familia había dado el salto hacia la clase media, y vivía en un piso muy alegre de la calle de Toledo,

servida por una criada y por una sobrinita traída de la Puebla de Trives, que trabajaba casi con frenesí los ratos no dedicados a añorar la tierra natal. El primo Jenaro, recogido también, era entonces mitad mandadero, mitad pariente, y mostraba ya esa honradez abstracta compatible con el robo dosificado, sin cuyo feliz consorcio el comerciante no existiría. Varias veces, durante la separación, había visto en fotografía a los cuatro seres que formaban el núcleo familiar, y que ahora estarían intranquilos aguardándole; pero estos retratos eran para él casi de seres extraños, mientras que la borrosa imagen del recuerdo parecíale más verídica, la única verídica. Su curiosidad avivábase al acortarse la distancia; y cuanto había sido hasta poco antes el presente, esfumábase y alejábase al choque de aquel porvenir inmediato que en seguida iba a serlo todo para él.

Cuando los primeros predios urbanos delataron la proximidad de Madrid, su alma estaba tensa. «He de estar cariñoso, he de emocionarme», repetíase con miedo de faltar a ese deber. Y al detenerse el tren bajo la marquesina, y reconocer al grupo, con el que estaba un desco-

nocido, algo frío, absurdo, incomprensible—el ansia de que el tren volviese a emprender el camino no importa hacia dónde, pero sin detenerse—, se apoderó de él, y hubo de reaccionar con esfuerzo doloroso para no descubrirse. Poco después, dos temblorosos brazos de mujer oprimían su cuello y lágrimas cálidas mojaban su cara.

—¡Qué guapiño... qué guapiño te está!... Parece un francés... ¡Qué guapiño!

Ramiro notó que su madre conservaba el dejo gallego, y aun cuando algo en sí mismo decíale la inoportunidad de toda idea que impurificara la ternura, pensó en la fuerza de raza precisa para guardar aquellas inflexiones lacrimosas, casi serviles, a los treinta años de vivir en Castilla, la ruda. El padre, un poco inmutado, mas dejando traslucir algo autoritario en el tono, cortó el abrazo:

—¡Vamos, no te emociones demasiado, mujer!... Abrázame a mí... Aquí tienes a Jenaro y a Ermitas. Abrázalos también... ¡Ea!, ya tendremos tiempo en casa... Vienes hecho un verdadero hombre... Me sacas casi la cabeza. Vamos. La gente mira.

Mientras cumplía el mandato, los ojuelos insistentes y el cuerpecillo ágil restituyéronle con el sonido de las oes, abierto al modo mallorquín, la imagen paterna por completo; y recordó escenas hasta entonces dormidas en la memoria; escenas turbias, donde entrevió, también turbiamente, la justificación de su larga ausencia. En síntesis, sus padres le parecieron viejos, pero no esos viejos dulcificados por la ternura: viejos secos, extraños. La prima Ermitas le produjo una sensación poco fragante: era casi gruesa, de hondos ojos bovinos, de pelo negro, magnífico, undoso; mas algo en ella, a pesar de la juventud física, parecía usado ya. Al primo Jenaro lo encontró «como debía ser», y recordó, sin sorpresa, la mancha rojiza de su cara, su aire furtivo, discreto, de hombre que sabe callar y ser útil. Cumplidos los deberes familiares, mientras Jenaro iba y venía ocupándose del equipaje, Ramiro volvióse hacia el desconocido en espera de la presentación.

—El señor es socio mío en varios asuntos... Don Jaime Urgell... Hombre de mérito. Ya seréis amigos.

—Con mucho gusto.

Pero no: la boca mentía; la fórmula cortés velaba el impulso del alma. Un instante antes no eran nada el uno para el otro, y ya algo más rápido que las palabras parecía haberlos hecho buscarse, escrutarse. Casi antes de ver a sus padres, su claro mirar habíase cruzado ya con el obscuro del desconocido; y algo instantáneo e inexorable anudó entre ambos esa unidad que, sin duda, no viene del azar, sino de remotas causas indescifrables. Al darse las manos, los dos apretaron de manera excesiva, y se quedaron mirándose con sonrisa áspera. Fué uno de esos segundos cuya profundidad no todos miden. Ni don Fermín ni las dos mujeres se dieron cuenta de lo que había durado.

El automóvil los esperaba en la puerta. Era un coche grande. Todos cupieron. Camino de la casa, situada en la calle de Lista, Ramiro vió pasar algo del panorama de Madrid. Y también la población le pareció extraña, vieja; la visión que de Madrid y de la familia dormía en su espíritu era diferente y, desde luego, mejor. Pero ¿no ocurría lo mismo, aun cuando se obstinaba en no confesárselo, con cuanto del recuerdo patrio participaba?

Urgell se despidió frente al Casino, donde se detuvieron un momento para dejarlo.

Ya en la casa, cenaron, charlaron breve rato y con precauciones, cual si todos temiesen llegar al fondo de los asuntos. La madre tuvo varios raptos de ternura, que la voz imperativa de don Fermín disolvió.

A la luz íntima de la lámpara, todos volvieron a parecerle extraños, y tuvo la impresión de estar en visita. Su padre miró el reloj varias veces y dijo al fin:

—¡Ea!, ya tendremos tiempo de charlar... Éste debe de estar cansado... ¿verdad, tú?

—Sí, un poco.

—Pues a dormir. Yo aún he de salir.

Se levantaron de la mesa. Y durante unos momentos Ramiro estuvo indeciso, sin saber cómo decir adiós, dándose cuenta de que la despedida de aquella noche serviría de norma. Al cabo besó a su madre, le sonrió a Jenaro y a Ermitas, y estrechó la mano de don Fermín.

Ramiro cayó en la cama con sueño denso. Al despertar, ya el sol llameaba en las rendijas.

Durante breve tiempo, hubo de hacer esfuerzos para situarse. La sonrisa de su madre y el azoro de su prima Ermitas fueron los primeros jalones en el camino hacia el presente. Luego pensó en su padre, en la obsequiosidad untuosa de Jenaro, en la elegancia repulsiva y en el olor a perfume de Jaime Urgell... Una voz muy queda, con cadencias de sollozo, murmuró desde el otro lado de la puerta:

—¿Duermes aún, neniño?

—No; pasa, pasa mamá.

—¿Te fué blanda la cama? Te la hiciéramos ayer tu prima y yo... Quiero que hoy seas más cariñoso con ella, que anoche no le dijiste nada... ¡Ay, mi nene guapiño... mi rapaz!... ¡Cuánto tiempo sin verte!

Un enjambre de besos le mojó el rostro y de nuevo los brazos temblones lo estrecharon, y vió sobre su pecho la cabeza donde el pelo era ya claro y gris. Desasiéndose del abrazo, con repentina idea, la madre dijo:

—Aguarda. Quiero traerte el desayuno como antes.

Poco después tornó con la bandeja, donde humeaba el tazón de café con leche entre los

rubios churros, y, luego de dejarla sobre la mesa de noche, le ofreció otro abrazo. Ramiro aceptó y devolvió la caricia; se incorporó en el lecho, y se puso a desayunar ante la sonrisa materna. Tras el primer sorbo de café, mordió un churro; y, de pronto, cerró los ojos y por su rostro tendióse el velo de una emoción suavísima. Aquel manjar humilde que crujía entre sus dientes, dábale lo que ni el paisaje ni la familia habían podido aun darle: el gusto de la infancia, algo del gusto gustoso de la patria.

II

Durante la comida—caldo de grelos con lacón y empanada de sardinas, todo hecho por su madre y por la prima Ermitas, sin dejar intervenir a la cocinera—, Ramiro advirtió que don Fermín apenas probaba bocado y, súbitamente, comprendió la causa y sonrió. Su madre, con esa rapidez para la suspicacia tan aguzada en los gallegos, adivinó el motivo de la sonrisa y quiso despistarle.

—Nunca come más; y está tan ocupado, que muchas veces, ni viene y comemos sin él.

—Cuando a la una por la mañana y a las nueve y media por la noche no estoy, no se me espera. Es lo mejor.

—Claro. Si cada cual no puede guardar su independencia, las casas se convierten en cárceles. El día que yo no esté a esas mismas horas, coméis también sin mí.

Ramiro había hablado con voz firme. Don Fermín, que había fruncido el entrecejo al aventurarse su mujer en la conversación escabrosa, desnubló el semblante y le tendió a su hijo un habano. De otro bolsillo, sin recatarse, sacó un cigarro de inferior calidad para Jenaro. En la manera de sonreír, advertíase que intentaba decir algo a Ramiro y que no hallaba el modo. Apenas se sirvió el café, Jenaro se marchó a la oficina, y Ermitas y doña Vicenta se fueron a la cocina, «para evitar que las criadas hicieran zafarrancho». Los dos hombres quedaron solos, y, para entrar en la deseada conversación por una puerta falsa, el padre dijo:

—Se ocupan de la casa igual que si tuviéramos necesidad de andar mirando cinco duros. No sabrán ser ricas jamás.

—No es tan fácil. A las dos parece que se les ha quedado el alma pobre. No deja de tener sus ventajas.

—¿Supongo que vendrás conmigo? Puedo dejarte en el auto donde quieras...

—No; saldré a pie. Prefiero descubrir Madrid un poco. Además...—quiero decírtelo otra vez, porque resulta que, a pesar de ser padre e hijo,

apenas nos conocemos—me dolería ser para ti un engorro. Tú haces tu vida de siempre, y yo veré también si me creo una. En seguida tendré amigos, porque traigo cartas... Algo encontraré a qué dedicarme.

—Sin prisa, por supuesto. Lo mismo que te dije al ir a Oxford, te digo hoy: puedes alternar con quien se te antoje y gastar lo necesario... Y hasta un poquito más. ¿Estamos? Para el que no quiere dedicarse a la miseria de una carrera y puede esperar, es mejor hacer de tiempo en tiempo un negocio grande que no andar a diario con chapuzas. Hoy, para un hombre listo y con carácter, los títulos universitarios sobran... En fin, ya habrá tiempo de hablar despacio. ¡Ea!, es mi hora. ¿Hasta la noche? Si quieres ir por la oficina, todos los días, a las cinco, tenemos tertulia. Ya verás cómo Jaime Urgell te resulta. Para los negocios es un lince y como es de los que dan el pecho... Si necesitas el auto, puedes pedirlo por teléfono.

—No, no; gracias. Hasta la noche.

Al salir don Fermín, Ramiro sintió un descontento de sí mismo, que no tardó en crecer casi hasta la ira. La armazón secreta de su casa aca-

baba de revelársele. Dispersos recuerdos infantiles se precipitaron hasta formar una cadena que venía desde su niñez; y comprendió que su padre no había comido porque otra mesa debía de aguardarlo fuera, y que su contento de última hora provenía de haber comprado su complicidad tácita.

Cuando, poco después, entró su madre a decirle, entre mimos, que la prima Ermitas estaba muy contenta porque «le gustara» tanto la empanada, observó sus facciones envejecidas y sintió hacia ella una piedad que no excluía la cólera. ¡Aquella pobre había sido la víctima del egoísmo paterno! Después de marchitar su juventud, hizo de ella la criada a quien no se paga; la que cuida los achaques y sufre las intimidades bochornosas a cambio del pan; la que ha de ser casta y económica mientras en la calle se compra el placer con el dispendio... ¿Era del padre toda la culpa? Tal vez no. La vocación humildosa de su madre, su inhibición de la vida familiar, habían acentuado las divergencias. Todos eran culpables.

Y sentado a los pies de su madre en un taburetito, sintió anhelos de pedirle perdón y de

achicarse para volver a adquirir a sus ojos algo de infantil. Ella lo miraba con sonrisa beata, cual si el anhelo se realizara entre brumas de ensueño. Entonces, él quiso consolarla, sonsacarla:

—Tú no eres feliz, mamá... No me lo niegues...

—Ahora sí, neniño... Ahora estás conmigo... para siempre... ¡Te tengo llorado tanto, pensando en ti!

Un instante, Ramiro pensó que la confesión iba a sobrevenir; pero el tono quejumbroso conservó el carácter abstracto y las acusaciones que parecían querer concretarse, se diluyeron. La queja venía de Galicia, más aun que de sus individuales sinsabores. La infidelidad y el despego eran tan antiguos, que su madre había adquirido por ellos una naturaleza misteriosa donde la facultad de deformar las realidades recibía, a veces, vago reflejo sentimental que llegaba a confundirse con la inteligencia, sin poseer ninguno de sus atributos. Pasábase largas horas con Ermitas hablando de la «terriña», que ya apenas si conocían ambas; y merced a un poder de mentira suavísimo, casi poético, perfeccionaban los recuerdos y llenaban el futuro de in-

verosímiles quimeras. Doña Vicenta hablaba de sus hijos muertos, atribuyéndoles palabras y acciones impropias de la edad en que dejaron la vida; proyectaba todos los otoños un viaje a Pontevedra, que luego, al llegar el estío, posponía bruscamente para el otro verano. Envueltas en una atmósfera de ilusión, de ilusiones estúpidas de pobres mujeres sin fantasía, llegaron a la perfecta voluptuosidad del desear, haciendo del deseo un fin, no un camino. Este estado de gracia y de esperanza era enemigo de los hechos, por gratos que fuesen.

Ahora mismo, aquel hijo tan soñado, con el que tantas veces hablara en coloquio imposible cuando estaba lejos, parecíale un nuevo ser, y casi le inspiraba rubores de persona desconocida. Y es que en las meditaciones de su corazón todos le daban la respuesta apetecida con las mismas inflexiones de la pregunta, mientras que en la realidad, la voz, los gestos y el sesgo inesperado de las respuestas la intimidaban. Ermitas concluyó por parecerse a ella, y ambas tramaban planes, y en medio de las conversaciones solían sonreírse con sobrentendidas sonrisas o aludir a cosas para todos insospechables.

Mirándola durante un silencio saturado de anhelo, Ramiro se dió cuenta de algo hasta entonces obscuro para él: su viaje a Inglaterra fué decidido por don Fermín precisamente la tarde en que le preguntó tres veces seguidas, más por infantil curiosidad que por malicia, «que quién era aquella señorita que los había saludado en el paseo». Y al comprender que fué expulsado del hogar, amputado del hogar, como un posible estorbo, sintióse algo cómplice del desvío paterno y del desarrollo de aquel egoísmo que había concluído, ahora lo veía claro, por creerse irresponsable. El egoísmo de todos deshizo su casa. También las que comenzaron por ser víctimas, eran hoy egoístas a su modo. ¡Y él lo era asimismo y lo fué siempre! Su vida muelle en Inglaterra, su falta de ternura para no echar de menos la tibieza familiar, su sensualidad indolente que dejó resbalar el tiempo hasta cuajarse en años—¡casi once años!—sin regresar junto a los suyos, adquirían negra densidad de delitos. En el marco de esplendor de su casa, las figuras de su madre y de la prima Ermitas, parecíanle imágenes raptadas de algún cuadro humoso de la Galicia aldeana que no mira al mar. Y cuando, sin-

tiéndose de súbito a solas, se levantó, fué a la cocina y las vió atareadas y risueñas en el ajetreo doméstico, dióse cuenta de que aquellas dos mujeres que parecían no incriminar por timidez, y que ponían el tono de queja hasta en las palabras más fútiles, habían concluído por ser dichosas.

Sí; eran dichosas ellas porque soñaban; era dichoso su padre porque vivía; era dichoso el primo Jenaro porque sabía esperar... El único desdichado era él.

Salió a la calle con el pensamiento turbio y los músculos adormecidos, como si hubiera comido con exceso o dormido mal. Ya fuera, la luz, que daba a las callejas peores y a los edificios más mezquinos anchurosidad y alegría, envolviólo en una caricia dorada. Las brumas interiores fueron barridas por el sol; y, a paso rítmico, complaciéndose en la renaciente elasticidad de su ser, encaminóse hacia el centro de la ciudad.

Una sensación, a la vez arbitraria y lógica, de estrenar su vida, de ser un hombre nuevo ape-

nas relacionado con el Ramiro que vivió hasta entonces, hacíale de vez en cuando sonreír. El cielo, de un azul blanquecino, fué para él optimista, pagano. Al cruzar Recoletos, el susurro de la arboleda, los ojos, las bocas y los bustos de las mujeres, exaltaron también en su alma la sensación primaveral. Nadie iba de prisa; todos parecían pasear y gustar con filosofía simple y profunda la dulzura de ir por la vida sin la tiranía inmediata de ningún dolor. El sombrío tráfago de Londres, la codiciosa actividad de París, adquirieron, en el contraste, perfiles de pesadillas. La vida debía ser así... Él mismo, ¿por qué iba tan rápidamente? Se puso a marchar a compás de un viejo, poseído de la idea de que la alegría de Madrid era suya y de que aquella falta de prisa jadeante que debía de dar en Madrid aspectos de recreos hasta a los negocios más ásperos, era un tesoro perdido por su raza que él acababa de encontrarse... Su madre, la prima Ermitas, don Fermín, saltando en su conciencia el orden del tiempo, esfumábanse en una distancia remota, hasta perderse casi más allá de la niñez; el primo Jenaro apenas existía; Jaime Urgell era sólo un puntito negro, leve sensa-

ción de obstáculo como la de los puntiagudos adoquines que, de tiempo en tiempo, parecían decirle: «No siempre podrás ir sobre la ciudad con la fantasía... Será preciso también contar con nosotros.»

Entró en un café. El aire enrarecido de humo y de emanaciones de alcohol; el risueño apasionamiento de los diálogos, las exclamaciones, la familiaridad de los camareros con los parroquianos, pareciéronle pintorescas cifras de una vida despreocupada. Ausente ya de su espíritu la idea del vivir duro que Vasconia y Castilla le diesen, todo lo juzgaba muelle, sensual. Madrid, más sabia que otras ciudades vanidosas, no ignoraba que el misterio potente de la simpatía triunfa de la belleza y del bien, y defendíase con él de los ajenos progresos. El pavimento, las malas comunicaciones, las dificultades casi artificiales para poner un telegrama, para certificar una carta o lograr un coloquio telefónico, eran minucias que chocaban el primer día y que después olvidábanse para siempre... El sol de Madrid vencía a todos los ingenieros y arquitectos del mundo. ¿Cómo habían edificado los hombres ciudades en tierras inhóspitas? ¡Qué bien

debía de vivirse en España! La calle de Alcalá, el hervir de esa marmita ciudadana que se llama la Puerta del Sol, y las vías que, a modo de trébedes vivas, la sostienen sobre el centro de Madrid, lo acogieron con familiar tumulto. Nadie hablaba quedo; habíase llegado ya a una especie de comunismo de las conversaciones, que se arrebataban unos a otros...

Ya no iba a pasos seguros, sino dejándose llevar por la marejada, abolido por completo el pensamiento, esponjándose en un bienestar físico de latino preso muchos años entre la niebla y los diálogos sin expansión. Subconscientemente encaminábase hacia la calle de Postas para descender por la plaza Mayor hacia la calle de Toledo y adentrarse en Puerta Cerrada y la Cava Baja, lugares hasta donde llegaban sus recuerdos infantiles. Debía de andar con aire atónito, delator, porque cerca de la plaza de Santa Cruz, un hombre de tan ingénita prestancia que triunfaba del astroso indumento, siguiólo hasta emparejar con él y ofrecerle misteriosamente la venta de un brillante magnífico. Con brusco tránsito, había sobrevenido el crepúsculo, y la ciudad adquiría un aspecto pobre,

casi sórdido. Sin la magia del sol, hacíase patente la incuria de los hombres y su ingratitud con los dones de la Naturaleza. Algo caduco, como polvo de una gran fuerza destruyéndose, flotaba lo mismo en la menguada suntuosidad de los escaparates que en la lobreguez de los portales. Vió ardientes miradas de deseo sin esfuerzo; vió miradas de claudicación; vió mendigos, mendigos, mendigos... Y él, que poco antes se habría dejado engañar por aquel nieto de Monipodio, crispó el puño y lo despachó con palabras sin réplica. En el reloj de la posada del Peine pudo ver que eran ya las seis. Y, amargamente, comprendió que se le había hecho tarde para todo.

Un mal humor, repentino como la noche que ya estrangulaba al crepúsculo, disolvió su anterior optimismo; y su vida apareciósele a modo de problema antipático, difícil. ¿Qué iba a hacer? Preveía desavenencias con su padre, tedios con aquella pobre soñadora de mezquindades que lo había llevado en su vientre, discrepancias consigo mismo, repugnancia de Jenaro y de la prima Ermitas.

Madrid antojósele de pronto una meta sin más

allá, un término estéril. ¡Y lo que él había deseado llegar! Quizás fuese así todo en la vida.

Para no pensar más, decidió ir a la Peña y al Nuevo Club, en busca de algunos aristócratas para quienes traía cartas de nobles ingleses compañeros suyos en el *Trinity College;* pero las cartas estaban aun en la maleta y hubo de desistir. Volvió a pasar por el café donde entrase poco antes, y al ver, al través de las vidrieras, las mismas caras y el mismo manoteo baldío, se dijo: «Aquí un café no es un sitio donde restaurar el estómago, sino un cementerio de tiempo»; y toda la anterior simpatía trocóse en despego. Sin saber qué hacer, tomó un coche, ordenando al cochero que lo llevase sin rumbo, y al poco rato asomóse a la ventanilla y gritó la dirección de la oficina de su padre. Cuando llegó, ya no estaban los empleados y don Fermín y Jaime Urgell se disponían también a salir.

—Llegas a tiempo—le dijo su padre.

—A tiempo, no—corrigió Urgell con acento catalán que se obstinaba en achular—. A tiempo hubiera llegado media hora antes: la mecanógrafa estaba loquita por conocerle.

—¡Caramba!

—Es guapa, no crea... Y hasta honrada; hay que dictarle lo menos a un metro para que no se enfade.

—Yo tengo que hacer aun varias cosas—terció don Fermín—; pero puedo llevarte en el auto, a no ser que prefieras irte con Urgell.

—No; gracias.

—Hace usted bien. Su padre tampoco quiere venir nunca en mi coche. Tiene miedo a morir vestido.

Bajaban ya, y, en la penumbra de la escalera, Ramiro vió la sonrisa petulante de Urgell y sintió ira. Detrás del panzudo coche paterno, el de carrera alargaba hacia el motor todas sus líneas, cual si quisiese acabar en punta y convertirse en proyectil para mejor matar las distancias. Ya su padre había abierto la portezuela, cuando Ramiro resolvió:

—¡Ea! Me voy con usted. Así dejaré a papá más libre.

—No, por mí...—balbució don Fermín—. Te advierto que no es nada agradable ir con este loco... Es para lo único que no tiene la cabeza en su sitio. En fin, lo que tú quieras. Ya sabes que a las nueve y media cenamos.

—Pues si no me ha matado antes el señor Urgell, allí estaré.

El coche, cual si todos los caballos de su motor se enardecieran al halagarlos la mano del dueño, tuvo un repentino sobresalto, y arrancó, dejando en seguida detrás la limosina, desde donde don Fermín decíales adiós. Ramiro se puso los guantes, se encasquetó el sombrero, juntó rígidas las piernas a un lado para no estorbar las maniobras, y dijo con tono displicente:

—Es un «Mercer», ¿verdad? Son muy bonitos, pero no corren gran cosa.

—¿Que no? Ya lo probará usted... Y eso que ahora, de noche... Además, no quiero asustarlo la primera vez, y que en su casa me excomulguen. Doña Vicenta y su primita hablan de usted como si fuera un niño.

—Pues ya ve usted que no lo soy... ¡Es lástima que no se pueda correr por ser de noche! Pero cuando usted lo dice... En fin, haga igual que si yo no estuviera: si quiere correr, corra; y si no, a su gusto.

Durante un rato, el automóvil tuvo alternativas de lentitud y rapidez, detenido por obstácu-

los entre los cuales escabullíase con tal precisión, que parecía algo vertebrado, capaz de plegarse instantáneamente a las más bruscas curvas. En el parabrisas, Ramiro veía los ojuelos de Jaime Urgell bajo la frente estrecha, y la boca, un poco contraída, iluminada de tiempo en tiempo por la brasa del cigarrillo. Las dos manos, apoyadas apenas en el volante, imprimían a las ruedas delanteras el movimiento justo. Casi en seguida, las calles populosas quedaron detrás, y avanzaron por la de la Princesa a internarse en las frondas del Parque del Oeste. Apenas la mole antipática de la cárcel perdióse entre los árboles, Urgell encendió los faros y oprimió el acelerador. Las dos bocas sonrieron entonces, y todo el busto de Urgell tendióse hacia adelante en el esfuerzo de llegar con la vista hasta el límite del resplandor corto e intenso envuelto por la vasta sombra nocturna. Sin la trepidación, sin el aire cortante, sin el fugitivo troncharse de algunas ramas y el cambio de dirección, que echaba un cuerpo contra el otro, a veces hubiesen parecido inmóviles. Fueron unos minutos eléctricos, hondos, durante los cuales la Muerte debió de estar junto a ellos sorprendida

y paralizada por lo estúpido de aquel desafío. De pronto, un brazo de Urgell se desprendió del timón, crujió el freno, y el coche se detuvo. Ramiro domó la instintiva agitación de sus músculos y de su ánimo, y Urgell anunció:

—Estamos en El Pardo... De noche no se puede correr más. Sin embargo, en un momento hemos hecho ciento tres a la hora. ¿Le parece poco?

—No está mal.

Ramiro comprendía que era imbécil aquella mutua e hipócrita majeza, mas no podía encontrar otro tono. Sin motivo, hubiera abofeteado allí mismo a aquel hombre que el día antes estaba fuera de su vida. Su aire de jaque, su repugnante olor a perfume, apenas si eran innecesarias justificaciones a la enemistad sentida ya plenamente al bajar del tren; enemistad que parecía venir de un trato remoto, anterior a todos sus recuerdos. Mientras daban la vuelta muy despacio, a causa de la estrechez del lugar, el catalán dijo:

—Si no se asusta usted de ver una mujer guapa, lo llevo a la Cuesta de las Perdices. Me espera allí a tomar el aperitivo. Es mi amiga.

—Estoy a sus órdenes.

Regresaron despacio. La luna comenzaba a desprenderse de la dentada serranía y a platear los pinares. Crujían las ramas. La atmósfera estaba fluída, tibia, transparente. Una cigarra, sin tener en cuenta el calendario, anticipaba el estío con su exaltado estridular. De tiempo en tiempo, una vaharada de gasolina infestaba el aire saturado de fragancias silvestres...

Al torcer por el puente para tomar el repecho, otro automóvil quiso tomarles la delantera y estuvieron a punto de chocar. Urgell insultó al chofer con palabras soeces; y cuando se pararon frente al merendero, quiso pegarle:

—¡Hombre, déjelo usted! La culpa ha sido también nuestra.

Las dos señoras que ocupaban el otro coche mediaron también, y Ramiro juzgó que el incidente no merecía tal acritud y que, después de las explicaciones y exhortaciones, Urgell daba prueba de mala educación al insistir. Además, había amenazado con exceso. ¡Ah, si hubiese sido él el chofer!...

Entre los recortados macizos, las luces realzaban las manchas cuadrangulares de las mesas.

En una de las más apartadas aguardaba la amiga de Urgell. Era casi rubia, de belleza linfática. Al ponerse en pie para recibirlos, Ramiro notó su delgadez y el desmayo melancólico y sensual que caía de sus ojos y envolvía toda su persona. Debía de tener veinticinco años. Como él marchaba algo detrás, ella acogió a Urgell con frases de reproche:

—¡Ya te estabas peleando con alguien!

—Nada, un chofer. ¡Si no llega a venir conmigo el señor!.. Mi amiga Isabel Romero, «la Pálida», por bonito nombre... El señor Ramiro Ochoa, hijo de don Fermín.

—¡Ah!... Tanto gusto.

—Champán y unas lasquitas de jamón serrano—ordenó al camarero.

Mientras servían, la conversación tuvo algo de retenido. Había en los tres un visible esfuerzo de tanteo. Urgell se levantó y los dejó un momento solos, diciendo al volver que había ido a pedir por teléfono un auto. Al quedarse frente a ella, sin testigos, Ramiro tuvo una cortedad de colegial. También Isabel debió de sentir encogimiento porque rehuyó mirarle y apenas respondió a sus escasas palabras. Él observó que tenía elpelo

pintado, y se puso a imaginársela con su pelo natural, castaño sin duda, como las cejas. Esto era lo único que faltaba para completar el hechizo que tejían las pupilas ambarinas, la carne lechosa, la sonrisa, y algo sincero, cordial, «honesto» que se emanaba de su mirada y de su mutismo. ¿Sería una profesional de las caricias? No; no tenía ese aire. Sin embargo, el estar con Urgell y las palabras y la conducta de éste parecían decirlo. ¡Qué lástima! Algo fino, pudoroso, añadíale la sal de la suprema gracia femenina, cuyo ápice óptimo al igual del de la poesía, consiste en sugerir a quien la mira y gusta que para él, preferentemente, son sus dones. Ramiro, a quien habían repugnado algunas mujeres groseramente morenas vistas por la tarde, comprendió que aquél era el tipo perfecto equidistante entre las rubias desteñidas del Norte y la mujer con bozo que sólo despierta una idea animal. Al ver el pasmo ingenuo y complacido de su atención, Urgell preguntóle con dejo sarcástico:

—Qué, ¿parece que no le ha gustado a usted?

—Sí; mucho... Pocas veces una mujer me ha gustado más en menos tiempo. Ahora que... ¿Usted me disculpa una sinceridad, señorita?

Me parece que con su pelo natural estaría mejor.

—Es gusto mío—dijo Jaime—. Antes no se pintaba.

Y ella, como si no hubiera oído el seco tono de propietario impreso por Urgell a su réplica, dijo a Ramiro sonriéndole:

—Usted no se parece en nada a su padre... Estaba usted en Inglaterra, creo.

—He llegado ayer.

—Las inglesas deben de ser sosas y frías, ¿verdad?

—Para el que se enamore de una inglesa, no.

—¡Ah, es que dejó usted novia allá!

—Nunca he tenido novia... De veras... No se extrañen... Como he vivido solo, resulta que he empezado por las novias que no son verdaderamente novias...

—Las queridas, vamos... El señor no es de los que pierden el tiempo.

—No; si no lo digo para alabarme. Todo lo contrario. Hubiera dado dos o tres amigas o queridas, como usted dice, por una sola novia de esas a quienes se escriben cartas y de las

que se guarda un mechón de pelo que se besa a escondite.

—¿Es usted romántico?

—Por lo visto...

Urgell pagó, sin que Ramiro disputase por ello, y un camarero vino a decir que ni en el Casino ni en el Círculo de Bellas Artes había automóviles. Ramiro comprendió que estorbaba, y propuso:

—Lleve usted a la señorita y vuelva a buscarme, o mándeme un auto de alquiler.

—Tú debiste decirle al chofer que te esperara—reconvino el catalán.

—¡Cómo iba a suponer que no venías solo!... No sabe una cómo entenderte.

—Mire: suban ustedes y yo me acomodo detrás, agarrado al neumático de recambio. Otras veces he ido peor—dijo Ramiro.

—Pero se va a poner perdido el traje.

—Además, hace falta tener buenos puños.

—No importa... En cuanto a mis puños, le aseguro que son excelentes.

—Bien; suba. Puesto que no queda otro remedio... Ya me dispensará.

—Qué, ¿va usted bien?

—Casi mejor que vine. Por mí, puede correr y todo, señor Urgell.

Con los pies apoyados contra un guardabarros y sujeto al respaldo de los asientos, emprendió Ramiro el retorno. La noche era tibia, profunda. Por entre los troncos y tras el calado innumerable del ramaje, brillaba la plata lunar. De tiempo en tiempo, Isabel volvía la cabeza para hablar con Ramiro, y él sentía, al través de la fría seda de la manga, la tibia seda de la piel. En la sombra percibía su perfil, los rizos alborotados del cuello, el fulgurar de las pupilas, la fresa mustia de los labios; y a pesar de ser tan tenue, su olfato distinguía el efluvio imantado que se exhalaba de ella, del olor resinoso de los pinos, del olor a tomillo, del olor a bencina y del perfume insistente de Urgell.

Cuando entraron en la ciudad, algunos se volvían a verlos. Al llegar a casa de Isabel, Ramiro tenía el cuerpo adolorido; pero el alma, poco antes hastiada, estaba ligera, y cuerpo y alma hubiesen deseado seguir el viaje.

Urgell lo condujo luego a su casa, donde le esperaban algo intranquilos. Su madre y la prima Ermitas habían sufrido ya con la imaginación su «accidente», sin atreverse a decirlo en voz alta, por miedo a la cólera burlona de don Fermín.

—Éstas querían mandar a Jenaro a buscarte. Qué, ¿lo has pasado bien? Te habrá llevado como un torbellino. Ese Urgell...

—Ese *demo*...

Una mirada despótica guillotinó la frase. Cenaron, y don Fermín volvió a salir en seguida.

—Yo prefiero acostarme pronto. Estoy fatigado aun—dijo Ramiro al declinar la invitación paterna.

Al quedarse solos, en un momento en que la prima Ermitas estaba en la cocina, Ramiro acarició a su madre y le preguntó súbitamente:

—¿Por qué te es tan antipático ese Urgell, mamá?

La mujer se perdió primero en tímidas negativas, luego en una explicación turbia. Ramiro desentrañó de sus circunloquios, que había entre su madre y Urgell el antagonismo de la re-

gión de la *saudade* con la región del dinamismo utilitario; causa abstracta, más fuerte que todas las causas concretas, aun cuando la pobre mujer esforzábase en desmentirla diciendo que «le era cargante porque llamaba a los niños del piso segundo—a los que ella suponía ilusionadamente *seus filliños*—la canalla».

III

Poco a poco el deslumbramiento, la solicitación de los aspectos de su nueva vida, cesaron, y dejó de ser el hombre en viaje para considerarse obligado a no mirar el panorama a modo de recreo, sino como larga prisión.

Madrid iba a ser su escenario, y los personajes de su recobrada familia, y los que iba conociendo por ellos, sus compañeros más cercanos de farsa. Una voluntad de encontrar un eje a su vida, de regirla por normas que no sólo satisficieran sus sentidos, más también su conciencia, larvábase en él y avanzaba hacia la plenitud, sin reposo. Varios días nublados constituyeron el último istmo por donde su sér pudo ir a las remembranzas de su vida en Inglaterra. Y al llamear de nuevo el sol, aislóse en el presente y le volvió la espalda al pasado. Lo práctico no era recordar, sino inducir; puesto que en su

existencia anterior no hallaba experiencias, necesitaba considerar el fugitivo «hoy» igual que otro «ayer», y aguzar el entendimiento hacia el «mañana» para no encallar y perderse en él lo mismo que se rompe un navío contra la costa rocosa velada por la bruma.

A veces, antes de dormirse, o en el breve espacio que mediaba entre el despertar y el aseo, ponía en orden sus juicios acerca de personas y hechos, cual reflexivo caudillo que revalúa los factores antes de empezar la batalla. Su madre y Ermitas no exigían recapitulación alguna: eran seres rudimentarios, pobres almas sietemesinas, soñadoras de entumecidas alas que ni lograban asentarse sólidamente en el suelo ni rebasar las tejas. Su padre era un compuesto de burda malicia, de sensualidad y de egoísmo: parecer joven y vivir la ilusión de que gozaba con su dinero y con los prodigios más modestos de la química de placeres juveniles, formaba, con su egolatria sin rebozo, los extremos del vástago rígido de su carácter. El primo Jenaro, gran tesón e inteligencia tartamuda, trabajaba sin tregua, con atenta fidelidad de can que espera, tras la fatiga y los puntapiés, ver abrirse la

marmita misteriosa de un testamento. Con su actividad, con su adhesión, hubiera podido vivir de cualquier trabajo en mejores condiciones, pues había de soportar el despotismo de don Fermín y ni siquiera, podía salir de noche, ya que las mujeres tenían miedo a quedarse solas; pero aquel cebo de la herencia, puesto en el futuro, hacíalo, como a tantos logreros, ser víctima del propio engaño y dar por una incierta fortuna el óbolo indudable de su labor y el sacrificio de su juventud sin expansiones. Era fornido, ordinario; al verlo, pensábase en el arado, en los pardos surcos devoradores de energía. Sus manos de jornalero, hábiles para los menesteres más dispares, buscábanse siempre una a la otra: hechas a ayudarse en la faena, gustaban de soportar juntas las difíciles posiciones de la holganza. En la cara, una mancha de nacimiento congestionábasele a la menor emoción, delatando combustiones recónditas que su carácter no revelaba nunca. Hablaba despacio, sin dejar de mirar al interlocutor atentamente, repitiendo algunas palabras, ya para dar tiempo a las ideas, ya para descubrir mejor si debía proseguir o replegarse. El hábito de adulación concluyó por

dar a sus opiniones un tono retráctil y ambiguo. Decía primero lo sustantivo, y, luego, cuando estaba seguro de no contrariar, adjetivaba con hipérbole. Aquel contrasentido entre su exterior de hombre simple y su carácter, lo hizo antipático a Ramiro.

Una sola persona de la familia quedábale por conocer. No había oído a nadie referirse a ella. El recuerdo le vino de improviso durante la comida, y preguntó:

—¿Y el tío Abelardo? ¿No vivía en Madrid?

Doña Vicenta se puso a parlotear con torpe disimulo, como siempre que algo podía contrariar a su marido, y Ermitas y Jenaro esquivaron también la respuesta. Don Fermín respondió:

—Sí; aquí vive... Tan chiflado como siempre, y más viejo. Por cierto que tú te pareces mucho a él cuando era joven; y ¡ojalá que ese parecido sólo sea en lo externo! Creo que en una especie de palomar, cerca de la Moncloa, está con sus miserias y sus manías... A mí nunca me cayó bien.

—¿Es que no lo tratáis?

—No. Mejor dicho: él es quien no nos trata. Nunca intimamos mucho; pero hace tres o cua-

tro años la cogió con venir a contarles a éstas no sé qué calumnias sobre mí, y tuvimos unas palabras que él tomó demasiado a lo vivo. Eso no quiere decir que tú no puedas verlo.

—¡Claro, ya lo supongo!

Como siempre que había ocasión, Ramiro reivindicaba su derecho a proceder en hombre libre. No es que pensase visitar al hermano de su madre; pero ya aquel modo de borrarlo de la familia, tendía entre ambos un hilo de simpatía. El oír que se parecía a él, fortificó aquel hilo sutil.

Mientras proseguía la comida en un silencio embarazoso, Ramiro recordó que el tío Abelardo fué en su juventud aventurero y hombre de contradictorias aptitudes. Parecíale haber oído decir que dilapidó en poco tiempo el dinero ganado en mucho, y que sólo era avaro de su independencia, que defendía como un erizo, en una quietud reacia a todo intento de socializarlo, y espinosa a cada indicio de ajena intromisión. De súbito, recordó también que el tío Abelardo era su padrino y, supersticiosamente, complacióle suponer que no sólo habríale transmitido algunos rasgos fisonómicos. ¡Ojalá estu-

vieran dormidas en su alma aquella energía alegre, aquel carácter invertebrado, aquella especie de salvajismo inédito para enfrentarse con todos los problemas libre de prejuicios y de temores! ¡Ojalá estuvieran dormidos para despertar a la primera voz de alerta y atropellar obstáculos y romper ligaduras, y repeler el beleño sutil!... Estas virtudes viriles constituirían los dones óptimos. ¿Por qué? No era vanidoso capricho el que le hacía desear las armas del alma, no. Era un presentimiento claro como un hecho; era una obsesión de vidente.

¡Bien derrochado tu dinero, padrino; bien gastada hasta la última dobla, sin pensar en dejar por heredero al niño bautizado bajo tu égida! Pero cuando le viste hacer, al obligarle a probar la sal, el primer gesto de protesta contra las imposiciones familiares, ¿pensaste en dejarle en herencia las fuerzas irreductibles de tu alma?

Todo lo inclinaba al augurio de una vida muelle, de señorito rico; y sin embargo...

En cuanto don Fermín salió, Jenaro, luego de tanteadores balbuceos, dijo confidencial:

—Al tío no le gusta hablar de él... Yo no digo que sea malo el tío Abelardo, ¡quia! Raro, sí. Vive en la última casa de la derecha, por s quieres ir a verlo.

—Bien quisiera que fueses un día, suspiró doña Vicenta; pero sin que tu padre lo sepa. Yo muchas veces pensé escribirle, mas no me atreví. Es mi único hermano.

—Pues vamos a verlo juntos. Sin escondite.

—¡Oh, no!

En la cara arrugada hubo una tensión de pavura. Ramiro no quiso discutir. Sus palabras no henderían siquiera la sumisión idolátrica en que don Fermín llegó a petrificar las relaciones entre los suyos y él. Calló un minuto; luego, devanando la hebra de una idea, preguntó:

—¿Cuánto tiempo hacía que no salías a la calle el día que vine, mamá?

—No sé, mucho. No salimos nunca... Nos emperezamos y... ¡No es que a tu padre no le guste, no!; pero...

—Así estáis.

Jenaro pretendió decir unas palabras, tras cuya confusión se vislumbraba el deseo de defender a don Fermín de cualquier inculpación posible. Ramiro lo miró fríamente, hasta hacerlo callar. Luego se levantó y fué a encerrarse, malhumorado, en su alcoba.

Al abrir el balcón que daba al patio, advirtió que uno de los visillos del piso superior aleteaba, y tuvo la certeza de que Victoria Soler estaba en acecho. Victoria era la hermana mayor de la caterva de chicuelos a los que doña Vicenta llamaba *seus filliños*. Era una muchacha preciosa, recién salida del internado, adonde la llevaran al quedar huérfana de madre. Tal vez fuese un poco menuda y, quizás también, algo procaz de los labios y voraz de los dientes, pugnara en ella con el oro angélico del pelo y con el recato de los ojos, que sólo miraban a saetazos furtivos; mas la armonía de sus proporciones, la turgencia elástica de su carne y la fragancia que se exhalaba de toda ella, atraían la mirada y el gusto. Su belleza, y su elegancia algo llamativa, empezaban a ser popular ornamento de los tes de los grandes hoteles y de los cines y paseos, adonde no faltaba nunca, som-

nolentemente custodiada por una señora de compañía. Murmurábanse de ella cosas increíbles. Según algunos, o era tonta o sabía demasiado. Siempre, frente a la casa, algún mozalbete medía incansable las aceras con la vista fija en los balcones. La familia, de buena posición económica y pujos aristocráticos, estuvo muchos años sin tratar a la de Ramiro, y cedió al fin, a una especie de trato clandestino por la liberalidad de doña Vicenta con los pequeños, sin que don Fermín y el padre de Victoria hicieran otra cosa que saludarse cuando se encontraban.

Ramiro no pudo dejar de sonreír al notar el temblor del visillo; desde su llegada, al enjambre infantil habíase sumado Victoria, y, a veces, rompiendo la cándida greguería del grupo, su mirar venía ardoroso y oblicuo a ceñir su traje para deleitarse en suponer su fuerte complexión de gimnasta. Y él sentíase ruboroso, casi desnudo, ante aquellos ojos innatamente pervertidos, en donde aún debiera persistir la casta blancura de las tocas; y al oírla hablar con mimo y torpeza infantiles, pensaba que, todavía, la boca no había tenido tiempo de aprender las palabras que necesitaban sus instintos para expre-

sarse, y que aquella divina fuerza de Satán sobre la tierra, tendría siempre, no por cálculo, sino por idiosincrasia, dos personalidades distintas: una ante las gentes, y otra ante el hombre a solas.

Ya iba a retirarse del balcón, cuando Victoria asomóse audazmente:

—¿Qué es de su mala vida, Ramiro? Ayer no lo vi.

—Tiene usted razón en lo de mala vida: me aburro.

—¿Tan difícil es de entretener?

—Por lo visto.

—Si hubiera venido al cinematógrafo como casi me prometió... Yo, hasta le di sus señas a la taquillera.

—¿De verdad?

—Le dije: vendrá un señor cheposo, feísimo, con cara de pocos amigos y los dientes negros...

—¡Cuánto lo siento!... Me habría conocido en seguida.

—Cuando den otro episodio, ya le diré por teléfono el número de la butaca... ¿Quiere?

—Con mucho gusto.

Alguien debió de llamarla desde dentro, porque saludó con sonrisa que era casi beso en sus labios, y entró presurosa.

Ramiro, antes de ponerse a pensar en sus turbias preocupaciones, prolongó unos momentos la extraña impresión de aquella charla de muchacha inocente, en cuyo fondo palpitaba algo provocativo. ¿Pensaba, acaso, la mozuela en tender la burda malla de sus insinuaciones para esclavizarlo en uno de esos noviazgos casi tan fofos como el matrimonio mismo? ¡Bah!, muy bonita era, muy atractiva era; pero de nada podían valerle sus arrumacos. Su quisquillosa libertad sabría huir de ella, no como de un arrecife contra el que se puede destrozarse, sino como de una de esas sirtes de arena que no hacen daño y exigen, empero, mucho tiempo para libertarse de su suave opresión.

Tres mujeres parecía poner el destino en la órbita de su nueva vida, y ¡cuán diferentes las tres! Isabel, la amiga de Jaime, la de vida irregular según las convenciones, tenía en torno de su belleza, de sus palabras, de sus anhelos, un inconsútil velo de recato; un vocablo burdo, una alusión equívoca, no suscitaban en ella ese

rubor pariente de la complacencia, sino que ponían en sus labios el gesto inequívoco de la repugnancia. Y no era pazguatería, ni frialdad siquiera. Todo en Isabel evocaba el amor; pero no el amor mercenario: el amor intenso que resiste las grandes soledades frente al mar y frente al bosque; el amor que tiene implícita en su indestructible solidez una ley superior a las amañadas para enfrenar los desmanes del capricho. ¡Ah, aquella mujer, enamorada, cuán poderosa fuerza debía de ser! Ramiro, al verla en su casa, entre el lujo bárbaro impuesto por el catalán, vestida con batas espumosas de encajes, solía decirle:

—Cuando pienso en usted, en vez de verla aquí, la veo en una casa más modesta y más suya, sin esos cuadros, sin esas vitrinas... Con una bata de percal, en lugar de esa tan estúpidamente ostentosa; asomándose a una ventana abierta a un jardincito, para regar tiestos de geranios y heliotropos.

—Ponga usted también pájaros, que me gustan mucho—decía ella sonrojada de placer, cual si recibiese un piropo.

Y él, sin sonreir, añadía:

—Pues sí: una jaula grande... Y en medio del patio una fuente que cante también, y... ¿Me deja usted poner lo principal? Un chiquillo que tuviera sus ojos, que no se pareciese en nada al dueño de esta casa, y que gorjeara como los pájaros y la fuente.

Ella cerraba los párpados para verse dentro del cuadro que su anhelo y las palabras de Ramiro pintaban; y cuando volvía a abrirlos, entre las pestañas, dos lágrimas estranguladas ponían un polvillo brillante.

¡Qué mujer más española, más andaluza, era Isabel! Junto a su recuerdo, las figuras de Victoria o de Teresa Iglesias, la mecanógrafa de la oficina de su padre, adquirían un carácter común de seres sin raigambre de raza. No le hubiese sorprendido hallar a la primera en cualquier te de Londres, de Viena o de París; en cualquier restaurante de no importa dónde; ni encontrar a la otra curvada sobre su máquina de escribir en una oficina de Nueva York, de Roma o de Calcuta. A Isabel, no. Isabeles sólo podían encontrarse en Granada, en Sevilla o en Córdoba. Aquella tez de lirio, aquella alma también con perfume de lirio, propensa

a la melancolía, aquellos ojos por donde pasaban ráfagas húmedas de pasión, de esa pasión siempre sinónima de sufrimiento, vistos donde se vieran sugerían una ciudad blanca, una canción de ritmo desmayado, y lágrimas.

Ni la gracia ávida de la burguesita, ni la reflexiva coquetería de la empleada, despertaban en Ramiro la simpatía pura que Isabel. ¿Sería una nueva forma del odio sentido por el socio de su padre, la divinización de la mujer que él manchaba con su grosería y usurpaba con su riqueza? No. Isabel siempre hubiérale producido la misma admiración. No la deseaba, no le gustaba más su boca, o su nuca, o sus ojos, o sus manos, o su garganta, o la euritmia trémula de su cuerpo, que la boca, la nuca, los ojos, las manos, la garganta y el cuerpo de otras muchas; pero Isabel le gustaba más que todas. Era una admiración de conjunto en la que la esencia espiritual diluía las incitaciones carnales. Al pensar en ella, apenas si reconstruía su figura; y, sin embargo, por sombrío que su ánimo estuviera, penetraba en él un rayo de sol.

De Victoria y de Teresa también solía acordarse; mas sus remembranzas tomaban siempre

rasgos físicos; veía a Victoria subiéndose lentamente la falda para mostrar las piernas o ahuecando el escote de la blusa para que las miradas se precipitaran por la pendiente lechosa del cuerpo. A Teresa la veía con su traje ceñido, extendidos los brazos por entre los cuales avanzaba el pecho túrgido sobre el teclado. Era alta, morena, de cabeza estrecha puesta con garbo sobre los hombros. El pelo, multirrizado en bucles menudos, dábale a veces aspecto de muchachuelo. Al sonreír mostraba los dientes impecables; mas cuando no la observaban, estaba siempre seria... Bien se veía que su cabeza no era, como en tantas otras, viva percha para colocar el sombrero: debajo de los rizos negrísimos y detrás de la frente, el pensamiento velaba... A Ramiro gustábale charlar con ella. Su atractivo era de esos que cada vez cautivan más. De manos y pies menudos, tenía en el color marfilino, en los movimientos, en la boca de finísimo trazo y en los ojos grandes de córnea casi azul y pupilas que a ratos parecían pizarrosas y a ratos negras, algo quebradizo que daba ganas de acariciar con caricia que habría empezado por ser inocente y que no habría podido

concluir sin inflamarse. Todo en ella era continencia, premeditación. Sabía hacer comprender que con ella nadie se podría propasar. Sin embargo, aun cuando llevaba ya más de un año en la oficina, nunca los hombres dejaron de sentir su influjo sensual. La empleada no eclipsaba jamás a la mujer. A veces, con rápida cautela, sus ojos apartábanse de la copia para ir a encadenar la mirada de algún visitante. A Jaime y a don Fermín no los miraba nunca. Urgell decía de ella:

—Es una máquina de calcular que, en vez de patas, tiene las piernas mejor torneadas de Madrid. La pobre está más anémica que un espárrago. ¡Debe de haber pasado unas crujías!...

—Es muy lagarta—añadía don Fermín—. Quiere comprar con un momento la tranquilidad de toda la vida... Lo malo es que se le pasa el tiempo y no encuentra con quien hacer el cambio.

Ramiro terció:

—Pues hace bien. No todo se ha de comprar con cheques. Ésta pone por precio un sacramento, y como sabe trabajar y sabe resistir a las tentaciones—¿verdad, papá?—, quién sabe si

después de todo fuera un buen negocio dejarla salirse con la suya.

—Antes debajo de un tren, amigo—gritó Urgell—. A mí no me importa que en mi casa entren todas las mujeres que quieran, pero sin baúles... Usted que es soltero y trae de Inglaterra costumbres puritanas, anímese. Ella hace por usted lo que no le hemos visto hacer por nadie. Así que...

—No, gracias.

—¡Ah!, como que las buenas ideas sólo sirven para hacer sermones.

Y don Fermín y Jaime prorrumpieron en carcajadas, cual si se hubiera dicho lo más grotesco o lo más ingenioso del mundo.

Estas eran las tres mujeres puestas en la zona inmediata de su vida por el destino. Había otra también; otra que lo miraba a hurtadillas, más a hurtadillas aun que Teresa, que pensaba en él más que Isabel, que lo sonsacaba más que Victoria; que le limpiaba los zapatos, le cepillaba los trajes, se sofocaba preparándole postres y sostenía con él, desde hacía muchos años, un

incompleto coloquio de amor. Pero sus palabras, torpes y tímidas, su aire doméstico, y hasta su carne, que la falta de aseo y una gordura temprana hacían parecer la de una de esas criadas que se besan un mediodía de primavera, en la obscuridad de un pasillo, luego de haber estado largo rato deseando a otra, lo impelían a la injusticia de no acordarse de ella. Y si alguien le hubiese descubierto de pronto: «Esa mujer te quiere», de seguro Ramiro habría contestado con ingenua crueldad: «Pero... ¿es que la prima Ermitas es una mujer?»

IV

La imaginación de Ramiro debía de haberse atrofiado en Inglaterra: no acertaba a comprender bien el mecanismo de la oficina de su padre. La palabra *negocio* adquiría para él, al oír hablar a don Fermín y a Urgell, un sentido viscoso y elástico. Antojábasele etiqueta encubridora de algo que, si no siempre suponía delito, muchas debía de ser falta. Los libros del escritorio, las cartas copiadas por Teresa, las notas de los archivos, eran harto incongruentes para imaginar por su lectura una empresa orgánica capaz de resistir severo examen. Sin embargo, don Fermín debía de ganar mucho, ya que tanto se ufanaba de su riqueza. Aquella enorme caja de hierro llena de carpetas sin rotular, guardaba, con sus pestillos cautelosos y la cabalística combinación de su cerradura, secretos que Ramiro entreveía con adolorida sospecha.

En los círculos adonde el tedio de los primeros días empujó a Ramiro, y en donde las cartas traídas de Oxford fueron ganzúas mágicas, lo consideraban heredero de cuantiosa fortuna; y hubo indiscretos encargados de anunciarle que, de durar la guerra otro año, multiplicaríase hasta lo fabuloso su patrimonio. Esto, en vez de complacerle, suscitaba en él una ira recóndita. ¿Lo juzgaba su padre demasiado torpe o demasiado probo para interesarle en sus empresas? Supo de sus contratas, de sus contrabandos, de sus usuras, indirectamente. Cada vez que, bien de sobremesa, bien en la oficina, orientaba la conversación hacia cauces confidenciales, don Fermín, con presteza de zorro, cortaba así:

—Ya tendrás tiempo de enterarte... Tú gasta, no te prives de nada, alterna... ¡Para eso lo he ganado yo!

Y él se sonrojaba, y seguía el consejo con encono, poseído de una especie de rencor al dinero. En La Peña y en El Nuevo Club, no tardó en hacerse notar. Su arrojo y destreza en varios partidos de polo le granjearon admiraciones y amistades aristocráticas. Hubo de dar las señas de su sastre en Londres a varios marqueses y de

pasar horas de tedio en los palcos del Real y en el campo de *golf* de Puerta de Hierro. Llegó a identificarse tanto con la vida de los autómatas blasonados, que disfrutó durante días enteros la paz de no pensar. Pero, a veces, el resorte del pensamiento disparábase repentino, y era un pliegue torvo entre las cejas, un regusto de náusea en los labios, un taconeo violento, cual si el áspid de las renunciaciones estuviese bajo su bota. Todas las noches, al retirarse a su casa, se decía: «Esta vida es imbécil... Los nobles que trato o tienen mentalidad de mozos de cuadra o de monos de los menos justificadores de la teoría de Darwin... Es preciso sacudirse.» Pero algo enervador carcomía su voluntad y retrasaba sus decisiones. Por otra parte, la envidia de Urgell lo indemnizaba del propio descontento. Era una envidia pueril, de palurdo deslumbrado ante el fulgor de una luz de bengala.

—¿De modo que cenó usted anoche con el duque de Rute?

—Sí.

—¿Y es verdad que en el tiro de pichón le habló el rey?

—Creo que sí... Un momento sólo. Cuando

estoy en *poule* no me gusta que me hablen.

Había en el tono de Urgell ansiedad tan idiota, que Ramiro dejaba las inflexiones de menosprecio empleadas para mortificarle, en el esfuerzo de comprender cómo aquel hombre, de quien ya le habían contado anécdotas reveladoras de una falta de escrúpulos casi primitivas se disminuía con fetichismo tan inferior. Al oírle hablar de la alcurnia del duque de Lovar, a quien Ramiro había oído decir sandeces gedeónicas, o encarecer la finura del conde de Vallina, cuerpo enteco y boca babosa de bufón o de príncipe velazqueño, veníanle ganas de gritarle: «¡Pero si usted, a pesar de su perfume hediondo y de su antipatía, vale más que esos señoritos que sin la sombra de su árbol genealógico serían empleaduchos o patanes!... ¡Usted es siquiera cabeza de una estirpe de matones y de violadores de leyes! ¡Usted, con un poco de buena voluntad, es todo un hombre!» Mas la sonrisa beatífica de Urgell aguijaba su desdén y le dictaba reticencias:

—La Peña es un círculo muy cerrado... Yo no le aconsejo presentarse por ahora: eso de las bolas negras es terrible.

Algunas tardes se daba el gusto de rehusarle la invitación a pasear por la Castellana, e iba con cualquier aristócrata para marcharse en cuanto Jaime lo había visto. Éste, en cambio, apenas salía la conversación de la zona de las grandezas nobiliarias, tomaba un dejo protector, aconsejador, que para Ramiro era cual una bofetada disuelta en palabras. Dijérase que él fuese un niño incapaz de valerse por sí, y que, al estrecharle la mano o al palmotearle en el hombro, el jaque le ofreciera: «Si alguien quiere hacerle daño, acuérdese de que tendré mucho gusto en defenderlo.»

Cada uno mortificaba al otro con perfecta cortesía; y esta tensión aumentaba el odio. Mas, a pesar de ese odio o a causa de él, se echaban de menos. Eran, alternativamente, martillo y yunque. Y cuando sonaban las cinco y uno de los dos no había llegado a la oficina, el otro se sentía intranquilo.

Algunas tardes, Ramiro iba a visitar a Isabel, que lo recibía contentísima y lo convidaba a merendar.

—Acepto si prepara usted misma la merienda. Me gusta verla ir y venir, disponiéndolo todo. Me parece así que estoy en mi casa.

—Y en ella está.

—Déjese de cumplidos. Quiero decir que me parece que estoy en una casa mía, hecha por mí. Cuando estoy en la calle o en esos malditos Clubs, y pienso en usted, no me gusta recordarla sentada mano sobre mano, sino trabajando.

—¿De modo que usted piensa en mí?

—Todos los días. Y cuando no tengo tiempo de día, antes de dormirme le dedico un rato; ya ve.

—Como quien lee el periódico.

—O como quien reza. A veces he pensado que me gustaba usted. Luego me he convencido de que es otra cosa.

—Muchas gracias—decía ella sonriéndole al través de un espejo o retirándole el cestillo de bizcochos, cual si quisiera castigar infantilmente un pecado infantil.

Y, dejando la frivolidad de los escarceos, Ramiro completaba en tono muy serio su pensamiento, sin sospechar que, sin necesidad de palabras, era comprendido.

—Es algo mejor: es que la quiero a usted. No se asuste. Muchas veces vengo por mortificar a Jaime, porque sé que, en el fondo, aunque quiere hacerse el hombre *chic* que no siente celos, le fastidia encontrarme aquí; pero siempre que estoy aquí, es por usted; y no me iría nunca. A su lado se me borra él y también otras muchas cosas. La noche en que nos conocimos—¿se acuerda?—sí me gustó usted un horror. Cada vez que mi brazo rozaba el suyo sentía una descarga eléctrica. Lo malo es que casi en seguida la empecé a querer. Aquella noche, en cambio, la hubiera devorado sin escrúpulos.

—Por eso aquella noche no me hizo usted el buen efecto de luego. No crea que no se lo noté.

—Yo disimulo mal... Al separarnos, en cuanto me puse a recordarla, desapareció de la memoria lo que cualquier otra mujer puede darme, y en el tamiz sólo quedó ese encanto suyo, que es para mí lo más Isabel de toda Isabel: la sonrisa, el modo de mirar, esa manera de estar inconforme sin estar enfadada... ¡Qué sé yo!... Una cosa de hermana, de novia, de mujer...

no de amante. Mire: si algún día yo me vuelvo idiota y quiero manchar este cariño, écheme a escobazos... Ninguna mujer me gusta ni la mitad que usted... en todos sentidos. Pero no, aunque los dos quisiéramos, no podría ser: entre nosotros habría siempre el pasado y el porvenir... Es así, sin razón, y tengo unos celos que me comen... ¡No quiero que me cuente nada! Cada cual ha vivido como pudo: peor soy yo, que vivo a costa de gentes que... ¡que desprecio!... Usted para mí, en lo del amor, es una mujer que ha tenido una enfermedad repugnante: las viruelas... peor: la sarna, la lepra; y esa enfermedad se llama Jaime Urgell. Ahora, en lo demás... No puede figurarse lo que cuenta en mi vida. El otro día, en un arrechucho, pensé irme a Buenos Aires, huyendo... Y entre mi madre y usted me contuvieron... Ya ve si influye en mí.

Había hablado despacio, casi sin mirarla, poniendo pausas meditativas entre una y otra frase. En la penumbra de densidad creciente, el crepúsculo borraba poco a poco los contornos, y la figura del hombre, arrellanada en el sillón, parecía el vacío donde quisiera volcar-

se la inclinada silueta femenina, trémula a veces, cuando alguna palabra iba a levantar en su corazón ecos profundos. En los estores, el azul de la tarde iba desfalleciendo; y de los rincones surgían y avanzaban, hasta juntarse, macizas sombras. Sólo de tiempo en tiempo, los metales y las miradas tenían en la habitación fulgores furtivos. Era un silencio de remanso. El rumor de la ciudad parecía también alejarse al igual de la luz, para dejarlos más solos. Isabel susurró:

—Pensó irse el día que *ése* le dijo que don Fermín prestaba dinero a réditos, ¿verdad?

—Ese fué.

—Se lo dijo para hacerle rabiar... Es malo; usted lo sabe.

—Sí; pero no mintió. ¡Ojalá hubiera sido una calumnia!... ¡No puede figurarse la inquina que le tengo a esta vida!

—¡Ay! ¿Y yo?

Ante la puerta de dolor que abrían estas palabras, el egoísmo de Ramiro disolvióse, y en su espíritu quedó una piedad infinita hacia Isabel: «Usted sabe que es malo... ¿Y yo?» ¡Cuánta repugnancia palpitaba en estas frases pudorosas,

escapadas por vez primera! La idea de que de sus dos descontentos podría hacerse una dicha, tentaba su imaginación; mas otros pensamientos, otras dudas, sepultaban la quimera halagüeña. Y miraba a Isabel ansiosamente, queriendo remontarse por los caminos de sus ojos hasta su más distante pasado. ¿Por cuáles encrucijadas de miseria pasó la fatalidad para hacer una mujer de placer de aquella mujer amorosa? Había algo inconfundible de honradez, de apasionada dulzura, de amor que no desdeña prehenchir las horas vulgares del cotidianismo, en toda ella. Ramiro se la figuraba al regresar por las noches de las juergas con su padre y con Jaime, quitándose también, al desnudarse, un doloroso corsé espiritual, y diciéndose a sí misma muy bajo: «¡Odio esta vida... odio a este hombre!» Y la imaginación le fué tan penosa, que su ira de varón le subió a los labios:

—¡Si usted quiere, yo la libro, Isabel!...

—¡Oh, no!... No quiero que usted dispute con ese hombre por nada, nunca... ¡Y menos por mí!... ¡Usted no lo conoce, Ramiro!

—¡Pero no le temo!... A usted la tiene acobardada; por eso abusa.

—No; si yo quisiera podría irme... Todos los días me lo dice, señalándome la puerta. ¡Sobre todo, desde hace poco!... Y yo me iría; y si no me voy es por... ¡No; no me haga hablar, Ramiro!... Es preciso encender... En esta obscuridad concluiría por decírselo todo, ¡y no quiero... no quiero... no quiero!... ¡No!

—¡Hable... no calle ahora!

—¡Déjeme que encienda!... ¡Es mejor, Ramiro!... ¡Déjeme!... ¡Ah, ya está!... Gracias. ¡No me lo hubiera perdonado nunca!

La luz repentina les hizo daño, y tardaron un minuto en poder mirarse cara a cara. Ambos estaban fatigados, cual si en la lucha de los espíritus hubiera sufrido la carne también. Isabel abrió la puerta del comedor y dió un grito: «¡Las siete!...» Don Fermín y Jaime habían ofrecido venir a buscarla, y debían llegar de un instante a otro. Con los ojos, dirigió a Ramiro una súplica, y éste volvió a ponerse en pie y le tendió la mano:

—¡Qué fría está usted! ¿Se siente mal?

—No, de veras que no... Ese coche debe de ser el de ellos. Me dijeron que estuviera vestida, y...

—Écheme a mí la culpa; sin miedo.

El llavín crujió en la cerradura, dando a Ramiro una sensación ignominiosa de ladrón a quien el propietario sorprende, y las voces de don Fermín y de Jaime irrumpieron. Debían de haber tomado ya el aperitivo, porque estaban chispeantes, locuaces.

—¿Ve usted cómo el retoño estaba aquí?—dijo Urgell—. Es un gran admirador de ésta.

Y luego, dirigiéndose severo a su querida, añadió:

—Te dije que no nos hicieras esperar.

—Me visto en un minuto.

Salió azorada, y los tres hombres quedaron en el saloncito envueltos en un silencio áspero.

Don Fermín, después de guiñarle un ojo a Urgell, preguntó:

—Oye, Ramiro, ¿tú tratas al ministro de Fomento en el Club?

—Sí, algo; muy poco.

—Usted me aseguró que su hijo parecía querer intimar con usted—recordó reticente Jaime.

—Sí; bueno. ¿Y qué?

—Nada, que convendría que te hicieras su

amigo—concluyó don Fermín—. Ya te explicaremos a su hora.

En el cristal esmerilado que separaba el saloncito del tocador, el recuerdo de Isabel se materializó en una esbelta sombra, que, un momento, sin duda al peinarse, levantó los brazos y realzó la euritmia del busto. Las miradas de Ramiro y de Urgell formaron un ángulo, cuyo vértice siguió tenaz aquella silueta movediza. Y Ramiro, que un momento antes había tenido en la soledad y en la obscuridad a la mujer real sin que un mal deseo lo mordiese, sintió, ante aquella sombra y ante aquella mirada de disputa, distenderse sus nervios y descomponerse en repentina disociación el deseo carnal, donde hay siempre un sedimento combativo. Ambos sentían la mirada del otro, y fijaban con violencia la suya, como una garra que se posesiona. La sonrisa de los dos no desmentía algo tempestuoso que electrizaba las frentes, las manos. Sólo cuando en el cuadrilátero del cristal no hubo ya nada, Ramiro fué a coger su sombrero, y dijo:

—¡Ea!, me voy... Creo que el onceno mandamiento es no estorbar.

—Yo le despediré de Isabel—repuso Jaime con obscura ironía.

Y él, en el mismo tono, terminó:

—Gracias: ya me había yo despedido. Divertirse.

Ramiro echó a andar malhumorado, descontento de sí. Siempre que frente a su padre y a Urgell la conversación soslayaba un tema de pugna, antojábasele no haber estado bastante enérgico. Ya en la calle, sorprendióse de que el día persistiera aún, después de haber él visto la noche en el piso bajo de Isabel. Por no ir a su casa, donde los infantilismos de su madre y el mirar acariciador de Ermitas destemplaban sus nervios, y temeroso de quedarse solo y de oír las recriminaciones del otro yo que de continuo echábale en cara sus pasividades, sin darle el medio de manumitirse, pensó en el refugio de un Casino. Mas también las conversaciones baldías lo encolerizaban, y cedió a la idea de ir a la oficina en busca de Jenaro para invitarlo a cenar.

El aire asustadizo de su primo cuando es-

taba a solas con él, lo divertía. Era una lucha cómica entre la discreción preconcebida, y un anhelo de adularlo, de merecer su confianza. Las peripecias de esta batalla delatábanse no sólo en el balbuceo y en el brusco corte de algunas frases, sino, casi más, en los golpes de sangre que afluían a la mancha rojiza de su cara y en la húmeda súplica del mirar que parecía rogarle: «No me preguntes nada acerca del tío... Mira que no sabré resistir, que te contaré cosas, y él podrá enterarse y borrarme del testamento... ¡Ten compasión!» La mirada de Jenaro y de Ermitas tenían algo común, eran miradas de lenguas de perro: humildes, un poquito viscosas, como si los ojos fueran a vaciarse por una fisura invisible... Ya estaba a pique de volverse, repelido por el recuerdo concreto del primo Jenaro, cuando una mujer cruzóse con él y, después de pasar sin ser notada, lo saludó con risueña frase:

—¿Tan pensativo va que no conoce?

—¡Ah!... ¿Era usted? Dispénseme. Sí. Iba pensativo... Cada uno lleva su mundillo dentro. Además, como nunca la había visto en la calle...

—Si va a la oficina no se moleste. Yo me quedé la última para hacer unas cartas, y traigo la llave. Pero ¿por qué me mira así? ¿Me encuentra tan rara, tan fea?

—No, al contrario.

Era Teresa. Con el velillo y el abrigo, adquiría para Ramiro un aire insólito. En su memoria estaba catalogada frente a la máquina de escribir, con el traje escueto de crudillo y la cara descubierta bajo el múltiple ensortijamiento del pelo. Y ahora, la media tinta en que la envolvía la apretada red, y la amplificación que daban al cuerpo los bucles de la imitación de astracán del abrigo, desconcertábanlo y le sugerían la idea absurda de que en la calle las líneas severas del cuerpo mudábanse a la cabeza, mientras que de ésta caían y se multiplicaban los ricillos de pelo cubriéndola toda. Por decir algo y no prolongar el silencio, ya para ambos difícil, le preguntó:

—¿La espera su novio por aquí?

—¡Quia! Me espera mi madre en casita. Desde los diez y siete a los veinte años, tuve todos los novios que he de tener... menos uno. Creo que fueron más de veinte: un verdadero

museo... Ahora, el que venga ha de ser para cargar conmigo.

—Bien pensado. Pero ¿vino ya?

—Todavía no. No es tan fácil encontrar un novio «solvente» según dice don Jaime, y «cargados» según digo yo. Aunque una procure pesar poco, para carga siempre es demasiado.

Sin darse cuenta, habían echado a andar. Cada vez que pasaban bajo un farol, Ramiro la miraba complacidamente, y ella enrojecía. Al cabo de un rato, protestó, medio en broma, de aquel examen insidioso.

—¿Es que no me tiene bien vista ya?

—Tan no la tengo, que me parece que hoy es la primera vez que la veo bien.

Y no mentía. No era la mujer en sí lo que examinaba: eran los atributos de la mujer, perdidos para la observación primera entre el uniforme y los papeles oficinescos. El velillo recosido, la vejez del traje, un punto zurcido que sobresalía de los zapatos, apartaron su atención de Teresa para llevarla de nuevo a Isabel... Tal vez Isabel había vivido en una estrechez semejante o peor aún: en la miseria sin posibilidades de ocultación, en la miseria inexo-

rable que dicta al hombre apoderarse de lo que no tiene y a la mujer entregar lo único que de ella codician. Pero ¿por qué Isabel no supo resistir? ¿Por qué Isabel desfalleció tan pronto? ¿Por qué no tuvo la entereza de Teresa?... Aquella mujercita que iba a su lado, era, sin duda, solicitada, asediada; y resistía... No había mas que ver su pobreza activa, su mirar, hasta su paso. Era una mujer honrada... ¡Lo que no era Isabel!

En un coche pasaron dos damas envueltas en pieles, dejando en la calle una estela aromática; y Ramiro, para absolver a Isabel, pensó: «Por tener la mujer menos capacidad o menos desarrollo de inteligencia que el hombre, su vanidad ha de estar siempre en carne viva, y ha de resistir menos, en la privación, la vecindad del lujo y del triunfo.» Aquí la reflexión generalizadora trocóse en anhelo: «¡Ah, una mujer como Isabel, que no fuera Isabel!... ¡Lo débil que es una mujer, y la fuerza que puede un hombre sacar de ella!... ¡Si Urgell se muriera y él pudiera llegar a olvidarse de que había existido!... ¡No, no, imposible!»

Alzó los ojos, y se sorprendió de encontrarse

junto a Teresa. El pensamiento, subterráneo durante largo rato, volvió a transformarse en palabras:

—¿Cuánto gana usted, Teresa?

—¡Vaya una pregunta! Treinta duros.

—Es poco.

—Y que no falten... Ganar sin perderse, no es cosa sencilla. Con esos treinta duros y con doce que tiene mi madre de pensión...

—¿Es usted religiosa?

—¡Claro!... pero no vaya a creer que beata... El domingo que tengo mucho sueño, no voy a misa... Y cuando voy, es a la de doce, porque es el único medio que le queda a una de codearse con la alta sociedad. Mire: una marquesa y yo, al llegar el buen tiempo, compramos a la misma mujer un ramito de violetas de a real... Y resulta que la vendedora me tiene simpatía y siempre me da a mí los mejores. ¡Un consuelo!

Había en el tono una vivacidad melancólica hasta entonces no percibida; era un nuevo acento el de su voz, como antes lo fué el de sus facciones. No parecía ya la mecanógrafa, ni siquiera la señorita vergonzante de velo y gabán, sino

la muchacha más cercana al pueblo que a la estéril clase media, que, en otro tiempo, antes de que los grandes hoteles y el reflujo de la guerra mundial desbordaran sobre España un saldo de cosmopolitismo, habría trabajado en un obrador e ido envuelta en un mantón de flecos. Ramiro volvió a divagar, callado: «El europeísmo, que empezó por cambiar la silueta de la mujer española, amenazaba con desplazar también su alma: ya en muchas almohadas de los barrios bajos, debe de soñarse con ser estrella de cinemetógrafo o de cupletera, o con poder sentarse algún día en el *bar* del Palace, no importa junto a quién, mientras el *auto* espera trepidante. ¡Qué bien me sabe a pueblo su taconear vivo y sus réplicas prontas! ¡Teresa sí que personificaba bien algo inmortal de Madrid, de *su* Madrid!» El pensamiento, sin el regulador de la voz, dábale ideas e imágenes repentinamente. Todo esto había pasado por su imaginación cuando la sonrisa, suscitada por las palabras últimas, no había muerto aun en la boca de Teresa, cuyos ojos reían también. Esta vez fué ella quien rompió el silencio:

—Tiene gracia... También a mí me parece

que el de la oficina no era usted. Hoy salía yo con el humor nublado, y resulta que estoy pasando la tarde divinamente. Y eso que ni siquiera me ha pedido permiso para acompañarme... Debe de ser costumbre inglesa.

—Es verdad. Dispénseme. ¿Es tiempo aún de pedirlo?

—Casi no... Aquí tiene mi calle; verá qué revuelo se arma al vernos juntos.

Entraron en una callejuela corta, de zaguanes estrechos y fachadas muy desiguales. De una cacharrería se asomó una mujer obesa, envuelta en un pañuelo multicolor; llamó a voces a la vendedora de frutas y verduras de enfrente, y ambas hicieron señas al pescadero de la esquina, cuya hercúlea ordinariez se bamboleaba entre la plata trémula de los pescados y el brillo de la sal.

—¡Hay novedades, *señá* Rosa!—gritó la comadre de opulencia física.

—¡Ya era hora! Se nos iba pasando la cordera—respondió la otra.

—Y no parece mal *elegio, ¿verdá?*

—Como que le pone usted perilla y una capa blanca, y es un alabardero mismamente.

—Pero la calle de la Pasa no es por aquí... ¿*Tié usté* de lo fresco, señor Macario?

Ramiro, complacido al principio, estaba a punto de azorarse. Teresa, en cambio, iba como si tal cosa. Al llegar al portal de un caserón de volados balcones, se detuvo y explicó a Ramiro:

—Es que resulta que yo soy el espectáculo de la calle, y les estoy haciendo esperar demasiado... O me caso pronto o tengo que mudarme, no hay más remedio. La «muchacha de la calle», antes de que viniera yo, se decidió en poco tiempo a echar por la calle ancha... Ya sabe usted lo que quiero decir... De esto hace ya tres años, y aun no pasa un día sin que hablen del asunto. Así que yo les estoy resultando una pelma y casi me lo dicen. Hay aquí abajo una chica que se está haciendo ya mujer, y si no me doy prisa, vamos a ser dos a vigilar, y sería mucho. ¿Qué le parece mi madriguera?

—Muy bien. ¿Sus balcones son éstos?

—¡Quia! Las ventanitas de arriba. Hay que irse acercando al cielo poco a poco.

Ella se había apoyado en una de las jambas, con el cuerpo casi dentro del portal; y él, desde afuera, inclinábase para sentir mejor la vecin-

dad fragante de los ojos, de la boca, del pecho que alentaba frente al suyo. La hubiera abrazado sin mala intención, contento de aquel rato de charla, agradecido de que lo hubiera hecho vivir una hora en un rincón madrileño, donde personas y cosas conservaban la gracia y la fuerza irremediablemente perdidas en otros barrios. El grupo socarrón de las dos comadres, el hércules del delantal ante las canastas de sardinas, un tardío lampo del crepúsculo que encendía el extremo de la calle, la sonrisa interrogadora de Teresa, hasta su equívoco aire de novio, hacíanle temer el término de la escena. Y, por prolongarla, propuso:

—¿Me deja subir? Presénteme a su madre... Así les daremos con un palmo de narices a esos curiosos que nos miran con su pizca de mala intención. ¿Tan triste concepto tiene de mí, que no se atreve a presentarme? Le advierto que sé saludar y hasta contestar como es debido.

Teresa titubeó un segundo. Las sonrisas huroneadoras de la calle y una vaga esperanza también, incitábanla a complacerlo.

Sin hacerse rogar, accedió:

—Bueno, si no se asusta usted de ver una casa pobrecita...

Y subieron.

Ramiro sacó de casa de Teresa la impresión de que hasta aquella tarde había sido con ella injusto. En la penuria limpia de la casa, en la compenetración de ternura de las dos mujeres, en el buen sentido siempre alerta de la viejecita—a quien tuvo la tristeza de comparar con su madre—halló un atractivo suavísimo. Le hubiera gustado ser hermano de Teresa y quedarse a vivir allí. Hubo de mirar dos veces al reloj para decidirse a dejarlas. Al salir y ver aún las caras intrigadas de los vecinos, le dió gana de detenerse y de decirles: «Cuidadla bien; no dejéis que venga un don Juan cruel y estúpido y siembre el dolor en esta casa que para ser feliz, sólo le falta confesarlo.» Y se volvió a mirar varias veces el ventanuco, tras el cual la madre y la hija estarían comentando su visita.

Fué a La Peña y se puso a jugar. Y mientras bajo la luz cruda de los focos eléctricos, en el mutismo ansioso de la sala, las fichas iban y ve-

nían, Ramiro tocábalas con repugnancia y las arriesgaba rabiosamente, sin apenas preocuparse de si la suerte le era favorable o adversa; pensando, cada vez que la raqueta empujaba irónica o atraía voraz, que con aquello sólo, Teresa podría pasar seis meses en su casa, sin sufrir el martirio de ver a su padre y a Urgell, sin oír encubiertas groserías, dándose el goce puro de vivir sin separarse de la anciana. Y, de pronto, a modo de relámpago, con igual violencia irremediable con que, de tiempo en tiempo, bajo la saña sarcástica del infortunio, cortaba el silencio la blasfemia larga y dolorosamente reprimida de algún jugador, cortó el entumecimiento de su sensibilidad esta pregunta: «¿Por qué Isabel no supo resignarse a ser pobre?...»

Cuando se separó de la mesa de juego, era ya muy tarde, y había perdido dos mil duros.

V

Durmió ese sueño en que los párpados apretados y las prominencias de la frente revelan la voluntad de abismarse en una anestesia donde todo dolor y todo recuerdo se ahoguen. Despertó tarde, y en el umbral mismo del renacer, los dos cabos de vida rotos la noche antes, anudáronse.

Como si no le bastara a la conciencia el mudo imperativo, se dijo en voz alta:

—Esta tarde tengo que pagar; esta tarde ha de resolverse mi primer problema.

Y sonrió sin remordimiento. En la puerta sonaron los golpecitos que nunca dejaban de advertirle que su despertar era espiado.

—Hoy es muy tarde, dormilón.

—Sí. No quiero desayunar ya.

—¿Ni un poquito de café negro? Eso siempre despeja.

—Bueno. Pero bien fuerte y sin azúcar. Házmelo tú misma.

—¡Como que se lo iba a dejar a las criadas para que te trajeran aguachirle!

No era su madre: era Ermitas quien hablaba. Al través de la puerta, la voz de su prima adquiría matices que no volvía a tener después. Dijérase que la voz hacíase más joven y que, independientemente del sentido de las palabras, ondulaba en ella una caricia tímida, franca a veces en el desmayo de algunos finales de frase. El dejo gallego, tan enervante en otras ocasiones, diluíase en cadencias con molicie de siesta, de penumbra, de carne florida. Los primeros días, Ramiro hubo de esforzarse para asociar aquella voz al cuerpo fofo y a la cara siempre brillosa; y, sin darse cuenta, al oírla, se ponía a pensar en otra mujer: en Victoria, en Teresa, en Isabel, hasta en cualquiera vista en la calle.

Cuando entró a llevarle el café, Ermitas lo encontró canturreando, cosa que no solía ocurrirle, y le dijo:

—¿Estás contento hoy?... Anoche te *trajera* el zapatero las botas amarillas, y las limpié para

que no fueran a salpicarte en la calle y quedaran manchadas.

—¡Gracias, mujêr!

Poco a poco, doña Vicenta delegó en Ermitas el servicio íntimo de Ramiro, y ésta correspondía al honor multiplicándose. Ningún detalle dejaba en olvido. Descuidada para sí, adquiría al tratarse de él, concepto no ya de la irreprochable limpieza, sino de la coquetería, del matiz, hasta del pormenor elegante. La raya del pantalón, la armonía entre los calcetines, el pañuelo y la corbata, nunca fallaron. Desde la cama, él la vió aquella mañana inclinarse para sacar del armario las botas nuevas, y tuvo piedad de ella más aun que gratitud, por aquel esmero insistente que tantos días le pasó inadvertido. Así, de espaldas, nada la diferenciaba de las criadas: una, Milagros, la doncella, era mucho menos burda, sobre todo por las tardes, cuando la cofia y el delantal de rizada blancura prestábanle un encanto a la vez pícaro y monjil. Y, sin embargo, para un hombre de trabajo con los sentidos no afinados o pervertidos por la holganza y por la riqueza, ¡qué tesoro de adhesión había en la mujer zafia a quien bastaba

una mirada sola para pagarle los afanes más duros!

Repentinamente, pesaroso de su desvío, Ramiro se puso a fijarse en Ermitas. He allí una villana de sangre: la pura villana sin mezcla en sus contra-blasones. Sabía a pueblo, rezumaba virtudes de pueblo. Sus medias arrugadas y una línea verdosa que la cadena, de donde pendía una medalla del apóstol, pintárale en la piel, inspiráronle repugnancia sexual y le dieron deseo de decirle: «Vamos a ver, prima, ¿por qué te descuidas así? No eres vieja y no serías fea si te decidieras a ser coqueta o cuidadosa, al menos.» Pero se contuvo. ¿Qué le importaba a él? Aquella primera invasión en la independencia ajena, pudiera arrastrarlo a tener que soportar enojosas tiranías, y, además, toda intromisión pugnaba con su concepto del albedrío. ¡Allá ella y Jenaro si, por un plato en la mesa, se obligaban a hipotecar el alma! Que fueran humildes y sucios; que no contradijesen jamás; que por el miedo al porvenir lo fueran carcomiendo y trasformando hora a hora en un presente mezquino... Ermitas, Jenaro... ¡Qué pareja para un matrimonio de *eugénica* trascen-

dente!... Mientras pensaba en esto, Ermitas abrió las maderas del balcón que daba al patio, y Ramiro la vió mirar desdeñosa hacia arriba, y volver a cerrar con violencia.

—¿Qué haces, mujer?

—Nada; que ya te está la Victoria de vigía, y me da rabia. Viniera ayer dos veces con pretextos necios para saber de ti.

—Esas son cosas que tú supones.

—Ni a la tía ni a mí nos engaña. Antes se le pasaban los meses sin bajar. Ahora le somos demasiado simpáticas. ¡Te está buena pájara! ¡Bien se conoce que no tiene madre!

—Peor para ella entonces... Pero ¿no me dijisteis que tenía novio?

—Van a casarla con un viejo que hizo gran caudal en los barcos. ¡Pobriño de él!... No es hablar por hablar, Ramiro. ¡Guárdate!

Iba sin duda a lanzarse en una confidencia acusatoria; él la detuvo:

—¿Y a ti qué más te da?... ¿Qué más nos da? Déjala que coquetee con medio género humano. Tú, en cambio, eres una vestal de la economía doméstica.

Iba a añadir «sobre todo de la economía de

jabón», pero el mismo sentimiento de piedad que acababa de hacerle agregar al «qué más te da», un plural balsámico, lo contuvo. Para completar su impulso de lástima y no terminar con un equívoco, le preguntó:

—Vamos a ver, ¿qué hace de malo la vecina?... ¿Tan tremendo es que no puede decirse?

Un rubor casi cárdeno envolvió el rostro de Ermitas, que titubeó un instante; pero la sonrisa de Ramiro y su propia cólera espolearon las remisas palabras.

—Puede decirse... sí. Hace lo que las mismas mujeres de la calle no se atreven a hacer... Buscar a todos los hombres y hasta salir a la escalera a besarlos, que la he visto yo cuando vino el militar del entresuelo.

—¡Hombre! Después de todo no es un pecado imperdonable.

—¿Te gustaría a ti que yo lo hiciese?

La imagen propuesta se le presentó tan grotesca, que rompió a reír con risa que fué dulcificando suavemente la rabia de la prima Ermitas poco a poco. Al ruido acudió doña Vicenta, y los tres rieron juntos. Él, tan serio, sentíase poseído por una alegría nerviosa que le obliga-

ba a reír, a reír. ¿Es que necesitaba echar fuera de sí toda la risa para quedarse en el estado propicio a los sinsabores futuros? En el espejo del armario se veía, con vergüenza, agitándose descompasadamente, congestionado, mal cubierto por el embozo, y sentía desprecio de sí mismo. De tener energía para detenerse, habría gritado a su madre y a Ermitas, que azuzaban su risa con frases reticentes de regusto plebeyo dirigidas contra Victoria: «¡Basta! ¿No veis que me hacéis daño?» Pero no pudo detenerse; y cuando, exhausto, las carcajadas le dejaron el pecho jadeante y la boca mustia; cuando ellas, contagiadas, pusiéronse también a reír y él vió la boca materna deformada, con sus dientes obscuros, y la boca de Ermitas demasiado roja por dentro, el mal humor reemplazó sin transición alguna a la violenta jovialidad.

Las dos mujeres iban y venían por el cuarto en espera de reanudar la charla, mirando con maliciosos guiños al balcón vecino, con ese ardor que ponen las personas de escasa inteligencia en prolongar las conversaciones hasta privar a ideas y palabras de toda virtud sugerente. De buena gana, Ramiro las habría cogido,

antes de enfadarse, y les habría dicho para convencerlas: «¡Ea!, venid acá; concentrad si es posible las pocas energías de vuestro espíritu y respondedme: En el fondo, prescindiendo de que sea o no moral, apartándonos del valor o de las consecuencias del hecho, ¿no hay en esa muchacha coqueta, o todavía más si queréis, un sentido de vida superior al nuestro? ¿Cómo has vivido tú, mamá? ¿Qué te dió la juventud y la maternidad que te dejaste amputar por el egoísmo de mi padre? ¿Qué te da hoy la riqueza tan ambicionada y difícil? Nada. Mediocridad, descontento, sospecha instintiva de que tu existencia es estéril. Y tú, prima Ermitas, y yo, ¿qué esperamos del mundo y qué hacemos por merecer cualquier esperanza? Las dos tenéis almas de criadas, gustos de criadas, manos sin escrúpulos, de criada, ¡y no lo sois! Victoria, en cambio, tiene carne y alma de mujer de placer, y busca el goce sin preocuparse de prejuicios... En vuestra manía de degradarla, me la habéis hecho simpática... ¡Es el único carácter que hasta ahora ha rozado mi vida! Lo malo es que no será lo que decís, sino que querrá, como todos, nadar y guardar la ropa: ser ninfa

sin dejar de ser señorita. Ninfa cantada por Gil de Escalante; ninfa de boda con marcha de Mendelssohn, altar cubierto de camelias y prostitución cubierta de azahares. ¡Ah, si esa chica fuera sincera, fiel a su aptitud y vocación, con cuánta humildad iría yo a ver si me daba las sobras de su energía, a mí que soy lo que se dice un hombre, que siento repugnancia de vivir como vivo, que sería ladrón, anarquista, misántropo, y que soy... hijo de familia! Si vosotras pudierais comprender...»

Pero como no podían comprender ni sospechaban siquiera cuán tempestuoso era su silencio, en vez de estas frases borboteantes de pasión, les dijo, ya con el surco de la ira en la frente:

—¡Ea, marchaos! Dejadme vestir.

Poco rato después le echaron por debajo de la puerta una carta. Era de Isabel.

Al terminar de leerla, Ramiro la arrugó con desprecio y murmuró:

—¡Bah, otra cobarde!

La carta era breve, tortuosa. Sin duda se había escrito tras penosos tanteos. De ella, una

sola frase quedó en la conciencia de Ramiro, limándole el alma: «No venga más a verme... Es mucho mejor para los dos. Usted puede acabar de estropearme la vida, y yo puedo estropeársela a usted, que tan poco lo merece...» Cobardías, habilidades... ¡Ni el valor de ser cobarde siquiera! Bien; no la vería más. Era mucho mejor cortar a un tiempo todas las amarras. Echaría también la arena del olvido sobre aquel oasis, y que en su vida fuera todo desierto... Mientras se vestía con esmero en él raro, cual si se preparase para alguna ceremonia, tres teorías de ideas trenzábanse en su divagación. Tan pronto pensaba en Isabel, en Ermitas, como en las consecuencias de su pérdida de la noche última. Una vez fué hacia el balcón, miró hacia arriba, y estuvo varios segundos alerta, como si le interesara de pronto la muchacha a cuya reiterada cita en el cinematógrafo había faltado; otra rebuscó en el cesto de los papeles y alisó la carta que un momento antes arrojase, para inducir por los rasgos caligráficos el estado de ánimo de Isabel al escribirla. Debía de ser carta de insomnio, carta de tortura: hasta los puntos eran en ella lentos,

dolorosos. Por asociación de ideas, sentóse, tomó la pluma y estuvo unos instantes indeciso ante la blanca incitación del papel. Al fin, se puso a escribir... Y la que iba a ser respuesta vehemente trocóse, por extraña alquimia, en carta de hijo calavera que pide para pagar «deudas de honor».

Si alguien hubiera podido verle en el espejo, sin leer habría adivinado el tono displicente en que escribía. «Mándame esta tarde, antes de las cinco, un cheque de diez mil pesetas a La Peña. Estoy en pérdida y he de liquidar hoy sin falta.» No había ni una frase de cariño, ni una disculpa. ¿Para qué? Mientras más desagradable fuera el golpe, la reacción sería más violenta, y podría disparar en otros el resorte que no encontraba dentro de sí.

Al salir, le dijo a su madre, después de besarla con un beso al que dió, inconscientemente, presión de despedida:

—No me esperéis a comer... Estoy convidado en El Nuevo Club. Decídselo a papá.

Y echó a andar despacio, acariciando el sobre dentro del cual iban las palabras que podrían abrir en su vida el misterio de la independencia.

Antes de doblar la esquina, el mismo presentimiento de despedida que lo hiciera besar a su madre con especial ternura, lo obligó a volver la cabeza para mirar la casa; y en el balcón, con el aire inequívoco de quien espía, vió a la prima Ermitas inclinada hacia el otro extremo de la calle, en donde, entre el polvo dorado, movíanse dos siluetas: una ágil, otra que se ajustaba, trabajosa, a su ritmo: Victoria y la señora de compañía.

En lugar de irse al Nuevo Club, se fué a La Peña, y desde allí envió un mandadero a la oficina de su padre con la carta. En cuanto partió, lo poseyó un arrepentimiento que lo hizo asomarse al balcón para ver si estaba a tiempo aun de interceptar el recado; mas ya era tarde. Desde el balcón, la Gran Vía y la calle de Alcalá ofrecían un panorama de animación festera. Trajes claros, risas, coloquios, insinuaciones, piropos, ramalazos de desgarro chulesco se cruzaban. El día era como de oro transparente; un leve sopor que comunicaba a las mujeres incentivo lánguido, presagiaba el estío. Ramiro salió un momento en busca del recadero. A lo lejos, la Cibeles, arrellanada en su carro de piedra,

envolvíase en la gasa irisada que dos surtidores formaban al pulverizarse en la caída. Volvió a entrar decidido a dejar que el fatalismo decidiera. Desde el balcón, junto a él, algunos socios comentaban el paso de la gente, con efusión indiscreta, cordial. Nada más lejano a toda idea dramática que aquel enjambre de zánganos bajo el sol del mediodía. Hasta los árboles del frontero palacio de Casa Riera, bajo cuya fronda sitúa la leyenda un episodio de venganza que la fantasía popular evoca entre sombras confusas, adquiría en la gloria matinal, bajo el aterciopelado vaivén de la brisa, el hechizo voluptuoso de un jardín de Wateau; y la misma ciega que Ramiro viera de niña, apoyada en la verja, implorante, y que ahora, abotargada por la edad, con su pelo rojizo y sus ojos sin luz seguía con la mano tendida, no parecía triste.

Y, sin embargo, Ramiro, en el rato que estuvo esforzándose en distinguir al recadero entre la muchedumbre, sintió su soledad más que nunca y halló en el acaso de una conversación sostenida a su lado la clave de su inconformidad.

Murmurábase de alguien, desconocido para

él; y un viejo andaluz, de ceceante charla, que habría sido enconada sin sus ojos azules y su ancha barba algodonosa de león con melena postiza, decía:

—Ahora ha eztao en trance difíci, el ma difíci de zu vía... Ha eztao a punto de tené que ze er mismo... ¿Ze ríen uztés? Pue e azí. Zupónganze que, de jovencillo, fué ziempre el hijo de zu padre, que era miniztro entonce; y en cuanto ze cazó, pazó a ze el marío de la marqueza, que era, dicho zea zin fartá, tan reguapa y tan generoza de zu cuerpo, que llegó a inzpirá celo hazta a la mizma Izabel Zegunda. Al morí la marqueza, ya tenían una niña, una poyita, y él ze convirtió automáticamente en zu padre... Para todo Madrí, pazó a zer el papá de Charito Real... ¡Y él felí, de lo má felí!... ¿Uztede zaben lo que ez no tené que zoportá zu verdadera perzonalidá? Ez como ir dizfrazao to el año... Y cuando la Charito murió, al dar a luz zu primer hijo, to lo vimo dezaparecé de Madrí y encerrarze en zu finca de Ronda hazta ahora, que viene con el nieto que parece que ha rezultao un fenómeno para la pintura... Eztos tre o cuatro día dezían alguno: «Paco Real ha güerto», y él

eztaba trizte... Ya empiezan a decir: «El agüelo de eze niño que pinta tan bien...» y güerve a aclarárzele el zemblante. El zino del hombre.

¡Ah, aquel tipo que no quería soportar el peso de su personalidad era su antípoda! ¡Con cuán ansiosa indiscreción arrimóse Ramiro al grupo para oír la chismografía que desnudaba, por contraste, su anhelo, dándole la razón de su desvío hacia sus padres, hacia su casa! ¡No; él no quería ser el «hijo de don Fermín»; él quería ser él; y si no tenía bastante personalidad para ser él, prefería desaparecer para siempre en la sombra...

Almorzó solo, nervioso, correspondiendo con sonrisa crispada a los saludos, y motejándose de cobarde con tenacidad que, a ratos, hacía perder al dicterio todo sentido. El chocar de cubiertos y el enredijo sonoro de las conversaciones, concluyeron por distraerlo. Su mirada paseaba sin prisa por el severo comedor lleno de uniformes, de trajes bien cortados, de caras risueñas de donde toda preocupación parecía ausente. Sólo de tiempo en tiempo, su mirada

abandonaba el oro de alguna insignia o las volutas azules de algún cigarro, para ir a asaetear rápida el gran reloj. No eran aún las tres; su padre tardaría media hora en ir a la oficina... «¡Sí; había sido un cobarde!... ¿Por qué escribirle? ¿Por qué decirle que almorzaba en El Nuevo Club y no en La Peña?» ¡Ah, aquella pusilanimidad sería la última! A las cuatro iría a verle para recoger por sí mismo la respuesta de su carta y responderle a los reproches con frases que estaba seguro de hallar, sin trabajo, en la marejada de descontento que revolvíase dentro de él.

De su monólogo vino a sacarle un teniente de caballería, compañero del juego de polo, que durante cerca de una hora le explicó las infinitas combinaciones de juego con que había perdido durante dos años, y una con la que no «tenía más remedio que ganar» en cuanto encontrara veinte mil pesetas para jugarlas. «Es infalible, decía. Nada de ascenso y de descenso, ni de tanteo americano, ni de progresiones imposibles en cuanto se mete uno en el quinto pase... La combinación de Echegaray, al lado de ésta, es *una zapatilla rusa*... No es una martingala

más, sino un estudio científico, sin llave... ¡Ni la de San Pedro puede con ella!» Ocho días la venía jugando, en teoría, *platónicamente,* y ni un salto. Veinte o veinticinco mil pesetas, por si acaso, quince días de tiempo y el socio capitalista al lado para impedirle salirse de la combinación, y él se comprometía a hacer saltar las bancas de todos los Casinos, y las de Rosales y Parisiana, por añadidura, antes de tomar el tren para Montecarlo. Mientras hablaba el oficial, la gran flecha del reloj, cual si avanzara a saltos invisibles, subió hasta las doce y empezó a caer luego hasta casi volver a tocar las seis. La charla apasionada del jugador lo adormecía; de buen grado hubiese cerrado los ojos; pero una parte de su ser, más despierta que nunca, le apuntó irónica: «Finges tener sueño para retrasar la visita. En cualquier ocasión no hubieras soportado las vacuidades de ese monomaníaco.» Otra cobardía más. Y, bruscamente, se despidió.

Al recoger el bastón y el sombrero, pensó en la conveniencia de preguntar por teléfono si don Fermín había ya llegado. Mientras subía en el ascensor en compañía de un viejo de presun-

ción juvenil, cuyo perfume le trajo el recuerdo importuno de Urgell, se dijo como si tuviese necesidad de darse a sí mismo justificaciones: «Esto no lo hago para posponer el momento, sino para tener la certeza de que ha leído mi carta.» Pocos instantes después, la voz de Teresa respondía, tan pronto debilitada como embronquecida y muy próxima, a sus preguntas.

—¿Que sí? Bien... ¡Ah!... de mal humor... ¡Vaya!... ¿De modo que una carta? Hágame el favor de decirle que en seguida voy para allá... Sí; me acuerdo de nuestro paseo y de la deliciosa visita. No me será tan fácil olvidarlos. ¡Gracias, muchas gracias, Teresa!

Quiso dulcificar la voz en la última frase, para que la mujercita del pelo rizado la sintiese afectuosa y segura; mas le quedó la inquietud de haber hecho repercutir la alteración de su alma a lo largo del hilo, y también esto lo contrarió.

Bajó a paso rápido y tomó un coche. Ahora sentía impaciencia de llegar. Todo el miedo, si existió alguna vez, desvanecióse o quedó encubierto por aquella prisa que lo hacía empujar, con el deseo, al mísero caballo.

Su imaginación no trataba de presuponer los

términos en que se plantearía y desarrollaría la entrevista. Fueren cuales fueren, ninguna ambigüedad podría sobrevivirlos. Del fondo de la memoria, remembranzas dormidas surgieron y se encadenaron: No sólo el hecho de jugar, sobre todo la cantidad perdida, iba a ponerlo frente a frente al rigor paterno... Sí, su padre era avaro, miserable. Lo fué siempre.

Con las mudanzas de la fortuna, la miseria pudo cambiar de órbita y de magnitudes, sin modificarse apenas. Recordó que, de niño, lo vió muchas veces elegir entre las monedas la más sucia, para pagar con ella; recordó, que aun hoy, hacía presentar dos o tres veces todas las cuentas por capricho, para retener el dinero un día más. A veces, adelantábase a pagar con un impulso descompasado que se confundía con la esplendidez y que no era sino una especie de huída hacia adelante: ávido anhelo de anticipar y limitar las desgracias, reacción de ese miedo heroico que hace de algunos cobardes suicidas. Recordó, también, detalles de su egoísmo minúsculamente monstruosos: en las noches tremendas de invierno, por ejemplo, solía preguntar en plena calle la hora a Jenaro, haciéndolo

desabrocharse y sacar con diestra servil el reloj, mientras él seguía envuelto en su gabán de pieles, sintiendo a modo de un corazoncito voluptuoso que no necesitaba exponer al frío, el cronómetro de oro recamado de brillantes, que sólo sacaba en público, por vanidad. ¡Ah! sí, de haber ganado le habría salvado la codicia; era la pérdida lo que iba a permitirle deslindar los campos. En cuanto saltara la primera chispa, el incendio sería inevitable.

Teresa sintió sus pasos en la escalera, y salió, sigilosa, a recibirle.

—En cuanto usted llamó, don Fermín habló por teléfono con el señor Urgell.

—Bueno. Si viene cuando esté hablando con mi padre, hágame el favor de decirle que he dicho yo que no pase. No crea que se trata de nada grave: chinchorrerías de familia. ¿No quería saber mi impresión de nuestra escapada de anoche? Pues uno de los pocos ratos de verdadera alegría que me ha dado Madrid. Por supuesto, que nadie sepa nada, ¿eh? No creo que la asuste un secreto inofensivo entre los dos.

—Según.

—Ya hablaremos de eso. ¡Ea!, hasta ahora.

Venga quien venga no pase recado. ¡Gracias!

Empujó la mampara y entró. Don Fermín estaba sentado ante su mesa, y apenas alzó la vista para recibirlo. Antes de oírlo, comprendió Ramiro que estaba colérico por otro detalle olvidado hasta entonces: el color cenizoso que tomaba su piel; y recordó una vez que, de niño, le vió el mismo color al reñir en el patio de la posada con un arriero.

Detrás de la mesa, su estatura parecía más exigua. Con voz recortada, sin mirarlo aún, ordenó:

—Siéntate...

Y, en seguida, prosiguió a borbotones, como si el diálogo no naciera allí y trajese ya una fuerza multiplicada por el presentimiento de la polémica:

—Por lo pronto, aquí tienes el cheque... Paga... Supongo que tú mismo sentirás la vergüenza de este acto... imbécil, que yo no esperaba de ti. Si has perdido más, puedes decírmelo. Es mejor acabar de una vez.

—No; no he perdido más...

—Una cosa es gastar, gozar de la vida, y otra jugarse el dinero estúpidamente, sin prove-

cho para nadie. No creas que no me ha costado ganarlo,

—Lo supongo; es decir, lo sé.

Un instante pareció que la entrevista iba a concluir. La voz de don Fermín descendió desde el tono de acrimonia a un dejo confidencial, afectuoso casi; y no siguió en busca de tonalidades aun más conciliadoras, porque la voz de Ramiro se mantuvo reticente, hermética. Después de un silencio, para acentuar su propósito de no agriar la cuestión, don Fermín empujó hacia su hijo el cheque, puesto aun sobre la mesa, y dijo:

—¡Ea!, no se hable más... Todo el mundo tiene derecho a una locura. Conque no vuelva a repetirse, la olvidaremos pronto. Y conste que es el hecho y no la cantidad lo que me importa.

—Me lo figuro... En muchas cartas, y el mismo día de mi llegada, casi a las primeras palabras que hablamos, me ha dicho usted que sus negocios han ido en mis años de ausencia muy bien, y que es muy rico... Es más: me ha insistido para que no me prive de nada, para que alterne, para que sea, en suma, una especie de anuncio de su riqueza. ¿Es o no cierto?

—¡Hombre!... Sí y no... No sé dónde quieres ir a parar.

—Vamos a hablar claro; es mejor. Yo casi no he sido el hijo de usted, sino el hijo de su capital, por el que he estado los diez años decisivos de la vida, solo, sin familia, viviendo en un medio que nunca llegaría a ser el mío y que me apartaba del mío para siempre. Al principio me faltó la autoridad de usted, siempre demasiado ocupado en sí mismo para darse cuenta de que mi alma necesitaba, para no torcerse, una guía. Luego me ha faltado su interés—no sus intereses—y su amistad... Siento mucho hablarle así... Mucho. Pero el caso es que hoy apenas nos conocemos. Entre los dos no hay confianza... Ya ve que no puedo dejar de tratarlo de usted. En el fondo, Jenaro es más hijo suyo que yo.

—¿Eso quiere decir que me reprochas? ¿Que mis sacrificios por darte la educación que yo no tuve y por elevarte de categoría social?...

—Aunque me sea duro, déjeme decírselo todo... Puede que me equivoque. ¡Qué más quisiera yo! No creo en ese sacrificio de que usted habla. La única sacrificada ha sido mi madre... Y yo también; sí, yo, porque si no me hu-

biese separado de la familia, hoy estaría acostumbrado o me habría muerto... No tendría otras ideas, otros impulsos... Creería que el dinero es la divinidad única. Estaría del todo en una de las dos vidas, mientras que así... Para unos, tendré siempre el defecto de mi origen y para otros el de mis gustos. Y por si esto fuera poco, siento ahora una comezón nueva, un desprecio, un... no sé cómo decirle, que me aparta por igual de esas dos clases de vida... Me parece, en algunos momentos, entrever una especie de puerta que lleva a otro sitio más digno... Y no sé si la llave de esa puerta está en el estudio, en la renunciación, en el trabajo manual, en la humildad de ser un buen subalterno... De todos modos, en algo para lo cual me siento sin fuerzas, sin aptitudes... ¡Es demasiado tarde para mí!

—¿Tarde? ¿A tus años?

—Tarde... ¡Tarde!... A mis años ya el sér está íntegro... El futuro sólo puede darle ramajes diferentes, pero el tronco no cambia. Esa vejez que usted rehuye tan bien, yo la tengo en el alma, adonde no llegan los afeites... ¡Y pensar que si usted me hubiera dejado aquí, yo sería

una bestia feliz, igual que Jenaro, igual que Ermitas, igual que tantos otros!... ¡Ah, si usted creyó hacerme un servicio, calculó bien mal!...

—Ya lo veo. El tono de tus palabras me lo dice mejor aun que ellas mismas.

—¡Es que no quiero mentirle! Si no aprovechara el día de hoy para decir la verdad, no acabaríamos de conocernos nunca. ¡No puede figurarse cuánto me alegro de la pérdida de anoche! ¡No pagamos caro este momento de verdad, no! Por quitar un testigo difícil de su vida, me robó usted un pedazo de infancia, que hoy echo de menos, y me incrustó en una vida falsa, no haciéndome elevar hasta ella por mi esfuerzo, sino comprándome una especie de patente de corso. Tuteo a condes, he jugado mano a mano con reyes y príncipes, y resulta que sólo soy... ¡el hijo de usted!

—No creí que eso fuera tan poco...

—Ni poco ni mucho: es no ser nada... ¡Nada!

—Siento no poder colocarte en un trono.

—Tampoco quisiera ser rey...

—¿Qué había de darte entonces?

—¿Darme?... La vida y el alma. ¿Le parece poco? No la vida sola... En una escuela de pa-

ternidad, que la habrá algún día, usted habría sido suspenso.

—Yo no tengo la culpa de que no tengas ambiciones.

—Las tendría enormes si no me hubiera perdido a mí mismo. ¡Nadie más aristócrata que yo, que he sentido al lado de reyes y nobles la sensación del asco! No me entiende, ¿verdad? Es que soy partidario de una aristocracia cuyos pergaminos se revalúen cada generación.

—¿Y quién te impide dedicarte a negocios, si no quieres acabar una carrera, y tener lo tuyo, y ser tú?

—El tiempo perdido, el trabajo hecho en vano. Para estudiar hace falta ilusión, esperanza en la vida. No puedo ya estudiar y los negocios me repugnan. Me siento inútil.

—Eso te pasará. Hoy hasta los más altos hacen negocios.

—Rebajándose.

—Tendría gracia que tú...

—Sintiera el orgullo de los pergaminos que no tengo, ¿verdad? Pues es así. Las tradiciones nunca tuvieron mejores guardianes que los advenedizos... ¡Y ojalá lo fuera del todo! Puesto

que el dinero no está en manos de los sabios ni de los incorruptibles, con tesón y un poco de maña, la riqueza se logra. Para mí, el caso habría sido todavía más sencillo: no tenía que ocuparme en atesorar... El dinero me llegará ya reunido y lavado de manchas... Me basta esperar filosóficamente su muerte, como Jenaro... ¡Ah, no! ¡Si pudiera devolverme la ilusión de la vida a cambio de renunciar a la herencia! ¡Qué terrible abuso de autoridad se ha cometido en mí! La codicia y los sentidos lo han hecho un hombre malo... de los menos interesantes: de los que no realizan el mal en un hecho, sino de los que lo diluyen en toda la vida.

—No te entiendo ni quiero entenderte. Si hubiera sabido que tenerte en los mejores colegios tantos años era hacer de ti un loco o un tonto, bien sabe Dios que no lo habría hecho.

—Para sus fines, con vendarme los ojos bastaba.

—Otros hubieran deseado tu suerte.

—Y yo la de otros.

Se habían levantado igual que sus voces. Las palabras adquirieron en las últimas réplicas ese filo que excluye de ellas toda razón. Al gesto—

cabeza abatida y manos muertas sobre la mesa— mantenido por ambos, mientras las frases habíanse engarzado casi en monólogos paralelos, sucedían las retadoras cervices y el manoteo vivo de la disputa. Unos golpecitos dados en la puerta aflojaron la tensión y evitaron el choque. Era Teresa. Bajo los rizos, su cara estaba pálida. Don Fermín interpeló:

—¿Qué ocurre?

—Que haga el favor de salir un momento.

—No puedo. Diga que no estoy.

—Es el señor Urgell.

—¡Ah!... Bien.

Y salió. Ramiro quedó un instante solo, y, en seguida, las palabras decisivas e inexorables que antes no encontrara para decir por completo su pensamiento, acudieron tardías a sus labios. Una alegría pueril paliaba su disgusto: ¡Jaime no se había atrevido a entrar! Sin esfuerzo, compuso un párrafo donde todos los cargos no dichos cabían en su valor máximo, y esperó, repasándolo, a modo de lección difícil: «Estaba dispuesto a emigrar. No sólo aceptaba, sino que exigía algo de aquel dinero, menguado precio a la infancia y al amor familiar usurpa-

dos; le aseguraba que no volverían a oír hablar de él hasta que tuviese derecho a ser él mismo.» Pero cuando la puerta se abrió, detrás de su padre entró Urgell; y don Fermín, que ya no traía en el rostro el tono verdoso de antes, le tendió los brazos.

—¡Ea!, tienes que perdonarme—le dijo—. Los dos nos hemos ido de la lengua. ¿Me guardas rencor?

Sombríamente, Ramiro, repuso:

—No es rencor.

—Pues venga un abrazo y punto concluído... ¡Como si no hubiéramos hablado! Lo mejor será que te dé un talonario de cheques y así no necesito saber si juegas o no... Dice Jaime que tengo aun el pliegue de miserable, y que lo de soltar dinero, siempre me hace al principio mal efecto. Puede que sea verdad. Vaya, ¿amigos? Otro abrazo... Más fuerte. ¡Así!

La brusquedad del cambio repugnó y desarmó a Ramiro. La cara de don Fermín parecía ir a agrietarse por cada una de las arrugas ahondadas en ella por la sonrisa; y en la cara de Urgell un gesto de jovialidad menos violenta, aprobaba cada una de las palabras conciliadoras.

Por la puerta entreabierta, veíase un pedazo de la oficina y el vuelo de la falda de Teresa bajo la mesilla de la máquina. Confusamente, tumultuosamente, recuerdos, sensaciones y pensamientos, paralizaron a Ramiro. Pensó en Isabel, en la carta que le cerraba su puerta, en la posibilidad de que la carta proviniese de una escena de celos; recordó el susurro de la voz paterna y de la voz de Urgell mientras quedó solo; y supuso que, en ese coloquio, Urgell habría dictado el cambio. Sintió un perfume que, poco a poco, llenaba el despacho; vió sobre la falda, alumbrada en la habitación contigua por el sol, inclinarse el busto y chispear los negros ojos preocupados; la risa de Ermitas y de su madre fundióse en sus oídos con algunas palabras pronunciadas por don Fermín; y se quedó un rato cual si hubiese recibido un choque: entontecido, flotante entre quimeras y realidades movedizas.

Y cuando a espaldas de su padre, Urgell acercóse y con su acento catalán achulado, le susurró: «¿Cómo se le ocurrió darle ese escopetazo, hombre? Para los apuros aquí me tiene a mí», cuanto había en su ser de altivez estaba pasma-

do por una fuerza extraña; y por más que quiso, no pudo alzar de sobre la mesa, para abofetear, la mano que había vuelto a morirse, ni pudo llevar desde el alma a los labios, la palabra que insulta.

VI

Se iría. Huiría de aquel nirvana donde ni siquiera la causa de su descontento y la meta de sus posibles esfuerzos podía concretar; donde sus ímpetus iban a encontrar siempre una blandura fofa y acomodaticia en que embotarse.

Camino de su casa, la ira contra sí mismo lo poseyó varias veces. ¡Se había dejado derrotar con burdas artimañas! Sin duda, en la breve conferencia sostenida mientras estuvo solo, Urgell, el verdadero amo, impuso las normas. Iban a tratarlo como a un loco, como a un tonto. A comprar con el permiso de inferirle leves mellas al tesoro de don Fermín, la condición de que su locura fuese pacífica o su tontería discreta. ¡Quién sabe si el genio financiero de los dos socios le reservaba algún papel en futuras far-

sas! Hasta en el drama horrible de los negocios, el necio y el vesánico pueden facilitar la intriga y distraer al público...

Un tedio de los músculos y del alma envolviólo de repente, y aventuróse por una calleja, dando, sin querer, esperanza a dos mujerucas que un momento antes habíanle llamado «buen mozo», y pretendido arrastrarle con clandestina incitación. Las apartó con palabra ruda, y a los pocos pasos, se detuvo. No se sentía bien. En aquel breve alto, la vida entera, con todas sus posibilidades, adquirió la imagen de un bostezo; y hubiera querido morirse allí mismo sin tomarse el baldío trabajo de seguir. Unos mozalbetes pasaron discutiendo acaloradamente y, al verlos venir, les tuvo envidia; sus palabras no tardaron en precederlos y entonces les tuvo lástima: discutían acerca de si un torero era mejor que otro. La náusea física que empezaba a angustiarle, unióse a otra náusea espiritual, y hubo de realizar esfuerzos para no caer.

Tal vez no durase su detención ni un solo minuto; mas el espacio, ensanchando la envoltura del tiempo sin romperla, lo multiplicó maravillosamente; y a Ramiro le pareció encon-

trarse en un vasto desierto lleno de sombras. Y abarcándolas y penetrándolas todas con el mirar, reconoció en ellas a fraternos y desconocidos amigos, en cuyos rostros desmayábase a modo de innumerables espejos, el cansancio de sus propias facciones. Aquellas sombras eran los hombres de su generación, privados, como él, del ímpetu vital que nada pregunta y del sentido reflexivo de la vida que a todo contesta; eran los que no hallaban en ninguno de los frutos compensación al esfuerzo de cogerlos; los que se sienten heridos por todas las injusticias disparadas por el Destino contra otros; los que tienen en la palabra y en el anhelo carcoma para socavar los más enhiestos robles, sin que, ni en la voluntad ni en la aptitud, posean energía constructiva para sacar del erial del tedio siquiera el arbolillo de la propia vida a fin de trasplantarlo a tierra fértil. La alucinación fué tan penetrante que, al volver a andar, no pudo seguir bien la recta y arrastró el hombro izquierdo contra la pared, sufriendo una sensación que le entumeció los dientes. En la calle flotaban nubecillas de polvo, y él, con clarividencia fúnebre, creyó asistir a la trituración de que pro-

venía aquella niebla disgregada, materia mil veces más dura que el hombre. Y vió cosas pulverizadas, ciudades pulverizadas, civilizaciones pulverizadas. Cada minuto le pareció una inmensa lima moviéndose sobre la vida. Si alguien le hubiese susurrado al oído las palabras más desengañadas del *Eclesiastés,* habría dicho: «Esas palabras las iba yo ahora a pronunciar. Salomón me las ha robado.»

Caminaba con la cabeza baja. Un sudor frío le perlaba la frente. Sin duda, la disputa inmediatamente detrás del almuerzo, habíale producido trastornos... Otra vez se detuvo, y hubo de apoyarse. Buscó un coche, un lugar donde tomar algún cordial, y no vió nada. Sobre el término de la calle, la torre de Santa Cruz erguía su cuadrado rojo y blanco, dorado de sol.

Al agarrarse a una puerta para no caer, notó que era la de una taberna y entró, derrumbándose sobre un taburete, sin fuerza apenas para pedir nada. Era una vieja taberna no desfigurada todavía por el progreso, con su mostrador de cinc, su vidriera cubierta de tela roja, su larga repisa de castaño cargada de anchos frascos de vino y de aguardiente, donde entrenada-

ban verdes cortezas de limón; taberna castiza, sin piano mecánico ni cafetera trepidante. En un rincón, cuatro obreros jugaban al mus. Una mujer obesa hacía encaje de bolillos apoyada en el mostrador, y, cerca de ella, dormitaba el dueño, con la cabeza sobre la almohada del pestorejo.

Al ruido que hizo Ramiro, el hombre salió de su sopor y vino, bamboleándose, a preguntarle qué quería.

—No importa qué... Algo fuerte... Un *cocktail.*

La voz debía salirle desfallecida, porque la mujer levantóse, y, solícita, preguntó:

—¿Está usted malo, señorito?

—Sí, un poco... Un mareo.

Los jugadores dejaron la partida para intervenir.

—Tómese usted una copa de cazalla, que es lo que sienta.

—Yo le hago un cocimiento de manzanilla y se le pasa—dijo la mujer.

Otro de los obreros terció:

—Déjese de potingues, *señá* Dolores. Lo que ha dicho aquí el señor Bonifacio: un par de golpes de cazalla, y ¡nuevo!

Ya el dueño había traído el aguardiente, y Ramiro lo apuró a pequeños sorbos, entre la atención de todos. Parecía que aquella copita cónica, de gruesos bordes, encerrase un elixir poderoso, porque el desvanecimiento cesó de súbito, y un calor vivo le recorrió las venas. Con benévola ironía, uno de los obreros inquirió:

—Qué, ¿es mejor que el *coquetaile* o no?

—Sí. Háganme el favor de tomar algo conmigo. Sírvales a estos señores lo que gusten.

—Se acepta... Pero usted tomará otra copita con nosotros—dijo, ceremonioso, el jugador más viejo, callado hasta entonces.

Y el dueño, relamiéndose un dedo después de limpiar la gota que resbalaba por fuera del frasco de cazalla, aseguró:

—Como este aguardiente no se toma en el *Palace*, *pué* creerlo: lo dice un servidor.

La segunda copa, apurada de un trago, pareció no caerle ya en el cuerpo, y, volatilizándose, le pobló la cabeza de ideas. No eran ideas nuevas: eran las mismas de siempre, pero más perfectas, dibujadas y resueltas con facilidad mágica. Lo que debió decir a su padre, lo que debió contestar a Urgell, adquirió de repente

forma. Sus planes futuros coordináronse sin trabajo. Una capacidad increíble para considerar el pasado y el porvenir, revelóse en él. Sus facultades crecían, crecían tanto, que sin dejar de examinar sus problemas íntimos, pensaba al mismo tiempo en Teresa, en el hombre gordo que había viajado con él desde París, en sus convidados, que bebían con voluptuosa seriedad de rito. ¡Ah, ahora se explicaba que hubiera borrachos! En la copita puntiaguda—no en balde semejaba un gorro de mago vuelto del revés—escondíanse la inteligencia, el optimismo, la facultad de reducir las montañas de obstáculos a llanuras fáciles.

La tabernera, que había desaparecido sin que él lo notase, volvió con una taza de tisana, y no hubo medio de desairarla. El olor silvestre, la fresca penumbra, hasta las voces ceremoniosas y cordiales, resucitaban en él una sensación ya vivida, fugitiva, solicitadora e inasible al mismo tiempo, como un fuego fatuo. ¿Era de la infancia o de más allá de la infancia? ¿Era de una lectura, de un sueño? No sabía; mas a cada instante, el recuerdo misterioso adelantábase a las palabras que iban a decirse,

reforzando la certidumbre de que todo aquello había existido ya otra vez.

Cuando se levantó para despedirse, uno de los obreros brindóse a acompañarle hasta que hallara un coche, «por si le volvía el patatús», y los otros le hicieron en seguida coro. El más viejo, hombrecillo cetrino de grandes manos que parecían tirar de toda su persona, decidió:

—No vamos a ir en pandilla con el señor *pa* que parezcamos los de Calatorao. Si al señor no le da reparo ir con un pobre, yo le acompaño. Hay un punto de coches aquí a la vuelta, y me hace camino.

—¿Reparo? Con mucho gusto, y muy agradecido, además... ¿Tiene usted chicos, señora? Pues hágame el favor de guardar la vuelta para comprarles unos dulces... Si no me la acepta, le aseguro que no vuelvo más por aquí, y pensaba volver, porque el aguardiente y la compañía me han gustado.

—Tómala, mujer. Se agradece—dijo el dueño inclinando la cabeza en una reverencia que perdió su gracia en la fofa masa del cuello.

Ramiro y el obrero salieron juntos y echaron

a andar calle abajo. En la esquina el viejo se detuvo, sacó la petaca, se puso en los labios, sujeto por una punta, el papel de fumar mientras estregaba en el cuenco de la mano izquierda la picadura, y ofreció a Ramiro, que denegó sonriente.

—¿Un hombretón como usted, y no fumar?

—Nunca he fumado.

—Pues hay que fumar y beber *pa* espantar las penas. La *bebía* quita las penas *demasiao* de pronto: no es que las emborracha, es que las ahoga; mientras que el tabaco las entontece, las ahuma. El tabaco *pa* los hombres debe ser como *pa* las mujeres el rezar.

En el corto trecho que anduvieron hasta llegar al coche, hablaron de varios asuntos; y cuando llegaron y el cochero, que merendaba haciendo mesa del piso del pescante, invirtió un rato en recoger su envoltorio, su botella, y en ir a quitarle al caballo el saco de arpillera en donde hubo un rato antes parcas briznas de paja, Ramiro no lamentó las dilaciones. Había en aquel viejo una mezcla de fuerza y de candidez, de sabiduría y de ignorancias. De ignorancias, no de ignorancia: al contrario que él, pa-

recia saber cuanto era necesario para su vida y nada más. Por eso lo envidió.

Al despedirse, retuvo un rato entre su diestra la manaza rugosa y se la quedó mirando mientras el viejo sonreía.

—Esta mano ha trabajado mucho, señorito.

—Pero no está cansada, ¿verdad?

—¡Quia! Ella verá si le conviene cansarse antes que el estómago.

Ramiro hubiera querido darle algo, mas no se atrevió; y a modo de única dádiva compatible con su delicadeza, volvió a reiterarle la oferta de ir a corresponder con «otra ronda» a sus amabilidades.

Ya en el coche, se echó hacia atrás y dejó libre la fantasía. Y entre sueños y transposiciones de hechos y remembranzas; entre crispaturas de puños y sonrisas y presentimientos, volvió a su mente esta idea, hermana de la envidia sentida la tarde anterior junto a la madre de Teresa: «¿Por qué aquel viejecillo enjuto que se daba un aire a su padre, no podría acabar de ser él?» Si él hubiera sido hijo de los dos, ¡qué feliz!

Ramiro estaba alegre. Ya las indecisiones habían terminado. Ahora le eran menester todas sus energías para llevar a término la resolución. Nada cambiaría en apariencia. Engañaría a todos. Y, para hacer menos daño a las mujeres, utilizaría las armas agudas, las que no desgarran.

Envió un cable a un amigo colombiano conocido en Oxford, rogándole le dijese si había en Colombia, para un hombre de sus condiciones, probabilidades de crearse una posición; y se decidió a esperar la respuesta barriendo de su espíritu hasta la menor nube. Serían unos días de armisticio, de fiel de balanza entre dos vidas apartadas por igual de los que, siendo los suyos, nada constituían para él. Y luego, si la respuesta era negativa o evasiva, iría a un puerto con cualquier excusa, y desde allí embarcaría para no importa dónde, preferentemente para cualquiera de los países menos mancillados por los nuevos conquistadores de título universitario y empresa mercantil.

Algo del amor inglés por las aventuras robinsonianas, habíase transfundido a su espíritu;

y la visión de la selva y de la lucha con hombres semisalvajes, le era más atractiva que la de Buenos Aires o la de cualquiera otra de esas ciudades, copia multiplicada o empequeñecida de las de Europa. En cuanto puso el cablegrama se quedó tranquilo, gozoso. Él creía estar lo mismo que antes y estaba mejor. Reía, cantaba, no se embozaba en silencios nublados, intervenía en las conversaciones con ágiles donaires. Urgell y su padre nada notaron; Jenaro decíale a veces, con la mancha de la cara congestionada por el júbilo: «Ahora estás más simpico y se atreve uno más a tratarte, Ramiro»; la prima Ermitas nada notó tampoco. Sólo una persona, la más torpe de todas, la que parecía tener las escasas potencias del espíritu abolidas en fuerza de aplicarlas a los episodios intangibles del ensueño, por la misteriosa virtud de haberlo llevado nueve meses dentro de sus entrañas, presintió la artificialidad de aquella alegría. Y cada mañana, antes de que Ermitas entrara con el desayuno, acercábase a preguntarle con blanda insistencia:

—¿Qué te pasa, Ramiriño? Cuéntamelo...

—Nada, mamá. De veras.

—No quiero verte triste... ni tan alegre como ahora tampoco. Antes no cantabas y ahora cantas.

—Es que recuerdo las tonadas de la tierra, mamá.

Pero no; el corazón materno, transformándose en inteligencia, le decía que no eran las tonadas del terruño; que aquella alegría nada tenía que ver con el pasado y miraba toda al porvenir, donde ella sólo veía lágrimas.

Su vida era muelle, vida de paréntesis. Se levantaba tarde; apenas hacía ejercicio. Una envolvente capa de grasa iba entorpeciendo sus músculos y su alma también. Empero, de tiempo en tiempo y con acuidad punzadora, recuerdos inoportunos interrumpían aquella holganza feliz. Pensaba en Isabel. ¿Cómo no había vuelto a escribirle? ¿Cómo no le había llamado por teléfono? Era lo lógico, y, sin embargo, le sorprendía. En esos momentos de recaída, la imagen de Isabel se presentaba a sus sentidos clara, más clara y más real que en presencia había sido nunca: sentía el tacto de la carne al través

de la seda, la primera noche, en el automóvil; oía un «sí» o una de aquellas risas cromáticas, tan apagadas que era imposible precisar el instante en que habían concluído... ¡Ah, la noche en que estuvieron tanto rato callados, mirándose en mutua espera de palabras que se disolvieron en sonrisas! Revivía la apasionada angustia con que quiso librarse de la sombra que iba a obligarle a confesar la verdad—¿la verdad?—la noche en que don Fermín y Urgell llegaron a tiempo de evitar entre ellos lo inexorable. Y con recreo torturador, complacíase en prolongar la visión postrera: sombra chinesca con el busto audaz, con los brazos en alto y las manos activas sobre el pelo cual juguetonas mariposas.

Y, a veces, rompiendo la pureza de la imagen, otra sombra invisible, odiada, pestífera de perfume, entrelazaba con brazos imperativos el busto, que, al sentirlas, deponía su audacia, y estrujaba con boca soez los labios que tan castamente sabían callar y sonreír.

Poco a poco la personalidad de Jaime Urgell habíasele revelado merced a cien anécdotas contadas en voz baja. Valentón de chirlatas en

un principio, había ido encumbrándose gracias a los prudentes. En el comienzo de la guerra sirvió a los alemanes, dirigió un periódico cuyos artículos jamás se tomó la pena de leer, y, en sociedad con don Fermín, emprendió negocios que pasaban sobre los abismos del delito codificado por un puente tejido con cobardías, con amenazas, con cinismos, con sagacidad para medir las resistencias, y, sobre todo, con los hilos irrompibles de la suerte, deidad caprichosa que tantas veces se complace en hacerle burla a la Moral. Decíase de él que fué guerrillero en Cuba y que había asesinado a dos patriotas por la espalda; contábase que, en Barcelona, no hacía todavía dos años, hizo huir a tiros a un grupo de marineros franceses. Quién aseguraba que había matado a dos; quién que había malherido a otro. La leyenda amplificaba su ferocidad sonriente de hombre dispuesto a toda alevosía. En las disputas su voz era la primera en proferir esos insultos vacíos de sentido real, que sólo dejan ya espacio a la agresión. Y su mano era rápida para abofetear y rápida para buscar, por sorpresa, el revólver que siempre deformaba un poco sus trajes de última moda, como una

congestión metálica de los riñones, órgano de que blasonaba, como blasonan los imbéciles de su buen corazón.

Todas estas referencias casi no aumentaban la antipatía de Ramiro; apenas la justificaban. Las pocas veces que se encontraba con él, en la oficina, rehuía hablarle y se iba a charlar en voz baja con Teresa; hasta que él, por una atracción misteriosa, dejaba a don Fermín y venía junto a ellos.

—¿Se parlotea o se *flirtea*, amigazos?

Ramiro fingía no oírle y, entonces, Teresa, llena de miedo, le decía:

—Le habla don Jaime.

—¡Ah! ¿Era con nosotros?... Sí, se habla. Ni *flirt* ni otra cosa que merezca mal nombre: una simple conversación para evitarnos alguna conversación simple; ya ve usted.

—Pues esas conversaciones acaban donde yo me sé, y la felicito, Teresa.

—¡Por Dios, don Jaime!...

—¿Y dónde sabe usted que acaban esas conversaciones?

—En buen sitio, no se alarme... En el mejor sitio.

—Pues tratándose de Teresa y de mí, no pueden acabar más que en la amistad... En la mejor amistad.

—¿Y quién le dice que la mejor amistad y otras cosas igualmente *güenas* no acaben en un reservado de casa de Camorra, o en cualquier otro lugar discreto?

—Le hacemos el honor de no entenderle. ¿Verdad que usted no entiende ni tiene malditas las ganas, Teresa? El señor Urgell olvida que no trata con gentes listas y de negocios como él. Teresa es una muchacha honrada, lo que se dice honrada, y yo sólo tengo que ver con los negocios por parte de mi padre, así que pierde el tiempo hablándonos en esa jerga. ¿Qué quiere usted? Aun hay almas sencillas en el mundo.

—¡Ya, ya!...

Al través de la mentida puerilidad del diálogo, la mujer percibía algo tempestuoso y su rostro se coloreaba de temor y de orgullo, cuando, frente a Urgell, Ramiro se erguía en una postura que marcaba, bajo la ropa, el relieve tenso de los bíceps. El catalán sonreía, mascaba un poco el cigarro y luego se iba hacia el despacho mascando también una risita equívo-

ca. Teresa decía entonces a Ramiro en voz baja:

—No debe usted de tomarlo así... A mí lo que me dice él es como si no me lo dijera. ¡Cuando una tiene que ganarse el pan!... Ya sabe una que hay indecencias y porquerías en el mundo. ¿Qué se le va a hacer? En cuanto estamos hablando y se acerca, me echo a temblar.

—Pues el día que la estorbe en algo me lo dice.

—¡No faltaba más! Con lo que mi madre y yo le apreciamos a usted... Si usted nos hiciera caso, no tomaría nada suyo a pecho. ¿Puede él compararse con usted? ¡Ni con su sombra! Si usted supiera las cosas que dicen de él, le daría miedo; bueno, miedo no, pero sí se le quitarían las ganas de perder el tiempo con un tipo así.

Aun cuando empleaba términos familiares, había en el modo de hablar de Teresa algo supersticioso. Sus ojos negros se cargaban de relámpagos, y las palabras salían de la boca en un tono que les amplificaba el sentido. Ramiro, sin jactancia, la disuadía, arguyéndole que el papel de héroe era harto difícil para desempeñarlo bien todos los días, y que la razón ayuda-

ba mucho a ser valiente. Ofrecíala esperarla a la salida o ir a verla a su casa; y se marchaba sin despedirse de los demás.

Cuando le cumplía la promesa, gustábale sonsacarle detalles de su vida, de sus calamidades, de sus esperanzas. A veces compraba unas chucherías y merendaban juntos. La madre lo acogía con una benevolencia de donde no trascendía jamás el interés, y sabía callar cuando ellos hablaban, y hablar cuando estaba a punto de mustiarse la conversación. Era una viejecilla de salud rota, con ojos muy gastados por los años y protegidos siempre por gafas amarillas.

Sabía muchas anécdotas y no daba nunca consejos. Debió de ser mujer de gran actividad, pues los años no la habían reducido del todo. Ramiro pasaba con ella las horas casi aun mejor que con Teresa. Fluía de su charla un optimismo contagioso, que las palabras de la muchacha, y menos aun las suyas, no lograban nunca tener. Algunas veces, al oírles dialogar, la vieja decía:

—¡Vaya un par de entierros de tercera!... Aquí la única joven soy yo.

—Como que ve el mundo color de caramelo—argüía Ramiro en son de chanza.

—Pues a pesar de eso, cuando quiero ver de veras «dulce» me quito las gafas. A mi Teresa todos los días la tengo que mirar siquiera una vez con mis ojos irritados, que cada hora ven menos. Y a usted, el día que tenga más confianza, lo miraré también así.

—Míreme ahora.

—No; ya vendrá... ya vendrá. A pesar de las gafas, el primer día que entró aquí vi que entraba una persona decente. No se fíe de los ciegos... Vemos mejor.

Ramiro miraba de vez en cuando, temeroso, el viejo reloj de pesas, en cuya parte alta se abría una puertecita para dar paso al cuco que cantaba las horas. De buena gana les habría pedido permiso para quedarse allí, diciéndoles:

«No las estorbaré... Me estaré quieto en un rinconcito, viéndolas vivir»; pero comprendía lo absurdo de la petición, y se ponía remiso el sombrero, y bajaba las escaleras despaciosamente, y se volvía aún desde la calle a decirles adiós, entre las miradas ya casi familiares del

señor Macario y de las vendedoras de cacharros y de hortalizas.

Salía de casa de Teresa contento, y para no deshilachar entre conversaciones estúpidas de señoritos de Casino la impresión inefable, se iba a pasear solo por Madrid. Con preferencia iba a la plaza de la Armería a ver el horizonte maravilloso de la Casa de Campo, con sus cielos bajos y nacarados sobre la inmensa gama de verdes que recorre el paisaje, surcado, a la derecha, por fugaces caminitos de humo y por la cinta fina del río. En las tardes límpidas, sobre todo cuando algún chubasco dejaba el aire más flúido y transparente, la crestería nevada del Guadarrama entraba en el cielo y echaba a rodar hacia las estribaciones nieblas de un color morado muy rico en azul. Hasta la arquería de piedra el rumor urbano apenas llegaba; los pasos del centinela retumbaban en la oquedad sin destruir la impresión de silencio, y el paisaje iba poco a poco penetrando en el alma, y haciéndose querer igual que si fuera un ser vivo, desventurado, noble... Otras veces iba por los Cuatro Caminos, por los altos del Hipódromo, por el Canalillo, o se adentraba en el corazón

tradicional de la ciudad, partiendo desde la plaza del Progreso, bien hacia Lavapiés, bien hacia la estación de Atocha, para subir luego a pasos curiosos. En esos paseos se inició en la belleza profunda de algunos rincones de Madrid y aprendió a comprender, junto a la autoridad anchurosa y geométrica de la plaza Mayor y otros sitios monumentales, la dignidad de las vías estrechas, llenas de caserones apartados del bullicio mercantilista: callejuelas recoletas con caserones llenos aun de fantasmas; callejuelas pedregosas, zigzagueantes y pinas; venas del antiguo Madrid, por donde circuló—¡sangre que hoy se mezcla y se aclara!—lo más enérgico de su existencia.

Regresaba de esas caminatas cansado; comía mucho y, más que salir, gustábale luego quedarse en casa, envuelto en un sopor al través del cual las voces de su madre, de Jenaro y de Ermitas, llegábanle como si ya le separase de ellos gran distancia. Retirábase a su cuarto temprano y estábase hasta muy tarde leyendo novelas de aventuras. Leía a Kipling, leía a Jack London, leía a Joseph Conrad y a Steevenson; y, por una indicación hallada en el su-

plemento literario del *Times,* se puso a leer después relatos de la conquista y liberación americanas. Cuanto cantaba la pujanza del individuo, fuera con sobria y bien entonada voz, fuera con esa ordinariez mal llamada popular, creada en verdad por los peor que analfabetos de las grandes urbes, tenía para él deleites de trampolín. La ambición y la fantasía saltaban sobre ellas. Sus sueños estaban poblados de peripecias, de hazañas; pero siempre, con dos o tres días de intervalo, emergía de entre los escombros de las históricas destrucciones o dentro del vapor de sangre y de cólera creado por los poetas, otro vapor más tenue, lechoso, al mismo tiempo imaginario y real, que iba poco a poco plasmándose hasta cuajar una mujer que le sonreía tristemente, con los ojos, mientras lloraba con la boca estas dos palabras: «¡Demasiado tarde!», y cuyo pelo, pintado de rubio, iba lentamente perdiendo el tinte hasta quedar de un color castaño.

Siempre, al surgir esta visión, cambiaba de postura y tendía los brazos en la sombra.

Una tarde, al regresar de sus paseos, se encontró a Victoria en la escalera y no pudo esquivarla. Con resolución súbita decidió ser claro para terminar de una vez.

—No me huya usted, que nada voy a echarle en cara—le dijo ella—. A mí me gusta que cada cual haga lo que le pete; así que...

—Le aseguro que no estaba en casa cuando usted telefoneó la otra noche, y que no me dieron el recado hasta dos días después, cuando ya era tarde.

—Eso sí se lo creo, ya ve... Yo hice que hablara mi señora de compañía y le recomendé que pusiera su mejor voz de quince años; pero, por lo visto, la señora de compañía de usted interceptó la comunicación. ¿No cree que habría hecho mucho mejor en apretarse las cintas del corsé o en quitarse el lustre de la cara, ya que no otra cosa? Sin duda teme que el niño se pervierta, ¡qué lástima!

Aquellas palabras de mal gusto, en vez de disgustar a Ramiro, quebraron su propósito. Había algo a la vez de fruta y de bestia en

aquella muchacha. Los dientes nítidos—dientes de aguda mordedura—contrastaban con los labios pulposos, con los ojos de venturina que, vistos desde lejos, parecían dulces y mielados y que, de cerca, pinchaban con innumerables agujas de oro. Él estaba en un peldaño superior y le veía el escote, en cuyo borde insinuábanse aun agraces, menudas y enhiestas, las pomas mellizas del cantar. Le veía el cuello carnoso donde tomaba la piel tinte ambarino, las sinuosas orejitas traslúcidas; y dejaba caer despaciosamente la vista por la suavidad de las curvas, hasta fijarla en el brevísimo pie calzado con madrileña presunción.

Hacía todo esto con descoco, proponiéndose azorarla. Ella le sostuvo primero la mirada, luego alzó los brazos avalorando el busto—¡ah, el recuerdo relampagueante de otros brazos puestos así!—y dió una vuelta lenta; y, al estar de nuevo cara a cara, le dijo:

—Qué, ¿ha terminado ya el inventario?

—Sí y no. Con usted dan ganas de ser escrupuloso. Otras veces me había parecido más delgada.

—Pues por no ser falsa ni siquiera soy *faus-*

se maigre. Soy gordita; lo que se dice bien envuelta. Y en cuanto a lo de que den ganas de ser escrupuloso, no deben de haber sido muchas. Usted sí que es un falso... iba a decir un falso buen mozo. En Inglaterra debieron aguarle la sangre.

Los dos sonreían. Ella provocativa, él indolente, temeroso de quedarse corto y darle que reír, o de ir demasiado lejos y de romper el inesperado hechizo. Esbozó dos o tres mohines, titubeando antes de hablar. Ella lo retó:

—¡Diga lo que quiera, hombre! ¡Ánimo! Soy discreta y no se lo he de contar a nadie.

—Pues se lo diré... ¿Sabe por qué no fuí al *cine* y por qué no he querido encontrármela? Pues porque me revientan lo que ahora llaman «señoritas bien»... Y porque no sólo me asusta y me repugna la idea de casarme, sino hasta la de que crean que me puedo casar.

—Si no es más que por eso... ¡Lo mismo me revienta a mí!

—Pero usted tiene novio.

—Y señora de compañía, sí, señor; y un paraguas monísimo con dientecillos blancos, y un lulú de buenas costumbres. El novio, talludito y

rico, de reserva para los cuarteles de invierno, cuando me guste más ir en *auto* que a pie; la trotona, para que las gentes no dejen de tomarme nunca por una *niña bien,* cuando alguna vez me dé la gana de ser *niña mal;* el paraguas...

—Para los chaparrones inoportunos, no hace falta que me lo diga.

—Menos mal que empieza usted a avisparse.

—Sí que es usted sincera.

—No siempre; no se fíe. Es que hoy es día de claridades... Sin duda para celebrar el habérmelo tropezado. ¡Ahuéquese, señor pavo real! Y voy a acabar de serle franca. ¿No se ofende? ¡Pues me revienta su casa! Su padre, que me mira las piernas por debajo de la mesa; esa prima pringosa y de nombre ridículo que se gasta usted; y hasta la misma doña Vicenta, que indigesta de bombones a mis hermanos... Tómelo usted por dondequiera, «Ramiriño»; pero me habría gustado conocerle en cualquier otro lugar y que fuera usted de generación espontánea, como los hongos.

—¿Aunque no fuera heredero presunto, ni...?

—Aunque fuera cargador de la plaza de la Cebaba o salteador de caminos, que es de lo

que usted tiene tipo... Usted con patillas de boca de hacha y un trabuco estaría estupendo. ¡Qué lástima que haya pasado Carnaval!

Sin ella proponérselo había encontrado el tono preciso para apoderarse de la simpatía de Ramiro. Aquellas palabras de independencia, aquel desglosarlo del engranaje familiar, salían al encuentro de sus prejuicios y neutralizaban el mal efecto que el descoco hubiese podido causarle. Tendiéndole la mano, él le dijo:

—No sabe la alegría que me acaba de dar. ¿Amigos?

—Amigos.

—¿Cuándo hay *cine?*

—Todos los días hay *cines.*

—¿Y cuándo va la señorita *bien* a uno?

—La señorita *bien* quiere que se hagan méritos en la claridad antes de entrar en la sombra.

—Puesto que la sombra es un premio, es justo.

—Y la señorita *bien* asistirá al te bailable del Ritz mañana, a las cinco, y hasta bailará con un inglés patoso aunque le estropee unos zapatos acabaditos de comprar. ¿Queda entendido?

—Queda. Hasta mañana.

Ella subió, y él se quedó mirándola, inventariándola otra vez. Pero con ademán púdico, bajos los ojos y el aire falsamente arrebolado, Victoria se apartó del borde de la barandilla, y se recogió las faldas para guarecer las piernas del desacato del mirar. Mientras más ladeaba Ramiro la cabeza, más esquivábase ella contra el muro. Dijérase una monjita perseguida. Fué un minuto delicioso en el que los ojos subieron los escalones de uno en uno, tras el borde del vestido que revoloteaba incitadoramente. Al llegar al rellano, Victoria acercóse a la balaustrada de pronto, metió un pie por entre dos barrotes y alzó la pierna en un repentino paso de can-cán, que puso en la retina de Ramiro, un instante, rizadas y sedeñas blancuras. Los dos se echaron a reír, y entraron después en sus casas.

Ramiro ni siquiera notó que la prima Ermitas no le habló durante la cena ni advirtió que a la mañana siguiente fué su madre quien entró a llevarle el desayuno. Tras especiosos circunloquios, doña Vicenta se lo hizo advertir:

—Ermitas está sentidiña contigo.

—¿Conmigo? ¿Qué le he hecho?

—Te viera ayer, por la mirilla, hablar con la loca del segundo; y eso no está bien, rapaz; no está bien.

A Ramiro, en su indiferente sorpresa, no se le ocurrió argüir que tampoco estaba bien vigilarlo sin derecho alguno, ni atribuirse sobre su persona prerrogativas que él no había enajenado ni pensaba renunciar nunca. La cosa le pareció absurda; una nueva y extraña condensación del mundo fantástico en que vivían las dos mujeres para poder sobrellevar su realidad triste. ¿De modo que la prima Ermitas lo celaba? ¡Qué cosa más irritante, más melancólica, más grotesca! Por no saber qué contestar, encogióse de hombros, bajó la cabeza para que la expresión del rostro no lo descubriese, y sonrió. Su madre, al verlo, sonrió también y, con misterio mezclado de socarrona tolerancia, le dijo:

—Ya sabía yo que te arrepentirías, rapaz... Diviértete, que tampoco es bueno ir al matrimonio sin conocer el mundo... Pero diviértete engañándola... Lejos. Lo que vale no es el cuerpo, sino el corazón. Que el tuyo sea fiel, Ramiriño... Siempre fiel.

VII

Como si quisiera hacer el aprendizaje de la ausencia, Ramiro comenzó a desertar de su casa. Almorzaba en el Casino, pasaba la tarde de paseo o en los tes del Palace y del Ritz, luego se iba a jugar, y no entraba en casa hasta muy tarde. En esta organización de vida sólo había un momento duro de pasar: la entrada mañanera de las dos mujeres, que, primero con palabras tímidas, y con silencios henchidos de miradas después, parecían preguntarle: «¿También tú vas a hacernos sufrir?»

Pasado este momento penoso, en el cual los ojos de la prima Ermitas mostrábanle huellas de llanto y los de su madre un descontento suavizado de tolerancia, el día presentaba para él la perspectiva de un vicio nuevo. No ver a su padre, no ver a Urgell, compensábale de alejarse de Teresa, con la que, a veces, en el intervalo

de su llegada al Círculo y la subasta de la primera banca de *baccara*, platicaba por teléfono pretextándole ocupaciones perentorias y ofreciéndole visitas que le faltaba tiempo para cumplir. La idea de que un cable habría de llegar a transformar su existencia, importunábale cada vez menos. La despreocupada deidad que acababa de mezclarse en su vida—Victoria—barría de su mente todo monólogo introspectivo y toda rémora de responsabilidades. Apenas llegaba al Club, le decía el portero:

—La señorita acaba de llamarle. Ha dicho que no llame usted, que ella volverá a preguntar dentro de un rato.

Y no tardaban en ir a buscarle a la butaca, donde se arrellanaba con la pretensión de interesarse en la lectura de los periódicos; y la vocecilla burlona, acariciadora, procaz, ordenábale, a modo de saludo:

—Cuatro y media en el *hall* del Palace. Hay moros en la costa. Ya he visto a su churretosa prima mirar con ojos de carnero hacia aquí. Hasta luego; no puedo hablar más.

Y empezaban entonces para Ramiro sus ejercicios espirituales: esperar, sin impaciencia y

sin sufrimiento, a favor de un imperfecto olvido vagamente amenazante, cual esos dolores que sin consentirnos el total bienestar, no acaban de hacernos su presa, la hora de ir a olvidarlo todo a su lado.

¡Qué audacia y qué capacidad de placer tan grandes cabían en aquel cuerpecillo! Ramiro sentíase seducido y un poco asustado también. No era de él, sino de ella de quien partían las iniciativas. La infeliz señora de compañía, desgarbada y escuálida, con su cara de privaciones donde resaltaban los ojos de pez, estaba sojuzgada y no constituía un obstáculo. Victoria era la tirana de la risa y del mimo. Sin duda, al principio, la pobre mujer debió oponer advertencias y escrúpulos en nombre de la rectitud; mas las dádivas, cayendo sobre su gran necesidad unas veces, y otras el despotismo gracioso y salpimentado de arrumacos, teníanla reducida. Sólo cuando algún proyecto «demasiado enorme» iba a efectuarse, intentaba en balde cubrir el relieve de sus ojos con los párpados, e insinuaba con las manos, sin separar los brazos del cuerpo, unos movimientos extraños que hacían exclamar a Victoria:

—¡Aletee cuanto quiera, doña Elisa; pero sea dócil como corresponde a su edad! ¡Usted me deja sola, y nos citamos en la esquina de Goya a las ocho y media!... ¡Y a ser formalita durante ese rato, ¿eh?, no tengamos disgustos!

Desde la primera tarde en que acudió a su cita del Ritz, el ritmo de vida de Ramiro aceleróse. Dijérase que el movimiento entrecortado, los giros frenéticos y la estridencia falsamente alegre de los *jazz-band* hubiesen suplantado al andante grave de su vida. Aquellas músicas, tan pronto arrebatadas como de desmoralizadora languidez, semejaban un alcohol del oído. Oyéndolas a menudo, bajo el múltiple fulgor de las luces, en los amplios salones, entre el torbellino de palabras, de risas, de colores, de perfumes, de pupilas húmedas y labios entreabiertos, no era posible mantener la pureza del ser. Y cuando, después, salían de la atmósfera sofocante, el frescor del aire no conseguía arrancar de su olfato la vaga mezcla a esencias y a sudor, ni el tráfago urbano mataba el eco del galope o del arrullo inmoral de la música.

En esos paseos, primero nocturnos y pronto, según se entró el verano, en pleno día, Victoria

se desquitó de sus anteriores desdenes. Se hizo desear y graduó las concesiones y las resistencias. Ramiro, a su lado, sentía renacer en sí el ardor venusiaco que despertase indómito en Birmingham. En medio de la calle acometíanle impulsos de cogerla entre sus brazos y de correr con ella hacia cualquier refugio, igual que una fiera pudorosa que para devorar su presa necesitara del aislamiento. La misma impresión de facilidad que le daba Victoria le producía miedo. Un día le dijo:

—Le aconsejo que abrevie su castigo o su venganza, y que nos citemos pronto en el *cine*.

—¿Por qué?

—Porque el mejor día la beso en la calle.

—Irá a la Delegación y tendrá su prima que sacarnos. Además, que eso no sería un beso, sino medio beso... El beso completo necesita dos polos, lo mismo que la electricidad... ¿Ve usted qué sabia soy?

Pero no echó la advertencia en saco roto; y a la mañana siguiente, la voz risueña concedió:

—Para que vea que soy obediente, a las seis, en la plaza de Santa Bárbara, para ir al *cine*.

Tome tres butacas y lleve unos bocadillos para anestesiar a doña Elisa.

Durante quince o veinte días recorrieron todos los cinematógrafos de Madrid, y en los azares de los encuentros Ramiro supo de las butacas de combinación—reservadas por las taquilleras para los merecedores de aventuras—, de la fugaz intimidad de muchos desconocidos en la sombra, de las cien apariencias favorecidas por el misterio que toma ese dominador común, guardián de la conservación de la especie. Victoria en esto, como en otras cosas, le reservaba sabrosas sorpresas: la primera vez fué ella, tras un momento de expectante timidez varonil, la que cogió la mano de Ramiro y se la apretó contra su brazo, haciéndose más pequeña, más felina. Pero cuando él inclinó la cabeza para gustar en su boca el sabor de todo su ser, se apartó brusca, y dijo:

—¡No, no, Ramiro!... Ya sabe usted que no soy hipócrita; ¡pero hoy no!... ¡Complázcame!

Hubo tal sinceridad en su súplica, que él no quiso insistir. Y durante largo rato, mientras los caballos corrían en la pantalla, y hombres de anchos sombreros alzaban las manos ante la

amenaza de un héroe ridículo, los dos permanecieron mudos, sin rozarse. Él pensaba, decepcionado: «¡Bah! Otra vez me he vuelto a engañar; esta es una de esas calcinadoras de machos que, al revés de las mujeres honradas, tienen el día loco y el cuarto de hora de cordura. Medias vírgenes, ha dicho no sé quién... Y son menos de un cuarto de vírgenes: especies de penínsulas de la prostitución, unidas a la pureza por un istmo despreciativamente respetado por el oleaje.» Y, de nuevo, la idea de que Victoria empleara para atraerlo a las redes del matrimonio argucias heterodoxas, enfrió sus sentidos y lo sumió en cavilaciones.

Ya estaba a punto de acabar la representación, cuando ella le dijo con voz sumisa:

—¿Está enfadado?

—No.

—¿En qué piensa?

—¡Psch!...

—En algo pensará.

—Para que no crea que estoy enfadado se lo diré: Pensaba que, al principio, cada amante se obstina en quitarse cuanto puede de sí mismo para dárselo al otro, y que, luego,

pasan la vida intentando en vano recuperarlo.

—Eso lo ha leído usted en algún almanaque.

—Puede, sí. En el mismo que usted leyó aquello de la electricidad tan bonito.

Transcurrió otro rato encapotado. Ella, descontenta de no haber sabido retener la frase de burla al oírlo filosofar, y de haber suscitado la réplica, empezó a morderse los labios. Ramiro, que la sentía taconear, la interrogó con voz irónica, cruzada de reminiscencias de despecho:

—¿Está usted enfadada?

—No.

—¿En qué piensa?... En algo pensará.

El sarcasmo de la parodia desató los nervios femeninos.

—Pienso... ¡en que yo me chincho en el amor, ¿sabes?, y en el matrimonio y en las conveniencias!... ¡En eso!

Y cogiéndole la cabeza, rabiosamente, lo besó en la boca, en los ojos, en el pelo, en la boca otra vez, otra, muchas...

Cuando se encendió la luz y doña Elisa salió de su sueño, Ramiro preguntó a Victoria, a hurtadillas, tuteándola también:

—¿Y por qué antes no quisiste besarme?

—Porque tú sólo me pedías uno, y yo sabía que no podría darte uno sólo, sino muchos...

Y así empezó a arrastrar Ramiro su cadena de besos.

Bien sabía él que aquello no era el amor. Y si la ilusión, que tan pocas veces prendía en su alma, hubiera intentado embaucarle, por el camino de la sabiduría popular, le habría llegado el desengaño. «Afortunado en el juego, desgraciado en amores», legisla el refrán. Y la fortuna, desde ese salón que tiene en los Casinos el sarcástico nombre de «sala de recreos», le sonreía todas las tardes y todas las noches con fidelidad antifemenina.

Antes de su primera pérdida nunca había jugado. Después jugó, no por ese irritado deseo de reparar un despojo y recuperar lo suyo—sentimiento aparente de justicia de que se disfraza el vicio para obtener la complicidad de la conciencia—, sino por no acatar la orden de su padre, primero, y, luego, porque ni la lectura ni los paseos ni las conversaciones ni los deportes, abreviábanle el tiempo tanto. Hay dos zo-

nas del vicio: la que multiplica la personalidad y la que la merma. Quiénes, se refugian en el vicio por no llevar a los actos de la vida normal monstruosas energías de loco; quiénes, por concentrar en una hora las fuerzas desordenadas que el régimen cotidiano impiden usar normalmente. Ramiro no jugaba por codicia; no pensaba en nada durante ese segundo inmensamente hondo en que los naipes son cual un calendario puesto del revés del que un empleado, indiferente como el Tiempo, va a sacar la fecha adversa o fausta, el *sí* o el *no* a que se reducen los más heterogéneos problemas del hombre. Jugaba por no hacer otra cosa.

Ni la escasez ni la ambición regían su juego; no se plegaba a normas ni a combinaciones ni a vaticinios; para él no existían gafes ni mascotas. Apenas si se daba cuenta del ambiente dramático del salón; y si ponía sus ojos en el que aprendió a blasfemar sin palabras, en el que transmutó la ira en sonrisa; en el que perdió la expresión del rostro y la adquirió en las manos; en el que, después de perder, queda un rato junto a la mesa, atónito, llorando sin lágrimas; en el que gana y se queja de no haber ganado

más por falta de arrojo; en el que se obstina en medir con la vara de la aritmética la tela intangible y eternamente cambiante del azar empeorado por el lento robo impune que atrae el dinero del jugador hacia la banca. El juego, monstruo matemático que se nutre de supersticiones, era para Ramiro vía, no fin. Dijérase que hubiera trastrocado los vicios, pues jugaba para olvidar y bebía para pensar claro. Y su suerte era tal, que hasta quienes no jugaban contra él, se indignaban al verlo ganar, como ante un privilegio. Los mismos *croupiers* que, por jugar también a algo, suman sus anhelos al frío sumidero de la banca, tenían un gestecillo burlón al pagarle.

—Le echan a usted pases inverosímiles—reprochábale uno.

—Tres veces a nueve, cuarenta. ¡Hay que ver!

—Pues anoche se cansó de abatir en el *baccara*.

—¡Y que éste no es de los que desperdician la racha, no!

Él miraba de tiempo en tiempo el reloj si era por la tarde, para no faltar a la cita de Victoria;

y, si era de noche, calculaba la hora en que su madre y Ermitas debieran estar recogidas, para irse a acostar, sin tener necesidad de hablarles.

Se fatigaba inmensamente de no hacer nada y su pereza crecía con la inacción. Ni los teatros, ni el ejercicio físico, ni el trato con los retoños de la nobleza y la alta burguesía cultivado los primeros días, entreteníanlo ya. Fuera de las horas pasadas junto a Victoria, vivía la vida del solitario fumador de opio, envuelto siempre en una bruma incapaz de cuajarse en ensueños por falta del mínimo esfuerzo, preciso para modelarla. Era una especie de anacoreta de la perversión: su alma gozaba, en potencia, todas las aventuras. Y en esas horas desiguales pasadas en el juego o en la somnolencia, los pensamientos, los recuerdos y las preocupaciones, sin desaparecer por completo, manteníanse a distancia, separados por la protectora neblina, como lobos alertas.

La lujuria, al despertar, había atrofiado en su espíritu aun aquella sensibilidad hasta entonces en carne viva para ciertas alusiones, concordes con su obsesión de apartarse del padre

que no había sabido hacerlo su hijo. Una tarde, al ir a cambiar fichas a la caja, oyó que alguien preguntaba, refiriéndose a él:

—¿Quién es ese señorito tan desgraciado?

—Un tal Ramiro, hijo de ese don Fermín, que antes era usurero y ahora está metido en tantos negocios. El dinero sabe adónde va.

Y no sintió mortificación. Guardóse los billetes, y, al salir y notar que los comentaristas no iban bien trajeados, los miró sonriendo, con ganas de decirles: «Esta noche volveré a pie a mi casa y paso por calles obscuras. No tengo más armas que estos puños... ¡Ánimo!» Pero esta idea le trajo al recuerdo el matonismo de Urgell, y bajó los ojos.

Al salir se detuvo un momento en la puerta, deslumbrado por la luz. Madrid despojábase del influjo norteño, y en el azul del cielo, en la fuerza del sol, en la parte que las flores y la risa tomaban en la vida, advertíase un esfuerzo de Andalucía para corromper la austeridad castellana. Frente a La Peña, unos obreros trabajaban en el adoquinado, sudorosos. Ramiro pensó: «Ganarán doce o trece duros a la semana —por hábito inglés la semana era su unidad de

tiempo aun—, y yo, en cinco días, llevo ganados más de once mil duros. ¡Ah, si resulta luego que no hay infierno y gloria, qué chasco van a llevarse infinitos imbéciles!»

Por relación de imágenes, pensó en los obreros conocidos tardes antes en la taberna, y proyectó ir a verlos muy pronto. Alzó la vista para mirar la hora en La Equitativa, cuando una voz respondió dulzona a su deseo:

—Son las cinco menos cuarto, Ramiriño...

—¡Hola!... Ya se ve que tienes costumbre de decirle la hora a mi padre para que no se moleste en sacar el reloj. ¿Cómo tú por aquí?

—Vengo de la Bolsa... Y ha sido suerte el encontrarte... ¿Quieres tomar una cerveciña conmigo?

—Bueno, hombre. ¡No sabes lo que me gusta verte rumboso!... Tengo tres cuartos de hora y te los dedico. ¿Qué hay por la oficina? ¿Y Teresa?

—Bien está... No nos sentemos en Maxim's, que es todo caro y malo... Vamos a la plaza de Santa Ana. Allí la cerveza es más barata y mejor.

—Lo que quieras... Hay que ser generoso

con prudencia, ¿verdad?... Aguarda: voy a decir al Casino que me manden un auto dentro de media hora.

Volvió al punto, y ambos cruzaron la calle de Sevilla y entraron en la del Príncipe. Casi inmediatamente, Ramiro comprendió que el encuentro no era fortuito. En cuanto se sentaron, las manos de Jenaro empezaron a trajinar una sobre otra, y la mancha de la cara tuvo alternativas de congestión y palidez. Este era el mejor barómetro. Más que nunca, produjole su primo impresión plebeya. Parecía un aldeanote bien vestido. La frente angosta, decía obstinación; los ojos agudos, malicia; los repliegues de la boca, socarronería. Jenaro venía a algo sin duda, y, para divertirse, Ramiro abroquelóse en un silencio sonriente, dejándole colocar las palabras a modo de jalones, con lento cuidado, y ensayar circunloquios a modo de pájaro tímido que no se atreve a caer sobre la presa.

—De manera que por allá, ¿bien?

—Sí, sí; bien. Tú nos tienes abandonados, ¡claro! Haces otra vida... Y el tío trabaja mucho, ¡claro! Y hay que ayudarle... cada uno en

lo que puede, ¡claro!... Todos no vamos a hacer lo mismo.

—Claro, sí, ¡claro!

Jenaro no percibió o fingió no percibir la mofa. Con esa redomada elasticidad que es la diplomacia de los necios, recogióse a su punto de partida, y luego de protestar de que sirvieran la cerveza con demasiada espuma para engañar al público, prosiguió:

—El tío es muy bueno, muy bueno. Todos tenemos nuestras cosas; pero él es muy bueno y tiene puesta en ti toda su ilusión. Como tú no puedes conocerlo tanto como yo, te lo digo: es muy bueno... Y si riñe a veces, se le pasa, porque no es nada rencoroso; y hasta se arrepiente... Ya ves: a ti mismo cree haberte contrariado con no sé qué palabras del otro día, y tiene como miedo de encontrarte... Parece que tú fueras el padre y él el hijo.

—Pues no me hace gracia.

—Es que no me explico bien... Verás: ayer, sin ir más lejos, quería pedirte una cosa, y no se atreve. Y eso que se trata de un asunto importante en que tú podrías hacer mucho.

Ramiro se abstuvo de preguntar. Ya el pró-

logo había terminado, ya estaba la conversación en el umbral de lo concreto. No era menester decirle al enviado: «Pase». En cuanto se convenciera de que no iba a instarle acabaría por entrar con su cazurro bamboleo de campesino. Antes del mal trago inevitable de pasar, hubo un trago placenteramente amargo de cerveza; tras él Jenaro dijo:

—Es un negocio de exportación de muchos miles... Más de un millón limpio a ganar, y para ti, ¡figúrate!, porque él con lo que tiene le sobra... Y como la cosa depende del Ministro de Hacienda, que sólo ve por los ojos de su hijo y sabemos que es tan amigo tuyo, pues ¡claro!...

—Sí; ¡claro!...

Los dos se miraron sonriendo, y en los ojuelos agudos hubo la esperanza de que aquellas sonrisas se fundieran, se convirtieran en una sola y complementaran las palabras. La conversación había sido tan trabajosa, que el automóvil llegó antes de concluída. El chofer se acercó gorra en mano, Ramiro se puso en pie, y dejando de sonreír habló entre severo y mordaz:

—¡Ea! Primo Jenaro, tengo que irme. Has cumplido muy bien tu comisión, pero has dis-

tribuído mal el tiempo; ya te dije que sólo disponía de tres cuartos de hora... Mira: entre nosotros, voy a decirte que ese negocio, que ya sé lo que es, me parece una porquería sin nombre, y que lo que siento es no tener verdadera influencia con ese muchacho para que le aconseje a su padre que eche por tierra esa estafa inicua al país... ¡Figúrate si me dolerá ver a mi padre en esas cosas! Vamos: tú, que piensas siempre con tanta cordura, seme franco: ¿para quién crees tú que será la herencia de mi padre?

—¡Hombre! La verdad... Para la tía Vicenta... No sé... Y a la larga, ¡claro!, para ti.

—Es lo fatal, ¿verdad? Yo creo que tú debieras tener en ella buena parte: te la has ganado; y la prima Ermitas también... Pero, en fin, tengáis lo que tengáis, lo gordo será para «el hijo», para mí. Pues bien: si por casualidad hablas con mi padre de este asunto, dile que te consta que yo renuncio contentísimo a todo aumento de herencia que venga por esa clase de negocios... y que renunciaría también a cuanto haya venido de la usura y de... ¡qué asco, qué asco!... ¡Ea! Perdóname, tengo que irme... Mil gracias por tu cerveza. ¡Adiós!

Y, sintiendo que la cólera iba a desbordársele, subió al automóvil y dejó a Jenaro defraudado, perplejo, manoseando entre sus manazas la calderilla que acababan de devolverle, y distribuída toda su inteligencia entre la preocupación de cómo había de dar cuenta a don Fermín de su fracaso, y de cuánto era lo menos que podría dejar al camarero de propina sin quedar mal.

La cita de aquella tarde era en el Retiro. Darían un paseo, se desprenderían de doña Elisa para guarecerse en un cinematógrafo cerca de Pardiñas, y regresarían luego hasta el final de la calle de Velázquez, donde de nuevo se reunirían los tres. Apenas se apartó de Jenaro, sólo por verse libre de él, se le mudó el humor. Bajaron por la Carrera de San Jerónimo despacio, y en la plaza de las Cortes ordenó detenerse con intención de comprarle lilas a una florista; mas, en seguida, pensó que luego le causarían estorbo, y dió al chofer orden de seguir. Al llegar al punto de cita encontró a doña Elisa sola. Victoria había ido un momento acompañando a unas amigas obstinadas en dar una vuelta en

barca por el estanque. Tardaría muy poco en volver. No había podido librarse de ellas.

Ramiro sentóse junto a doña Elisa, bajo el fresco susurro de la arboleda por entre cuyos troncos, a lo lejos, veíase el blanco paralelismo de las estatuas en una avenida y las manchas de oro y de púrpura pintadas por el sol poniente. Algunas copas de árboles parecían inflamadas. El aire era sutil, y confundidas fragancias viajaban en él. Daba gana de respirar fuerte, de sorber la tarde. De tiempo en tiempo oíanse las detonaciones del Tiro de Pichón, muy tenues, sin que fuera posible al oirlas pensar en una escena de crueldad inútil. Algunas parejas esperaban el crepúsculo y una bandada de zagalones jugaba infantilmente al escondite; sus breves gritos, en la distancia, confundíanse con el piar de los pájaros.

Ramiro sentíase feliz y hubiera preferido, casi, que Victoria tardara en llegar. En su oteo placentero del paisaje, su vista tropezó con la figura obscura y encorvada de doña Elisa, y fué como si un pedazo de noche se hubiera metido a traición en la gloria del día y en el bienestar de su alma; quedóse mirándola algún tiempo y

pensó en la madre de Teresa, en su propia madre. Para rehuir la onda sombría quiso empezar por escaparse del silencio, y preguntó:

—¿Tiene usted hijos, doña Elisa?

—Sí, señor; dos... Dos hembras.

—¿Mayores?

—Sí... ¿Cree usted que si no tuviera hijas iba yo a llevar esta vida que llevo?... ¡Ah, en cuanto las case!...

La voz, al preguntar, sonó en su oído nueva, caliente, dramática. Aquella mujer escarnecida por Victoria y por él también, adquirió, de súbito, a sus ojos, aspecto de amenaza, y fué como un libro que fuese a abrirse para obligarle a leer hondas páginas de dolor, de ignominia, de injusticia, de sañas del Destino. En un segundo asoció las imágenes de aquellas hijas desconocidas a otra imagen de mujer a quien, tal vez—¡ojalá!—, le faltara en la edad difícil una madre abnegada para llevarla de la pureza de la infancia a esa colocación decente llamada matrimonio, única salida de la mujer española hacia una esclavitud menos dura. Y sintió por la pobre madre una piedad tan penetrante, que se le humedecieron los ojos.

Victoria apareció al extremo de un sendero y Ramiro le sonrió agradecido porque llegaba a punto de evitarle tal vez la confidencia, y, de seguro, el penoso silencio entre doña Elisa y él.

—Se me ha hecho tarde con esas pelmazas—dijo antes de llegar—y no podemos ya separarnos, chico. Iremos los tres al *cine,* ¡qué remedio!

—Como usted quiera.

La voz de la anciana volvió a parecerle otra: era de nuevo la voz parda de la servidora, no la voz metálica, vibrante, de la madre obligada a defender a sus cachorros. Caía la noche y caía en el alma de Ramiro también. Para que no lo advirtiese Victoria, dijo:

—Iba a traerte lilas, pero pensé que no sabríamos luego qué hacer con ellas, como la otra tarde. ¡Eso de vivir a salto de mata es estúpido! Si hubiéramos tenido una casita, hoy te la habría llenado de flores.

Ella se encogió de hombros, sin protestar, sin dejar de sonreírle. La sonrisa de la boca, el chispear de los ojos, el gestecillo de las narices un poco arremangadas y a menudo trémulas, quería decirle: «Eso allá tú; yo soy fatalista, y

Dios no ha hecho nada en hombre ni en mujer que no esté destinado a perderse.» Ya dentro del cinematógrafo, en la sombra, a Ramiro le fué más difícil ocultar su melancolía. Dos o tres veces Victoria le reprochó su despego. Él adujo:

—Es por doña Elisa. Me da pena.

—¡Sí que has venido a fijarte tarde!...

La película era interesante y atendieron a ratos sin dejar la plática. Ya casi al final, inesperadamente, Victoria le preguntó:

—Oye, ¿es que tú me la pegas ya?

—¿Yo?...

—Entonces es que estás leyendo alguna novela.

—No te entiendo.

—Pues yo sí me entiendo, hijo. Me has llamado dos veces Isabel... Y esa Isabel de algún sitio tiene que salir.

Acababa de entrar en su alcoba, cuando sonaron dos golpecitos en la puerta. Como estaba aun nervioso, no pudo reprimir un sobresalto.

—¿Quién es?

—Soy yo.

—Pasa.

Era su madre. Venía temblorosa, demudada. Ramiro tuvo primero miedo de que estuviese enferma; luego sospechó que la entrevista con Jenaro hubiese tenido alguna derivación desagradable, haciendo que la venganza paternal fuese a recaer sobre la infeliz. Ya colérico, le preguntó:

—¿Te ha dicho algo papá?... ¿Qué tienes?

Ella denegó con la cabeza. Y su gesto, la turbia ansiedad de sus ojos, el pelo despeinado entre cuyas hebras insinuábase la cabeza ya desnuda de toda gracia femenina, tuvieron una elocuencia que la voz no hubiera podido igualar. En un arranque se abrazó a él, y sus manos, como si de pronto se convirtieran en muchas manos, le acariciaron la cara, los brazos, el pecho, los hombros, y lo aprisionaron después en un abrazo fuerte de loca angustia. Antes de saber la causa, la onda dolorosa envolvió a Ramiro; y por primera vez sintióse hijo, sintióse cerca del corazón de su madre. La infancia cercenada completósele durante unos minutos, y fué el niño desvalido que ve llorar a la que creía su

sostén y una fuerza de Dios en el mundo. Sus manos también acariciaron, y su voz le sonó extraña y dulce cuando dijo en un lacrimoso susurro:

—¡Cálmate, mamá, vamos!... ¡Dime qué es!

Y como si el secreto sólo esperara aquel acento dulce para escaparse confundido con llanto, un sollozo le rompió en lo más hondo, la sacudió toda, y no fué sólo la boca, sino cada una de las células de su ser las que pidieron:

—¡Júrame que no te irás, Ramiriño!... ¡Júramelo, si no quieres que me muera! ¡Mira que he vivido mucho tiempo sin ti! ¡Ramiriño, filliño mío!... ¡Que quiero que me cierres los ojos!

Una mano se desprendió de su cuello, sin que la otra dejara de asirlo, y fué a buscar en el bolsillo de la bata un papelito azul, que la indiscreción había abierto y el llanto mojado. Ramiro comprendió en seguida: era la respuesta a su cablegrama. La mirada materna, transformada en inteligencia por el dolor, vigilaba la suya; y seguro de que aquel instante era el decisivo, el cuerpo deslizóse lastimosamente y se hincó de rodillas, con las manos cruzadas, en una ré-

plica muda que ya ninguna palabra podía hacer más patética.

Y Ramiro sintióse removido, despedazado, débil. Sintió que le era imposible negar; que un derecho dulce e inerme sobreponíase a su egoísmo bravío. Cogió el papelito azul—el puente que podía llevarlo a las aventuras—y lo rompió sin pretender leerlo. Y mientras respondía con la cabeza a la petición muda: «¡No me iré, no me iré!», y se inclinaba para alzar el pobre cuerpo de donde se había desgajado el suyo, una congoja estalló también en su alma, y lloró por sí mismo, por el hombre fuerte que se inmolaba, por la cadena de los besos buenos y de los besos malos que lo esclavizaban con sus eslabones, por no poder ser cruel para decirle: «No me quedo sólo por ti, sino por ella, por la que está manchada del hombre que tú y yo odiamos, por la que hace dos meses no conocía aún y ya es la dueña de mi vida.» Y mientras lloraba, prometía:

—¡No me iré, mamá!

—¡Júramelo!

—¡Te lo juro!

Las caricias se alocaron para caer sobre él en

un revuelo de inmensa alegría, de inmensa gratitud. Y en medio de ellas, sin que él tuviera fuerzas para levantar la cabeza y quitarse de los ojos la amarga cortina de lágrimas, su madre fué a la puerta y gritó:

—¡No se va!... ¡No se va!... ¡Ven!

Ramiro sintió que sus fuerzas llegaban al término; pero antes de desfallecer, tuvo la idea absurda de que se acababa de humillar, y la ternura fué reemplazada por una gran vergüenza. Derrumbado en la silla recibió de nuevo las caricias de su madre; y, con los ojos cerrados, sintió que otro ser entraba, se arrodillaba también junto a él y le besaba las manos en silencio. Era la prima Ermitas.

VIII

Hubo una tregua. Tendióse sobre la casa un bienestar no gozado hasta entonces. Durante cerca de una semana la vida familiar destiló para Ramiro mieles de sabor nuevo. Por imposición suya ni su madre ni Ermitas volvieron a aludir a la escena febril; le sonreían suavemente, y la sonrisa quería decir: «¡Gracias!»

Temerosas, no se atrevían a despertar su voluntad incitándole a no salir de casa; mas decíanle: «Hoy hay *caldiño*», o «hicimos unas buenas *filloas* para postre.» Y su estómago, asqueado por las comidas de la calle, y sus nervios, laxos de tantos simulacros de lucha, dejábanse captar. Otras veces ni siquiera le decían nada: abrían la puerta de la cocina, y tendíase por la casa un vaho cálido, ya de sardinas a la marinera, ya de pescada, ya de lacón. Él,

entonces, para dar más pronto la alegría, asomábase a la puerta y gritaba: «Me quedo a comer, mamá.» Y apenas lo había dicho, sentía un poco de desprecio de sí mismo por avenirse a disfrutar una felicidad de fogón y puchero. Comía mucho y luego se acostaba dominado por el sopor, y dormía hasta entrada la tarde.

Muchas veces la hora de la cita con Victoria llegábale harto pronto: en sus sentidos también había una tregua. Y hubo una tregua en su padre, que no venía jamás a comer a casa; tregua en Victoria, enferma durante unos cuantos días; tregua en Urgell, cuyo nombre ni oyó decir y hasta cuyo perfume pegajoso desapareció de su olfato; tregua en todos: en Ermitas, en su madre, en Jenaro. En todos, menos en Isabel, que se le aparecía apenas cerraba los ojos, desafiando con su imagen inmutable al torbellino de realidades rotas y de quimeras, y mezclándose al disparatado cortejo de figuras y de episodios no se sabe si del mañana, si del ayer, si del imposible, que circula en los sueños. Tal vez por eso le gustaba tanto dormir.

Dos días enteros estuvo sin salir de casa. Previendo el desgano de la vida que daba a

sus movimientos y hasta a sus ideas lentitud de convaleciente, le había dicho a doña Elisa, con quien tenía entrevistas todas las tardes para saber noticias de Victoria, que cuando él no acudiera le hablase por teléfono. Esos dos días de encierro lo ahitaron de paz familiar. La casa, en la hora de la siesta, tenía quietud de sepulcro. Una cortina de canutillos de bambú y cuentas de cristal que dividía en dos el pasillo, tintineaba levemente. Y a las cinco, cuando el sol empezaba a retirarse y a palidecer sobre las bardas de un jardín próximo, doña Vicenta y Ermitas sentábanse al borde de la cama y volvían a adormecerlo con historias pueriles, inacabables. Estas charlas, las tácitas sonrisas, la ausencia de su padre, la hipócrita actitud de Jenaro que ni una sola vez aludió a su fallido intento de corromperlo, enmohecían los antes tensos resortes de su energía; y en los cortos ratos de lúcida reacción, llegó a despreciarse a sí mismo y a temer que aquella dejadez fuera síntoma de que ya empezaba a dejar de ser en su casa un extraño. Sus anhelos individualistas de cortar toda traba y crearse en tierra nueva vida nueva, sin tributos ni protecciones, se le aparecía más

de raro en raro, y cada vez con menos relieves tentadores.

Hubo un día, el último de los dos de inmersión total en la casa, en que ni siquiera pensó en Isabel. Muy deprimido debía de estar cuando su madre misma le propuso:

—Vas a aburrirte. Debieras salir un *ratiño*.

Y Ermitas, arrebolándose, añadió:

—Por nosotras, figúrate si nos da gusto tenerte aquí... Mas la tía dice bien: El hombre necesita siempre de la calle.

Él vistióse y fué al Casino. Allí le dijeron que el señor Urgell había estado dos veces a verle, y que los porteros habían dicho «que el señorito acostumbraba a ir más por La Peña». Este solo recado sacóle del abotargamiento. La idea de que Urgell no era socio de La Peña, y de que no podía ir, por tanto, a importunarle allá, le sonrió cual una pequeña venganza; y por el hilo de ella fué poco a poco trayendo desde el lugar del naufragio—su cuarto lleno de letargo y trivialidad desmoralizadores—los restos vivos de su ser.

Esta operación difícil de salvamento se realizó en el corto trayecto que hay desde el Ca-

sino al extremo de la Gran Vía. Cuando llegó a La Peña, sus pulmones se dilataron en triunfal expansión, y se dijo: «He sido un estúpido... No supe resistir el empuje fofo de la sensiblería, y después de dar mi promesa no pensé que aun me quedaba para salir de ella la puerta del engaño. Puesto que sólo ofrecí no irme, cumpliré. ¡En todas partes se puede ser hombre de presa!»

Y cual si fueran estas las palabras mágicas que abrieran el *sésamo* de su verdadera personalidad, la indolencia cayó de su ser, disipáronse las resignaciones, sintióse temible, y sus deseos, sus simpatías, sus odios, levantáronse dentro de él con ese filo rápido de las armas que se han dejado descansar manteniéndolas libres de herrumbre.

—Si viniera alguien a verme digan que «sí estoy»; pero que he dado orden de que no se me moleste. ¿Entendidos? Bien. ¿No vino ayer un señor a buscarme?

—No, don Ramiro. Hace un momento fué cuando vino. Aquí está la tarjeta: Don Jaime Urgell.

—Pues si vuelve, ya sabéis lo que hay que

decirle... Y si pregunta si yo sabía que iba a volver, decidle que sí.

—Descuide, don Ramiro.

Sin duda no se había pretendido abordarle antes porque la casa era terreno poco apropiado. Por lo visto, su padre dejaba a Urgell la última instancia del pleito. ¿Pretenderían acaso amedrentarlo? ¡Bah! ¡Ojalá! Tal vez Jenaro espiaba su salida para comunicarla, y tal vez la misma incitación al paseo fué sugerida u ordenada a su madre. La solución del *negocio* debía urgir. La suerte, siempre pródiga e injusta con él, le proporcionaba el asalto tónico apenas salía de la envilecedora molicie.

Poco después de mediodía, Ramiro resolvió no ir a almorzar a casa y pidió un vermut, que fortificó sus decisiones de empezar la batalla y le sugirió planes. La figura de un periodista bisojo, que solía brujulear por las mesas de juego del Casino, apareció al conjuro. Sí; debía de estar a esa hora sentado en la terraza.

Llamó a un recadero y lo mandó en su busca. Al poco rato, en la sala de visitas, ante el acarreador de noticias que lo medía receloso con

su turbio mirar, Ramiro sintióse combativo, lúcido, dominante.

—Claro que a usted le ha sorprendido mi recado, que debí buscar una presentación, que... En fin, usted es listo y podemos poner cuantos etcéteras sean precisos para ganar el tiempo, que no debe malgastarse en trámites cuando los asuntos valen la pena. Los asuntos se tratan mejor entre dos personas, ¿verdad? El intermediario siempre es funesto.

—Eso dicen.

—Usted está en la oposición rabiosa y dispone con cierta libertad de su periódico. ¿No es así?

—Según.

—Para un sueltecito, por sorpresa, sí que dispone. Y si ese sueltecito sirve a los intereses generales del periódico y a los particulares de usted, y chafa por añadidura una combinación del ministro a quien ustedes combaten con más saña...

—Pintado así, parece que la cosa *hace*...

—Vamos a ver: usted está ahora mismo en una terraza en la que se pueden oír, por casualidad, muchas conversaciones. Pongamos, por

ejemplo, que usted oye decir que dos negociantes muy conocidos pretenden un permiso de exportación de cinco mil toneladas de arroz para Cuba—fíjese bien—y una autorización para pasar, por Huesca, a Francia, unas cuantas mulas, que en el paso van a convertirse en mil ciento veinte, ni una más ni una menos. ¿Cuál es su obligación de periodista?

—Eso depende... Por lo pronto...

—Abrir las orejas y ver si conviene o no levantar la liebre. Pues siga de puesta, como un buen alano, y escuche: Hay dos mil pesetas, si la noticia sale en primera plana, y mil más, si se insinúa que los referidos negociantes pretenden, para ultimar el negocio, valerse del hijo de un personaje político. Y hay—atienda a esto también—muchos disgustos, pero lo que se dice muchos disgustos, si se conoce el origen de la noticia. ¿Estamos? Las dos mil pesetas son éstas. No hay inconveniente en pagar antes.

Los billetes de rojiza tonalidad apenas estuvieron un segundo en su diestra. Por la cara del periodista pasó, primero, una sonrisa, y, después, un pliegue de concentración mental.

Sus palabras acreditaron que la compresión era la óptima de sus cualidades.

—Lo importante—dijo—es que la noticia se publique en buen sitio para que los demás periódicos se hagan eco de ella. Bien. En ese supuesto yo no necesito darla personalmente... Pero me encargo de que salga. Y en caso de que la combinación falle, que creo que no, doy entonces la cara. Conque la cosa no tarde más de tres o cuatro días en publicarse, yo cumplo. ¿No es así?

—Eso es.

—¿Entonces?...

—Entonces, el viernes aquí, para cobrar las mil pesetas restantes... Ya que supongo que lo del hijo del ministro—le he dicho el nombre del personaje sin querer—, no dejará de aprovecharlo.

—Hasta el viernes.

El bisojo se fué, y Ramiro entró en la biblioteca para ver el periódico donde la noticia iba a propalarse. Mientras lo ojeaba, dos jóvenes charlaban cerca de él y pudo oír que uno de ellos quejábase de no lograr vender en seguida un pisito amueblado. Sin duda los dioses lo

protegían aquella mañana para celebrar su renacimiento. Con prontitud de decisión se volvió hacia los dos desconocidos.

—No es posible dejar de oír lo que se habla estando tan cerca—les dijo—, así que ni siquiera les pido disculpa. Precisamente yo busco un cuarto en las condiciones del que usted tiene, y...

—¡Ah!... Pues con mucho gusto. La casa no es barata, porque está muy bien puesta, con cosas de precio... Además la calle, Don Ramón de la Cruz, está un poco lejos; pero para una *garçonnière* es lo mejor. El propietario no tiene inconveniente en traspasar el contrato, tratándose de persona que, como usted, de seguro...

—Aquí tiene mi tarjeta. Ramiro Ochoa, para servirle.

—¡Ah! Tanto gusto... Emiliano Simancas... Mucho celebraría que la casa le conviniese.

—¿El precio es alto?

—Trece mil... Ya verá que lo vale. Cuando quiera podemos verla.

—Ahora mismo. En un *auto* se va en seguida. Voy a pedirlo.

Con rapidez, Ramiro vió que aquella casualidad le brindaba lo imprescindible para su independencia futura. Un piso en donde poco a poco, sin sacar mucho de la alcoba familiar, crearse su verdadero cuarto; un refugio para llevar a Victoria, y para quedarse solo cuando le apeteciera. Por escasas comodidades que la casa tuviera, sería suya.

En el momento de salir con el señor Simancas se tropezaron con Urgell que entraba.

—¿Qué hay, mi querido Ramiro?—dijo—. Por usted vengo: a raptarlo para almorzar juntos. Me dan un almuerzo en una finca que quieren venderme, ahí, a la entrada de Vicálvaro, y como un invitado invita a otro...

—Pues se va sin mí. Tengo que hacer con el señor y me es imposible dejarlo para otro día ni para otra hora.

El desconocido iba a terciar, sin duda allanándose a posponer la visita; pero Ramiro lo detuvo con un gesto, y, subiendo al automóvil, terminó con esa grosería pulida a la que nada puede oponerse:

—Otro día será. De todos modos, ¡gracias! Usted sabe dónde me encuentra siempre, Ur-

gell... Dispense que lo deje así; pero tenemos prisa.

Cuando arrancó el automóvil, explicó a su acompañante para justificar el sesgo de la conversación:

—Es de confianza; y de no haber ido a ver la casa ahora mismo, o usted no habría podido luego vender, o yo no hubiera querido comprar. Las cosas hay que hacerlas a tiempo. ¿No le parece? Sin saber por qué, creo que va a gustarme.

Se volvió a mirar, y vió a Urgell aun de pie sobre la acera, con un tinte verdoso en la cara. ¿Era el reflejo de algún cristal, o era la cólera? ¡Bah!, a pesar de que el perfume odioso había vuelto a metérsele en el olfato, Ramiro estaba contento, contento, contento.

Sí, sí, le convenía. No era preciso encarecerle la bondad de los objetos, la perfección de la sala de baño, la instalación de un teléfono minúsculo en la mesa de noche, la abundancia de ropa de cama, la cómoda distribución de las habitaciones. Si el propietario aceptaba la trans-

ferencia de contrato, el traspaso y la compra quedaban hechos.

El vendedor quiso ponerse a tono de aquella celeridad y subieron a ver al dueño de la casa, que vivía en uno de los pisos. El apellido de Ramiro y el nombre de su padre facilitaron los trámites. Hasta allí la huella paterna—y esto ensombreció su ánimo tan predispuesto a la alegría—le quitaba estimulantes dificultades del camino. El propietario era hombre listo, de cara de chalán... «Ya comprendía—dijo entre zalemas—que don Fermín no tenía por qué enterarse. ¡No faltaba más! Lo único que por su parte exigía él, era un pequeño aumento en los alquileres al traspasar el contrato y discreción... mucha discreción... Todo puede hacerse sin escándalo, ¿verdad? El escándalo sólo divierte a la gente ordinaria.»

Cuando bajaron otra vez, Ramiro hubiera querido pagar al punto y quedarse ya solo en «su casa»; mas el señor Simancas hizo puntillo de delicadeza detallar cuantos enseres no habían aun visto.

—Además, le haré a usted una carta. Aunque se trate de nosotros y aun cuando en ma-

teria de mobiliario la posesión equivale a la propiedad... Es lo correcto.

—Bien... bien.

La palabra *correcto* resucitó en Ramiro la enseñanza británica de la seriedad. La casa fué visitada paso a paso. Todo en ella revelaba el lujo frágil propicio a esos momentos de sinceridad física en que hasta los más fugaces caprichos tiene algo de amor. Era una casa para pasar, no para quedarse. Tenía algo de espectáculo, de escenario de comedia mundana. Se entraba casi en el portal mismo, con sólo subir tres escalones orillados de tiestos con árboles enanos; y ya en el vestíbulo, tapizado de claro y ornado con estampas galantes del siglo XVII, el resto de la casa se presentía. A un lado del recibimiento estaba el salón, cuyas paredes cubiertas de seda búlgara muy plisada, estaban adornadas con desnudos de arte, que adquirían allí un aire equívoco, cual si tantas sedas les hiciesen perder la castidad del desnudo. Este interior con algo de estuche, contrastaba con los pesados muebles de española talla: una mesa, un bargueño, un sofá y varios sillones, que hubieran hecho pensar en la vasta sala en-

calada de alguno de esos palacios conventuales, si cojines de la misma tela multicolor de la pared no los pervirtiesen echándoseles encima, y si lucecitas de bombillas eléctricas teñidas de tonos rojizos, no los envolvieran en una claridad casi culpable, a la vez excitante y dulce, como esas bebidas mixtas que saben a refresco y son fuego helado. Del salón se pasaba a la alcoba, y de ésta a la sala de baño, unida a un cuartito ropero. En la alcoba, el aire femenino, iniciado ya en el salón, triunfaba sin hipocresías. Esperábase que de cualquier rincón, en cualquier momento, fuese a salir y a ofrecerse una mujer: la mujer. Las indolentes Venus de los cuadros parecían las dueñas de todo; y a Ramiro le vino al deseo la idea de tratar con ellas desentendiéndose del señor Simancas... El armario, muy bajo y de tres lunas; el tocador sobrecargado de hechiceras superfluidades; la cama que empezaba en un alto testero con incrustaciones de nácar para concluir echándose por sí mismo al suelo, sin un adorno, simplemente, primitivamente, eran de caoba clara, en cuyo espejeante brillo repercutía el color malva de los muros. Hasta la piel de tigre puesta so-

bre la cama, perdía su aire feroz; y en las cuentas de los ojos el reflejo sustituía los fulgores verdes con algo lánguido, vicioso. Junto a la espumosa sedosidad de la alcoba, el blanco charolado de la sala de baño y hasta el mismo comedor con sus muebles de roble, su loza fina, la lámpara donde náyades reidoras vagaban tras la urdimbre de los encajes, y su friso de frutas, deliciosamente hiperbólicas y lozanas, antojábanse circunspectos.

Después de examinar la cocina y el cuarto de criados, volvieron de nuevo al comedor.

—Aquí tiene usted bebidas para algún tiempo... No, no vale la pena de que me las lleve. ¿Quiere que tomemos una copita de kummel? En realidad ya es usted quien debe hacerme los honores.

—Y con mucho gusto.

Después de beber se citaron para por la tarde allí mismo, a fin de firmar en casa del propietario el nuevo contrato; y Ramiro se quedó con las llaves. El señor Simancas le presentó a los porteros, quienes aceptaron con gran remilgo la primera propina. Salieron juntos y se despidieron poco después. Pero Ramiro, en vez de seguir

hacia la calle de Lista según había dicho, volvió al pisito, que le produjo, al verse solo en él, una especie de miedo suave. Encendió las luces, recorrió la casa a pasos quedos, cual si temiera hacerla temblar, y volvió a sentarse ante la mesa del salón. Sobre la carpeta de piel de Rusia estaba aún la pluma con huellas de tinta, y, en el cesto, un papel arrugado mostraba una palabra única tachada por dos trazos coléricos. Esto bastó para que Ramiro sintiese rozarle la presencia de otras vidas, de otros dramas. Fué hacia el lecho, levantó la piel de tigre y miró bien: ni una arruga, ni una depresión. Descolgó el teléfono, titubeó antes de estrenarlo, y al fin llamó a Victoria, sintiendo, mientras esperaba la respuesta, una impresión no sentida hasta entonces al hablarle. Vagamente, más con los nervios que con la inteligencia, parecíale que la voz de una nueva mujer, al resonar por vez primera allí, iba a concitar fantasmas celosos.

—¿Cómo estás? ¿Cuándo sales?... ¿Mañana ya?... No es que el *ya* quiera decir eso... No seas mala... Era miedo a que todavía no pudieras salir... ¡Al contrario! ¡No puedes figurarte

desde dónde te hablo! Y en castigo, no te lo digo... No, no; mañana... No. A las seis en la esquina de Goya... Cuelgo, no me quites el gusto de la sorpresa. ¡Aunque te mueras de curiosidad!... Bueno; iré, para que no se lleve plantón doña Elisa, y además te mandaré una prueba de que me he acordado de ti... Ya lo sabrás mañana... ¡Adiós!... ¡Adiós!

El gusto de Victoria, adormecido por los días de ausencia, resucitó en los sentidos de Ramiro con tanto ímpetu, que durante unos minutos casi fué amor. Hubiera querido tenerla allí para besarla con todos los besos: los hostiles, los ávidos, los limpios de fiebre sexual. Se acordó de que días antes le había hecho una instantánea en la Rosaleda del Retiro, y fué a encargar con urgencia una ampliación, para la que compró un magnífico marco de esmalte. Así, al llegar a la casita, no le sería violento porque ya el eco de su imagen habríase familiarizado con todo.

Entre uno y otro encargo, recordó que no había comido, y entró en uno de los restorantes alemanes de la calle de Zorrilla. La atmósfera era pesada. Olía a lúpulo, a coles agrias, a em-

butidos, a humo, a salmuera. Entrecruzábanse voces de consonancias ásperas, recias risas. La rubia cerveza le recordó a Victoria, y tendió la mano hacia el vaso y lo acarició voluptuosamente. De allí fué a la Carrera de San Jerónimo y compró un ramo de claveles muy rojos. Luego tomó un coche para llegar a tiempo adonde doña Elisa lo esperaba. En el camino casi se durmió: el sopor de la comida, la fragancia de especias del ramo, sugeríanle ideas tentadoras que se convertían en sensaciones antes de plasmarse, envolvíanlo en una onda letárgica. Al llegar, la señora de compañía díjole que estaba aguardando desde hacía rato. Él se excusó:

—Me tiene que perdonar, querida doña Elisa. ¿Cómo está nuestra enferma?

—Buena ya, y dispuesta a hacer diabluras por usted... Debe usted contenerla, don Ramiro... Usted, que a veces parece tan serio... Hoy ha estado asomándose casi toda la tarde al balcón de su cuarto, porque creía que no iba usted a salir; y cuando la llamó por teléfono, decía nada menos que iba a bajar, aunque a su prima de usted le diera un ataque.

—¡Es mucha Victoria!

—Y el recado que traigo es que si no va ahora mismo allá y se asoma para que lo vea, se pone grave y no sale en diez días. Usted verá.

—Pues hágame el favor de llevarle estos claveles y de decirle que ya voy.

Al llegar a su casa le abrieron antes de que llamase. Y la prima Ermitas le participó con aire encapotado:

—Trajeron dos veces una carta para ti y no quisieron dejarla. El sobre era de letra de mujer.

—¿Para mí? ¿Letra de mujer?

—Sí, letra morada y larga... Además, el balcón de arriba ha estado abriéndose toda la tarde. Te lo digo por si te da idea.

Nunca Ermitas se había atrevido a tanto. Él alzó la mirada, la fijó en los ojos bovinos hasta hacérselos humillar, y fué a encerrarse en su habitación. No tardó en abrirse la ventana de Victoria, y ésta apareció en el centro del cuarto, visible sólo para él, con el ramo apretado contra el pecho, sonriéndole. En seguida arrancó un clavel, lo agrandó un instante al juntarlo a la boca para besarlo, y se lo lanzó en movimiento gozoso. La flor cruzó el patio lo mismo

que un meteoro fragante, y él la cogió al vuelo y se la puso en el ojal después de recoger el beso que traía. Cuando las dos ventanas se cerraron ya menguaba la luz y Ramiro se dispuso a ir a «la casita» para esperar al señor Simancas y subir ambos a firmar el contrato. Al salir encontró a Jenaro y bajaron juntos.

Como estaba alegre, era para él un espectáculo gracioso ver el aire evasivo del zagalón; su deslizarse por cuantas palabras pudieran suscitar una aclaración o una pregunta era cómico, a pesar de producir angustia. Dos o tres veces lo vió volverse a mirar un coche de punto, detenido casi frente a la casa cuando salieron, que, por lo visto, los seguía. ¿Sería alguna combinación amatoria de Jenaro? ¡Tendría gracia! Esta sospecha le hizo sonreír y casi estimarle. Jenaro, ahorrando meses y meses para gastarlo todo en un solo día con una buena hembra, hubiera constituído un descubrimiento formidable. Subieron juntos por la calle de Alcalá hasta la del General Pardiñas. A cada paso Jenaro se quitaba el sombrero ante algún entierro que iba hacia el cementerio del Este, y Ramiro pensaba: «Su costumbre de adular es tanta que

adula hasta los muertos; nadie saluda como él.» Esto le dió vergüenza y se despidió sin transiciones:

—¡Ea, adiós, primo! Tengo que hacer.

Jenaro dijo entonces la frase que necesitaba decir, la que lo había hecho esperar a Ramiro y acompañarlo:

—El tío no está bien estos días: debes verle.

—Lo veré, no faltaba más. ¿Es que se queja?

—No; pero debes verle. Sin decir que yo te lo he dicho, claro...

Ramiro se detuvo hasta convencerse de que Jenaro se alejaba en el estribo de un tranvía. Entonces, a paso rápido, encaminóse a la casita. Al entrar asomóse a la portería y pidió:

—Avísenme cuando llegue el señor Simancas. ¡Gracias!

Y entró en el piso, donde ya cuadros, muebles, sedas y tapices, lo acogieron sin el misterio turbador de antes. Acababa de abrir el armario, del que se exhalaba tenue olor a intimidad, cuando del pasillo llególe un bordoneo de insecto: era el timbre. Todo había sido allí previsto: el sonido metálico hubiese discordado de

las luces, de los colores, de la curva suavísima de la cama.

Cuando de afuera oyeron sus pasos acercarse, la voz del portero anunció:

—Es una carta, señorito.

Ramiro tuvo intranquilidad, miedo casi. ¿Habría surgido alguna dificultad para el contrato? No, no era eso. El instinto se lo decía. Tomó el sobre y lo rasgó en cuanto estuvo solo. Al reconocer la letra, el corazón le batió a golpes duros. La caligrafía había querido en las primeras palabras desfigurarse; mas, en seguida, habíase hecho leal y participaba de la torsión interrogativa y suplicante de toda la carta: «¿Qué ha pasado entre ustedes?—decía—. ¿Por qué no lo trata como lo que es o por qué no deja de tratarlo? ¿Es que se complace en hacerme sufrir? Sé que ya le ha hecho varios desprecios, que hoy lo ha provocado, que se empeña en aumentar su envidia y su odio... De rodillas le pido que no lo haga más, Ramiro... Por su madre, ya que no por mí, desentiéndase de ese hombre. Las cosas de usted le irritan más que las de nadie. Si entre ustedes pasara algo, yo no podría resistirlo. ¿Qué mal le he hecho yo? Yo soy quien

no duermo, quien tiemblo cada vez que oigo sus amenazas... ¡Hasta su nombre en la boca de él me hace daño!... ¡Usted no sabe!... ¡Usted no sabe!... Olvide, si no la tiene ya olvidada, a la pobre mujer que le escribe estas líneas, y que tanto tiene llorado desde que no lo ve, y acuérdese sólo de lo que con el alma le pide, *Isabel.*»

Con la carta aun entre las manos, salió e interrogó al portero:

—¿Cuándo han traído esta carta?

—Ahora mismo. Una señora.

—¿Y qué dijo?

—Me preguntó si era usted quien acababa de entrar, y si podría dársela.

—¿Y nada más?

—Perdone el señorito si me propaso, pero estaba como si fuera a darle un «histérico». En cuanto le dije que el señorito recibiría la carta, volvió a subir en el pesetero en que venía y... ¡Allí está el coche, señorito, mire!

Ramiro vió un coche detenido en la esquina, y, sin cuidarse de que estaba sin sombrero, corrió hacia él; mas sin duda observaban porque el vehículo partió en seguida velozmente. Cuando llegó a la calle por donde había desapareci-

do, sólo atestiguaba su paso una polvareda que salía rápida de la sombra y envolvía en niebla los faroles.

En cuanto pudo desprenderse del señor Simancas, a quien no pudo desairar la invitación a cenar para festejo del trato tan casual y rápidamente terminado, Ramiro sintió necesidad de estar solo a fin de recoger sus pensamientos. El día había sido para él de torbellino. Estaba cansado, ojeroso. De vez en cuando la ira hacíalo taconear y contraer los puños. En la soledad sacó la carta y volvió a leerla. Necesitaba hallar en aquellas líneas algo con que resarcirse, y la necesidad, la suprema investigadora, lo encontró al punto. El nombre de la firma escrito con letra clara, muy clara, revelaba un esmero orgulloso. Sin duda al escribirlo, Isabel hubiera querido ponerse allí toda ella, para interponerse entre él y cualquier daño... Sí, le había escrito porque le quería, le había huído porque le quería.

Al reaccionar, su primer ímpetu fué ir en busca de Urgell. Su matonismo, lejos de amilanarlo, lo exacerbaba. Pensó en la complacencia de

encontrarlo ante testigos y de darle no una bofetada, sino un puñetazo brutal, que lo derribase, para después, fríamente, saltarle los dientes de un puntapié y dejarlo con la afrenta durante muchos días, a la vista de los humillados y de los admiradores cobardes. Estaba seguro de poder hacerlo. Su fuerza serena de púgil, latíale placentera en los bíceps y en la intención. Pero, casi al instante, el lastimero imperativo de la carta sometió sus impulsos, atarazándolos con la hebra de un razonamiento, ya melancólico, ya apasionado.

¡Cuánto debía de haber sufrido Isabel antes de decidirse! Comprada con oro, servida por criados comprados también, no tuvo siquiera una persona adicta con quien enviar la carta... Era ella quien sufría en aquel coche que lo siguió mientras él marchaba alegre con Jenaro, sin presentir que iban tras él el amor y las lágrimas. ¡Pobre Isabel! Con la imaginación veía llegar a Urgell furioso y contar el desaire de La Peña y decir que aquella vez no iban a quedar las cosas así. La adivinación era tan clara, que hasta oía las voces: la de él mordida de ira; la de ella desfalleciente, rota.

Y esta última voz, a pesar de su blandura, acababa por eclipsar la otra y por transfundírsele a todos los sentidos, en sensación de piel, en olor suave, que ya había triunfado una vez del perfume bárbaro y de los olores silvestres del campo nocturno, en visión del cuerpo esbelto, de la cara pálida, de los ojos... Por el camino de la evocación, la voz se la traía íntegra, con plenitud jamás gustada en la realidad; y su deseo envolvíale con frenesí doloroso. Por tenerla en aquel momento hubiese realizado no importa qué. El mundo se le borró del pensamiento, y de sus infinitas formas sólo quedó ella. Hubo un instante en que el ansia fué tan aguda, tan loca, que tuvo que llamarla para calmarse, y que sus manos tomaron la carta y la alzaron hasta los labios con fervor de comunión...

Y cuando el resorte de los nervios no pudo más y lo dejó, al soltarse, como después de un trance de excesivo placer o de excesiva angustia, la onda volcánica trocóse en tibia gratitud, y se dijo: «No tengo derecho a pagar su generosidad exponiéndola.» Y se torturó durante largo rato, voluptuosamente, con la idea de obedecerla

hasta el sacrificio, a trueque de que Jaime lo creyera cobarde.

Al salir de La Peña echó a andar sin rumbo, sumido en cavilaciones desgarradas de vez en vez por este grito estéril: «¡Ah, no haberla conocido antes! ¡No poder desprenderme de la idea estúpida de que ese hombre la ha manchado y de que por esa mancha yo no podré poseerla jamás!» En la noche llena de gente y de rumores, iba solo entre un gran silencio, sin saber por dónde iba, sin reparar en la animación que anunciaba el verano. Y, de súbito, ya muy tarde, hallóse frente a una puerta que le dió miedo.

Huyó de allí en un coche, inseguro de que sus pies no volvieran a llevarlo al mismo lugar. Y apenas se acostó, se arrojó al sueño cual si se arrojara a un pozo hasta cuya hondura no pudiese llegar ninguna claridad de vida.

Fué un sueño tan macizo que, ya entrada la mañana, anduvieron en su cuarto sin despertarle. Al levantarse advirtió que el clavel que llevó la tarde anterior en el ojal, yacía deshojado en la alfombra. No se explicó la causa hasta que el ramo, puesto a modo de retadora enseña en el

balcón de Victoria, le dió la clave. Al punto sintió furor contra el atrevimiento; mas el recuerdo de Isabel vino a su mente, y, en seguida, el vilipendio de los pobres pétalos rotos dejó de significar para él, odio de lo que no pudo florecer nunca contra cuanto es ornato y aroma. Él hubiera hecho más: ¡él no se habría conformado con el rojo de los claveles!... Y, por primera vez, al ver llegar a la prima Ermitas, ya agobiada por su humilde rebeldía de ser eternamente sumiso, no se le apareció engorrosa y grotesca, según la veía cada mañana, sino idealizada por la piedad.

Y merced al generoso espejismo del amor, vió en ella un reflejo de Isabel como en una charca se ve el cielo.

IX

Aquel día el amor pudo decidir de su vida. Con el objetivismo de quién lograra sacar su existencia de sí y sintetizarla en un esquema, en cuanto la prima Ermitas y su madre lo dejaran solo vió, de un lado, las sombras hondas, y, del otro, el único senderito de luz en medio del cual le tendía los brazos Isabel. No sabía cómo, mas sentía en lo mejor de sí la obligación de ir hacia aquel sendero. Que Isabel lo esperase, y habría hombre, habría entusiasmo, habría abandono de lo estéril y nuevo aprendizaje de la vida; que Isabel se esquivara, y habría fantasma.

E Isabel se esquivó. Cuando Ramiro se vestía de prisa, como quien se dispone a un salvamento, ignoraba aún la forma que su decisión iba a tomar. Surgió repentina: iría a su casa, le diría su tormento, huirían los dos lejos, y serían felices. Estaba seguro de que entre ellos no se-

rían menester frases intermedias. Bastaría decir con el corazón las palabras confluentes para que el curso de los dos monólogos se trenzara en diálogo de anhelos ya inseparables. En aquel minuto Ramiro no se acordaba de Victoria ni de la prima Ermitas, ni de su madre siquiera. Hasta la menor partícula de su ser estaba tendida hacia el futuro. La sutileza de sus sentidos multiplicaba de tal modo su percepción que, cuando vió abrirse la puerta y penetrar al primo Jenaro, supo, antes de oírlo, que venía a decirle palabras decisivas.

—¿Qué hay desde ayer?

—Nada.

—Creí que te vería por la oficina; después de aquello que te dije...

—No pude ir.

—El señor Urgell se ha marchado unos días fuera.

—¿Que se ha ido? ¿Solo? ¿Por qué se ha ido? ¿Cuándo? ¡No me mires así! Habla, dime...

Se había echado casi sobre él, para robarle las palabras, obligándole a retroceder atemorizado. La enorme estatura de Jenaro achicóse, pretendiendo tomar el tamaño de su alma.

La mancha de la cara habíase desvanecido en honda palidez. Y balbució:

—Creo que se ha ido con su amiga; que ella enfermó ayer tarde, según dijeron, y que se empeñó en que si no la llevaba a ver su madre iba a encontrarla muerta. Se han ido en su *auto*.

Ya fuera de él estas palabras, Jenaro era un saco vacío, y su corpachón apenas ocupaba en el cuarto, que acababa de llenarse de espectros e ideas, un sitio mínimo que no tardó en dejar libre tras una despedida contestada automáticamente. Con la corbata a medio anudar, Ramiro sentóse ante la mesa y hundió entre los brazos el rostro, para crearse una noche artificial donde ver mejor. ¡Isabel le huía! ¡Isabel le huía porque sintió, antes aun de que brotase, su voluntad de ir a posesionarse de ella para siempre! ¡La cabeza había derrotado al corazón!... ¡Fué el corazón el que temió a las amenazas y fué la cabeza la que después dijo!: «Este rufián de Jaime es rico... Vale la pena de aguantarlo.» Fué la cabeza también la que debió discurrir el engaño de aquella pesadilla; la que, para persuadir al matón emplearía mimos, coqueterías, el argumento supremo de su cuerpo tal vez... ¿Y

aquella mojiganga de la madre? ¡Para algo había de servirle una madre que la dejó ser mujer de pago! El caso era escapar de Madrid y dejarlo solo, solo, para siempre perdido... ¡Ah, no!... ¡Ya vería, ya vería ella!...

La imagen de una Isabel engañadora lo exasperaba. El arma femenina del engaño hacíale, en ella, efecto de puñal traicionero. En vano una vocecilla remota clamaba: «¿Y si se ha ido por ti, pero no por huirte? ¿Y si ha engañado contra ella, por ti? ¿Y si no eres justo?» ¡Sí, era justo... era justo! En fuerza de defenderse con la mentira, Isabel escapaba ante la verdad. Había coqueteado con él para revaluar su fuerza, igual que su padre decía a veces: «Si quisiera compraría esto o lo otro.» Pero a la hora de sacrificarse triunfaban el egoísmo y la avaricia.

El amor y el odio hablaban tan estrechamente unidos en él, que eran en muchos momentos una sola fuerza. Sentíase perdido. La imagen de su padre mezclábase en un rencor antiguo, absurdo, superior a toda razón de cordura y de tiempo, con la imagen desconocida de aquella madre que había dado al mundo una fuerza de belleza y de ternura para entregarla luego a la

prostitución. Maldecía en ellos a toda la vejez. Execraba en ellos ese apetito de sobrevivirse que hace al anhelo, engañar a la naturaleza caduca y hablar el lenguaje de los vivos, cuando ya para ser cadáveres falta apenas estarse quietos; vituperaba en ellos a los engendradores que no merecen el nombre de padres. Y con la anciana a quien hacía responsable del mal de Isabel, con don Fermín, con el padre frívolo de Victoria, con una inmensa multitud desconocida y nefanda de estafadores de la paternidad, amasó imaginativamente dos cuerpos gigantescos—una mujer y un hombre—, y se dispuso a ajusticiarlos con infamante muerte en castigo de sus lascivias, de sus egoísmos, de sus frases campanudas, de sus pecados para con los hijos que no le pidieron ser traídos al mundo. Al ir a torcer el cuello a la giganta, notó que en su cuerpo faltaba un pedacito ínfimo, pero imprescindible para que la sentencia se cumpliese. Ese pedacito debía darlo el cuerpo de doña Vicenta. ¡No cabían engaños!... Los engaños eran buenos para las Isabeles. El verdugo no podía engañar. Y la alucinación fué tan viva, que sintió alegría de venganza, sabor de sangre.

Todavía un momento la devanadera de la fantasía ensanchó su pesar. En esbozo tuvo conciencia de que su vida y todas las vidas formaban cantidades donde había muchos ceros colocados entre otros números. Si gastaba poco a poco, guarismo a guarismo, llegaría al final; mas si arrancaba las cifras significativas para gastarlas en simulacros, llegaría un momento en que, habiendo gastado el valor real de su existencia, no podría morirse porque aun le quedarían ceros por vivir... ¡Ah, no, no!... ¡Las flores en su tiempo, las frutas en su tiempo! Allí estaban los sentidos para dar la batalla a la cabeza, un poco vieja ya tal vez, a pesar de sus pocos años...

Se puso en pie de un golpe, abrió el balcón, esponjóse en el torrente solar, sonrió a los visillos nevados de la alcoba de Victoria, pensó en «la casita», y se volvió hacia el espejo del armario otra vez, cual si fuera a encontrar en él no su figura erguida, sino la silueta claudicante vista de soslayo y con miedo un minuto antes.

—No hay que afligirse, Ramiro—se dijo—. La mujer es siempre el enemigo, y puesto que ésta huye, puente de plata. ¡A otra!

La imagen del espejo quiso responderle después de un mohín; pero él tendió la diestra para taparle la boca, y rompió a reír al ver lo absurdo de la escena. Desde el otro lado de la puerta, la voz de doña Vicenta preguntó:

—¿Te ríes solo, Ramiriño?

—Río, mamá, sí.

—Pero ¿reirás con alguien?—dijo Ermitas.

—No; os juro que con nadie. Podéis pasar... Me río solo, y no sé de qué. De todo... ¡Lo que se dice de todo! ¿No creéis que el que se ríe de todo tiene ya mucho adelantado para ser feliz?

Otra carcajada violenta las hizo entrar. La risa era bronca, sin alegría, enervante. Y mientras trepidaba entre sus labios, el pensamiento, transmutado en agresivo despecho, completaba el plan: «Hay que reír... Aun queda dinero, aun quedan Victorias... Basta de soliloquios de cartujo. Desde hoy, nada de pensar. ¡Acción, acción... acción, y risa, mucha risa!»

Ante sus carcajadas, doña Vicenta y Ermitas permanecían serias. ¡Bah! Por lo visto, el contento iba por barrios, según el refrán. Ahora era su turno. Ya otra vez, en aquel mismo sitio, habían reído ellas.

Victoria no pudo salir aquella tarde. Al otro día era domingo. Por sugestión de doña Elisa, que aseguraba haber visto a una de las criadas de Ramiro, siguiéndola, concertaron citarse en la puerta del Retiro que mira a la calle de la Lealtad antes de medio día. Como diría en su casa que iba a las Calatravas y a pasear por Recoletos después, tenían tiempo hasta cerca de las dos.

Mientras la esperaba, Ramiro sintió impulsos de llevarla a la casita directamente, pero no se atrevió. No tanto por ella cuanto por un escrúpulo casi fisiológico: la mañana era la infancia del día y no le gustaba atentar contra su pureza. Además, por ligera que Victoria fuese, lo decente era prepararla... ¡No había que consumir con demasiada avidez las cifras significativas! Jugando un poco con los ceros se aumentaba el valor de los goces... Pasó una institutriz inglesa con dos niñas, y Ramiro le echó un piropo... Los ojos azules, de agua, pretendieron mirar a otro sitio, y la boca quiso dejar de sonreír... No lo lograron. Madrid había captado ya la británica continencia. Al verla alejarse y mirar a

hurtadillas, Ramiro se repitió el chicoleo, percibiendo la gracia contradictoria entre las palabras inglesas y la esencia del piropo, confianzuda, ordinaria, españolísima... Pensaba en eso cuando llegó Victoria. Venía sonriente, un poquito pálida, más linda aun que antes.

—¡Nena!

—¡Bandido!... ¿Y mi clavel?

—Me lo han roto en mi casa... La prima, sí.

—Bastaba con que lo tocase con sus dedos sucios para marchitarlo. Bueno, ¿qué es lo que me tenías que decir?

—No me gustan las impaciencias. Todo se andará.

—Pues vamos. Doña Elisa me ha metido en aprensión con lo de tus criadas... Llévame hoy por sitios muy extraviados. ¡Ráptame!

Otra vez la idea de llevarla «allá», turbó sus sentidos, mas logró repelerla. Tomaron un tranvía. Al pasar por la estación de Atocha, cuya parábola de cristales rebrillaba en lo hondo. Victoria dijo:

—Mira que si tomáramos un tren, ¿eh?

La idea de irse con Victoria debió de sacar a

Ramiro un gesto de repugnancia. ¡Pensar que si Isabel hubiese querido!...

—No me gusta que pongas esa cara... Te echas años encima.

Poco después estuvieron en las polvorosas rondas. Él, entonces, tuvo una idea.

—¿Tú has visto el Rastro?

—No.

—Vamos a verlo y luego te llevaré a la calle en que yo nací. Tú me has dicho que aunque fuese cargador de la plaza de la Cebada me querrías.

—Claro. Si eras tan guapo como ahora... y tan limpio, lo que no sería fácil.

—Pues nací cerca de la plaza de la Cebaba precisamente; ya verás. En un mesón.

—Y en un pesebre como el Niño Jesús. Vamos, no me cuentes trolas.

—De veras.

Entraron en las Américas y subieron por la ribera de Curtidores. El sol era tan fuerte que, desde abajo, parecía que la muchedumbre estuviera hirviendo. Entre el gentío plebeyo, dividido en sendas arterias a una y otra acera, mezclábanse tipos curiosos de otras cla-

ses sociales. Ante la fabulosa heterogeneidad de objetos y de gentes, Victoria tuvo primero repugnancia, luego estupor a cada paso renovado. Él sentía un rincón de la niñez venirle de muy lejos. Aquél había sido muchas veces su espectáculo dominical. Como antaño, hacinábanse en los puestos despojos inverosímiles. Era un universo usado, revuelto por un ciclón, ya ciego, ya irónico. Los tipos castizos aventados del centro de la ciudad por el cosmopolitismo, vivían allí vida plena: mantones alfombrados, pellizas, boinas, encasquetadas gorras de visera bajo las cuales culebreaban los chulescos tufos, toquillas, peinados de complicada arquitectura sostenida por la bandolina untuosa, y sobre esto, entre esto, groserías, donaires, interjecciones, hipérbole, alegría espumosa de palabras... Bajo los tenderetes de lona, por el suelo, en los establecimientos de uno y otro lado, los frutos infinitos de la industria humana ofrecíanse tocados ya por un aletazo de la Muerte. Sólo en un puesto, donde se detuvieron, hubiera sido imposible clasificar los objetos que, desde un telescopio hasta una dentadura postiza, yacían en la fosa común ante la cual el ven-

dedor escarnecía los pobres cadáveres de cosas con fantásticas ponderaciones. Había los mismos zapatos de muerto, las mismas ropas con vago olor de ataúd, los mismos hierros mohosos, los mismos cachivaches sin nombre. Pero había, también, bisutería nueva, muebles nuevos; y a Ramiro le pareció aquello una profanación. ¿Qué tenía que hacer la industria de hoy en aquel cementerio? Para vengarse, comparó aquellos muebles con esas gentes que en la extrema juventud tienen ya aire caduco. Iba, por asociación de ideas, a aventurarse en una disquisición inoportuna, cuando alguien le tocó en el hombro.

—Buenos días el señorito y la compaña.

—¡Hola! Muy buenas.

Era el viejo encontrado en la taberna días antes. Ramiro se excusó de no haber ido a verlos; le ofreció cumplir pronto la oferta, y le encargó de saludar en su nombre a los demás. Gozándose en la atónita curiosidad de Victoria, dijo cuando el obrero se despidió:

—Es un amigo.

—¡Vaya un tipo! ¿Quién es?

—¡Yo también tengo mis relaciones escogi-

das! De seguro vale más que los pollos con que tú me hacías rabiar en el Palace.

El espectáculo era para ella tan nuevo que, a intervalos cortos, escapábansele exclamaciones de sorpresa.

—Verdaderamente, una vive en Madrid y no conoce Madrid... Es como una vez que me llevaron a un hospital... Al lado mismo de una, puede haber mil cosas sin que una lo sospeche... Yo había oído hablar del Rastro mucho, pero no me lo imaginaba así.

—Es como el día del juicio de las cosas, ¿verdad? Mira: aquí había antes un cafetín célebre: el del *Manco*.

Apenas salieron del tumulto y entraron en calles normales, la curiosidad de Victoria encauzóse otra vez hacia la pregunta rota por el viaje en tranvía y por el imprevisto espectáculo; y Ramiro hubo de decirle lo de «la casita» y contarle el azar a que debía su adquisición, y describirle los muebles uno a uno. Contra su esperanza, Victoria no mostró entusiasmo. En vano se esforzaba en hablarle de lo providencial de aquel refugio hallado oportunamente en el momento en que empezaban a espiarlos.

—Bueno, ya hablaremos de eso—decía ella esquiva.

Y en seguida, encogiéndose con graciosa repulsión de toda su carne de mujer de lujo, preguntó rompiendo a reír de su propia ocurrencia:

—Oye, no habrás comprado los muebles ahí abajo, ¿eh?

—Precisamente... ¿Viste aquel *sommier* negro, manchado de chinches? Así es el nuestro.

—¡Pronto dices tú el nuestro!... Será para acostarte tú solito. ¡Ay, qué gracia!

Había un dejo chulesco en la frase, hasta entonces no advertido en ella: tal vez fuera reflejo del barrio. Ramiro aprovechó la risa para insistir, y volvió a notarla renuente. Al describirle las habitaciones, el interés se avivó un poco; mas no estuvo lo luminosa que otros días. Respondía con vaguedades, como si pensara en otra cosa. «El sitio era bueno, sí; la idea, buena; pero no quería prometer... Ella se temía... ¿Sabría él ser bueno sin ser tonto?» Un zig-zag de escrúpulos por completo extraños a la moral, a pesar de usar su vocabulario, dejaba entre frase y frase huecos por donde se vislumbraba algo vil, más obsceno y menos noble que el deseo

genésico, padre del mundo. A veces la negativa a ir era terminante; y él, espoleado por el obstáculo, tenía que esforzarse para no llegar a la violencia.

Así fueron hasta llegar a la Cava Baja. Frente a la posada del León de Oro se pararon. Él creía que iba a emocionarse ante el escenario, apenas cambiado, de su niñez, y no sintió nada, nada. Su espíritu estaba lleno de la resistencia de Victoria, y en vez de expandirse por el patio de guijos, por la escalera crujiente que recordaba en su mentida fragilidad el carácter paterno, y por la pajera en que tantas siestas durmió siendo niño, desentendióse de la mirada física para ver dentro de sí «la casita» cuyo lujo incitante sería ridículo e inútil, si aquella muñeca caprichosa se obstinaba en no ir.

—No se te puede negar nada, hijo. Vaya un morro que pones. Ea, sé bien educadito y contesta: ¿Es en esta maravilla de hotel donde naciste?

—No. Fué una broma.

—Ya decía yo... Huele mal. Vamos.

Subieron por la calle de la Colegiata, bajaron por Pontejos y tomaron un tranvía del barrio de

Salamanca en la Puerta del Sol. Durante el trayecto, ella le fué haciendo halagos con la pierna, mirándolo y plegando los labios en besos mudos, guiñándole tan pronto los ojos, como desviando de él la mirada para clavarla en un viejo que llevaba peluca. Y de vez en cuando ella se volvía para decirle:

—Vas hecho un ogro... Confiesa que ahora me mordías mejor que besarme.

—Confieso.

—¿Y hasta que me harías daño?

—Mucho.

—Pues por eso no quiero ir. ¿Ves?

—Mañana no es ahora...

—Júrame por la gorda Ermitas que si voy te portarás como un santo, y reflexionaré.

—Basta mi palabra.

—¿Es que no quieres jurar por ella? Pues me pongo celosa... Prefieres ese esperpento a mí, no lo niegues. Y acabarás casándote con ella, y tendréis hijos que serán la mitad muy guapos, como tú, y la mitad gorrinos... Si no me juras diciendo: «Por la gorda Ermitas juro solemnemente que si a Victoria le da la ventolera de ir, no se hará mas que lo que ella quie-

ra», no cuentes conmigo... ¿Juras?... Y el caso es que con el ceño arrugado te pones estupendo... Ahora mismo te plantaba yo un beso delante de todos estos sosos... ¡Ea!, no me distraigas: ¡a jurar, a jurar!..

Él juró. En aquel instante habría perjurado no importa qué. Según la honda expresión del trágico, «la boca juraba, el alma no juraba». En Ramiro juraban la boca, los nervios, la furia viril del hombre desafiado con sarcasmo allí donde había de permanecer comedido. Al despedirse, desde lejos, luego de haberle ofrecido ya casi que iría, Victoria se volvió a decirle:

—Si a las cinco en punto, en punto, no estoy, es que... ¡no me ha dado la gana de ir!

Y se alejó entre risas, maligna, feliz, serpentina, estúpida, poderosa.

De sobremesa, el teniente de Caballería que había trabado amistad con Ramiro días antes, aleccionaba a un muchacho nervioso, muy pálido, envueltos ambos en el humo dulzón de los cigarrillos egipcios.

—Me he convencido. La banca es un gigante

y el punto un enano. En un momento, por descuido, el enano puede darle un mal golpe al gigante y echarlo por las orejas; pero si la pelea dura, es indudable que el gigante lo hace polvo. Todo está en saber oponer a la puerta de la banca, la puerta de la calle. Hay que jugarse cada día un billetito, uno solo... Y el día que venga la racha...

Ramiro sonrió. Estaba seguro de que poco después lo vería junto a la ruleta olvidado de aquellas máximas prudentes. En el fondo no había mas que el destino, lo injusto, lo arbitrario. A unos les salían sus números y a otros no. La misma voluntad para limitar las pérdidas era una virtud caprichosa. Lo primordial era la suerte; que en la inmensa lotería del mundo le diesen a uno, porque sí, sus números y sus colores. Ante esto ni combinaciones ni precauciones significaban nada.

En cuanto sonaron las tres se desalojó el comedor, y la sala de juego poblóse de caras pálidas, de ávidos ojos, de sonrisas dolientes. Ramiro puso un billete a rojo y ganó; luego pensó jugar a su número favorito: el veintisiete—la edad de Isabel—; pero, cambiando de opinión

repentinamente, apartó la postura dejándola entre el cuadro negro del número casi elegido y el cuadro rojo del veintitrés.

El inspector adivinó la duda, y preguntó:

—¿Va el billete a caballo?

Ramiro decidió arriesgarlo todo al veinte—la edad de Victoria—, mas cual si hubieran podido notar su cábala, turbóse y dijo:

—No; dispense... A la calle del veintitrés... Sí, todo.

La bolita correteó por la rueda y cual si no pudiera soportar las cien voluntades que gravitaban sobre ella, fué a refugiarse en la ranura del veintidós. Ramiro había ganado. Un caballero, viejo, cetrino, murmuró con ironía:

—Juega usted muy bien.

—Cuando gano, sí. Para ganar basta imitarme—repuso él en igual tono.

—Yo juego siempre a la repetida, joven. Es mi juego.

Había dicho esto con acento reprobatorio, como si acabasen de proponerle una abjuración o saltar sobre las leyes infalibles del cálculo. Ramiro se apartó de la mesa mientras iban a cambiarle las fichas, y vió que el teniente de Ca-

ballería, luego de perder dos billetes, se desabrochaba a hurtadillas la guerrera para sacar otro más, y que su anciano contradictor seguía perdiendo con abnegado método.

Ya en la calle fué a recoger la ampliación fotográfica encargada, hizo que la colocaran en el marco, compró bombones, muchas flores, y fué a «la casita», donde ya había estado por la mañana, a vigilar la limpieza encomendada a la portera. Sus instrucciones habían sido cumplidas. Nada revelaba allí huellas de otras personas. El salón, el comedor, la alcoba, eran como un mundo nuevo en espera de sus primeros pobladores. Puso el marco en la mesita de noche y volvió a sentarse en un sillón frailero de la sala. Al acomodarse, la seda de un cojín resucitó en él una sensación de tacto deliciosa y dolorosa. Sacudió la cabeza para desprenderse del pensamiento inoportuno, y aguzó el oído. Los ruidos de la calle llegaban tamizados; apenas percibíanse las lejanas campanas y los pasos de los transeuntes. Victoria, de venir, vendría a pie. Ya debía faltar poco para las cinco...

El silencio, la penumbra, el olor a flores y a soledad, lo enervaron. Si en aquel momento hu-

biese recibido aviso de que la esperada no venía, se habría alegrado casi. Alzóse y fué a descorrer, sin ruido, la mirilla de la puerta, en acecho. Pasaron algunos minutos largos, muy largos. Un mueble crujió en la alcoba y Ramiro fué a ver. El bordoneo de insecto crepitó entonces en lo alto del pasillo. Ya estaba allí.

Entró hablando en voz baja, más nerviosa que tímida. Él la cogió de la mano, la llevó al saloncito, la obligó a sentar en el sofá con presión casi respetuosa, y aun cuando quedaba sitio para él en el mismo mueble, arrastró una jamuga y se sentó a distancia. Había entre los dos un miedo cómico. Ramiro sentíase cerca del ridículo, y, para darse la ilusión de que sólo era ella la medrosa, murmuró:

—Ya ves que no era tan terrible.

—Nada de terrible. Eres hombre de gusto.

—Y eso que no has visto lo mejor...

No se levantaron sin embargo, y, durante un rato la entrevista tuvo un sesgo postizo, circunspecto. Victoria miraba a todas partes, y de vez en cuando lo miraba a él, y los dos sonreían. En la penumbra rojiza la piel de Victoria suavizábase, y el borde de su falda color ma-

rrón, sobre las medias transparentes, armonizaba con los bucles que se escapaban del sombrero y con el chispear de las pupilas que ya empezaban a reconquistar su travesura. Al fin, Victoria, levantándose, fingió un pudoroso mohín, y dijo con sencillez sarcástica:

—Bueno, chico, pues tanto gusto. Te estoy muy agradecida de que me hayas cumplido tan al pie de la letra tu palabra; eres lo que se dice un santo... Enséñame la casita, si es que puede verse, y acompáñame luego hasta la puerta. Es lo menos que puedes hacer.

Él, entonces, la cogió en un ímpetu, la besó en la boca, en los ojos, en el cuello; le quitó los largos alfileres del sombrero, tiró el sombrero sobre el sofá, y la volvió a besar, estrujándola, despeinándola. Ella, sofocada, pedía clemencia y preguntaba alternativamente:

—Deja... ¿No hay nadie?... ¡Basta, por Dios!... ¿Nadie?...

—Nadie, mujer.

—Ya sabes lo que me prometiste. No seas fiera. Te he de enseñar los términos medios.

Los dos jadeaban y sonreían, ya con otra sonrisa. Había en él algo retráctil: se veía que es-

taba dispuesto a saltar. Y sus manos muy abiertas, y el brillo de los dientes, y el fulgir de los ojos, decían claro que el instinto estaba a punto de destronar a la razón. También por instinto, Victoria no pretendía huir: un solo paso hacia atrás habría desencadenado el zarpazo; y ella gustaba de la violencia mesurada, de la perversión reflexiva... Alisándose el pelo, rogó:

—Supongo que ya es tiempo de ver la casa, ¿eh?... Iba a decirte «nuestra casa».

—Y lo puedes decir. Mira.

Abrió de golpe la puerta de la alcoba, y después de quedar un instante maravillada, Victoria corrió hacia la mesilla, cogió su retrato y volvióse a Ramiro con los brazos abiertos, feliz.

—¡Eso se llama ser tunante!... A pesar de tu zambullida en Inglaterra, eres el más gato de los gatos. ¿Pues no me has hecho emocionar y todo? Ahora soy yo quien quiere besarte, ¡engañador, truhán, golfo!... Pero tú quieto... ¡Manos atrás, como en las películas!... ¡Déjame!

Se empinó para alcanzar a besarlo en la frente, y sin dejar estallar el beso, lo prolongó muy despacio por los ojos, por la nariz, y lo clavó después en la boca, donde se deshizo en una

explosión lenta, profunda. Él no pudo resistir la caricia, cerró con espasmo los brazos y la sintió crujir y gemir, entre risas:

—¡Bárbaro, me matas!

La soltó poco a poco, dejándola ensancharse, respirar con deliciosa fatiga. Hubo otra dilación misteriosa y, enlazados, se pusieron a recorrer la casa. Ella nada decía; pero sus labios expresaban aprobación con un chasquido leve, cual si quisieran besar también aquellos muebles y tapices dispuestos para la complicidad de los sentidos. Al llegar al baño y Ramiro alumbrarlo, Victoria, habituada ya a las tenues luces prostituidoras, gritó:

—¡Apaga!... ¡Me hace daño esa luz! Es una luz grosera como la del día... Sí, ríete: para mí nada hay mejor que lo artificial... Soy de mi tiempo.

En el comedor se sentaron, y él sacó una sola copa y descorchó una botella de champán. Ella quiso disuadirlo, diciéndole:

—Pero si no hace falta... Si estoy borrachita de ti... Si te me has subido a la cabeza desde el primer día... ¿Crees tú que yo hubiera hecho por otro lo que hago?

Con elocuencia vulgar que se le despegaba, se puso a describirle el fatalismo de su atracción; y sus palabras despertaron en Ramiro una impresión de escena ya vivida, de espectáculo viejo. Mientras más querían las frases penetrarle, más se afeaba aquella sensación de momentos ya usados. Era como un regusto, como el tartajoso relato de un cuento cuyo final se sabe... Si ella no era pintora, sino pintura, ¿por qué se empeñaba en dejar su papel, el mejor, para ponerse a razonar y moralizar? Ella debía pensar con la risa, con la piel, con la boca voraz, con el ritmo multiquebrado del cuerpo. ¡Qué mal sonaban en sus labios modelados frutalmente para pronunciar sólo palabras de satiresa, los lugares comunes de ese ejercicio espiritual que sirven de preparación al eterno pecado! Daban ganas de decirle: «No pretendas que eres diferente a las otras, que más por cuanto tienes de todas las mujeres que por cuanto es exclusivamente tuyo, te deseo.» Dos veces le tendió la copa; pero ella quería hablar, hablar, hablar, encontrar justificaciones, apartarse del irrebatible «porque sí» y de su papel de fuerza de la Naturaleza no más responsables que una flor o que

un torbellino. Al fin, Ramiro encontró la fórmula cortés:

—Hablas mucho y besas poco, nena. Bebe y déjame ver por dónde gotea la copa para beber yo...

Ella, entonces, se detuvo. Comprendió que de obstinarse en hablar concluiría por empequeñecerse, y, luego de beber un gran sorbo, le enlazó el cuello y comenzó a persuadirlo con caricias.

¡Ah!, ahora sí, ahora sí creía en cuanto ella quisiera; ahora sí le transfundía el fuego dulce de su vida... ¡Ahora sí que no podía dudar que tenía corazón!... Los besos se engarzaron con suspiros, con quejidos, y una sombra antigua, de hablar tierno y de ira recóndita, cayó sobre ellos y envolvió la casa. Ráfagas de paganía apagaron los resplandores postreros del juicio. Ramiro, en un rapto de fauno, alzóla sobre su cabeza y la llevó a la alcoba. Con terror sincero ella lo obligó a renovar sus juramentos, le habló con el lenguaje de la sabiduría de los peligros inútiles; luego no pudo hablar y tuvo que multiplicar las manos para defenderse de otras manos ensañadas contra los botones, con-

tra las sedas, contra cuanto las separaba de su carne. Un zarpazo apagó la luz.

Poco después, sólo dos notas tenuemente luminosas albeaban en la densa penumbra: la carne trémula, y las verdes pupilas incrustadas en la piel de tigre.

EL tío quiere verte antes de marcharse a la oficina—le dijo Ermitas.

—Bien; ahora iré.

Mas en vez de vestirse, siguió ensoñando. Emperezábalo un delicioso cansancio físico. Nunca como aquella mañana había sentido la voluptuosidad de rebullirse entre las sábanas, de dejar resbalar los minutos sobre la intención de levantarse. Del hombre triste apenas si restaba un rinconcito mínimo en el cerebro. Sus sentidos estaban alegres, alegres sus músculos, alegre también su corazón por salir indemne de la aventura. El fantasma escultórico de Victoria no lo turbaba: le sonreía. Era un placer sin sedimento dramático, un derecho sin deberes. Al recordarla, le parecía estar unido a ella por una familiaridad vieja. Su gracejo, su impudor utili-

tario para las precauciones, su perversidad innata de prestarse sin darse íntegra y de devorarlo a su vez con gula que jamás olvida la semilla venenosa del fruto, hacíanle una gracia canalla. Era lo de siempre, mejor que siempre; el mismo manjar finamente condimentado y exento de la intranquilidad que inspira lo desconocido. Ni el remordimiento ni la preocupación lo nublaban. Victoria era una de esas mujeres a quien nadie puede poseer nunca por primera vez. Toda su carne gritaba al escrúpulo: «¡Si no me tomas tú, será otro!» Sus actitudes de *después* tenían un abandono pagano. Ramiro la evocaba vistiéndose, comiendo bombones y más bombones poseída de un hambre de bestezuela, rizándose el flequillo con una horquilla calentada en el mechero de encender los cigarros. Y, al recordarla, miraba complacido a su balcón y veníanle deseos de gritarle «gracias» por inspirar deseo sin cariño, por saber ser *otra mujer* y no *la mujer*.

Una voz brusca lo hizo incorporarse:

—¡Ramiro!... ¡Ramiro!...

—¿Qué?... Entra.

Era don Fermín. Descompuesto, más feo y

más viejo en el abandono matinal, le tendió un periódico.

—Mira, mira... Aquí; en esta columna.

—Pero ¿qué es?

—Lee. Una infamia... Yo quiero esperar que tú no tengas en esto intervención; que sea una casualidad, una fatalidad; ¡pero que no hayas sido tú!

Ramiro leyó el suelto insidioso. El periodista había cumplido su promesa: la flecha, certeramente lanzada, no podía errar el blanco. Un momento pensó hacerse de nuevas, fingir; mas le pareció indigno. Con los ojos fijos en los renglones, sentía el silencio y presentía en su padre un sentimiento misterioso que no acertaba a descifrar. Al fin alzó los ojos y le sostuvo la mirada. No; el mirar paterno no era severo, sino empavorecido.

—Y estos negociantes, ¿sois tú y Urgell?— preguntó.

—Sí. ¡Un negocio tan bien planteado!... No creas que somos los únicos que los hacemos, ¡quia! ¡Tú suponte ahora! Él sabe que sólo Jenaro, tú y yo lo sabíamos. ¿Qué voy yo a decirle cuando vea esto?

La voz y las palabras uníanse ahora a la mirada para expresar el miedo presentido. La piedad, un momento dispuesta a venir, alejóse de Ramiro para dejar paso al sonrojo:

—¿Es que Urgell se va a comer crudo a quien lo haya hecho?

—¡Tú no lo conoces!

—Ni falta. Cuando venga y te pregunte, mándamelo a mí.

«¡Tú no lo conoces!...» Así había dicho Isabel también. ¿Qué tenía aquel hombre para sojuzgar a los demás? ¿Por qué aquel temerle? No lo conocía, no hubiera querido conocerlo nunca; pero ahora deseaba estar frente a él, como si tuviera que vengar dos afrentas. Otra vez crecía en el fondo del alma la piedad y desarmaba los rencores e iba a envolver el cuerpecillo enteco y la cara que, sin la complicidad de la Química, descubría una vejez sin dignidad, con algo de simio, de momia, de descomposición orgánica latente. Así, derribado en el sillón, con el periódico arrugado entre los dedos ya sarmentosos, daban ganas de protegerlo, no sólo contra Urgell, sino también contra sí mismo.

Una llama suave de ternura parecía ir a dic-

tarle a Ramiro palabras de reconciliación y proposiciones de renuncia a la ganancia inútil, a las aventuras anacrónicas... ¡Pero no, la voz que se movía entre los labios paternos no era la del arrepentimiento: era la del egoísmo! Bastaba oírla para que muriera la compasión y resucitara la cólera.

—Yo puedo demostrarle que no he sido yo... Y de Jenaro no va a dudar.

—Pero ¿no te he dicho que yo mismo se lo diré? Le diré que lo he hecho por decoro, por asco, y que mi mayor amargura al volver a España ha sido verte asociado con él para ese género de empresas.

Y la voz, que con una sola palabra de efusión hubiera arrancado de las entrañas vírgenes el sentimiento filial no estrenado aun, hízose hosca, brutal, y concluyó:

—Si tienes vocación de Cristo o de Don Quijote, no debiste venir.

—Por desgracia no tengo vocaciones tan altas, papá. La tengo sólo de persona decente. Y puesto que lo único que te asusta es lo que tu socio crea de ti, te aseguro que sabrá quién inspiró ese suelto. Y si te apena también lo que te

quito de ganar, procuraré, desde hoy, en mínima compensación, no serte gravoso. No..., ¡basta, basta! Que no se enteren las mujeres. Esto es lo que la otra tarde, cuando el señor Urgell te llamó para que me embaucaras con zalemas, no te pude decir. Ahora que está dicho verás cómo todo será entre nosotros más fácil. Buenos días.

X

Lentamente, Ramiro fué trasladando a la casita sus efectos imprescindibles. Hacíalo con precauciones, de noche, para evitar las sospechas de las mujeres, y cuidando siempre de dejar a su capacidad lastimosa de ensueño, punto de apoyo para que, aun cuando él faltara, el cuarto siguiera siendo «su cuarto».

Al seleccionar papeles y libros para meterlos en un maletín, encontró una libreta de cheques a su nombre. Al pronto le causó sorpresa; mas no tardó en comprender que habría sido enviada por don Fermín, dejada allí por doña Vicenta o por Jenaro, y traspapelada antes de que él la viese. La ojeó con delectación irónica, y no sintió siquiera curiosidad de saber en cuánto habría calculado don Fermín sus gastos. La cantidad debía de ser considerable, porque el talonario tenía cincuenta cheques. Lo que sí obser-

vó fué que la fecha de envío era la del siguiente a su truncada disputa en la oficina. Su cuenta personal, iniciada con sus ahorros traídos de Inglaterra y aumentada con las ganancias del juego, estaba en un Banco distinto, así que tomó la pluma y, durante largo rato, se entretuvo en inutilizar los cheques, rayando su nombre, impreso con letras rojas en la parte inferior de todos.

Luego cogió la libreta y se la envió a don Fermín adjunta a unas líneas, diciéndole que no había tenido necesidad de utilizarla, que le enviaba en billetes los dos mil duros perdidos días antes, y que esperaba mejores circunstancias para saldar cuentas anteriores. Desde aquel día durmió fuera de casa.

La proximidad del veraneo facilitaba su plan. Doña Vicenta y Ermitas debían partir para Cadaqués, playa donde Urgell tenía una quinta; y él les prometió ir a pasar con ellas quince días, de regreso de San Sebastián, adonde había de ir a tomar parte en un campeonato de polo. En verdad no pensaba moverse de Madrid; mas como ellas jamás salían de casa, estaba seguro de poder evitarse visitas cada vez más penosas,

sin ser descubierto. El único que podía verlo era Jenaro, y le advirtió:

—Oye: he dicho que me voy a San Sebastián, y no me voy... Espero que no se te ocurrirá descubrirme.

—Haré lo que mandes.

—Pues mando callar. Es bien poco.

Victoria se le había metido en los sentidos. No se hastiaba de ella. Cada día su carne le era más placentera, deseaba con mayor ansia sus besos, y le divertía más su charla frívola y su terrible voluntad de goce. Ya había logrado ella disuadir a su padre del veraneo que tantos años le obligara a emprender, y todas las tardes emborrachaba a Ramiro de caricias y de palabras cínicas desde las cinco hasta la nueve. Hércules y Sansón habrían depuesto su pujanza junto a aquella Dalila que no había menester otras armas que su contacto. A veces le daba miedo, y veía avanzar su boca hacia la suya cual ventosa dispuesta a arrancarle de los meandros del ser los restos de su energía vital. Cada tarde era un beso nuevo, un dolor nuevo. A su lado supo de los besos de brasa, de los besos punzantes, de los besos anchos, de los besos de

látigo, de los besos de imán, de los besos arrulladores, de los besos que hacen temblar la espina dorsal y entrever el dintel demoníaco de la locura, de los besos que producían una muerte suavísima. Había horas henchidas de desfallecida dejadez y horas de arrebato, de agresión, en que las bocas tenían sabor de sangre y parecían buscar misteriosas venganzas. Y todas, siempre, Victoria era sinuosa, casi ubicua, y él se sentía envuelto en ella, sumido en ella.

Aun durante las treguas, después del sopor anheloso, le ponía los codos en el pecho, juntaba las manos para apoyar la cabeza, extrañamente triangular vista desde abajo, y, sin sombra de rubor, hacíale confesiones de una perversión pavorosa. Él le decía:

—Pero ¿tú siempre has sido así?

—Sí y no. Era así sin saberlo. Era cobarde. En el convento fuí una santa de veras... Y después, sólo me gustaba, los domingos, al salir de misa, pasar muy despacio por entre las dos filas de hombres que se ponen a la salida de la iglesia y sentir en el cuerpo sus miradas. ¡Me hacía un efecto!... Ahí paraba todo. Pero cuando tuve el tifus, soñé una noche que me moría,

que me sacaban en un ataúd, y que todos los hombres que me habían gustado en el mundo iban insultándome detrás del entierro... ¡Ya ves qué estupidez! Y me hizo una impresión... Desde entonces me atrevo a todo. Y si me muriera hoy, por ejemplo, ya nadie podría reírse.

Ramiro la miraba primero con un relámpago de incomprensión, después de cólera. Iba, quizás, a decirle su desprecio, cuando las dos manos se separaban, y la cabeza de serpiente caía sobre su cara como sobre una presa. Entonces ya no era posible decir nada: las ideas borrábanse, y todas las energías eran pocas para sostenerse entre el placer y el sufrimiento, entre la vida y la muerte, en la vivisección de la lujuria. Pasaron así quince días, en los cuales él se desacostumbró casi de la luz del sol. Vivía en la cama, invirtiendo la vida en prepararse para la llegada de Victoria y en descansar de ella. Estaba enfermo: tenía una infección de los sentidos. El pensamiento, difuso, apenas servíale para otra cosa que para crearle una atmósfera de penumbra por donde divagaban sombras tenues. Vivía bajo una sensación de delito que aumentaba en ocasiones el placer.

Una tarde, al irse, Victoria le dijo:

—¿Sabes que he recibido un anónimo?

—No... ¿Y te lo habías callado?

No quise hablarte antes, no te fueras a impresionar y se nos estropeara la tarde. Aquí lo tienes. Para mí es como si viniera firmado... No dirás que no te cuidan, ¿eh?

—Esto es de Ermitas y de mi madre.

—Si no me dices más que eso... Claro que si escribieran a mi casa, no las creerían; pero yo he tomado mis precauciones por si acaso, y ya las criadas y el cartero están al tanto.

—Lo malo es que vayan a seguirte.

—Trabajo les mando. Estando avisada...

Ramiro quedó preocupado, no obstante. Ella lo calmó.

—Han sido brutos en avisarnos. Estoy dispuesta a gastarme mi hucha en coches. Hoy he tomado tres, y estoy haciendo un plano de las tiendas que tienen puertas a dos calles. Por supuesto que si tú fueras otro... Es vergonzoso que te dejes vigilar por esa zafia. En fin, eso no te hace menos guapo. Hasta mañana.

—Yo me ocuparé de eso. Hasta mañana, nena.

—No te levantes, que estarás cansado. ¡Adiós!

Tenía razón Victoria. El ilusionismo de su madre y de Ermitas sobrepasaba ya la raya, y era preciso sofrenarlo. Se vistió y fué a rondar la casa paterna, en espera de que la doncella bajase. Sin duda era de quien se servían para espiar. Había, pues, que comprarla y aleccionarla de tal modo, que la siguieran utilizando sin riesgo. La criada al verle quiso huir. Él la cogió del brazo con dulzura; el bracito tembló.

—Vamos, venga acá, mujer... ¿Me tiene miedo?

La criada trató de negar, quiso fingir que lo suponía fuera de Madrid; pero concluyó por venderse. Hubo en aquella venta no sólo venalidad y codicia; hubo, sobre todo, algo vagamente sensual: un vínculo de juventud contra la tiranía de la moral en su personificación doble de fealdad y vejez. Él encontró a la muchacha graciosa, atractiva; fuera del reflejo doméstico envilecedor, sus rasgos eran más finos; dejaba casi de ser la criada para volver a ser la mujer. Ella encontró al «señorito», que antes le parecía tan orgulloso, muy simpático y tan

guapo como siempre. El pacto quedó concluso sin reticencias diplomáticas: Milagros seguiría fingiendo vigilar para que no encargasen a otra, y diría a doña Vicenta y a Ermitas lo que Ramiro le ordenara.

Tras las promesas para el futuro, vinieron confidencias del pasado, que hicieron reír a Ramiro sin dejar de infundirle un poco de miedo. La aliada le contó que doña Vicenta y Ermitas se reunían todas las tardes a coser en el cuarto «del señorito», y que hablaban de él y hasta con él muchas veces, lo mismo que si estuviera presente. Díjole que desde antes de ella entrar en la casa, debían considerarlo novio de Ermitas, y que siempre oyó hablar a doña Vicenta de la boda cual de una cosa de insegura fecha y de realización indudable. A cada rato entre ambas cruzábanse frases alusivas, y cuando la fe de Ermitas flaqueaba—¡ah, muy raramente, muy levemente!—ante sus desvíos, su madre, con una elocuencia que nadie le hubiera sospechado, la reanimaba sacando partido de cualquier frase, de cualquier gesto, real o no, diciéndole que «seu Ramiriño» era muy raro «porque saliera al tío Abelardo», mas de corazón

leal, y que sería marido al modo de los buenos maridos de «allá» en cuanto se le acabara el galope de ir por el mundo en la juventud primera, cosa beneficiosa para Ermitas ya que los maridos tempranos hacíanse mujeriegos después. Del odio de Ermitas a Victoria, le contó Milagros numerosos detalles. Ermitas aseguraba que Victoria le había dado algo a beber, y que ella estaba dispuesta, si el apóstol no le concedía lo pedido, para lo cual rezaba todas las noches cien padrenuestros de rodillas, a envenenar a Victoria.

Olía los trajes de Ramiro siempre que venía de la calle, y consiguió que un niño le bajase, en un frasquito, esencia de su hermana para comparar los olores. Guardaba un pelo rubio hallado en el hombro de una chaqueta; buscaba, con doña Vicenta, en los anuncios de los periódicos, la dirección de una saludadora o bruja a quien dirigirse en demanda de ensalmos; y hasta pensaron escribir a Galicia para pedir a una vieja, que ya debía haberse muerto sin duda, hierbas milagrosas de las que sólo crecían en las inmediaciones de la Puebla de Trives. Según ella, bastaba coser siete hierbas durante

siete viernes en el calzoncillo del hombre, para imposibilitarle de ser infiel.

La idea de que mientras él estaba hundido en el reposo, sin acordarse de ellas, convaleciente de las caricias de Victoria, las dos soñadoras vivían exclusivamente de él y fijaban en él sus únicas esperanzas de dicha, produjo a Ramiro tristeza y estupor.

Se separó muy amigo de Milagros, y haciendo absoluta confianza de ella, le dió el número del teléfono y la dirección de la casita. Por fortuna, Victoria había sabido despistarla todas las veces y no había ninguna indiscreción difícil de reparar.

Al volver hacia la calle de Don Ramón de la Cruz, Ramiro sintióse cansado. Una vaharada de inconformidades le subió del alma y se deshizo en un gesto doloroso de la boca. Delante de él, arrastrándose en un carrito, con las manos elefantiacas en fuerza de remar años y años en el mar de la tierra, un inválido iba conversando con una chiquilla. Era la mitad de un hombre: sin piernas, horrorosamente deformado el rostro por algún choque terrible, picado además por el avispero implacable de las viruelas; sin

embargo, sus ojos eran de un azul tan límpido y claro como el gozo de sus palabras. Ramiro se puso a escucharlo: la mozuela—gracia pronta, toda la vida por vivir—rezongaba ya; al inválido, en cambio, habíasele quedado el alma ilusionada y joven. El día había sido bueno: gentes limosneras inclináronse muchas veces sobre su carrito, hecho de un cajón de fideos y cuatro ruedas toscas, y, en el bolsillo, llevaba cerca de ocho pesetas. ¿Podía desearse más? Bastaba para no tener que pedir al día siguiente... Irían a la Dehesa de la Villa, que debía de estar espléndida, y lo pasarían «como duques». Comerían una paella en casa de Quico, beberían de lo que raspa el gaznate, y, por la tarde, de vuelta, se pararían bajo aquel árbol de tronco hendido y ramas grandísimas, a tocar la guitarra y a cantar...

Ramiro se mezcló en la plática:

—Qué, buen hombre, por lo que se ve, ¿el día ha sido bueno?

—Mediano, señor. Peores los hay.

—Pues aquí tiene cinco duros para que no pueda decir que lo hubo mejor. Mañana día grande, ¿eh?

—A gozar un poco de la vida, señorito. Muchísimas gracias.

—¿Cuántos años lleva usted así, enfermo?

—Veinte: me cogió una apisonadora de muchacho. Cosas del trabajo. Desde entonces no ha habido más remedio que pedir. Y menos mal que hay caridad.

—Pero, ¿contento?

—A días, sí, señor; como todo el mundo. Con todo, volvería a nacer.

—¿Aunque volvieran a cortarle las piernas?

—Con todo, señorito.

—Tiene un humor de cascabeles—dijo la muchacha.

Ramiro sacó otro duro, lo puso en la diestra de la chicuela, y se alejó. El acento jubiloso del mutilado vibraba en su oído, en su alma. ¡Aquel hombre gozaba de la dulzura de vivir, a pesar de arrastrarse por la tierra! ¡Aquel hombre ignorante había sabido graduar sus alegrías! ¡Aquel hombre le acababa de dar, por unos cuantos duros, una lección profunda, más útil que las recibidas en Londres y en Oxford, a cambio del dinero de su padre! Aquel hombre, como tantos otros tronchados por la necesidad,

descalabrados por el infortunio, encontraba la existencia suave, clara, amorosa; y él, a quien esperaba la riqueza, a quien sonreía la juventud en la perfección de sus miembros, y a quien brindaba la vida sus mejores manjares, encontraba el camino arduo, y se sentía tan inválido de alma, con tal laxitud en el espíritu y en la carne, que hubiera querido algo mucho más desesperado que morirse: estar muerto, no haber nacido nunca. Y sentía la tristeza de ser injusto, de no poder dejar de ser injusto.

A lo lejos el carrito trotaba sobre las losas, impulsado por los dos remos vivos. La gente apartábase para dejarlo pasar, mas no se quedaba mirándolo como a las carrozas palatinas o a los coches tirados por piafantes corceles. Y es que hasta en las más bajas funciones del espíritu—pensó Ramiro—el error reina, y casi nunca se envidia bien. ¿Cómo iba a sospechar la gente que aquel cajón con ruedas era la carroza de la dicha?

Un jueves en que, aprovechando el recibo de casa de Victoria, Ramiro había salido a com-

prar libros, se encontró, en un desmonte del segundo trozo de la Gran Vía, con Jaime Urgell. La sonrisa de éste dióle la certeza repentina de que el momento decisivo entre los dos no había llegado aun.

—¿Qué tal, amigo? Ya sabía yo que lo de San Sebastián era una trola y que estaba usted encuevado. Ayer mismo se lo decía a Isabel. Por supuesto, al viejo ni palabra.

Faltó poco para que el instante temido se precipitase. Aquella delación a Isabel, aquella complicidad tácita para engañar a don Fermín, bambolearon su serenidad.

—Le ruego que no hable con nadie de mis cosas. En cuanto a mi padre, no hace falta andar con ocultijos. Como usted es de su confianza, ya sabrá que estamos distanciados.

—Figúrese... Y es que a usted hay que quererlo porque sí, a pesar de sus cosas *d'enfant terrible*... ¡Bien nos la jugó en lo del arroz...! Pero, ¡bah!, si ese negocio se chafó, surgió otro casi tan bueno... La culpa fué de mandárselo a decir con el papanatas de Jenaro. Si soy yo quien se lo digo...

—Hubiera sido peor.

—¡Quia! Yo con usted no riño. Me lo he propuesto... No sé si es por ser hijo de don Fermín; pero se me ha metido usted aquí dentro. Y como de dos, uno se empeñe en no reñir, no hay bronca. Esas las dejo yo para otros. Ya sabe usted que no las gasto suaves. Ayer mismo, con motivo de mi candidatura a concejal, un aguafiestas quiso tirarme una ventaja, y me bajé del escenario, donde celebrábamos el mitin, lo cogí así, y poniéndole la pistola ésta en el pecho...

Ya era de noche. La mano de Urgell había cogido la chaqueta de Ramiro, y con la diestra habíale apoyado sobre el pecho el arma. Ramiro sintió, al través de la camisa de seda, el frío de la pistola; comprendió que aquel burdo simulacro pretendía tantearle o amedrentarle y se mantuvo rígido, sonriente. Urgell prosiguió:

—Así se la puse, y en cuanto le rogué que se retractara de las majaderías que había dicho...

—Se retractó, claro... Sería un aprendiz de político... Esto de los pistolones impresiona mucho a los bobos que no saben lo difícil que es tirar de un gatillo. Se tira más fácil de un carro, ¿verdad?

—Cuando se ha tirado una vez, ya no es tan

difícil. Lo que pasa es que vió en peligro la pelleja.

—O que no se paró a pensar en que usted tenía también pelleja que perder. Porque si con un solo movimiento, así, le aparta el pistolón, y le dice que seguía pensando de usted lo mismo que antes, usted piensa en el dinero que tiene, en el automóvil... y no lo mata.

Se sonrieron los dos con las bocas crispadas y mudaron las conversaciones sin transiciones, separándose poco después. Por el camino que tomó Urgell coligió Ramiro que iba a la oficina, y tuvo la vanidosa curiosidad de saber si contaría algo. Era ya de noche. Teresa no podía tardar en salir, y la aguardó en una esquina. Ella, al verlo, se quedó pasmada. Su cara reflejó un sentimiento indescifrable de temor o disgusto.

—No me esperaba usted, ¿verdad?

—Lo creía fuera... Está mucho más delgado y no tiene buena cara. Cuídese. ¿Es que no está bien?

—No, estoy mal, Teresa. Me paso la vida despreciándome, y eso fatiga. Creo que nadie se aburre en el mundo tanto como yo.

—Si trabajara no se aburriría.

—¡Nadie sospecha el trabajo que cuesta no hacer nada a ciertos hombres! Y el caso es que sí hago: lo que no debo, lo que nunca hubiera querido hacer.

—Tenga un poquito de voluntad.

—Ya ve, quiero, lo que se dice *quiero,* de veras, venir a verla desde hace cerca de un mes, y hasta hoy no he venido.... ¿Qué dijo el señor Urgell al llegar ahora al despacho?

—Nada... ¡Ah, hoy ha venido no por verme, sino por preguntarme eso!... Pues no dijo nada. Otras veces habla con don Fermín de usted; pero hoy, nada, de veras. Si hubiera dicho algo, aunque sé que mi deber es callarme, creo que se lo diría. ¡Yo sí que soy buena amiga de usted!

—Y yo, Teresa... Es que estoy metido en un torbellino, que me consumo rabiando y haciendo esfuerzos por no pensar... ¡Si usted supiera la vida perra que arrastro!... Pero estamos aquí parados pudiendo andar. ¿Es que no quiere que la acompañe?

—No; la verdad... No crea que es desprecio: al contrario... No piense mal. El caso es...

Un momento supuso Ramiro que en el largo

intervalo de ausencia Teresa hubiera dejado de ser libre, y la miró a los ojos con melancólica alegría. Los ojos negros chispearon bajo los ricillos. Vestida de verano, la muchacha no perdía su gracia adolorida. Echábase de ver ahora que el aire triste no era sombra proyectada por el traje obscuro y por el abrigo de falso astracán, sino tiniebla interior escapada al través de los ojos y de la limpia blancura de la carne. En la blusa clara el busto revelaba tal plenitud deliciosa de fruto, que a Ramiro le brotó el elogio sin premeditarlo, franco, casi jovial:

—El caso es...—dijo remedándola con un mohín—que se ha puesto usted de una bonitura tremenda. ¡Ea!, dígame si es que tiene algo o alguien que me impida acompañarla como otras veces.

—No, nada, Nadie. Es por usted... ¡Yo qué he de tener!... Si se empeña puede venir; venga y verá.

—Me empeño, sí. Vamos. ¿Y su mamá? No le había preguntado aun. Ya ve usted, tampoco voy a verla y la considero una de mis pocas amigas en la vida. ¡Es que estoy dejado de la mano

de Dios, Teresa, y merezco lo peor que puede inspirar un hombre: lástima!

Echaron a andar. La indecisión de Teresa persistía. Hasta para escoger entre las últimas palabras de Ramiro el hilo de la conversación, titubeó un minuto.

—Pues mamá, muy mal—dijo al fin—. Hace quince días me dió un susto de muerte. Se me ha quedado ciega por un derrame... Al volver de la oficina ya no me pudo ver... Y yo que, al ir a casa por este mismo camino, me creía desgraciada, no sabía que la verdadera desgracia me esperaba aun. Siempre es así.

¡Sí; siempre era así! Siempre había en la desventura un más allá para el consuelo y para el castigo. Ante el dolor de aquella madre que aguardaría horas y horas, en la sombra, la llegada de la voz querida, y del de la pobre mujer que marchitaba su juventud oyendo en la oficina voces de orden o mal veladas intenciones obscenas, las lágrimas de su propia madre la noche que pensó perderle, el dramático trotar de doña Elisa tras Victoria la loca, y hasta el horrendo arrastrarse del mutilado visto noches antes, pareciéronle a Ramiro meros amagos de la adver-

sidad. Una ola tibia, de ternura, puso suavidades en sus palabras, en sus intenciones, en su tacto. Junto a él, Teresa parecíale un ser pequeño e indefenso a quien hubiera querido acariciar con caricias sin sexo y llevar en sus brazos ingrávidamente, cual si volase, para desquitarla de los ásperos choques del destino... Siguieron hablando en un diálogo en el que las palabras perdían su sentido real para adquirir otros nuevos, abstractos, de emoción consoladora. Pero al llegar cerca de su casa, Ramiro notó que Teresa titubeaba otra vez.

—Ya ve usted que el pescadero y la cacharrera no me han olvidado... Hasta la misma calle me parece familiar, y me dan ganas de pedirle perdón a cada casa por estos días de ingratitud. De veras.

Ella le tendió la mano en ademán de despedida:

—¡Ojalá persista en sus buenos propósitos! Y gracias por haberme acompañado, Ramiro.

—Pero ¡si quiero subir! ¿Es que no me deja? Está usted rara hoy.

Teresa no contestó. Miró a Ramiro fijamente, y éste descubrió un secreto en su sonrisa

penosa, en sus ojos, en el busto inclinado hacia él con ansiedad de súplica. Comprendió que no debía subir y estrechó la tendida mano.

—Bueno, ¡adiós!... Merezco el castigo... Hágame el favor de decirle a su madre que si pudiera con un gran sacrificio de mi persona darle la vista para que pudiera verla a usted...

Las dos manos se oprimieron. En un arranque, Teresa dijo:

—Se va afectar en cuanto se lo diga, pero suba... Para ella será como un regalo. Se va a afectar mucho, mucho. ¡Usted no sabe lo que lo quiere!

Apenas subieron los primeros peldaños de la escalera, el titubeo la volvió a retener. Ramiro iba detrás, conmovido, sintiendo que entraba en una zona casi dulce del infortunio. La indecisión de Teresa decíale que el secreto no había sido del todo revelado; y lo esperaba humildemente como si no lo mereciera. Aquellos mismos escalones subidos otros días con presuroso paso, alargábanse, alargábanse... Ya en el rellano anterior al último piso, Teresa, de pronto, con la voz rota, con los ojos abatidos de

patética vergüenza, y casi abrazándose a él, le imploró:

—¡Dígale que viene a acompañarme hasta la puerta todas las tardes!... ¡Que yo no le he dejado subir hasta hoy!... ¿Comprende? ¡Perdóneme, Ramiro!... ¡No me atrevía a quitarle la última ilusión de su vida!

Al salir de la casa, Ramiro había descubierto en su alma profundidades nuevas. Sus manos, besadas por la anciana antojábansele, al revés de las de Mácbeth, ungidas por rocíos de ternura. La mentira filial, la credulidad de la madre a quien ya la muerte prestaba candor infantil, hasta los reproches de entretener a su hija, reveladores de que Teresa, por fingir mejor, hubo de retrasar algún día su afán de verla para esperar en una soledad que la anciana creía perfumada por la compañía y el amor, dábanle nuevas perspectivas de la abnegación y del sufrimiento. Ante aquellos dolores, los suyos aparecíansele imaginarios cual monstruosos hijos del orgullo. Y temió un momento la mirada de los ojos sin luz, y sintióse rebajado ante Teresa que lo tuteaba sencillamente ante la anciana, que aludía a conversaciones no sostenidas nun-

ca, y que hubiera sido capaz, nueva María Egipcíaca de la pasión filial, de desprenderse de todos sus pudores con tal de dar a su deidad humana el goce que le negaba la divina.

La calle ya envuelta en una sombra cortada sólo por los cuadros luminosos de los establecimientos, le inspiró la idea de esperar a Teresa para pedirle perdón. Sí, sin duda bajaría a comprar algo para la cena... Tras la plata muerta de sus pescados, el señor Macario emanaba un flúido feliz; entre el brillo de sus cacharros y entre los sedantes colores de los vegetales, las dos comadres movíanse con ese porte sosegado del pueblo, que, aun cuando ignora mil cosas, sabe que no puede pedírsele a la vida más de lo que da. Y Ramiro pensó en lo dichoso que él habría sido en la posada de la Cava Baja, sin más fastos que las verbenas ni más pensamientos que la materialización de una aritmética de números dígitos... En medio del murmullo de colmena de aquella humilde calle, se vió a sí mismo, hijo del pueblo sin gusto ni energía de pueblo, hijo del capital con repugnancia al capital que subsiste y se multiplica en el trabajo mientras el hombre se gasta y muere. Consideróse míse-

ro ser sin voluntad para encumbrarse por el estudio ni para redimirse por la santidad, impotente para desligarse de la rémora de los cariños, para volver la espalda al pasado, nacer de nuevo por potente milagro de la ambición, y marchar seguro por cualquiera de las vías abiertas a la energía humana. Comprendió que su única fuerza era crítica y demoledora, incapaz de edificar ni en espíritu ni en materia. Y se tuvo lástima, una lástima menos pura que la que nadie le inspirara jamás, porque estaba acidulada de desprecio.

Los pasos de Teresa lo salvaron de su monólogo. Antes de que ella expresara asombro de encontrarle allí, ya él tenía entre las suyas sus manos y le hablaba con palabras cordiales, amargas:

—Yo no me puedo casar con usted... contigo—déjame seguir tuteándote—, porque no soy digno de ti, Teresa; porque te haría infeliz, porque estoy enamorado de una mujer y envilecido por otra, y tú mereces no que te compren, sino que te quieran con amor... Conmigo no te casarías con un hombre, sino con una herencia. No puedo quererte como alguien ha de querer-

te un día... ¡Pero seamos amigos, Teresa!... Amigos de veras y para siempre... Para ayudarnos en todo, en todo, sin necios escrúpulos... ¡No me digas que no!... Si yo soy el más pobre... ¡Si tú serás quien dé siempre más, por poco que des! ¿Verdad que aceptas? ¿Verdad que me haces la limosna?

Ella asintió.

Cuando se separaron, Ramiro echó a andar lentamente, mecida el alma por una emoción inefable. Iba orgulloso: acababa de realizar la primera ganancia de su vida, y su corazón sonaba como el bolsillo infantil donde caen las primeras monedas del trabajo.

¡Ya tenía una amiga! Ya había conquistado con la sinceridad y con el esfuerzo de sobreponerse a sus apetitos de hombre en quien los festines de Victoria habían multiplicado la gula carnal, un afecto puro. Teresa no podía esperar ya nada de él, y, sin embargo, aquel doble apretón de manos que, no pudiendo transmitir con la derecha sola la onda inefable, necesitó también de la mano del corazón y los

mantuvo largo rato unidos en enlace infantil, hacía que fertilizase por vez primera su vida la vena del amor. Fué un minuto transparente: al través de él viéronse el fondo de las almas. Toda escoria de coquetería volatilizóse; toda pugna de sexo disolvió sus obscuras pujanzas en la luminosidad de aquel minuto gozado en la sombra, unidos por las manos, por las sonrisas, por las lágrimas dulces. Y cuando él alzó alternativamente las dos flores vivas de marfil y las besó, comprendió que nunca había dado besos como aquellos.

La idea de coger aquella hermana de elección y de partir lejos, mecióse un rato en la predisposición romántica que apartaba su espíritu de las realidades. ¡Con qué gracia angélica había accedido Teresa! ¡Con qué prontitud de milagro, sin preguntar, sin mostrar siquiera estupor, había visto el horno estéril de su vida y había roto la esperanza de matrimonio que sin duda tuvo! Llevársela... Trabajar para ella, eximirla del torbellino monótono de la ciudad, madre de la anemia, y conducirla a ver la Naturaleza de frente. Educarla y poner en su espíritu las nociones más exactas y los sueños más bellos. Soñar

también él, a la sombra de su espíritu, y saludarla cada amanecer con los apelativos de la letanía: «Estrella de la mañana.» «Consuelo de afligidos.» «Torre de marfil...» Este último cuadraba bien a su belleza de blancura marchita. ¡Torre de marfil! ¡Alta torre de una sola puerta infranqueable para la villanía; torre tersa, señera, frente al arrebato de los vientos y fría en medio de las inflamadas calmas!... Pero ¿por qué barrenaban su exaltación mística, a modo de estribillo maldito, los versos que hasta ignoraba saber de memoria?: «Las torres que desprecio al aire fueron, a su gran pesadumbre se rindieron»—decía la vocecilla corrosiva—. ¿Y por qué, en seguida, descaradamente, la imaginación presentábale a Teresa cayendo bajo el zarpazo imperativo de la lujuria cualquier día en que el cristal de la fraternidad fuera roto por los sentidos?

La imagen le repugnó con la tentadora náusea del incesto. Su paso hízose presuroso, cual si quisiera dejar detrás la pesadilla. Y con un naturalismo abominable vió a Teresa enardecida por la misma fiebre demoníaca que tantas veces encendía a Victoria, con los ricillos híspidos de Medusa, con el gesto procaz, tendida

en la actitud inequívoca: rana enorme dispuesta a inmolar todos los idealismos en aquel minuto que podía transformarla, como a su hermana Ofelia, en madre de pecadores. Y la odió.

¡Sí, algo palpitaba en los sentidos superior a la conciencia misma! ¿Por qué, si no, estaba él allí, después de deambular sin rumbo, en aquella calle, ante dos balcones cerrados, tras de los cuales oíase ruido tenue de palabras?... Tal vez hablarían los dos amantes del encuentro en los solares de la Gran Vía. Quizás Isabel, tranquilizados sus temores al saber que su macho perdonaba las arrogancias del iluso, se abandonara también a la incitación y se transfigurara en aquella alcoba donde él ni siquiera se había atrevido a entrar, en rana gigantesca, sorbedora y creadora de vida. ¡Y también la odió!

Y odió a su padre, y odió a Ermitas y se odió a sí mismo por poseer tan irredimible capacidad de odio. Su alma era peor que el tonel de las dainades, porque guardaba entre sus duelas una solera demoníaca que lo agriaba todo. Y cuando llegó a «la casita» y encontró a Victoria, la odió también: la odió voluptuosamente. Y mien-

tras ella le decía: «¡Cuánto has tardado!... ¿Sabes que al salir cayó desde tu balcón un tiesto enorme que a poco me aplasta, y que creo que ha sido tu prima quien me lo tiró?», él no dejaba de sonreírse; y mientras la besaba con besos vengativos que la hacían torcerse y gemir: «¿Vienes hoy loco?», decíale:

—Ven acá, mi ranita querida... ¿Qué sería de tu Ramiro sin ti?... Otros tienen su alcohol para excitarse, su morfina para descansar... Yo tengo a mi Victoria para las dos cosas... No importa que sea tarde. ¡No te vayas!... ¡Déjame rendido, rendido!... ¡Que no pueda moverme, que no pueda pensar!

XI

Julio avanzaba con sus mediodías tórridos y sus lentos crepúsculos llenos de pálidas estrellas que parecían prendidas mucho antes del cielo. La vida de Ramiro adquiría un ritmo regular: yacía hasta las cuatro, se bañaba para esperar a Victoria, acompañándola luego hasta el lugar donde los aguardaba doña Elisa, iba después a ver a Teresa y a su madre, y luego de la cena reuníase con un agregado militar de la Legación británica, hombre en quien se daba, pingüe, esa contradicción entre la rigidez externa y el alma confianzuda, frecuente en los ingleses. De este modo su vida dividíase entre el reposo, el vicio, la amistad caritativa y la aventura. Excepto los jueves y los domingos, días que la tradición estúpidamente rigurosa de su casa impedíale salir, Victoria iba a verlo todas las tardes. A veces, cuando estaban ahitos,

proyectaban verse en otra parte para evitar las tentaciones, y se iban en automóvil por la carretera de El Escorial, dejando amedrentada a doña Elisa, que siempre esperaba una avería. Bajo el velo tupido era difícil conocer a Victoria, y esta era su única precaución útil, ya que los paseos nunca fueran castos y que casi siempre el *auto* quedó en el borde de la carretera mientras ellos se internaban en el campo, a favor de la noche.

La amistad del inglés le reposaba mucho. Aquel inglés de glauca pupila tras el redondel del monóculo, poseía el alma inquieta y osada. Había cazado tigres en la India, hombres en África; había estado dos años empleado de camarero en una hostería minúscula junto al estuario del Elba, frecuentada por marinos alemanes, y gustaba la voluptuosidad del peligro. Bajo su calva diplomática bullían las ideas más repentinas y dispuestas a transformarse en hechos. En las disputas pasaba sin transición de la sonrisa a la bofetada; en los salones no sabía qué hablar, pegaba la espalda de su frac en alguna puerta, y, de súbito, partía hacia la pareja más acaramelada y solicitaba del hombre, con

insistencia difícil de desoír, la cesión de la mujer.

Bebía muy poco, mas parecía estar siempre borracho. En los Círculos su mutismo y su aire displicente hacíanlo respetar y envidiar: los retoños nobles opinaban que aquel mocetón anguloso tenía el silencio distinguido.

Ramiro y él trabaron conocimiento casualmente. Salieron juntos del Nuevo Club, y a los pocos pasos, eran amigos. Hablaron de la guerra, del espionaje. Ramiro confesó:

—Cuando yo estaba allá, encontraba muchas cosas mal; pero hoy veo que en ningún país se vive tan libremente, y me he hecho un anglófilo furibundo. Además, resulta que toda la gente que me es antipática, es germanófila.

Al decir esto, pensaba sólo en Urgell. En la conversación evocaron a Oxford, y descubrieron amigos comunes. Dió la casualidad de que el oficial había estado también en Birmingham, y esto acabó de anudar el lazo.

—País negro, ¿eh? Fundiciones, joyerías, fábricas de maletas y *music-halls*. Todo eso ahumado y envuelto en niebla y lluvia.

—Sin embargo, yo lo recuerdo con gusto.

Algunas tardes del *Picture house,* de *Kardoma* y de *Fletcher's,* no se me olvidarán.

Bastaron pocas entrevistas para llevar la amistad por el plano inclinado de las confidencias. El inglés decía:

—Yo me alegré de la guerra, porque para sentirse hombre iba siendo preciso irse de Europa. Ningún héroe ni ningún santo habrían podido, antes de 1914, hacer nada sin riesgo de ser detenidos por la Policía. La civilización es antiheroica. ¿No cree usted? Por eso yo me hice espía, que es como vivir en un carnaval trágico. Si lo conocen a uno detrás de la máscara, ya se sabe: la muerte.

—Y aquí, ¿queda aun algo que hacer?

—Chapuzas, según dicen los chulos. Al principio, cuando los submarinos necesitaban aprovisionarse, sí hubo cosas. Entonces le hubiera yo invitado a venir por esas playas, desde Almería a Barcelona... Hoy ya no queda nada, y me dedico a estudiar el pueblo, que es aquí lo único interesante. Si alguna vez quiere acompañarme a sitios más amenos que El Nuevo Club, lo disfrazaré y nos iremos por cafetines y casas de dormir.

—Con mucho gusto.

Pilotado por él recorrió Ramiro los albergues sórdidos de las calles de Mediodía Grande, los cafetines humosos llenos de lujuria, de hambre y de un sueño casi secular hecho de dolorosas vigilias; interrogó a lumias; supo de la explotación de la carne, de la guapeza, del envilecimiento que encuentra deleite en los golpes; de los que andan dormidos y de los que viven, por holgazanería, de engaños mucho más trabajosos que el trabajo más rudo. Todo ese mundo, mitad elemental, mitad prostituído por las heces de los vicios civilizados, poníale espanto y simpatía en el alma. No era el instinto, sino la mala educación, el cañamazo sobre cuya trama de días tejía la existencia con colores de anemia, de tuberculosis y de homicidios, esas existencias imprescindibles para que el político medre y el negociante robe en paz. En el fondo de la brutalidad, percibía Ramiro delicadezas capaces y merecedoras de redención. El pueblo era una fuerza todavía pura. Raramente salían de él los prostituidores de la conciencia y del gusto... Cada día, Ramiro sacaba mayor enseñanza de codearse con el verdadero pueblo.

Muchas veces, al dejar el disfraz, sentía pena, sentía que mucha substancia popular vivía en él. La facilidad con que alternaba con tratantes, vagos y gentes de mal vivir sin ser descubierto, llenábalo del mismo orgullo que habría sentido Urgell si hubiese podido estar entre nobles sin delatar su vulgaridad de clase media, equidistante entre el pristino pueblo y la verdadera aristocracia.

Las malevolencias vengativas de Ermitas continuaban. Aquella alma tan neutra adquiría frente a la rival una potencia oblicua, fértil en recursos. El padre de Victoria fué llamado por teléfono y advertido «por una voz que no decía jamás mentiras y que se interesaba por su honra» de los extravíos de su hija; doña Elisa recibió un anónimo amenazador; el cura a quien confesaba Victoria la cuarta parte de sus pecados, recibió también delaciones. Fué preciso, pues, afinar la táctica. La ayuda de Milagros hízose preciosa. Por teléfono, por correo, por medio del chico de la tienda de comestibles, comunicó avisos urgentes, sin los cuales hubieran caído en

emboscadas. Ermitas se captó a la planchadora —una mujer bizca que nunca debió de tener quince años—y ésta extendió hasta términos inciertos, y por eso más temibles, su rastreo de sabueso. Estos obstáculos, sumados al ensañamiento de los sentidos, mantenían en las caricias de Ramiro y Victoria vibraciones de frenesí. A veces el castigo sexual era tan duro, que Victoria decía:

—Nuestros besos son de condenados a muerte.

Y en fuerza de verse obligados a multiplicar las precauciones fuera, las abolieron en la intimidad. Merendaban casi desnudos; ella gustaba de poner la mesa del saloncito frente a la puerta, se subía, y luego, en medio de la penumbra rosada, hacía para él «El museo de reproducciones». Y era Afrodita, y era Leda, y era Proserpina: era una lección viva de escultura siempre. Bajo las luces de mezclados matices, la piel mudaba de cambiantes, y tan pronto tenía calidades de rosa, como de ámbar, o de nácar, o de alabastro. Ya parecía ir a quebrarse, ya ondulaba igual que una llama, ya quedaba inmóvil, con los perfiles inmutables, mientras

por el dintorno pasaba una ráfaga trémula. Al cabo, la carne de albura estelar, esfumaba su coloración, cual si empezara a disolverse en la media luz, y al cerrar los párpados, únicamente resaltaban en la lechosa blancura tres puntos rojos, de los que el más alto—la boca—complacíase en ir y venir rompiendo la simetría.

En ocasiones, el teléfono cortaba estas farsas de inevitable final belicoso. Milagros daba algún aviso que Ramiro iba repitiendo:

—Os siguieron hasta la plaza del Pino, y os dejaron allí al ver que doña Elisa se ponía a hacer media y tú a leer. Pero han visto luego a doña Elisa en la plaza de Santa Bárbara, y ya se armó.

Victoria, a menudo, maliciaba:

—¿Sabes que esa Milagritos me parece que está haciendo méritos para que yo la deje algunas sobras? ¡Eso de que se haya negado a tomarte dinero!... Mira, para que le entren más ganas... ¡Déjame!

Y lo besaba con los besos menos suyos: con besos rápidos y sonoros, que el teléfono transformaba a lo lejos en menudos chasquidos.

Por indicación de Milagros, que aseguró que

la bizca lo había visto en la calle, Ramiro fué a su casa tres días antes del señalado por don Fermín para partir de veraneo. Encontró a las mujeres en «su cuarto», y lo acogieron con alegría temblorosa, sin traicionar ni siquiera con una reticencia la ilusión de que él venía de San Sebastián. Al ver a la prima Ermitas, con los ojos más bajos que nunca, con la piel más sudorosa que nunca, a Ramiro costóle trabajo creerla capaz de tan obstinadas intrigas, y, sobre todo, de haber arrojado el enorme tiesto de flores sobre Victoria. Ramiro advirtió que sus trajes, su calzado, sus libros, cuanto dejó para favorecer la ilusión de las dos mujeres, revelaba un orden diariamente vigilado. Si hubiera dicho: «Voy a quedarme aquí», ni un solo detalle habría sido menester completar: la toalla, el elixir de los dientes, el jabón *Pear's* sin perfume, todo estaba listo. Y sintió una nebulosa ternura.

Doña Vicenta, con imploración limosnera, pidió:

—Dale un abrazo a la prima, Ramiriño.

Él no supo negar y tuvo un instante entre sus brazos la carne fofa que emanaba un tufillo acre, a sudor. Su madre debió de ver el gesto de repul-

sión, porque cuando Ermitas, roja de un rubor feliz, salió a buscar unos refrescos, le preguntó a su hijo en voz queda:

—¿Por qué la haces de menos, rapaz? Te tiene embrujado la de arriba, que a mí no me engañas... Y esta pobriña aquí, queriéndote... No la abrazaste a gusto.

—Es que...

—Dilo, dilo.

—Que no se cuida, mamá; que parece vieja sin serlo... que ni siquiera, ahora, en verano, se baña.

No pudo seguir porque Ermitas estuvo en seguida de vuelta. Después de tomar los helados, al despedirse, ambas le preguntaron casi al unísono:

—¿Vendrás mañana?

En un instante él midió la resignación que necesitaban para verlo marchar a dormir fuera, y quiso completar la obra de caridad con una disculpa:

—Sí; salgo ahora porque tengo compromiso. Vamos a Aranjuez esta noche.

—Tampoco tu padre viene casi nunca. Quedamos con Jenaro solo. Mas él no llega después de cerrar el portal. ¡El pobriño!

La conducta de su padre le produjo ira, y prometió no sólo volver, sino ir a acompañarlas a la estación. «Ya sabéis que iré a Cadaqués una semana—dijo—. Tú, Ermitas, no dejes de ser buena, ¿eh?...» No había acabado de decir esta frase, inspirada por el recuerdo de las persecuciones contra Victoria, cuando se arrepintió de haberla dicho. Aquello era claudicar y sembrar la terrible simiente de la esperanza. De todos modos ya era tarde para recogerla. ¡Bah!, tanto peor.

Volvió al otro día y encontró a Ermitas transformada: con el cuerpo ceñido, limpia, rizado el pelo y suavizada la piel por los polvos. Parecía otra. Le sonrió sumisa. Él entendió que quería decirle: «Me he bañado, ¿lo ves? ¡Qué no haré yo por ti!» Y Ramiro tuvo ganas de reír, lástima, miedo.

El vicio no cambiaba jamás de sabor: era picante de pimienta, desmayo de agonía, ardor de cantárida, paladeo de jengibre. La amistad sí cambiaba, recorriendo suave gama de delicadezas. En pocos días creció entre Teresa y Rami-

ro una confianza fraternal. Al perder frente a él la intención de la coquetería, la belleza de Teresa ganó en aplomo, en gracia perenne. Como apenas había trabajo en la oficina, Teresa disponía de más tiempo y Ramiro esperaba los jueves y los domingos con impaciencia, para descansar toda la tarde de la violencia de Victoria y gozar del ambiente familiar en el pisito abuhardillado, sobre cuya ventana, abierta más a las nubes que a la calle, trinaban pájaros y florecían geranios y alelíes. Inmerso en la calma sedante de aquella casa, las horas pasaban alígeras. La anciana había vuelto a ser niña, y Teresa, apenas arreglada, desnudos los brazos, desbandados los negros ricillos deseosos de invadirle el rostro, tenía algo de estatua viva a quien los peores vientos no alterarían el ritmo casto. Envuelto en el suavísimo engaño, sólo hablaba la verdad cuando la cieguecita dormía. Y aun entonces la verdad perdía sus aristas anfractuosas y era, sin dejar de ser realidad, un poquito de ensueño. Con tozudez de ser, fuera ya de los límites de las conveniencias sociales, la ciega se quejaba del calor y pedía que la llevaran a otra casa más fresca.

—Una casa en que se sientan árboles—decía.

—Se buscará... Sí, sí, no seas miserable, Teresa. Te han subido el sueldo y, además, nos ha tocado el décimo de lotería que jugábamos juntos. Yo buscaré la casa—prometía Ramiro.

Y eran inútiles los reproches, las súplicas dichas en voz queda. Con acento persuasivo, él condenaba sus escrúpulos:

—Puesto que nuestra situación es anormal, no la empequeñezcamos. Tú sabes que yo estoy enamorado de otra mujer; que entre tú y yo sólo puede haber amistad pura... ¿Por qué, entonces, no hemos de poner esa amistad por encima de mezquindades, y hacer felices los últimos días de esa santa? Hay que saber despreciar el dinero cuando se tiene otra cosa, Teresa. ¡No faltaba más! ¿Me dejas o no?

—Bueno. Pero...

—Déjate de peros.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué reñís?—preguntaba la viejecita sobresaltándose entre dos sueños—. No me gusta oíros disputar.

Y, poco a poco, ante el cariño sin tacha, vencida por el deseo vehemente de su madre, Teresa familiarizóse con la idea. Quince días des-

pués se mudaron. La nueva casa estaba próxima al paseo de Rosales. Desde sus balcones el horizonte parecía marítimo, y, de noche, las lucecitas rutilantes fingían navíos inmóviles, y el viento manso oleaje que sugería visiones de playas con grecas de espuma, arena de oro, chinitas azules y nácar retorcido de conchas...

Mientras la ciega esperaba en casa de las vecinas de abajo, Teresa y Ramiro trabajaron con ardor, sin que al tropezarse numerosas veces en la cálida soledad del mediodía, los turbara ni una sola vez la llama del deseo. Eran como dos hermanos de veras, más puramente unidos que muchos hermanos de veras. Pero, de tiempo en tiempo, al ver desnudarse las paredes y clarear en el empapelado los lugares donde estuvieron los muebles tantos años, la cabeza rizosa sacudíase para espantar un temor, y la boca murmuraba:

—¡Es una locura!... ¡Una locura!

—Pero no una locura furiosa ni perjudicial, sino mansa, útil... Locuras de las que habría hecho Don Quijote, ya viejo, si no le hubiese ocurrido la desgracia de recobrar la razón.

En el piso de abajo, la anciana hablaba con

volubilidad de chicuela, sin sospechar el gesto incrédulo de todos. Para los vecinos Teresa habíase decidido a dar el mal paso, que no condenaba al recordar las estrecheces, y al prever el desamparo en que, muy pronto, íbala la muerte a dejar. La verdad tomaba, para los de fuera, envolturas de mentira; explicarla habría equivalido a irritar las sospechas. Y cuando, tras el último carro, salieron los dos llevando entre sus brazos a la pobre mujer a quien la vida había otorgado en premio a sus sacrificios de madre el olvido de la picardía, la verdulera, la cacharrera y el señor Macario, sonriéronse con ese aire odioso de los que creen poseer exclusivamente una verdad. Una muchacha muy guapa, casi niña aun, asomóse a un balcón. Teresa dijo:

—Ahí tiene usted a mi sucesora. Desde hoy ya no podrá jugar al corro. El verano pasado cantaba todavía la canción del cadete... Ya el cadete es de veras, mírelo allí, y va a clavarle la espada en el corazón con la ayuda de los vecinos. Es la Ley.

Al día siguiente, al llegar, Teresa lo recibió con muestras de risueña impaciencia. Tenía que comunicarle una cosa muy rara, una cosa que

al principio le dió casi miedo: Al bajar por la mañana a la compra habíase encontrado en la carnicería a un viejo que era el mismo retrato de Ramiro.

—No puedes figurarte nada más extraño: era como tú mismo con treinta años más... Tu misma cara, tu manera de andar, hasta tu voz... El carnicero me dijo que es un señor medio loco que vive en la azotea de la casa de al lado... Vamos a asomarnos a ver si sale.

—Debe de ser mi tío Abelardo—dijo Ramiro—. Yo no lo veo hace más de doce años. En mi casa no lo tratan; pero sé que nos parecemos mucho... Al venir de Inglaterra pensé ir a verlo, y luego se me han ido pasando los días. Es el único de mi familia que me es simpático, quizás porque no lo conozco... No me llames bruto... ¡El tío Abelardo!... Siempre tuvo fama de raro en mi casa... Tal vez el parecido no sea sólo por fuera...

Estuvieron en el balcón mucho rato, atentos tan pronto a la azotea como a la puerta de la casa vecina. Pero a la verja de la azotea sólo asomóse un gran perro de lanas, y de la puerta no salió nadie.

La aventura variaba también. Su amigo el inglés tenía en el alma un grano de esa sal que produce la sed de exploraciones. Era una locura sistemática, que lo llevaba a querer vivir todas las vidas de la ciudad. Por él conoció Ramiro rincones insospechados, barrios próximos y separados, empero, del centro de Madrid por millares de leguas espirituales. Él, que había creído percibir las bestias primitivas en las salas de juego ostentosamente decoradas de los Casinos, supo de las zahurdas humosas, de las caras patibularias, de las manos que esperan el albur de la suerte agarrotadas sobre los cuchillos, de las pesetas sobre cuyo disco menudo elévanse inmensidades de hambre, de sueño, de medicamentos para enfermedades repugnantes; vió, sobre los naipes manejados por prestigitadores trágicos, y sobre las ruletas con dos ceros, arriesgar no lo superfluo, sino lo imprescindible; y supo de esa fauna abyecta creada por el dinero fácil: de fulleros, de levantadores de muertos, de organizadores de timos. Conoció el barrio de Bellas Vistas, el de las Injurias, el de Doña Carlota. Convivió horas repulsivas con

los merodeadores de cementerios, e intimó con gentes de profesiones inverosímiles; compadeció a las caravanas afanosas que preparan la nutrición de la ciudad mientras la ciudad duerme, y que luego desaparecen cual si la ciudad, ogro insaciable, las devorara conjuntamente con los manjares que le traen. Estuvo en los refugios hórridos donde el vicio, en vez de cubrirse de purpurina, apenas se tapa con harapos que dejan ver las entrañas ya casi pútridas. Comió y bebió con esos tipos de miserables heroicos creados por la guerra. Oyó pasar la palabra honor por las bocas más sucias. Y adquirió de la vida, en pocos días, una visión sintética que le traía a la mente, en el paseo de coches del Retiro o en la casita voluptuosa donde Victoria entretenía los intermedios pasionales en escribir cartas a su futuro marido, el regusto de la fermentación de los sótanos de la plaza de los Mostenses o del Depósito judicial.

Una noche de las primeras de agosto debían cenar con unos tipos pintorescos en la taberna del *Badanas,* cercana a la Sacramental de San Lorenzo. Los comensales, además del inglés, eran, según éste, «lo mejor de los asesinos» del

barrio. Los tres invitados desfiguraban su identidad de bribones dispuestos a todo con cómicas particularidades externas. Uno era alto, muy flaco, y le llamaban *Apetito,* por su gula. No era voraz, antes bien, lento en deglutir; mas sus comidas duraban cerca de dos horas, sin treguas. Comía con un placer contagioso, saboreando cada bocado y adquiriendo, por virtud del deleite, una elocuencia que contrastaba con su habitual mutismo. «No sé cómo los perfumistas no han hecho esencia de arroz con pollo, loción de riñones al jerez o jabón de tortilla de escabeche», decía; y notábase, al verle comer, que olía las viandas, que gozaba palpándolas, que las escuchaba acercarse... Otro de ellos, *el Brasa,* flaco también, cenceño, de mirada de gato, habíase escapado de dos presidios y cumplido cuatro condenas; de sobremesa solía quitarse la chaqueta para enseñar una enorme cicatriz donde cabía el puño. Éste sólo temblaba ante una idea: la del fuego. Era un miedo animal primitivo, y cuando se mudaba a casa alta, el primer trasto que entraba en ella era una larga cuerda de nudos, terminada en un garfio, para descolgarse en caso de incendio. El tercero, de menos

saliente, no dejaba de ofrecer una peculiaridad graciosa: le llamaban *el Ambizurdo,* porque todo lo rompía, y hasta un niño lo superaba en destreza. Era el leguleyo de la cofradía y conocía el Código penal al dedillo. Hablaba de manera tan gráfica que se le notaban las faltas de ortografía al pronunciar. Los tres conocían los más inextricables secretos del hampa y piloteaban y salvaguardaban a Ramiro y al inglés en antros adonde hubiese sido temerario ir solos.

Aquella cena se celebraba para presentarlos a una bruja, cuyos milagros atestiguaban los tres jurándolos a grandes cruces y besos por Dios Nuestro Señor. Cenaron al aire libre, sentados en escabeles toscos, y viendo, cuando se hizo de noche, tras las tapias del cementerio medio ahogado ya por las casas, el pálido amarillear de los fuegos fatuos. La bruja no vino. Debió de temer una traición y confundir al inglés y a Ramiro con algunos de esos infelices, carne de pueblo ensoberbecida, a quienes los cargos policíacos comunican un escepticismo agresivo del que sólo triunfan las dádivas. Cuando se cansaron de aguardarla, fueron en su busca por otros tabernuchos; y de una en otra,

aceptando invitaciones y correspondiéndolas, la razón se les nubló, rompiósele a Ramiro la vena del recuerdo inmediato, y vióse de pronto en el extremo de una calle en uno de cuyos balcones una figura inclinóse a mirarlo y cerró con premura, antes de que él pudiera acercarse.

Hacía muchos días que no pensaba conscientemente en aquella calle, en aquellos balcones, en la mujer que dentro, con una mezcla de alegría y de inmenso pavor, había apagado todas las luces. Con la obstinación de la embriaguez, Ramiro clavóse frente a los cerrados postigos, dió golpes con el cuento del bastón, y profirió amenazas. El inglés y el hombre cenceño, que habíanse desprendido de los otros dos, llegáronse a él y lo arrastraron hacia otras calles. El hombre cenceño, lúcido en medio de la borrachera, encorvó el cuerpo para decirle:

—¡Eso no se arregla así, señorito!... Me señala usted al que le estorba, me da unas pesetas por si hay que salir de *naja,* y una noche se lo encuentra el sereno seco con un palmo de hierro entre las costillas... ¿Hace?

Anduvieron mucho por arrabales, sin rumbo. El inglés hablaba de lejanos países y, de vez en

cuando, se reía de sus propios recuerdos y prometía a Ramiro contarle cosas extraordinarias, «de esas que no se pueden creer». Luego se puso a cantar una canción inglesa, alegre, cordial, infantil, que suele entonarse al fin de los banquetes; y Ramiro alzó también su voz, que se refrescó con las reminiscencias felices resucitadas por la música. «*For he is a joly good felow, for he is a joly good felow*», cantaban las dos voces... Y junto a ellas, la otra voz salmodiaba una copla que hablaba de una ofensa terrible y de la necesidad de una venganza de sangre, de tortura y de muerte.

A la tarde siguiente la ducha de presión libró a Ramiro de la dejadez, sin restituirle el recuerdo completo de la noche. ¿Quién lo había traído? ¿A qué hora? Debió de ser tarde... La comida llevada de La Peña quitóle el mal sabor de boca. Mientras la portera arreglaba la casa, encerróse en el comedor, según costumbre. Poco después de vestirse llamaron a la puerta. Sin duda Victoria había logrado salir antes de casa... Fué a abrir. ¡No, no era ella! La sangre se le aceleró

en las venas y el corazón tuvo un latir terrible, de sorpresa, de gozo, de amargura.

—¡Isabel!... ¿Usted?... Entre.

Ella pasó y se derrumbó sobre el sofá, extenuada. Al alzarse la gasa, Ramiró vió las huellas del insomnio en sus facciones. La fresa de los labios estaba marchita, las luces de los ojos también; algo semirrígido, que habitualmente comunicaba a la figura prestancia, había sido roto por el dolor. Dijérase que una mano enorme la hubiese apretado y ajado toda. Las ojeras marcaban los caminos por donde había corrido el llanto. Tenía las manos frías y los pómulos rojos. La fatiga—no fatiga del cuerpo, sino del espíritu—le impedía hablar. Ramiro apreció estos y otros muchos detalles en menos de un segundo, y aun le sobró tiempo para comprender que era preciso romper el silencio a toda costa.

—¡Isabel!...

El nombre le endulzó los labios, llenó el saloncito y chocó contra las sedas enviciadas de los cojines. Ramiro tuvo, de súbito, rubor de la casa. Habría querido atreverse a cerrar la puerta que dejaba entrever la alcoba... ¡Aquella

maldita cama que no era normal, que no era honesta, que casi no era una cama para dormir!

Con repentino esfuerzo ella habló:

—¡No puede ser, Ramiro!... Lo que hizo anoche es horrible... ¿Qué hubiera pasado si él llega a estar?... No pague tan mal mi estimación... mi cariño... ¡Sí, mi cariño!

—Usted no me quiere. Si me quisiera no huiría de mí. Si mi vida es mala, suya es la culpa. La noche en que vino a traerme la carta pudo salvarme.

—No... ¡Le huiré siempre! Si estoy aun con ese hombre es por huirle, por no darle ni darme la ilusión de que entre nosotros no hay un obstáculo. ¡Olvídeme, Ramiro! No me haga marcharme de Madrid de nuevo... Vuelva a ser lo que era cuando vino. No me dé el cargo de conciencia de creer que la única persona a quien hubiera querido poder querer del todo, me debe la desgracia... ¡Olvídeme, olvídeme!... ¡A usted le será fácil!

Ramiro denegaba con la cabeza. En su boca un temblor impaciente presagiaba palabras ávidas de decir que cerca o lejos, en la soledad o en esas compañías que tantas veces son triste

marco de la soledad, ella estaba de continuo en su alma. Y como si Isabel pudiera leer en aquel cabeceo inexorable, agarrotó la boca y siguió denegando. Ella se puso de pie y suspiró:

—¡A eso he venido, Ramiro! A eso sólo.

Él la contempló con una mirada lastimera, sin oponerse a su partida, sin osar tocarla, e imploró interrogativamente:

—¿Me huye otra vez?...

—¡Déjeme, Ramiro!

Las manos no se habían movido e Isabel sentía, sin embargo, el abrazo de la voluntad que con toda la fuerza del espíritu oponíase a dejarla salir. Las manos liliales se retorcieron; los ojos, luego de humedecerse, centellearon con dramática fuerza, y palabras locas rompieron la cárcel del alma asustando a Ramiro casi tanto como a ella misma:

—¡Lo quiero, lo quiero, lo quiero!... Por mucho que haya usted pensado en mí y que haya sufrido, más he pensado yo... Lo quise desde el primer día. ¡Usted no puede figurarse qué necesidad de querer se siente cuando se ha sido muchas veces insultada con las palabras del amor! Usted me ha hecho odiar a ese hombre y

sentir todo lo que pierdo por no haber sabido presentirle y esperarle... Desde aquella noche, ni un solo día, ni una sola hora, he vivido sin usted. ¡Y usted me ha enseñado lo que es el miedo, lo que son los celos, lo que es no estimarse a sí misma!...

Las frases eran tan densas que borraron la casa y los aislaron en una atmósfera irreal. Su suave olor que triunfó de todos en la noche en que los labios de Ramiro estuvieron cerca de su nuca; su lánguido encanto sensual tantas veces sentido cerca ella y lejos de ella, resurgieron concentrados en un solo minuto. ¡Y Ramiro tendió las manos!... Pero, al tocarla, una repulsión eléctrica los separó cual si algún obstáculo terriblemente elástico acabase de ensancharse entre ellos... Y aunque las palabras pretendían simular, alternativamente, deseo y negativa, ambos sentían la convicción dramática de que aquel obstáculo era invencible.

—¡No me toque!... ¡Déjeme!... ¡Déjeme ir!...

—¡No, nunca; ya nunca, Isabel!

—¡Sí; déjeme!

—¡Ahora que ya la he oído, no!... Olvidaré todo, nos iremos lejos... No pronunciaremos

nunca su nombre y nos juraremos no pensar nunca en él... ¡Déjeme sentirla siquiera un segundo cerca de mí, respirarla!... ¡No me huya!

Y avanzaba a pasos emocionados, mientras ella, luego de recogerse en un rincón, se esquivaba por detrás de la mesa hacia la puerta de la alcoba. Cuando estuvo ya en el umbral, su instinto advirtióle el peligro, y juntó las manos y al temer su debilidad de mujer recurrió a su fuerza de mujer y mezcló la verdad con la mentira para implorar:

—¡No!... ¡Hoy no!... ¡Mientras esté con ese hombre, no!... No quiero ser suya como una cualquiera... ¡O libre o nunca!... Sepa quererme, Ramiro... ¡No me toque!

Él se acercaba sin oírla. Ella seguía inmóvil, como si el vacío de la alcoba fuese una barrera transparente. Y cuando él llegó y la tuvo al fin entre sus brazos, la cabeza desmadejóse sobre el tallo del cuello, el cuerpo desgajóse inerte, y lo que iba a ser frenesí de caricia largo tiempo contenida, hubo de ser sostén. No era el abandono lánguido, la hipocresía de los sentidos desentendiéndose de la conciencia antes de entregarse: era el colapso, el frío, la imitación de

la muerte o la muerte misma quizás. Y mientras enloquecido Ramiro la llevaba hacia la cama para auxiliarla, el insecto metálico del timbre empezó a bordonear en lo alto del pasillo, sin interrupción, de aquel modo enervante que hacía odiar un poco a Victoria en el momento de ir a abrirle la puerta.

La explicación apenas existió. Un momento después ambos estaban junto a la cama, y Victoria friccionaba con colonia las sienes de Isabel y le hacía oler sales. Hasta el momento en que el cuerpo se removió y los ojos comenzaron a entreabrirse, Ramiro no se dió cabal cuenta del problema que la presencia de Victoria le creaba. Victoria apenas existía para él; mas su cuerpo, sus cuidados, el retrato en el que Isabel acababa de poner la vista llevándola luego en dolorosa confrontación al rostro vivo, lo llenaron de angustia. Poco a poco el rojo volvió a los labios levemente, y por entre ellos escapóse un susurro:

—¡Gracias!... ¡No es nada!... ¡Gracias!

Se incorporó; bajó con pudorosas manos la falda; se puso de pie, buscando con ademán instintivo, para apoyarse, el testero inferior de

la cama, que allí no existía. Respiraba con opresión. Victoria dijo:

—Sal un momento, Ramiro. Debe de llevar muy apretado el corsé.

Y él salió, derrumbóse sobre el sillón, ante la mesa, y desde allí sintió, dentro, rebullir de movimientos y palabras enlazadas de las dos mujeres. Poco después, la puerta se abrió y apareció Isabel sostenida por Victoria. Parecían dos amigas, dos hermanas. Él había perdido hasta tal extremo la capacidad de pensar, que halló natural el absurdo de verlas juntas.

—Es muy amable—dijo Isabel...— y muy joven. Le he pedido que lo quiera mucho... ¡mucho!... Que no se canse nunca de quererlo.

Ramiro, embrutecido, nada pudo decir. Ella siguió hablando con tono que quería ser seguro y voluble:

—La señorita va a decir que me avisen un coche, ¿verdad? Y usted va a ser tan bueno, tan bueno, que me va a dejar ir sin pretender acompañarme. Ya nos volveremos a ver... Ya hablaremos de todo. ¿No me oye, Ramiro?

Victoria acababa de salir en busca del portero. Al verse solo con Isabel, Ramiro tembló de

repente, recobrándose, y las palabras hirviéronle en la boca:

—¡No, Isabel! ¡Déjeme ir! Es preciso hablar. Yo apenas tengo que dejar nada para que seamos el uno del otro. ¡Usted, sí... usted, sí!

—Los dos, Ramiro, los dos... Los fantasmas se le meten a uno en la vida sin saber cómo, y luego estorban, tiranizan... ¡Ah, nunca se sabe bastante lo que es sufrir!... Ya hablaremos... Se lo prometo, sí; déjeme ahora...

—¡Isabel!

—¿No ve que no puedo más? ¡Tenga piedad de mí, Ramiro!

Entró Victoria y los tres permanecieron largo rato en silencio, hasta que el portero avisó que el coche esperaba. La acompañaron hasta la puerta. Ramiro estrechó convulso entre sus manos la diestra fría. Y cuando el coche desapareció entre la tolvanera de la calle, volvieron a entrar Victoria y él y se sentaron de nuevo, callados. Él creía estar solo, inmensamente solo, y de la ausencia casi absoluta de pensamientos, únicamente dos sombras emergían enlazándose a veces en una: Victoria, Jaime Urgell, los obstáculos. Victoria, en vez de celos, sentía una

curiosidad malsana que su instinto impedíale manifestar antes de que la tensión de Ramiro se debilitase. Al fin, cuando ya no pudo retenerse más, preguntó:

—¿Esa es Isabel?... ¿La que nombrabas en el *cine*?...

Y él, como si con sólo decir su nombre respondiera a infinitas preguntas de dolor, levantó los ojos llenos de lágrimas, y susurró:

—Sí... ¡Isabel!

XII

En cuanto pudo desprenderse de Victoria fué a casa de Isabel y llamó sin cuidarse de conveniencias ni de peligros. Había ido desde su casa allí casi corriendo, sin detenerse a pensar, dispuesto a resolver para siempre, y con la certidumbre de que aquella resolución, por haber tardado tanto en surgir dentro de él, no debía hallar ya obstáculos externos. Así que, cuando la criada le abrió y le dijo que la señorita acababa de salir para otro viaje, quedó estupefacto y clavado en el umbral, sin una idea.

—¿No me cree usted, señorito Ramiro? Puede pasar si quiere... Venga.

Pasó sin parar mientes en la indelicadeza, y anduvo como un fantasma por todas las habitaciones. Al llegar al saloncito, dejóse caer sobre el sillón en donde estuvo sentado la última vez,

y preguntó a la criada, que lo miraba con aire lastimoso:

—¿Y no sabe adónde ha ido? ¿No ha dicho nada?

—En cuanto llegó, hace cosa de una hora, bajó a hablar a la botica por teléfono, creo que con el señorito Jaime, y al poco rato él la vino a buscar. Deben irse por algunos días, porque me han dicho que puedo marcharme a casa de mi hermana hasta que me avisen. Siempre hacen así.

Ramiro irguióse con violencia y salió. Una idea repugnante acababa de penetrarlo; quizás Isabel, por una perversión sexual, odiase en Jaime su carácter, su ordinariez, su vida, mientras que la carne, independiente del espíritu, no pudiera prescindir de su cuerpo. Estos casos de desdoblamiento existían. ¿No le pasaba a él algo parecido con Victoria? Para justificar aquel supuesto vasallaje a la carne, púsose a recordar a Urgell según los había visto una tarde en la sala de armas del Casino. Y el pecho velludo, los brazos, las piernas algo torcidas, el maxilar levemente prognático, produjéronle repugnancia, que se transformó en desprecio hacia Isabel.

Volvió a «la casita» movido por la secreta esperanza de hallar algo allí; y cuando la portera le dijo que habían echado por debajo de la puerta una carta, casi tuvo miedo de entrar. Su afán cesó al punto: no era de Isabel. La carta venía de Cataluña y era de Milagros. Describíale el viaje, aseguraba que todos, y ella en primer lugar, lo echaban de menos, y le daba noticias de que Ermitas, al salir del baño, habíase sentido mal y tuvo que acostarse con algo de fiebre. Vagaba por la carta, sin enredarse en su sintaxis ni tropezar con la simplista ortografía, algo amatorio: «Todo esto es precioso; la playa da gusto estar en ella; estuvimos un día en *Siches*, que es un pueblo blanco que también da gusto; pero como usted no está aquí, pues resulta que es igual que si fuera negro y feo.» Ramiro recordó a la muchacha con simpatía y, en su despecho de Isabel, en su animadversión fulminante a Victoria, quiso contraponer a las dos imágenes femeninas vistas hacía poco en aquel mismo sitio, la imagen grácil y albirrizada de la doncella que, de tanto andar en espionajes de amor, habíase contagiado.

La casa pesaba sobre su ánimo y algunos

muebles llegaron a inspirarle cólera. Salió de nuevo. La idea de no haber sido bastante hábil para sonsacar a la criada de Isabel, hízolo volver a su casa. Ya no había nadie. Desde allí tomó un tranvía para ir a ver a Teresa, y, en él, estuvo a punto de hacerle burla a una señorita obstinada en ponerle ojos de anzuelo. Al llegar, la portera le dijo que Teresa y su madre habían salido a casa del habilitado, pero que habían dejado la llave por si él venía.

—Ya no deben tardar. Suba usted.

—No; prefiero dar una vuelta por el Parque. Hasta ahora.

Acababa se ocurrírsele ir a ver a su tío Abelardo.

Cruzó la acera y poco después llamaba al último piso de la casa vecina. Mientras un potente jadear, tan pronto próximo como distante, oíase dentro, y pasos se acercaban, Ramiro sintió una emoción inclasificable, hecha de arrepentimiento de no haber hecho antes la visita y de ganas de posponerla aun. Hubiese echado a correr escaleras abajo.

—¿Quién es?—preguntó una voz áspera que a Ramiro le pareció haber oído muchas veces

sin saber dónde, y que concluyó por hacerle dudar si sería su propia voz.

—Una visita—dijo.

Y cual si dentro se realizara el fenómeno recíproco de identificación, hubo un breve silencio, tras el cual se abrió la puerta y la voz, al mismo tiempo desconocida e íntima, afirmó antes de que los ojos tuvieran lugar de complementar el examen:

—¡Ah!... ¿eres tú?... Bienvenido... pasa... pasa... ¡Quieto, Fermín! Es un perro idiota: no muerde... Lo estoy enseñando a no ladrar... Ven por aquí... Vamos a la azotea; en cuanto llega el buen tiempo es mi habitación mejor... Me alegro mucho de que hayas venido. Ya sabía yo que un día u otro vendrías. Pero si llegas a pensarlo más, no me encuentras, porque me ha dado la ventolera de marcharme de Madrid y estoy esperando que pase bien el calor para que se haya ido todo el mundo y no encontrarme gente en los trenes. Tengo en tratos una casa en Saturrarán. Una casa estupenda, a medio caer, que la dan barata porque dicen que hay en ella fantasmas... La voy a comprar. ¡Quieto, Fermín! Si lames te tiro abajo, ya lo sabes.

El marco de la casa, la especie de mansedumbre disimulada del enorme can visto ya desde casa de Teresa días antes, y, sobre todo, aquel alucinante parecido que hacíalo creer que estaba ante un espejo cuya luna le devolviese la propia imagen apesadumbrándola por la vejez, habíanle producido tan honda sensación de extrañeza, que el hecho de que el perro tuviera el nombre de su padre y de que existiera una casa abaratada por los fantasmas, apenas sorprendiéronle. Todo revelaba allí una vida arbitraria: nada había sucio y nada había en orden. Es decir, había una especie de orden inédito y de limpieza de clínica. Los suelos, de baldosas rojas y blancas; las paredes, encaladas, sin el menor adorno; la enorme bombilla eléctrica, pendiente de un hilo ingeniosamente arrollado y capaz de extenderse hasta permitirle llegar a los últimos rincones de la casa, imprimían a las habitaciones semivacías aire de casa a medio habitar. En vano se esforzó Ramiro por buscar la cama y otra mesita menos endeble que aquella minúscula cuyas patas terminaban con sendas ruedas. La estructura de la casa parecía indicar que para llegar a la azotea, donde se

sentaron, habían pasado por todas las habitaciones. En la última, bajo una tela de percal rameado, columbró Ramiro un enorme bulto, especie de corcova de un camello cubista, y, cerca de él, la cobija del perro. Respondiendo a sus miradas interrogadoras, el tío Abelardo, dijo:

—Vivo aquí ya hace más de un año. Aquello es mi biblioteca. Libros y periódicos viejos, no leo otros.

—Buena cosa.

—Y en vez de cama una hamaca que cuelgo de esos clavos. Tengo la suerte de que el frío y el calor me den lo mismo.

—Igual me pasa a mí.

—Tu padre y yo nunca hemos podido entendernos. Por ti fueron nuestras peloteras más gordas... ¡Eso de que baste que le nazca a uno un hijo para hacer un esclavo o un tiranuelo de él! En estos últimos tiempos tú has sido mi única preocupación... Ya ves, y desde lejos, sin buscarte, sin molestarte ni imponerte mi compañía. Creo que hasta que no te vi en la calle con aire satisfecho, no me decidí a irme... Ya todo me aburre. Antes siquiera la vida era para

mí un espectáculo; desde hace poco el espectáculo me irrita... y me da ganas de hacer cosas que darían con mis huesos en la Cárcel Modelo.

—¡Ah, si uno hiciera todo lo que se le ocurre!...

—Yo a tu edad sólo tenía una mortificación, que, con pocas variaciones, me ha seguido toda la vida: la de pensar y repensar las cosas, la de saborearlas demasiado con la imaginación quitándoles el jugo y dejándolas ya sosas cuando llegaban. Creo que por ser demasiado ambicioso no he sido nada... Nada me parecía valer la pena. Nadie habría sido mejor enamorado que yo, y no he tenido, sin embargo, un amor verdadero. En el fondo me he suicidado todos los días un poco... Y aquí me tienes.

—Hasta en eso debemos de parecernos. La vida me pesa, tío Abelardo.

—Pues aun te faltan unos cuantos años para empezar a entrar en la muerte. Tienes veinticinco ahora, ¿verdad? Yo te bauticé.

—No entiendo qué quiere decir con lo de entrar en la muerte. Es la muerte la que entra en nosotros, y sin cuidarse de cronologías.

—Sí; pero eso nada quita para lo que yo digo.

La muerte puede entrar en uno cuando ella quiere; nosotros tenemos dos medios de entrar también en ella: uno voluntario y otro fatal. El voluntario ya se sabe cuál es: un pistoletazo o disfrazarse con una buena careta de cloroformo. El fatal constituye una teoría mía que no hay quien me desmienta. Verás: yo creo que la vida, la verdadera, la única, es esa época en que el hombre tiene tal superabundancia de energía vital, que puede transmitirla y engendrar con el pensamiento y con el sexo. La duración de ese período varía—ya se sabe que hay viejos jóvenes y jóvenes viejos—, pero lo indudable es que la época anterior a ese período de plenitud no es más que un aprendizaje para la vida, y la posterior un aprendizaje para la muerte. Es una interpretación más racional del mito de Lázaro. ¿Te parece mal?

—No sé. He de pensarlo. Así, de pronto, me parece bien y hasta me aclara algunas cosas mías. ¿Usted en qué período está?

—Muerto; aprendiendo a morirme desde hace mucho... A mí me secó la vida una mujer a la que no quería, con la cual me consolaba de otra que no me quería a mí. Me sorbió; me dejó

inútil; me bebió la sangre, las ilusiones, el gusto de vivir... ¡Yo hubiera sido un hombre tremendo! Una especie de bandido generoso, que es una de las pocas formas de la justicia distributiva de Dios en la tierra... Y ella hizo de mí un soñador débil, un maniático, un pelele sin entusiasmo, un misántropo... ¿Ves lo que acabo de hablar contigo? Pues en dos años no he hablado la mitad. Y hablo contigo porque eres tú... porque no me pareces otra persona del todo. Hace un minuto tuve la alucinación de estarme hablando a mí mismo, desde la muerte a la vida, como se puede hablar desde esta azotea a la calle.

Ramiro se quedó pensativo, y tuvo, fugazmente, la sensación inversa, más aguda y dolorosamente sentida que al entrar. Mientras el tío Abelardo iba dentro para traer la luz, Ramiro le dijo:

—No le preocupa a usted mucho el *confort,* tío Abelardo.

—Pues no es por miseria... Es que no lo necesito. Es que para un aprendiz de muerto, sobra. Mi ansia de aventurero ha venido a parar en esto: en que mi cuarto tenga un poco de aven-

tura, y en que la vida no sea demasiado burguesa en él. Tengo una renta más que suficiente para mí y para mi perro. Ya debes de suponer que todo lo que tengo te lo dejo a ti.

—No lo suponía. Tal vez sea justo. Yo es a usted al único de la familia a quien quiero... y a quien no podría dejar de querer.

—También es justo. No ibas a querer al mostrenco de tu padre... Ya habrás visto que le he puesto su nombre a mi perro... porque es nuevo aun; al otro lo maté. Pero en cuanto les tomo algo de apego, los cambio de nombre.

—¿Y usted sabía que yo había vuelto?

—Sí; te vi un día... Y otro te pedí limosna: es una de mis diversiones. Aquel día me gustaste, por lo bien que me mandaste a paseo. Ya sabía yo que vendrías a verme en cuanto mi hermana y tu padre te chincharan demasiado. Qué, ¿no han querido casarte con Ermitas? Es proyecto viejo. En cuanto a Jenaro, no quisiera acabar de morirme sin darle un buen pie de paliza. Me huye como al demonio.

—Es un imbécil... Él y mi padre son los imbéciles utilitarios, y, las mujeres, las imbéciles mansas.

—Lo mismo he dicho hace años, cuando era como eres ahora tú. Qué, ¿te vas?

—Si; tengo que hacer ahora.

Ramiro se puso de pie. Mientras iba hacia la puerta advirtió que su tío dudaba antes de decirle algo.

—Si no lo estorbo, vendré a menudo a verlo, tío.

—¡Qué me has de estorbar! Si no te busqué es porque quería que vinieras por ti mismo, para agradecerte la visita... No quería que esto fuese a la fuerza. ¡Ah!, oye: no vayas a privarte de nada... Esos creen que estoy en la miseria porque paso así... Pero puedes mandar enhoramala al tacaño de tu padre y pedirme lo que necesites.

Y tirando de la mano que Ramiro acababa de tenderle en la sombra, lo atrajo hacia él y lo abrazó con fuerza. Luego, en tono ya demasiado indiferente, concluyó:

—Bueno, hasta que quieras.

Y casi le empujó para cerrar antes. Ramiro oyó sus pasos alejarse, y su voz enfadada gritar:

—¡Maldito Fermín!... ¿Es que vas a hacer

también de las tuyas? ¡Si me lo estropeas soy capaz de partirte el alma!...

Y no supo si el tío Abelardo reñía al perro o se encolerizaba contra el fantasma siempre inoportuno de su padre.

Al día siguiente le llegó carta de Cataluña: era de su madre. Al través de recovecos originados por su carácter siempre amigo de misteriosas circunlocuciones que la falta de costumbre de escribir aumentaba, Ramiro comprendió que la prima Ermitas habíase seguido bañando todos los días como una ofrenda dolorosa a su divinidad, y que, al llegar a Sitges, el cambio de temperatura o una corriente de aire habíanla causado una fiebre que se temía fuese síntoma de pulmonía. La carta terminaba con unas líneas temblorosas de Ermitas, que decían nada más: «Estoy contenta. ¿Vienes pronto?»

Ramiro quedó preocupado. Telegrafió interesándose por Ermitas, y una vez cumplido ese deber e imaginada la alegría que su telegrama iba a llevar a las dos mujeres, éstas borráronse de su mente por completo. El recuerdo de la

visita hecha a su tío Abelardo la tarde anterior, ocupó todo su tiempo hasta la llegada de Victoria. El tío Abelardo, a pesar de la bohemia pintoresca en que vivía y de sus salidas de tono, habíale dejado una impresión dramática. En ella había algo de cariño y algo de miedo. El momento de la despedida que los enlazó en las tinieblas, constituía en su recuerdo la mayor remoción de su ser a un impulso sentimental; pero junto a la ternura de la identificación, hubo un dolor nuevo que no era en la carne, sino de las ideas. Aquel parecido de las facciones, de las voces; aquella identidad de repulsiones y de simpatías; aquel fiero respeto al ajeno albedrío, hacíanlo sentir por vez primera la emoción filial. Los esfuerzos estrechamente egoístas de los padres ávidos de continuarse en sus hijos y de disponer tiránicamente de ellos cual de insensibles fundas dispuestas para encerrar sus vidas una vez usada la funda primigenia, perdían al pensar en el tío Abelardo la reacción rabiosa que siempre produjéronle. Y la paternidad, igual que otras veces el amor, aparecíasele a modo de cumbre raramente alcanzada, especie de enfermedad ilustre, que movido de una

aprensión vanidosa creían todos poder tener. Poco a poco pensó en el tío, desprendiéndose de las trabas de la lógica: consideró que era su verdadero padre, que aquel parecido de la materia y de las almas no podía ser fortuito. Acordóse haber leído que Pitágoras recordaba tres encarnaciones anteriores de su vida, y se puso a esforzarse en recordar su propia vida en la vida del tío Abelardo, y a figurarse que, en otros tiempos, un hombre igual a ellos en los rasgos fisonómicos, igual a ellos en la intranquilidad del ánimo y en el sesgo arbitrario que imprimía a las cosas, habría vivido y sido héroe o mártir sin que los ascendientes de don Fermín tuviesen con él nada de común. Y en medio de estas elucubraciones, dos ideas—una de sorpresa, de convicción la otra—entroncábanlo con el presente: sorpresa de no haber ido antes a ver al único hombre a quien se sentía ligado en el mundo; certidumbre de que, desde entonces, aquella ligadura no se podría romper.

Cuando Victoria llegó, la realidad de la víspera llenó de pronto la casita. ¿Cómo antes,

en la larga meditación, la imagen dolorosa ni siquiera cruzó por su mente? ¿Es que la imagen de Isabel necesitaría ya de la de Victoria para vivir en él? ¿Haríanse de ambas dos figuras gemelas como la del tío Abelardo y la suya? ¡No; no quería que Victoria manchase a Isabel! ¡Bastábale con la mancha de Jaime! Si el día antes el recuerdo de aquella nueva huída habíale torturado quemándole, desde que estuvo con su tío el dolor desapareció por completo, y en toda la mañana la prima Ermitas, Victoria y Teresa habían cruzado varias veces por su imaginación sin tropezarse ni una siquiera con la sombra fugitiva que ahora estaría paseando su deleite carnal por sabe Dios qué carretera, envuelta en el olor de gasolina y el perfume de Urgell.

Pero Victoria la trajo con su sonrisa en el mismo aire de cortedad con que entró. Nada le dijo. Acercóse a él con igual mimo excitador que tantas veces. Y él no tardó en sentir el látigo en los sentidos y en inclinarse sobre ella. Mas, de pronto, cuando fué a abrir la puerta de la alcoba, la llama lúbrica apagóse y las caricias más sabias fueron incapaces de reanimarla. Tenía la sensación de que el lecho esta-

ba ocupado, de que iban a verles. La imagen de Victoria, curvándose con simpatía de caridad para socorrer a la que iba a inutilizar para siempre, con su presencia, el tálamo pagano, imposibilitábale de recriminarla. Ella luchó. Defendió su placer con todas las artes. La escultura adquirió en el esfuerzo de vencer actitudes casi dolorosas; y cuando se convenció de que era «la ausente» quien le impedía cumplir una vez más su misión de hembra placentera, renunció a sí misma, con humildad desvergonzada, y le dijo a Ramiro muy bajo:

—¡Figúrate que soy ella!... ¡Nómbrala!

Todo fué inútil. Salieron a la calle desesperados, convencidos de que ya la «casita» no podría cobijarlos más y de que tendrían que rodar por lechos de ocasión, sin la paz regalada de antes.

Luego, en casa de Teresa, Ramiro estuvo varias veces a punto de contar que había ido a visitar a su tío; pero se detuvo. Le pareció que por poco que contase de la entrevista, la viejecita y Teresa iban a sorprenderse lo mismo que si les dijere: «Resulta que el vecino ese es mi fantasma, mi cuerpo astral, mi otro yo, o

mejor dicho, mi yo de antes... Aunque es mi tío, es mi verdadero padre, ¿saben ustedes?» No, lo hubieran tomado por loco. Hay cosas que la razón no explica. Era mejor callar.

Entró agosto y no tardó su mitad primera en quedar detrás. El tiempo habitualmente tan lento y grave, pasaba ahora leve para Ramiro. Recibía casi a diario cartas de su madre poniéndolo al tanto de la enfermedad de Ermitas: la pulmonía la tuvo muchos días en peligro de muerte, y hubo miedo a que la pleura entrase también en la aventura. Ramiro correspondía a todas las cartas; mas, a veces, escribía tres o cuatro juntas, y las iba echando día a día, con irónica regularidad, seguro de que jamás habría entre las recibidas y las suyas incongruencia.

En esos días en que él era menos desgraciado, Jenaro era feliz. Libre del triple yugo de don Fermín, de Urgell y de las mujeres, caminaba por las calles con un aire provocativo; comía en restorantes baratos, y nunca en el mismo, para vivir más en menos tiempo. Por las noches estaba hasta muy tarde en los luga-

res de recreo, divirtiéndose con ver divertirse a los demás, jugando hipotéticamente. Ramiro lo vió en varias verbenas, montado en columpios.

Una tarde de las que salía de excursión con Victoria, se lo encontraron y temieron haber sido vistos. Él pasó sin reparar en ellos o fingiendo no verlos.

—El otro día creí que me habías visto en el paseo de Miguel Angel—le dijo Ramiro poco después.

—No, no sé... Voy siempre distraído, y unas veces miro sin ver y otras veo sin mirar.

—Eres más gallego que Santiago. Si fueras siquiera un poco más estúpido harías un diplomático excelente... No me mires así... ¡Son bromas mías!... ¿Qué hay por la oficina? ¿Qué sabes de la familia?

Jenaro comprendió bien lo que la pregunta quería decir, y para demostrar a Ramiro su error de creerlo estúpido, dióle la respuesta sin esa jactancia que hace antipática la agudeza de tantos hombres.

—El tío está en Barcelona: la prima parece que ha quedado muy delicada y que van a vol-

verse pronto... Y Urgell está recorriendo el Norte en su auto. No sé más.

Sólo así, de tarde en tarde, llegábanle noticias indirectas de Isabel. Por Jenaro también supo que Jaime acaba de quedarse, por una hipoteca de menos de ocho mil duros, con una finca magnífica cerca de Madrid, un poco antes de llegar a Vicálvaro, y que pensaba derribar la casa, que era casi toda de madera, y construír una quinta magnífica.

—Ya tiene pensado el nombre que va a ponerle—le dijo.

—¡Ah!, sí.

—La llamará Villa Isabel.

Y en vano se esforzó Ramiro en descifrar en la cara inexpresiva de su primo, si la noticia había sido dada con indiferencia o con fruición.

Su vida deslizábase monótona, y sólo una parte de ella dábale renovaciones diarias: la visita al destartalado cuarto de la azotea. El tío era como una casa que, detrás de la misma fachada, desarrollase indefinidamente estancias nuevas llenas de misterioso atractivo. Iba todos los días a verle y muchos cenaban juntos. Oyendo contar al tío Abelardo sucesos de su vida,

Ramiro, a veces, no obstante las diferencias de tiempo y de accidentes, recordaba escenas de la vida propia. Sus preocupaciones, una mutua ciencia de poseer energía capaz de grandes esfuerzos deshilachada hora a hora, sin fruto; hasta el engranaje anormal de sus episodios de amor, estrechaba aquel paralelismo inquietante. Una sola cosa entrevista en las charlas del viejo, que hablaba sin extenderse jamás en detalles, cual si Ramiro debiese tener ya antecedentes de toda su vida, marcaba entre ellos divergencia: parecía el tío haber tenido un choque cruento y haberse vengado de obscuras ofensas arrebatando una vida. ¿Cuándo? ¿A quién? Aludía al hecho sin apoyarse en las palabras, sin apesadumbrar la evocación con remordimientos; y mirándose la diestra, solía decir:

—Esta mano que ves aquí me debía pedir explicaciones, porque yo no la he servido según merecía... Era fuerte, tremendamente fuerte.... Y tiraba de la cosa que hay más pesada en el mundo—el gatillo de un revólver—con la mayor facilidad.

—Tampoco la mía es débil, no crea—respondía sonriendo Ramiro—. ¿Usted no piensa a

veces con gusto en pegar palizas, en hacer daño... en?...

—Y hasta en estrangular. Muchas veces me figuro haber estrangulado ya a alguien en un tiempo del que no me acuerdo.

Callaban. Recordaba el uno, presentía el otro. Luego proseguían:

—¿Por qué riñó usted con papá?

—Por nada... La riña definitiva fué porque le invité a dejar de hacer el fantasma galante y a morirse lo mismo que yo. ¡Los malos ratos que debe pasar cuando se queda a solas con sus queridas!...

Ramiro salía de casa del tío Abelardo deprimido, sintiendo de una manera melancólica la inutilidad de su existencia. En los largos ratos que pasaban sin hablarse, sentados ante el perrazo que los miraba alternativamente, diciéndodose tal vez: «Raro animal me pareció siempre el hombre, pero estos son los más raros que nunca vi», gustaba Ramiro un bienestar triste: el bienestar de no desear nada. Sucedíales con frecuencia, ya a uno, ya a otro, preguntar u opinar acerca de cosas en que ambos estaban pensando, cual si los pensamientos, sin necesi-

dad de la ayuda reveladora de la palabra, realizasen el perfecto gemelismo que una equivocación de tiempo impedía a los cuerpos realizar. Llegaban estas adivinaciones a extremos prodigiosos. Una tarde, la tarde en que Victoria acababa de confesarle que aquella mutua renuncia de las precauciones la obligaba a acelerar la boda porque temía hallarse encinta y no estaba dispuesta, por nada en el mundo, a tomar mejunjes ni emprender nada que perjudicase su salud, el tío Abelardo lo dijo de pronto:

—Hay que saber dejar las cosas, Ramiro. Saber despedirse a tiempo, es lo más difícil del mundo. Además, lo que ya no nos sirve a nosotros puede constituir la dicha de alguno.

Y una noche en que cenaban juntos, como Ramiro se quejase de tener desde hacía varias noches el mismo sueño tenaz, estúpido, el tío Abelardo le contó:

—Lo mismo me está pasando a mí. Suponte que desde hace cerca de una semana, en cuanto me acuesto, me pongo a soñar que tu prima Ermitas se muere; pero no de pulmonía, no vayas a creer. La veo en sueños idealizada por una especie de nimbo como ese que llevan los

santos. Muy pálida, con sus ojos de vaca enferma buscándote por todas partes, y pidiéndote que en vez de confesarla el cura, la confieses tú, que eres el único que puedes absolverla de haber querido matar a no sé quién.

Ramiro se lo quedó mirando consternado. Él soñaba lo mismo desde hacía varias noches. Ermitas, la buena y sucia Ermitas que por gustarle había pretendido habituarse a la frígida familiaridad del agua, se moría. Se moría de un modo teatral: con graduado estertor, sobre un lecho cubierto de azucenas, sin que ningún médico burdamente sabio osase ante el cuadro de su romántica agonía mezclar en el diagnóstico a los pulmones, a la pleura ni a ningún otro órgano prosaico. Cien doctores vinieron de cien puntos distintos, y en seguida se pusieron de acuerdo. Bastaba ver las cárdenas ojeras y el temblor orante de los labios para comprender... La prima Ermitas se moría de amor.

El periódico que estaba sobre la mesa, pareció tender hacia él su superficie crujiente con ese encono que tantas veces muestran contra los

hombres las cosas que llamamos inanimadas. Hacía muchos días que Ramiro no leía ni diarios ni libros; ninguna curiosidad tenía en aquel minuto por cuanto pudiera ocurrir en el Universo, y, sin embargo, tendió las manos con avidez y clavó los ojos certeramente en las líneas inexorables.

No; Ermitas no moría de amor ni de enfermedad: sanaba lentamente y se aprestaba a regresar... ¡Había sido un sueño! Y, en cambio, allá en el Norte, en el recodo de una carretera, sobre un ribazo húmedo, sin que su corazón presintiera nada, sin que el misterio, a veces luminoso del sueño se lo anticipase, Isabel había caído un día antes para siempre. ¡Isabel había muerto! ¡Isabel había muerto! Aquellas líneas terriblemente claras lo decían. En un viraje brusco, para esquivar un carro cargado de heno, el automóvil había volcado sobre la cuneta. Urgell, despedido de su asiento, fué a caer indemne sobre el césped; ella debió también participar de aquel impulso hacia la vida; mas sus ropas la retuvieron, el coche cayó, y uno de los hierros le fracturó el cráneo. La muerte debió de ser instantánea... Así decían las líneas impresas, así leyó muchas

veces Ramiro. Pero, a lo último, leía ya de otro modo: «¡Isabel ha muerto y él vive!... ¡Ha muerto, ha muerto sola!... ¡Ha sido una especie de asesinato!...» Veía la cinta del camino, el paisaje jugoso, la enorme masa de heno desbordándose de las altas ruedas, el automóvil sobre cuya trepidante rapidez habían los dos viajado juntos, casi rozándose... Y, debajo, el cuerpo querido tal como estuvo en la cama de «la casita», y la cabeza rota apoyada en la hierba manchada de sangre.

Sí; ¡había sido un asesinato! Cerca de aquel cuadro de horror, una figura se incorporaba poco a poco, ilesa, sin un magullamiento: ¡Era el asesino! Los puños de Ramiro se agarrotaron y por dentro de los ojos le tembló una neblina roja. La noticia fué poco a poco diluyéndose en él. Ya no fué la ira, ya no fué el dolor terrible que tiene en su misma fuerza el bálsamo de privar del conocimiento: ahora era la pena real, la certeza de toda su razón y de todas sus células que la habían deseado, de que ya no vería más a Isabel. ¡Había muerto... muerto, muerto! Su cuerpo lo encerrarían en una caja; unos cuantos curiosos irían detrás comentando el suce-

so. Urgell quizá se fingiera enfermo para no acompañarla en este viaje último. Y mientras cerraban la herida abierta en la tierra para sepultarla, en un rincón andaluz una vieja euménide lloraría la muerte de sí misma so pretexto de llorar a su hija Isabel... ¡Ah, sólo después de pintar con la imaginación estos cuadros, empezaba a comprender el hecho! La muerte es demasiado vasta para que su concepto quepa por completo en la efímera vida... La inteligencia, como un embrujado reflector, multiplicaba y esparcía la sombra de su pena. ¡Isabel había muerto! ¡Qué tres palabras más hondas!... De su sonrisa, de su piel de ámbar, de su amor, no quedaba nada: despojos de materia, de recuerdos. Vendría el olvido, el don supremo de los dioses...

Y al pensar que él también pudiera olvidar, sintió vergüenza y piedad de sí mismo, y las lágrimas, hasta entonces remisas, fluyeron de sus ojos.

Así estuvo largo rato, sintiendo que cada vez abríansele perspectivas nuevas de aquel hecho que, con pueriles variantes externas, ocurría cada día, en cada calle. Automática-

mente abrió el balcón y la tarde radiosa le pareció negra. Campanas sonaban a lo lejos. Por vez primera sintió miedo de la soledad, hermana de la muerte. Y salió.

¿Adónde iría? Pensó en Teresa, no; en Victoria, menos. En el tío Abelardo... tampoco: sería como estar solo *doblemente*. El perro olería que llevaba la muerte en el alma y se pondría a aullar.

Se secó las lágrimas y anduvo horas y horas a paso largo, cual si fuera a algún sitio o quisiera cansarse. Iba por las calles sin reparar en nada. Pasó por sitios obscuros, por sitios estremecidos del alegre vaivén de las verbenas, por sitios familiares y por sitios en donde no había estado jamás. Y de vez en cuando se detenía, abría mucho los ojos, y en lugar de ver la realidad veía el recodo de un camino, la carreta de heno, el cuerpo rígido con la cabeza rota entre los hierros, sobre la hierba rojiza, y al hombre que se incorporaba infamemente sin una sola herida... ¡Sin una sola herida, sin un rasguño, igual que el que mata a mansalva!

Esa misma noche ella estaría de cuerpo pre-

sente... ¡Ah, no poder volar... no poder poner sobre la boca muerta el primero y el último beso!...

Anduvo, anduvo, anduvo. El alba le sorprendió andando. Así veló el cadáver de Isabel.

XIII

El dolor adormeció su pensamiento, y de nuevo pasaron los días sobre él sin dejar huella. Regresaron sus padres, y otra obligación añadióse a sus obligaciones estériles: la de ir a ver a Ermitas todas las tardes. La enfermedad había borrado en ella el único rasgo juvenil, la lozanía de carnes; y en el lecho imprimíale la flacuencia una vejez repulsiva, repentina, concentrada. Junto a ella doña Vicenta parecía menos vieja. Doña Vicenta había llegado a la vejez y Ermitas había caído en la vejez; así lo interpretó Ramiro.

Con sorpresa notó que Ermitas lo recibía sin aquella ilusión solapada de antes. ¿Era a causa del cambio que notaba en él, o de algo cambiado en ella? El fenómeno no le interesó lo suficiente para sacarlo de su modorra mental. Quizás el cambio fuese mutuo. Días después el tío

Abelardo le explicó que la mudanza de la prima se debía a que «había muerto de la enfermedad; es decir, a que había salido de la zona de la verdadera vida para entrar en la media muerte de Lázaro; por eso los rasgos cardinales del apogeo vital—el amor, la ambición—desaparecían de su ser. Ellos dos morían lentamente y Ermitas había muerto de pronto. He ahí la diferencia unida».

Viendo cómo su madre la cuidaba, Ramiro sentía una pálida envidia: la única que puede sentirse ante algo justo y lógico. Jenaro era el hijo de don Fermín, igual que Ermitas era la hija de doña Vicenta. Bastaba verlas besarse, arrullarse; bastaba oír a la anciana elogiar sus méritos:

—El día que empezó a sentirse mal, la pobriña se empeñó aun en bañarse. Temblaba toda y decía: «He de hacerlo, que a Ramiriño le gusta y se lo prometí.» Y luego deliraba contigo... Más guapas sí que las habrá; pero la guapura dura poco, rapaz; con mejor fondo que ella no las hay.

Ramiro sonreía. Por vez primera aquel ilusionismo fofo no le molestaba; antes bien, envol-

vialo en una atmósfera dulce, donde su dolor vivía una especie de paréntesis. Merced a la milagrosa acomodación del alma, que sólo les permitía ver lo visto de antemano por su deseo, doña Vicenta no reparó en la tácita renunciación de Ermitas ni en la crisis que asolaba el espíritu de Ramiro; ni siquiera habíasele ocurrido pensar con qué medios materiales vivía él después de rotas las relaciones con don Fermín. No obstante, Ramiro gustaba en la casa una quietud embriagadora, y hasta llegó a pensar que, acaso, las dos mujeres pudieran resarcirlo de la ausencia del tío Abelardo, cuyo viaje a Saturrarán estaba ya próximo.

Mas pasados los primeros días, comprendió el error. Al tío Abelardo no podía sustituírlo nadie, porque era una proyección de sí mismo hacia el futuro y hacia el pasado por igual arcanos. Acontece a menudo, al encontrar una idea matriz, un verdadero amor, una zona propicia al desenvolvimiento de las aptitudes sustantivas, preguntarse cómo se pudo vivir hasta entonces fuera de esa zona, sin ese amor, sin ese pensamiento. Igual sucedíale a Ramiro. En los días más tempestuosos de su

pena, cuando su carne tenía algo del frío de la tumba y su cerebro el vacío absoluto del no ser, en la azotea destartalada, a la tenue e inmensa luz estelar, encontró la temperatura precisa y el pensar necesario para no ser por completo un cadáver. Y esa temperatura y esa actividad mental venían del tío Abelardo; era cual si él se las tuviera guardadas y se las devolviera en el instante salvador. El tío Abelardo hablaba por él. Nada le preguntaba, no lo incitaba siquiera a confiarse, dijérase que hablaba por hablar; y, sin embargo, sus palabras eran terriblemente consoladoras. A Ramiro parecíale estar ante un espejo de sonidos y oír las respuestas a todas las preguntas que no se atrevía a pronunciar.

—Cuando viene el golpetazo grande, siempre se rehace uno. Los dolores pequeños son los que dejan lugar para la protesta y para la elocuencia estúpida; los grandes exigen toda la energía humana para sufrirlos. ¡Tú no sabes lo bueno que es encontrarse más acá del dolor!... Debías de venirte a Saturrarán. Con lo que yo tengo nos basta para acabar en cualquier sitio el aprendizaje de la muerte sin tener que molestar ni soportar a nadie.

Ramiro callaba, y después de mucho rato, seguro de hallar el pensamiento cóncavo de su tío dispuesto a recibir su idea, respondía:

—Ya veremos. Uno debiera, por lo menos un minuto en cada vida, ver por completo la verdad.

—Ni siquiera vemos nuestra verdad, y olvidamos las verdades provisionales, que, luego de servirnos, se convierten en mentiras como restos de un puente ya inútil. Además, ¿para qué? Muchos hombres han sabido mostrarse más grandes en el error que otros en la verdad. Lo importante es apoderarse de una de esas verdades transitorias y vivir con ella sin preocuparse de que resulte luego embuste. Los que buscaron la verdad hicieron siempre menos que los que lucharon por defender una mentira que creían verdadera.

Así, por parábolas, con perfecta inconexión externa, mas entendiéndose, hablaban de sus preocupaciones. Ramiro hallaba en la compañía del tío Abelardo, al par del reposo semicompleto de la soledad, lo que ninguna otra compañía lograba darle. Ni Teresa, en quien desde hacía días notaba algo oculto; ni Victoria, que prepa-

raba la boda con celeridad de maléfica hada que jugase con los muñecos puestos por el Destino bajo su mano—su padre, su novio—; ni doña Vicenta ni Ermitas, infundíanle aquella honda confianza. Ante el tío Abelardo, Ramiro había confesado las ignominias más degradantes y las ridiculeces que ante nadie se hubiera atrevido a mostrar.

Victoria no se cansaba de él. Después de la huída de «la casita» y del vicioso rodar por cobijos mercenarios, que añadían al placer incentivo de renovación, era él quien le huía un poco. Ella seguía yendo a «la casita»; pero jamás intentaba allí nada, limitándose a tentarlo con mimos hipócritas y a mostrarle las prendas íntimas de su equipo, según se las entregaba la modista. Una tarde, al salir de ver a Ermitas, se la encontró en la escalera en compañía de su novio y no pudo esquivar la presentación. Era un hombretón de cara bondadosa, un poco encorvado por el exceso de estatura; debía pasar ya de los cincuenta años. A Ramiro le recordó, sin saber por qué, al hombre gordo que había viajado con él desde París, en quien nunca más había vuelto a pensar. Tal vez viniera el recuerdo de la necesidad

confidencial: en pocos minutos que duró la charla, el pobre enamorado le contó interioridades de su vida y le dijo que aquella chicuela, luego de haberle estado dando largas y largas, le había dado una especie de ultimátum y no había habido otro remedio que someterse. Al lado de Victoria que, con los ojos bajos y aire conventual tiraba besos a Ramiro, a hurtadillas, el novio semejaba renovar el mito del gigante débil a merced del enano poderoso y maligno.

Al otro día en «la casita» él la riñó:

—Pero ¿es que tú vas a seguir siempre así? No está bien.

—Lo que no está bien es que lleves un luto tan largo, hijo... Todo se sabe... Di que yo respeto las manías de la gente para que no se metan con mis caprichos y que la cosa ha venido de perlas para dejarme preparar la boda, que de otro modo... Dentro de quince días me echan el lazo. Te doy cuatro más para sufrir y ocho después para que estrenemos las mejores camisas del *trousseau.*

Y se fué risueña, feliz, diciéndole que tenía cita con su novio en Molinero, y que no estaba bien hacerle esperar más de una hora. Poco

después vino doña Elisa a buscarla. Ramiro no la veía desde hacía algún tiempo y notó un cambio terrible en las facciones de la señora.

—¿Qué le pasa a usted, doña Elisa?

—Nada... Nada...

Él comprendió, por el tono reconcentrado de la negativa, el pudor de una pena muy honda, y no insistió. Mas, casi en seguida, la mujer dejóse caer en el sofá y rompió en sollozos:

—¡Sí, me pasa, don Ramiro!... A usted se lo puedo decir: Me pasa que, después de sacrificarme toda la vida, el Señor me castiga en lo que más quiero. Mi hija la pequeña... ¡La ha engañado un hombre! Mil veces hubiera sido mejor morirnos de hambre... Por correr tras ésta que no tenía nada que perder, la abandoné a ella... ¡La pobrecita! ¡Déjeme usted llorar, don Ramiro!

Ante aquel dolor, apenas encontró Ramiro palabras de consuelo. El Destino se encarnizaba contra la infeliz, arrebatándole la única quimera que habíanle ido dejando las realidades—la del honor—, e hiriéndola en lo único que ya le importaba en la tierra: sus hijas. Y mientras buscaba en vano palabras para calmar

la impotente ira que se revolvía en insultos injustamente pueriles contra Victoria, la imagen de aquella muchacha desconocida rindiéndose en un mal minuto al hombre que quizás empleó horas y semanas y meses en preparar la caída infame, mezclóse con otra imagen de mujer tendida en una carretera, con la cabeza magullada sobre un cabezal de hierba rojiza.

Cuando doña Elisa alzó sus ojos arrasados, vió que Ramiro lloraba también. ¡Cuánto le agradeció sus lágrimas!

Septiembre dulcificaba ya con veleidades de otoño el rigor estival. Una noche, yendo de correría andariega en compañía del inglés, Ramiro pasó casualmente frente a casa de Teresa y se sorprendió de ver luz en los balcones y de los obstinados paseos de un hombre frente a la casa. Cruzóse con él, y pudo apreciar que no era un jovenzuelo. La aparición momentánea de Teresa para cerrar la persiana acabó de intrigarle.

La idea de un engaño suyo respecto de Teresa lo mortificó. Claro que ella tenía derecho, que entre ambos sólo existía un convenio de

amistad; y, sin embargo, una cólera bastarda se fraguaba en su egoísmo de hombre y, para no estallar en el absurdo, buscaba hipócritas pretextos razonables que justificaran sus reproches: «De todos modos no ha sido sincera, y amistad y sinceridad han de rimar siempre. A mi adhesión, a mi delicadeza, debió responder su confianza.» Al día siguiente ella debió advertir adolorido enojo en sus maneras, porque en cuanto la viejecita se distrajo, según solía, le dijo:

—Ya sé que estás incomodado conmigo. Tienes y no tienes razón. No quería decirte nada hasta que hubiera algo en serio.

—¿Y ya lo hay?

—¡No me lo preguntes así! Digo en serio, por parte él. Tú ya sabes lo que un día te dije. Ni soy noviera, ni mucho menos nada peor. Ese hombre es un viudo que tiene una hijita. Me siguió hace dos años, siendo aun soltero, y ahora ha vuelto a acordarse de mí. Me ha escrito diciéndome que está dispuesto a casarse antes de fin de año, y autorizándome a tomar informes suyos. Lo primero que se me ocurrió fué que tú le hablases; pero...

—Ya sé. ¿Con qué títulos? Comprendo todo y

comprendo también que mi presencia puede perjudicarte. Mi única pena era que no tuvieras confianza en mí, y mi única preocupación es ahora el disgusto que ha de tener tu madre... Por lo demás... Yo daría cualquier cosa por tu dicha; ya lo sabes.

Se dieron las manos, que temblaron la una en la otra. Teresa se echó a llorar. Ramiro la llevó al balcón. Las masas de árboles, a lo lejos, eran negrura ya inmóvil a pesar del viento; y sobre el horizonte, ahumado por algún incendio misterioso, la plata azul de las estrellas enjoyaba la noche. La hora, la altura, una honda, arbitraria, y no por eso menos dolorosa decepción de que aquella mujer, reducida por él mismo a la fraternidad, orientase su alma hacia otro hombre, dió a sus palabras y a su silencio una solemnidad aguda; durante largo rato, la emoción halló válvula en el mutuo temblor de las manos. Ella, muy pálida, dijo al fin:

—¡Le tengo miedo a la vida, Ramiro!

—Si no te digo nada; si haces bien.

—Mamá está para poco, y tú no sabes lo que es una mujer sola en el mundo... ¿Quieres que te haga una confesión? Yo me casaré y seré bue-

na esposa, y por nada ni por nadie haré nunca de menos al hombre que me elija. Pero si yo hubiera podido querer a alguien, querido de amor, sería a ti.

Sobrevino otro silencio. Ramiro tenía la cabeza llena de visiones. Sentíase solo, solo. Pensaba en Isabel, en el drama de la hija de doña Elisa... ¡Ah, sí, Teresa tenía razón! Ella sabría cambiar un amor imposible por una felicidad modesta, doméstica, hecha únicamente de ausencia de desgracia. Con la voz velada repuso:

—Yo también te hubiera querido de conocernos antes. Ya no puedo querer yo de amor, como tú dices, Teresa. Hazle cara a ese hombre y cásate. Yo me iré. Mi tío me invita a pasar unos meses con él y presiento que me iré quizás para siempre... ¡Tengo unas ganas de morirme, Teresa!

—No digas eso.

—Cuando me haya ido dile a tu madre que ya no somos novios porque... mi familia se ha empeñado en casarme con una rica... ¡Qué novios hemos sido!, ¿eh? No; no le digas que te dejé. Dile que me he muerto. Que ella me llore... Si yo me quedara aquí, te estorbaría. No te aflijas,

boba. Un día cualquiera, sin despedirnos, desapareceré... Nos escribiremos... ¡Ea!, hasta mañana. Te juro que vengo mañana; no abras esos ojos. Voy a besar a tu madre sin que se despierte. ¡Adiós!

Poco después estaba en «la casita» bajo una pesadumbre más grave e impura que otras veces. Pensaba en aquel hombre que casi habíale producido buen efecto físico; pensaba en la jujuventud de Teresa, en sus condiciones de mujercita calculadora, voluntariosa, honrada, capaz de llegar hasta poner el amor en el deber. La veía feliz y, sin confesárselo, sentía una opresión malsana de envidia.

Nunca como aquel día sintió en torno la presencia de Isabel. ¿Por qué tenía su espectro algo vindicativo? Se echó en cara no haberla besado alguno de los días en que merendaron juntos, no haber curado su desmayo con besos la tarde en que la tuvo allí, haberla dejado poseer por la Muerte sin él poseerla. La sensación de no estar solo era tan penetrante, que de cuando en cuando, miraba a la cama, al borde en donde re-

posó su cuerpo. Surcaban sus miembros escalofríos febriles. Se levantaba y recorría la casa sin objeto. Y al verse en los espejos o en la superficie de los muebles, la propia imagen lo repelía.

Así pasó la noche y el día siguiente, sumido en somnolencias lúcidas y viviendo una extraña pesadilla venusiaca y macabra. A media tarde llamaron a la puerta: era Milagros.

—En casa están preocupados porque lleva usted dos días sin ir. La señorita Ermitas sigue mala y doña Vicenta está tristona porque el señor le dijo ayer que no lo veía a usted desde hace dos meses.

Ramiro vió bien que era Milagros, vió su cara, su dientecillo de oro, su aire de gata; comprendió que aquel contonearse y aquel sonreírle con los ojos, quería pedirle uno de aquellos apretones dulces, disimuladas caricias con que gustaba ser pagada por él; pero de pronto, vió que empezaba a crecer, que el tinte rosáceo de su piel amarilleaba un poco, que las manos congestionadas por el trabajo afinábanse y quedaban exangües, y que los ojos negros se aclaraban hasta tornarse color pizarra. Y un relámpago

deslumbró su razón y debió desfigurársele el rostro, porque Milagros dijo:

—¿Qué le pasa, señorito? ¿Se pone malo?

—¡Vete!... ¡Vete!

—Pero ¿qué le pasa?

—¡Que te vayas!... ¡Ven!... ¡Ven!...

Ella comprendió el peligro, huyó, y puso entre ambos la puerta de la calle. Súbitamente, él se calmó y abrió la mirilla para hablarle:

—Ha sido una broma... No me guardes rencor... Bien sabes que te aprecio... Di allá que quizás vaya esta misma tarde. ¿Verdad que me perdonas? Hasta luego.

Y volvió a abismarse en el sillón, sin advertir el paso de las horas. A media tarde llamaron de nuevo, con un timbrazo largo, sin intermitencias. Poco después alegraba el saloncito el parloteo cínico de Victoria.

—Aquí vengo a ver a mi cartujo... ¿Quieres salir de tu morriña y que nos vayamos por ahí de excursión? Ya se nota que eres hijo de gallega: la murria te dura... ¿A que no sabes qué traigo aquí? La camisa de boda... Te iba a proponer estrenarla; pero como estás haciendo penitencia...

Mientras desenvolvía el paquetito y desplegaba la leve tela llena de calados y cintas, ella entró en desvergonzadas aclaraciones:

—Dentro de doce días la boda... Eso se llama hacer las cosas bien. Dime tú si no es mejor que andar tomando pócimas o ir por ahí a que la asesinen a una. La vida es para vivirla, hijo. Ya verás qué chico más majo vamos a tener... Mi señor novio está hoy comprando muebles. Si fuera hombre de gusto los compraría iguales a éstos. Debí decírselo.

No pudo seguir. Ramiro la había atenazado rabiosamente, y con los ojos cerrados y el aliento ardoroso, la arrebataba hacia la alcoba. La camisa nupcial cayó en tierra. Fué inútil que ella lo exhortara a esperar, que le suplicara: «¡No me hagas tanto daño!... Él la tapó la boca, la torturó contra el borde, en donde otro cuerpo había estado exánime días antes, y poco después llenaban la quietud dramática de la alcoba violentos sollozos, y un nombre repetido desesperadamente:

—¡Isabel!... ¡Isabel!... ¡Isabel!... ¡Isabel!...

Ramiro llegó a cobrarle a Jenaro miedo supersticioso. El gigantón parecía acercársele cada vez que era menester decirle palabras destinadas a roerle el espíritu. Y las decía sin sospechar su total alcance, cual si sirviera de instrumento a una fuerza inmensamente superior a la aviesa intención de su alma subalterna, que envidiaba hasta los vicios de los elegidos por la ventura o por el infortunio.

—Urgell está hace unos días en su casa de Vicálvaro. Desde su desgracia parece que no quiere venir a Madrid.

Y luego habló de otras cosas fútiles, que penetraron en los oídos sin lograr llegar al recinto del alma, llena ya toda de la noticia.

Durante tres días estuvo la nueva grabada en la conciencia de Ramiro, realzando sus caracteres ígneos sobre ideas y evocaciones. «El asesino se acercaba, y ella quedó allá lejos, para siempre, bajo un pedazo de tierra sobre el que empezara a caer pronto la lluvia.» Al cuarto día el Destino quiso dar su verdadero sentido a esas palabras, y sirvióse de uno de esos hechos que, por presentarse a la vista humana desliga-

dos de sus causas, llamamos hechos casuales. Era jueves—día de reunión en casa de Victoria—, y Ramiro, que no esperaba a nadie, que ya no iba a casa de Teresa y que no quería estorbar al tío Abelardo en sus preparativos de viaje, salió para no estar solo. La atmósfera era pesada, eléctrica; nubes rotundas ennegrecían el cielo. La costumbre lo encaminó hacia el Casino. Al cruzar Recoletos, una voz familiar lo llamó: era su amigo el inglés, que iba por la avenida central en motocicleta.

—¿Está usted huído?... Estos días hemos hecho excursiones muy pintorescas... Usted sabe montar en *moto,* ¿verdad?

—Sí.

—¿Y tiene licencia?

—No; ¿por qué?

—Porque podía usted hacerme el favor de librarme de ésta ahora: acabo de ver a una francesita que me gusta hace tiempo, y no por bonita, sino porque sospecho que es espía, y temo que se me va a escabullir.

—Pues ande usted. ¿Dónde lo espero?

—En su casa. De aquí a allí no van a pedirle el *carnet.*

—Bien.

—Yo iré mañana por la mañana a recogerla. Es Don Ramón de la Cruz, ¿verdad? Si le cobran multa...

—Iremos a medias, no se apure. Vaya, no hay que desperdiciar las ocasiones.

El inglés se alejó a grandes zancadas, tras la figurita gentil que, ya muy lejos, alteraba el ritmo de su paso para mirar atrás con disimulo.

Ramiro puso en marcha el motor. Aquella sensación trepidante que antaño le fuera familiar, se encadenó con recuerdos remotos. Dió una vuelta sobre el encintado, detuvo la máquina para ponerse las gafas que les diera el inglés, y guardóse el leve borsalino en un bolsillo. El aire le oreó el pelo, la frente. Poco a poco sintióse más dueño de la máquina y menos dueño de sí. El aire era algo sólido, herido por su paso raudo. Pronto en vez de casas fueron árboles. En la carretera solitaria quedaba una inmensa serpiente de polvo. La ciudad degeneraba hacia los suburbios y eran enormes cobertizos, caserones de traza industrial, casuchas mezquinas. El pequeño monstruo corría, corría. Las explosiones del motor vencían en

su innumerable rapidez al rápido latir de las sienes, bajo las cuales designios de sonámbulo habían suplantado al verdadero pensamiento. Al cabo de un rato, el palpitar de la máquina decreció y fué a extinguirse junto a una verja tras la que dos hombres disputaban. Uno era enjuto, de melena revuelta y ojos azules. El otro cubría el fuerte pecho con afeminada camisa de seda y llevaba un enorme sombrero de paja que le tapaba el rostro. Aun cuando las inflexiones ásperas de su voz no lo hubiesen delatado desde lejos, y aun cuando el sombrero le hubiese cubierto hasta los pies, Ramiro lo habría reconocido.

Apoyado contra la cancela, al amparo de unos almiares de paja, Ramiro oyó la riña. La voz de Urgell era ancha, grosera, rica en adjetivos; la del otro—sin duda un extranjero—era breve y decidida:

—Yo no he venido aquí para reñir con usted, así que no me insulte. Necesito irme hoy mismo, y eso es todo.

—Usted me deja precisamente hoy que se ha ido la cocinera, y a eso le decimos aquí una charranada. Ya sé que no tenemos contrato;

pero yo le admití sin referencias, sin preocuparme de si tenía o no facha de anarquista, en condiciones que ningún otro le hubiera admitido; y lo menos que podía usted es...

—He tenido una carta, ya lo sabe, y necesito irme. Además nuestros genios no casan: a usted le gusta mucho gritar.

—Grito lo que quiero. Lo de la carta habrá sido un amaño con la cocinera; no crea que por aquí somos tan lilas.

—Yo no necesito de amaños. Si no me da usted la cuenta me voy sin cobrar.

La cancela debió chirriar o una pesada ráfaga de tormenta que pasó agitando los haces de paja amontonados desde la verja hasta uno de los costados de la vivienda, los distrajeron, porque las miradas de ambos volviéronse hacia él y hallaron la rueda de la motocicleta que sobresalía de la columna de ladrillos. Urgell preguntó:

—¿Quién va allá?

—Yo—dijo Ramiro mostrándose.

—¡Ah, usted!... Abra, Sergio.

El extranjero acercóse a abrir. Ramiro vió de cerca su cara trabajada por hondos surcos, las

pupilas de niño bajo las cejas aborrascadas, el temple de su musculatura: y una impresión de serenidad y de fuerza desprendióse de él. Urgell, que venía detrás, tendió la diestra y saludó.

—¡Bienvenido! No sabe las ganas que tenía de verlo. Siempre pregunto por usted. Pase por aquí...

Avanzaron por un sendero que orillaban fondos de botella hundidas en tierra, y se detuvieron ante la subida de la casa, bajo un parral. Mientras Ramiro dejaba la motocicleta, Urgell volvióse de nuevo hacia el extranjero y continuó la disputa con gesto y voces más airados que antes:

—El señor no es de cumplidos y puede oirnos... Lo que usted hace es una porquería; así... sin quitar nada. Claro que yo con cerrar la casa e irme en el *auto* a Madrid, he terminado; pero no deja de ser una guarrada. ¡No se puede ayudar a gentuza!

Ramiro vió en las pupilas azules un resplandor rojizo y comprendió que la cabeza de aquel hombre tenía que contener a los nervios hartos ya de aguantar. Comprendió también que los gritos, las amenazas, el aire de matón, iban di-

rigidos no sólo al extranjero, sino a él; y con la semiconsciencia hipnótica con que venía haciendo todo desde su salida de Madrid, se puso detrás de Jaime y le guiñó un ojo al extranjero, que recogió al punto la seña, se encogió de hombros y bajó la cabeza. ¿Sintió Jaime Urgell el peligro? Quizás, porque, cortando la discusión, dijo:

—Bueno; puede irse. Hágame el favor de las llaves y ábrame la puerta del *garage* para sacar el *auto*. Aquí tiene su dinero. Suba, Ramiro.

Subieron los escalones, traspusieron un vestíbulo y entraron en una pieza ancha desde cuyo balcón vieron a Sergio abrir la puerta del *garage*. En el fondo apareció una forma para Ramiro inconfundible a pesar de su cambio de color: la del automóvil. Y al percibir las líneas fugitivas del *capot* y los dos asientos tras de los cuales había él ido deliciosamente incómodo una vez, junto a ella, la pintura nueva desapareció como empujada por la antigua, la imagen real modificóse, y en lugar del *garage* vió la carretera, el coche volcado, el cuerpo muerto, la cabeza entre hierros y sangre, a Urgell levantándose indemne, igual que el asesino que mata

a mansalva... Y la boca se le contrajo, y dejó escapar el insulto:

—¡Canalla!

¿Cómo comprendió Jaime que aquel insulto era contra él? ¿Cómo se dió cuenta de que ya toda palabra era inútil y de que era preciso defenderse? En un segundo los dos estuvieron rabiosamente enlazados. Una cólera irremediable los enfureció. Fué el estallar de un explosivo comprimido largo tiempo. Al primer choque sucedió una separación en la cual Jaime echó la diestra atrás, en busca del arma. En ese fragmento de segundo en que estuvieron frente a frente, se vieron como nunca se habían visto: los ojos inyectados, las bocas mordidas, las barbas punzantes y los pechos combados por un encogimiento que parecía, al par, crear ímpetu y disminuir superficie donde pudiera herir el enemigo. Repentino, Ramiro vió el ademán de Jaime y cogió el soporte de hierro de una gran maceta de hortensias. En su brazo fué formidable ariete que cayó sobre la cabeza enemiga abriendo una brecha que la sangre obscureció al punto. Al caer, aun tenía Urgell el arma ya inútil entre sus dedos. Jaime vió el acero azulo-

so de la pistola, y asestó otro mazazo, y otro en seguida. La filigrana de forja hecha a golpes de martillo, martilleó a su vez, y la frente, débil yunque, quedó rota dos veces. Un hervor rojizo cegó los ojos, y envolvió en un sudario de púrpura la cara abominable.

Desde lejos, Sergio debió de oír y ver la lucha; mas por grande que fué su prisa, llegó tarde. Al surgir en la puerta, Ramiro, ya frío, siniestramente frío, le dijo:

—¡Lo he matado! Avise a quien sea preciso y entrégueme usted.

Las pupilas clarísimas miraron durante largo tiempo, sin espanto. El cuerpo se inclinó sobre el caído para ponerle la mano sobre el corazón, y preguntó después:

—Era un rencor antiguo, ¿verdad? ¡Está muerto!

—¡Entrégueme!... ¡Entrégueme!...

—¿Yo? ¡No! ¡Hágalo usted! Si ha sido o no justo, allá su conciencia. Yo no soy amigo de lo que llaman la justicia. Y si he de decirle la verdad, tengo bastante con mis cosas para mezclarme en otras. Este hombre era un antipático y un déspota. Se notaba que venía de abajo,

porque su tiranía tenía algo de más grosero, de más nueva que la heredada... Esta tarde mismo yo sentí deseos de írmele encima... y no tenía los motivos que usted parece tener. No crea que no entendí su seña antes... Pero no podía... Tengo que hacer urgentemente lejos de aquí, y tengo que huir también... Esto era para mí un refugio.

—Bien. Váyase. Nada diré de usted. Le doy mi palabra.

—Tampoco yo, mientras no me sea imprescindible para salvarme. Si llego a Barcelona sin tropiezo, nada tengo ya que temer. ¡Cada uno tiene sus ideas y su vida, joven! ¿Quiere un consejo? Si usted cree haber matado en justicia, y yo creo que sí, porque si tarda un minuto más en darle el golpe, es él quien lo mata a usted, no se entregue. Morir en un camino, aquí mismo, no importa, no es nada... Pero la cárcel es tremenda, créame. Yo lo sé.

—Debe de ser horrible, sí.

—¡Ea!, vamos a ver... Usted quiso ayudarme antes. Yo voy a ayudarlo ahora. Salga usted y prepare la motocicleta. Sin prisa.

Ramiro sintió otra vez en sí la decisión de

sonámbulo ajena a su conciencia, y salió. Mientras preparaba la motocicleta, vió a su misterioso aliado trajinar del *garage* a los almiares de paja y luego entrar de nuevo en la casa cargado de bidones de esencia. El trajín duró largo rato, durante el cual Ramiro experimentaba una serenidad profunda. La excitación y el miedo habían quedado en el cuarto maldito. Su tranquilidad era tal, que veía casi complacidamente los nubarrones llenos de tormenta recubrir las luces del cielo. La noche caía de prisa desde las lejanas montañas. El extranjero salió al fin definitivamente, con un hatillo, abrió la verja, y ordenó:

—Ponga en marcha el motor y esté dispuesto para cuando yo avise. Siempre sin prisa.

Asomóse al camino, oteó a uno y otro lado, y volvió a montarse detrás de Ramiro, ya a horcajadas sobre la máquina.

—¡Vamos!... Acelere un poquito ahora... ¡Así!... Hay que detenerse en aquel repecho como si arregláramos algo. ¡No se ve nadie!... ¡Tenemos suerte!... Si la gasolina no prende bien habrá que volver.

Pararon a lo lejos y estuvieron un rato miran-

do hacia detrás. Sergio, serenamente: Ramiro un poco embrutecido. Al cabo, en la lividez del crepúsculo, surgió una gran lanza de fuego. Tras ella irrumpieron en la sombra muchas más, y en pocos minutos, llamaradas de contornos azules y raras tintas amarillas y cárdenas iluminaron la lejanía. Ramiro comprendió.

—Ya podemos irnos—dijo Sergio—. Todo arderá antes de que pueda llegar socorro. Si no se presentan complicaciones, puede usted decir que tuve una gran idea. No hay como el fuego y el mar para ocultar las cosas. Ahora, corra. Hay que entrar en Madrid por otro camino.

La máquina trepidaba debajo de ellos. No se cruzaron con nadie. Al cabo de media hora de correr, luego de cruzar caminos de enlace hasta dar en otra carretera, Sergio anunció:

—Ya no se ve nada. A mí déjeme usted en la calle de Piamonte. Me tiene que dar su nombre y sus señas por si me ocurre algo.

—Sí.

Ramiro le dijo su nombre, y el otro comprendió que no mentía. Al cabo de otro rato, cuando ya se veía la constelación artificial puesta

por las luces de la ciudad en el horizonte, Ramiro habló:

—He aceptado por lo que me dijo usted de la cárcel y porque le maté cara a cara... Le ruego que no tome a mal lo que voy a decirle: puesto que, según me ha dicho, hasta llegar a Barcelona no estará seguro, ¿necesita dinero?

—No, tengo; gracias. Lo que necesitaba era desaparecer unos días, y por eso me coloqué allí.

—Si alguna vez puedo serle útil, ya sabe... Creo que no tengo que decir más para que usted entienda cómo le hablo.

—Sí; si necesito, ya acudiré. Ahora, usted, a tener serenidad. A informarse si es posible, y mejor aun desde ayer que desde mañana, con testigos, que no faltan nunca. ¿Entendido?

—Sí.

Poco después estaban en el sitio que al extranjero convenía. Éste bajó, se estrecharon las manos y, antes de separarse, aun le dió otro consejo:

—Y lo principal es conservar la convicción de que ha procedido usted justamente. Eso es el todo.

—Sí, gracias.

La sombra lo envolvió en seguida. Una hora después, Ramiro entraba en la casita sin que nadie lo viese, y el desconocido entraba de nuevo en el misterio.

¡Ah, bien sabía del mundo aquel hombre! El incendio devoró la verdad. Ni una sospecha rasreó a Ramiro. Cuando su voluntad galvanizada quebróse, y lo trasladaron enfermo desde la casita a casa de sus padres, nuevas actualidades empezaban a enterrar en el pasado aquella muerte incomprensible, que nadie tuvo demasiado empeño en comprender. Los epitafios de Jaime Urgell compusiéronse con algo de los insultos que tantos hubieran querido atreverse a decirle en vida. La cobardía colectiva vengóse como siempre. Algunos intentaron relacionar el fin de Jaime con el de Isabel, y se habló de un suicidio romántico. Los más piadosos dijeron, recordando su autoridad grosera, sus desplantes, sus alardes y sus modales de negrero que se equivoca de colores: «Tenía que morir mal.» Ni siquiera don Fermín lo sintió.

La enfermedad de Ramiro duró casi un mes. Primero fueron fiebres violentas, que luego, por las tardes, lo dejaban casi sin pulso. Los médicos hablaron de anemia cerebral, y fiaron todo a unas recetas displicentemente escritas y a la naturaleza de Ramiro. ¡Cuando no murió en los primeros días! En torno a su cama, doña Vicenta y Ermitas se multiplicaron para atenderlo. Una mañana, aprovechando la ausencia de Jenaro y de don Fermín, el tío Abelardo vino, se inclinó sobre él y le dijo con voz que no lograba tener el tono despegado de siempre:

—En cuanto puedas andar, vente allá. He comprado la casa y he puesto todo a nombre de los dos. Sólo yo puedo comprenderte. Ya sabes que te espero.

Aquellas palabras dejaron más huella en su espíritu que el recuerdo melodramático de su aventura. Una cosa sola no podía olvidar: que había matado a Urgell; pero la escena, el momento, los pormenores de la huída, se esfumaban. Días y días aguardó una noticia de su cómplice; no llegó. Y, sin embargo, conforme toda idea de peligro alejábase, se le imponía la necesidad de no soportar sólo su secreto. Como no

era creyente, no se le ocurrió confesarse. Cada hora comprendía mejor que le era imprescindible compartir la verdad; mas comprendía también que era necesario elegir con infalible certeza el oído que había de escuchar su acusación.

¡Ah, si pudiese esperar para decírselo después al tío Abelardo! No; por momentos la necesidad hacíase apremiante. Una tarde que doña Vicenta estaba sentada cerca de él, se decidió de súbito:

—Te tengo que decir una cosa, mamá.

—¿Sí?

—Una cosa horrible... horrible... ¡Yo he matado a un hombre!

Ella le soltó la mano, volvió a cogérsela y lo miró a los ojos, donde vió que las palabras no mentían. Ramiro esperó, esperó, y supo todo el dolor que cabe en un minuto. La cabeza canosa inclinóse al fin, volvió a levantarse, y los labios dijeron:

—Pero un hombre malo que quería hacerte mal, ¿verdad, filliño?

—Era Urgell.

—¡Ah!... ¡Un hombre malo, sí! Una noche lo

dijiste en el delirio, y yo cerré las puertas... ¡Nadie lo oyó!

Hubo otro silencio. Sus manos febriles fueron atraídas hacia la boca maternal y besadas, ungidas, absueltas. Y Ramiro comprendió que aquella boca que decía tantas palabras inútiles y que no sabía callar a la prima Ermitas ni las mentiras de sus ensueños ni las verdades humildes de su vida, sabría guardar aquellas terribles palabras para siempre.

XIV

CHUBASCOS. Hosquedad cantábrica. Batir de olas contra los cantiles. Negras barcas con sombras unánimes que reman. Húmeda cortina de bruma. Tierra pegajosa. Vasto rumor de mar.

Acaba octubre. Ya huyeron hacia San Sebastián los últimos veraneantes. Aun habrá días claros y se podrá ver, desde las ventanas de la casa de los fantasmas, la carretera labrada en el lomo del monte, frente al mar, y el puerto minúsculo de Ondárroa a lo lejos, y la colina coronada por el puesto de miqueletes cuyas boinas hacen pensar en gigantescas amapolas tardías. Todavía, si hay algún día de sol, podrá verse fulgir la cinta de oro mate de la playa y nacer reflejos en las vidrieras del hotel silencioso. Desde aquellas ventanas altas podrán contemplarse muchas cosas aún; pero el hom-

bre que ha comprado la casa no se asoma jamás.

Y una mañana, los dueños del hotel lo ven bajar por la tosca escalera de basalto que lleva a la casa, y marchar a largo paso hacia Motrico.

Lleva en la diestra el paraguas, y el perrazo, que no ladra nunca, caracolea en torno. Aunque va serio, aquel andar recto y rápido lo hace parecer alegre. Los dos se pierden en el camino.

Durante su ausencia el muchacho del hotel se aventura a subir y preguntar a la vieja criada. Ella nada sabe, nada dice: come bien, el señor no se mete con ella, ni siquiera le habla, paga mejor que nadie en el contorno...

—¿Y no se oyen ya ruidos por la noche? ¿No hay ya fantasmas ni ruido de cadenas?

—No. Los fantasmas deben haberse ido. Ahora no se oye nada nunca.

Horas después, cuando del coche descienden los poquísimos viajeros que el tren dejó en Deva, el chico del hotel se acerca a los amos y les dice señalándoles dos sombras que suben hacia la casa solitaria:

—El *vesino parese* que se ha partido en dos, pues.

En los primeros días llegan muchas cartas. Aun no hace frío, a pesar de que el otoño emborrona todo con su esfumino de plomo. Por las mañanas, los dos hombres bajan a la playa vestidos de baño y se lanzan al agua vidriosa. En los primeros días algunos ojos los siguen; luego nadie se fija en que parecen dos estatuas negras. Nadan con ímpetu, cual si quisieran esterilizar sus fuerzas contra la inmensa fuerza del mar. Van siempre próximos. Uno dice:

—Yo me vuelvo.

Y el otro responde:

—Yo sigo aun.

Y poco después, al llegar a la playa, el más viejo se pone a otear la múltiple hinchazón del mar en busca de un puntito obscuro que aparece y desaparece. Ese puntito se acerca, se alarga, y cuando surge de entre el rumor, las dos sombras mellizas se sonríen y se acuestan en la arena, donde permanecen inmóviles hasta que

las orea el aire. Luego suben a la casa y ya no salen más.

Una mañana, al bajar los dos hombres al baño, varios forasteros hablan en la puerta del hotel. Sin detener el paso, los dos nadadores oyen que tratan de montar una fábrica de papel allí cerca. Después que han salido del mar, mientras yacen rígidos uno junto al otro, el más viejo rumia:

—¡Hum!... Una fábrica de papel... ¡Maldito papel!

—¡Maldito papel!—repite el eco en la otra boca.

No han pedido prestado *Euzcadi* a los miqueletes ni un solo día, no han abierto un libro, jamás leen periódicos, y, sin embargo, odian el papel porque el más joven—¡va siendo tan difícil distinguirlos!—abrió unos sobres que traían dentro leves hojas con pedacitos de alma y pedacitos de mundo hilados en hebras de tinta. Aquellas cartas vienen a levantar de su alma miasmas malsanos, igual que piedras tiradas en

una laguna de fondo pútrido y oleaginosa e irisada superficie.

Pasan los días. No hay en la casa calendario y pronto se borran las fechas. Pero ya el invierno ha venido y el viento ulula, se esfuerza inútilmente en romper el mar, y se mete en la chimenea de la casa para tirar de las llamas provocativamente. Las llamas se contorsionan, huyen, y, al fin, yerguen contra el viento, con la ira del enemigo pequeño obligado a luchar, sus lanzas rojizas, amarillas y azules.

La estancia tiene una blancura de cal, de nicho. La lumbre pone en las paredes una pátina lívida y sombras. Los dos solitarios están sentados cara a cara, sin hablarse, como tantas noches. Pero el viento y las llamas deben encender y ensanchar en uno de ellos recóndita zozobra, porque cierra los ojos primero, y luego se echa hacia atrás y los recubre con las manos. Mas ¡ay! a pesar del doble muro de carne, dentro de su cerebro álzase el recuerdo de otras llamas más cárdenas, que en vez de confortar, destruyen.

Así está largo rato, removido por los fantasmas que él trajo a la casa para expulsar a los que había.

—Bebe un vaso de vino y acuéstate—le dice otra voz que es casi la suya.

—No; voy a romper unos papeles y a quemarlos. ¡Gran cosa son el fuego y el mar!

Y se levanta, saca algunos sobres de una gaveta, extrae las cartas, las ojea, rompe algunas con saña, otras dulcemente, y las entrega todas al gemebundo hogar. Unos papeles huyen, otros se crispan, otros se convierten en mariposas inflamadas. Como nadie remueve los troncos, horas después sólo queda en la chimenea una pupila inmensa y roja más mortecina cada vez.

Al abrir la puerta para decirles que la cena aguarda, se establece una corriente de aire, y del hogar se aventan hacia la habitación las cenizas. Sobre el alféizar de la ventana se ha ido a posar uno de los papeles consumidos. Fuera, la tarde lluviosa es del mismo color que aquellos despojos de cartas. Y los dos hombres se sienten, por dentro, del mismo color de la ceniza de la tarde y de las cenizas esparcidas por la habitación.

Qué palabras del mundo palpitaban en aquellas tenues hojitas que ha sido preciso quemar para rehuír tentaciones o sepultar recuerdos? Noticias perfumadas de cinismo, noticias impregnadas de dolor, noticias sin aroma. Victoria se ha casado; es feliz. De su caída el marido no sospechó nada... El que se tira puede precaver mejor que el que cae. Sólo unos cardenales impresos por la pasión la tarde en que ella no fué ella, obligáronla a inventar un tropezón leve; pero sus explicaciones fueron tan prolijas que el pobre enamorado besó las moradas huellas con mimosa lástima, y hasta le tomó antipatía a aquel mueble esquinado contra el cual su mujercita dióse el golpe. «Pronto nacerá el hijo»—decía una carta—. «Hace un mes que ha nacido el niño—decía otra—y no lo hemos participado a tu madre ni a tu prima, no se les ocurra venir y vayan a sacar parecidos.»

De otra boda hablaba otra carta también. La firmaba Teresa. Pero había en sus renglones, de una profundidad melancólica, el rubor del contento.

Notábase bien que la mano había temblado mucho ante el miedo a marcar demasiado

las palabras y que había rehuído estas dos: «soy feliz».

Las cartas de Victoria venían llenas de escritura; la de Teresa traía en blanco casi todo el papel. Y los pliegos escritos estaban vacíos, mientras que aquel espacio, en donde no se había escrito nada, tuvo muchas veces para el lector la nostalgia de lo que pudo ser y no fué. Esta carta fué de las rotas dulcemente.

Otras cartas comunicaban: «Tu amigo, el inglés, apareció muerto en el horno de una yesería, cerca de Vallecas.» «Traspasé el contrato y vendí los muebles, según tus órdenes, aunque no pude sacar más que cuatro mil pesetas, que están a tu disposición.» «El tío me pregunta a menudo por ti y creo que debías escribirle. Claro que a tu sentimiento lo dejo.» Esta carta y otras de la misma letra que vinieron después, se rompieron con ira y no fueron contestadas jamás.

¡Fueron contestadas tan pocas! Por eso cada vez llegaron menos. Y, por último, no llegaba más que una sola: una que venía firmada con dos nombres de mujer. Carta llena de palabras confusas que traían hasta la austeridad de aquel retiro, sobre las tierras montañesas, auras de

Galicia; carta donde la palabra *filliño* repetíase una y otra vez, pacientemente, conmovedoramente, como una canción de cuna junto al nene que tarda en dormirse.

Se aleja el invierno. Viene la primavera despaciosa y coqueta, excitando hasta a los viejos troncos, en donde verdean retoños que no serán ramas jamás; secando la tierra; poniendo sobre el loco temblor de los prados flores y mariposas. El cielo se ahonda. El mar se pone azul, la espuma se hace fino encaje para rimar con la sonrisa de las mujeres. Por la carretera de Ondárroa suenan canciones. El hotel abre sus ventanitas. La arena vuelve a ser de oro... Y uno de los hombres espía al otro con afanoso ahinco, esforzándose en adivinar si algo renace dentro de él.

Pero no; nada florece en el más joven. Su alma está yerma. Ninguna primavera encenderá ya rosas en ella. Ya está curado con la medicina infalible: con extracto de muerte. Como el perfume de una floresta cabe en un pomo; como caben en una arqueta menuda los restos de un

gigante, su vida entera cupo en unos meses. Ya no es mas que un fantasma macizo. Nada quiere, nada desea, nada puede intentar. Ha creado una vida y ha destruído una vida; pero ni el hijo que llamará padre a otro hombre, ni el hombre asesinado y calcinado, lo importunan. Se siente fuera del Tiempo. A veces habla con su compañero de tumba del porvenir, de un modo que parece el pasado, cual si les bastase ponerse de espaldas al mañana para convertirlo en ayer.

—Un día se recibirá una carta. Tu padre habrá muerto después de una cena y habrá que ir allá.

—No. Allá está Jenaro. Bastará mandarle un poder. Con la mancha de la cara congestionada irá a la Notaría. Se abrirá el testamento... ¡No estaba su nombre!... ¡Toda la vida para esperar ese minuto, y su nombre no está! ¡No está!... ¡El canalla del difunto habrá frustrado su vida! ¡Ya no es joven y no le queda tiempo de adular otra herencia! Para resarcirlo se le nombra administrador, con la condición de que robe mejor que en la venta de los muebles y de que no nos dé cuentas nunca... Se le pone también la condición de que no se separe de las mujeres.

—Se le obliga a casarse con Ermitas... Broma de noche del dos de noviembre... ¡Los difuntos pueden hacer algo más que mover las mesas!

Y la conversación seguía sin palabras, descubriéndose por mutuas sonrisas, por algún movimiento de las manos.

En aquellos días el perro se escapó de la casa y no volvió más. Desde hacía algún tiempo estaba intranquilo y aullaba. Algo parecía repelerle, cual si la vida se le hiciera imposible allí.

De tarde en tarde llegaba de San Sebastián un hombre con quien era preciso hablar de asuntos económicos. Cuando el visitante vino, al empezar el estío, fué el solitario menos viejo quien le abrió.

—¿Cómo está usted, don Abelardo?—dijo el hombre después de haberle mirado bien.

La llegada de los pocos veraneantes obligáronles a cambiar sus costumbres. Se bañaban muy temprano o al mediodía, para huir de las gentes. Pero la savia vital circulaba con el buen tiempo y hasta teniendo las ventanas cerradas

venía a turbarlos. Hay pájaros que en los mismos cipreses de los cementerios mecen sus nidos.

Una tarde oyeron susurro de voces y vieron que dos jóvenes bajaban de la colina y se detenían en la meseta de la casa antes de tomar la escalera de basalto hacia el hotel. No era necesario oír para saber que hablaban de amor. En vano quisieron los solitarios reconcentrarse en el silencio. Fué inútil. Al cabo, el más viejo salió, increpó airado a la pareja, y golpeó al mozo brutalmente.

—¡Es una indecencia!—dijo al entrar.

—Yo estaba pensando en hacer lo mismo—respondió el otro.

Y ambos se miraron con horror, sintiendo que ya las más bellas formas de la vida constituían para ellos un agravio. Aquella tarde el silencio tuvo peso de losa. Por la noche, desde la cama, una de las voces habló así:

—¿De verdad que no sentiste el impulso de salir a echarme escaleras abajo esta tarde?

—¡No!... ¡No!

—¡Ahora sí que ya estás curado!

¡Ya estaba curado! Había visto la injusta bru-

talidad del mal anciano ofendido por las gracias de la vida, sin repugnancia, como se ve una puerta viscosa y fétida por la cual no hay más remedio que pasar.

De nuevo el valle se contrae bajo la cortina de los chubascos. Las olas baten contra el acantilado, y negras barcas, tripuladas por unánimes sombras, aparecen y desaparecen en la hinchazón del mar, cuyo vasto rumor no cesa.

Entre las olas dos nadadores bracean, bracean. Regresan hacia la playa, y ya les falta poco. Cada día van más lejos y cada día piensan que un calambre les impida volver. Hoy no ha sido; quizás mañana. A no ser que otro día, la repentina galerna, sin darles tiempo siquiera para mirar a tierra, los sepulte.

Por la carretera vienen hacia Saturrarán dos mujeres. La sombría majestad del paisaje las detiene un momento, y recorren con la vista el pueblecillo de Ondárroa, el puerto minúsculo con sus dos brazos rectangulares, la montaña ingente, el mar envuelto en bruma, la playa de

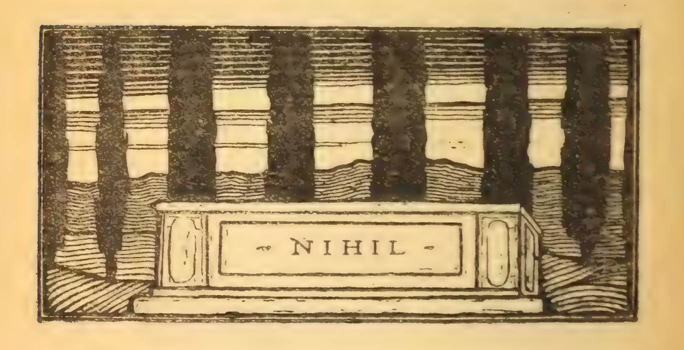
Saturrarán sobre cuya arena dos sombras rígidas reposan frente a frente.

—Mira a los de la casa de los fantasmas— dice una.

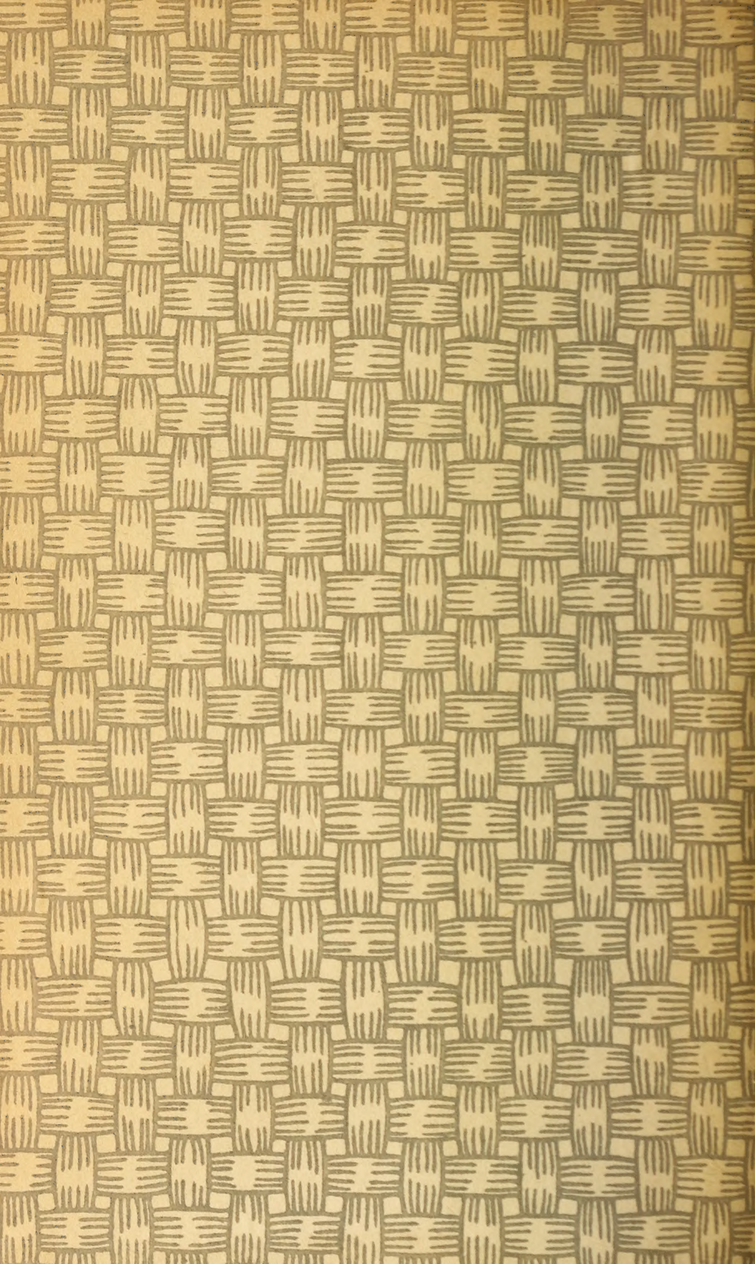
—Me dan miedo. Parecen dos muertos que hubiera echado el mar—dice la otra.

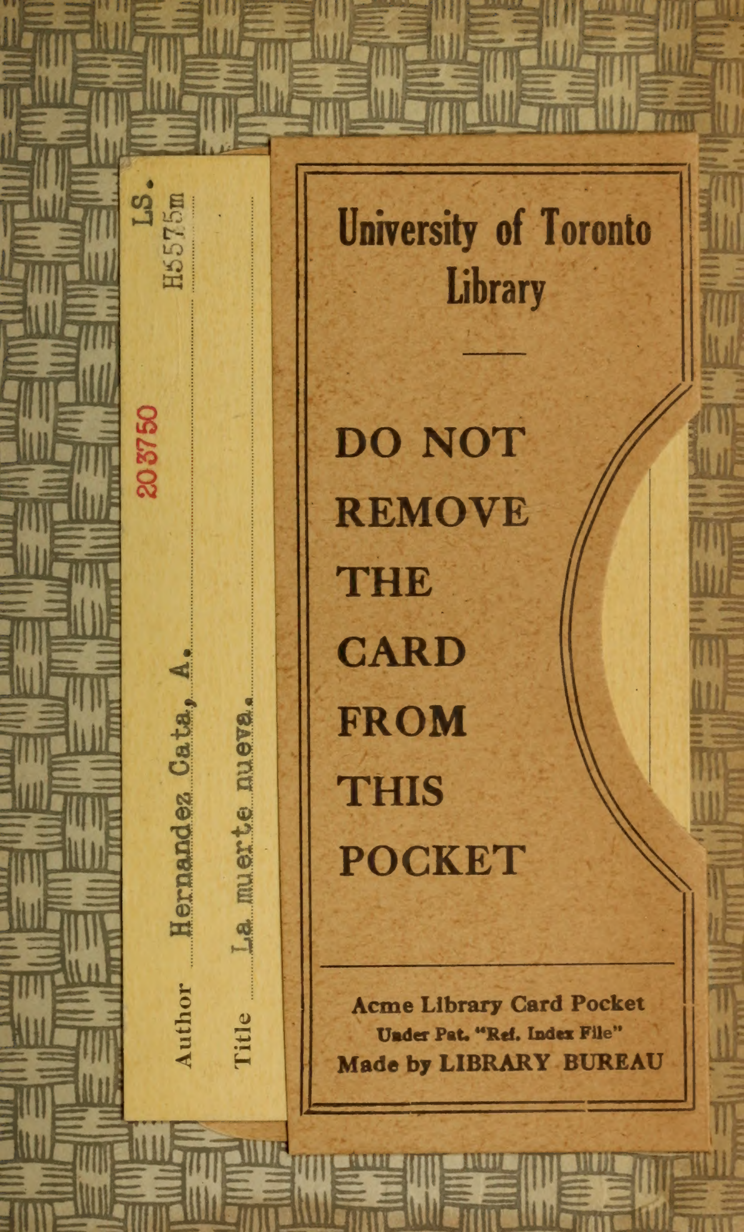
Y siguen avanzando sin mirar ya el paisaje, como si sólo existieran para ellas las dos figuras negras y rígidas, ávidas de quietud y silencio.

El Hâvre-v-xi-xxi
Madrid-xxi-v-xxii



ESTA EDICIÓN · DE LA·NOVELA-
DE·A HERNÁNDEZ·CATÁ·HA-
SIDO·DECORADA·POR·E·RIQVER
·E IMPRESA·POR·G·HERNÁNDEZ
·Y·GALO·SÁEZ· ~ · MCMXXII·




LS.
H5575m
203750
Author Hernandez Cata, A.
Title La muerte nueva.
University of Toronto
Library
DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET
Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

